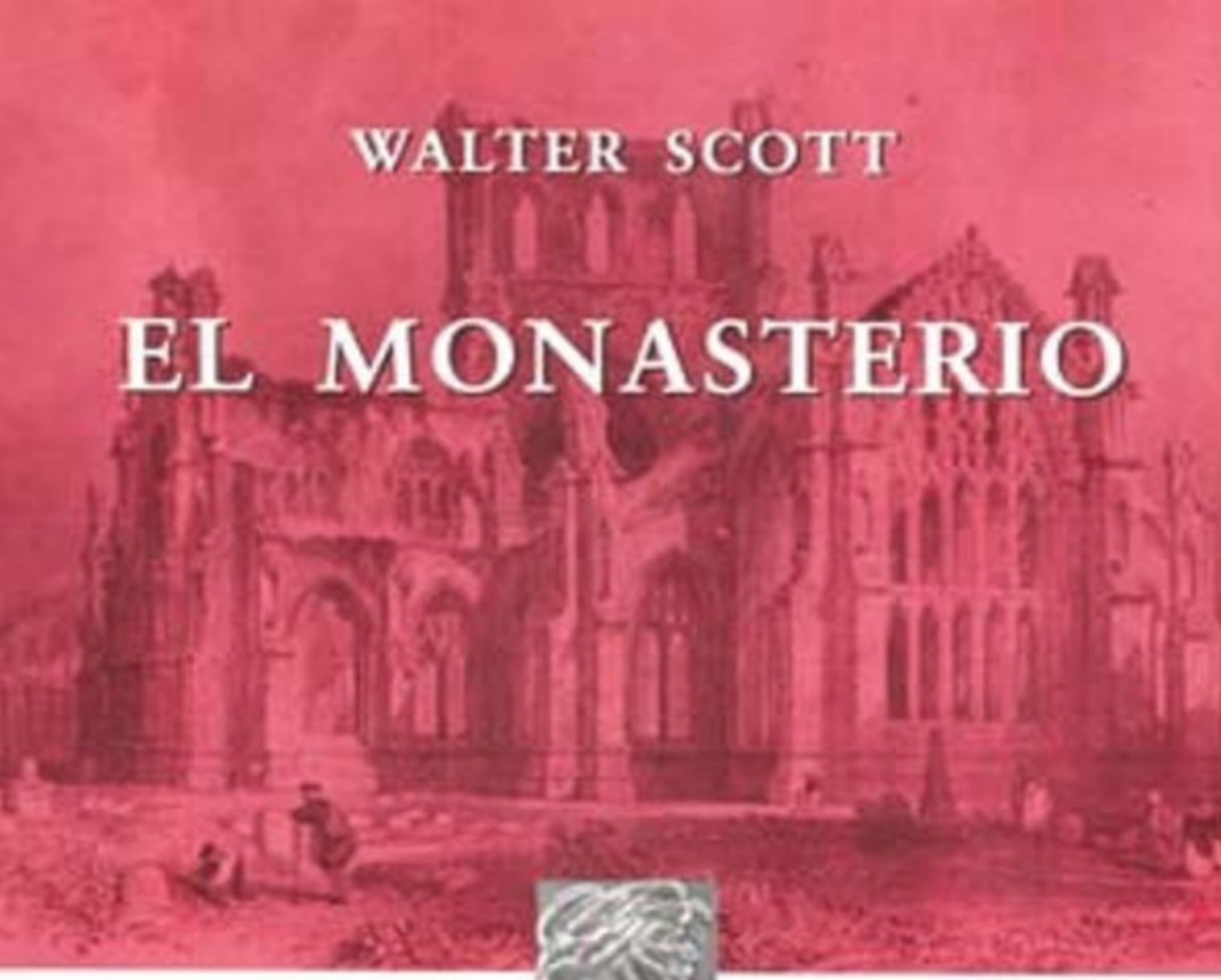
WALTER SCOTT

EL MONASTERIO



PRÓLOGO
DE
HENRY THOMAS

Las famosas ruinas de Melrose, próximas a la residencia del autor, son el lugar en que se desarrolla la acción de esta novela, circunstancia que parece inexplicable, si se tiene en cuenta que empleó toda su habilidad en alejar de su país nativo a los personajes y las escenas de Ivanhoe. Este cambio de sistema es hijo de sus recuerdos, por lo que juzga innecesario acudir al pasado para averiguar un hecho que no tiene importancia alguna. Creyendo que el choque de ideas entre dos antagonistas del mismo género, dotado cada cual de pasiones y prejuicios particulares, podría dar interés a una narración, ha reunido en ese siglo pendenciero y turbulento a dos personajes que, considerando la Reforma desde diferente punto de vista, se dedican con la misma sinceridad e igual entusiasmo al sostenimiento de la iglesia católica el uno, y a la defensa de las nuevas doctrinas religiosas el otro. En esta idea, pues, está inspirado El Monasterio. Melrose ocupa una posición muy a propósito al fin que el autor se proponía, pues sus mismas ruinas son un magnífico teatro para la representación de cualesquiera clase de incidentes trágicos. Además, un hermoso río, en el que desembocan numerosos riachuelos que riegan una región en que se han librado batallas sangrientas que la hacen inolvidable, deslízase, caudaloso y fecundante, por aquellas inmediaciones. Sobre la orilla opuesta del Tweed pueden verse aún los restos de los antiguos cercados que rodean sicomoros y fresnos gigantescos, en lo que en otros tiempos fueron las tierras de cultivo de aquel pueblo, reducido hoy a la más mínima expresión, pues solo consta de una humilde choza, en la que habita un pescador, que es al mismo tiempo guarda de una barcaza. Todo el que visita aquellos parajes encuentra vestigios de las casas y hasta de la iglesia que existió en época remota y que sus habitantes fueron abandonando poco a poco para instalarse en Galashiels, ciudad situada a dos millas de distancia y que tenía cierto renombre. Algunas viejas supersticiones atribuyen la existencia, en aquellos bosques, de seres fantásticos, y durante mucho tiempo creyose que el cementerio ruinoso y abandonado de Boldside, era frecuentado por las hadas. Realmente, el ancho y profundo lecho de Tweed, que iluminado por los pálidos rayos de la luna, se desliza entre seculares árboles que fueron plantados en los orígenes de aquel pueblo para sombrear los campos, y que en la actualidad parecen esparcidos bosquecillos, da un aspecto tan encantador al paraje, que no puede sorprender que Oberón y la reina Mab la escogieron para celebrar en él sus fiestas nocturnas.



Walter Scott

El Monasterio

ePub r1.0
Titivillus 08.01.17

Título original: *The Monastery*
Walter Scott, 1820
Traducción: F. Cabañas Ventura

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PRÓLOGO

En el otoño de 1777, la señora Cockburn, prima hermana de la madre de Walter Scott, pasó una velada en casa de los Scott. Al día siguiente escribía al cura de su parroquia:

«… Anoche cené con los Scott. Tienen un hijo que es el genio más extraordinario que he visto en mi vida. Cuando llegué, estaba leyéndole un poema a su mamá. No le dejé que interrumpiera la lectura; se trataba del naufragio de un barco. Su ímpetu arreciaba con la tempestad. Apartaba los ojos del papel, levantaba la mano: "¡Ahí cae el mástil! —dice— ¡lo arrancó de cuajo!, ¡están perdidos!". Calmada su fogosidad, se vuelve hacia mí. "Es demasiado triste —dice—, será mejor que lea algo más entretenido"».

«Preferí darle un poco de conversación, y le pedí su opinión sobre las obras de Milton y otros libros que el pequeñuelo estaba leyendo. Supo responder magníficamente. ¿Y sabe usted qué se le dio por preguntarme? Pues: "¡qué raro, ¿no?, que Adán, que acababa de llegar al mundo, lo supiera ya todo!…". Cuando lo llevaron a acostar, ya tarde, le dijo a su tía que esa señora le gustaba. "¿Qué señora?" —dice ella—. "¿Quién ha de ser?, la señora Cockburn: creo que es una *virtuosa* como yo". "Querido Walter —exclama la tía Jenny— ¿qué es eso de virtuosa?". "¿Cómo, no lo sabe? ¡Pues es alguien que no se queda satisfecho hasta saberlo todo!"».

Y aquí Mrs. Cockburn llega al punto culminante de su carta: «¿Qué edad cree usted, padre, que tiene este chico? Imagíneselo ya, antes que yo se lo diga. ¿Catorce? ¿Doce? Pues no, señor. ¡No tiene ni siquiera seis años!».

El pequeño «virtuoso» de seis años tenía una mente prodigiosa, un cuerpo vigoroso y una pierna coja. A los ocho meses de edad había sufrido un ataque de parálisis infantil, y una de sus piernas había quedado lisiada para toda la vida; pero el resto de él, repitiendo sus propias palabras, era «sano, animoso y recio».

Aprendió a caminar, a cabalgar, y hasta a correr a la par del más pintado.

Descendía por línea paterna y materna de sangre «noble». Esa nobleza era para él motivo de orgullo, pero no de arrogancia. Fue a lo largo de toda su vida un caballero entre caballeros. «Sir Walter Scott le habla a uno —decía un obrero años después— como si fuera de su misma sangre».

Fue, desde la infancia, «incansable como el remolino». Siempre estaba haciendo o diciendo alguna cosa. Tenía una memoria que semejaba un papel secante: absorbía todo lo que oía o leía. Se paseaba por la casa recitando —o digamos *gritando*— poesías. Nadie era capaz de hacerse oír estando él presente. El cura de la parroquia decía de él: «Más valiera hablar en la boca de un cañón que donde está ese chico».

Un «diablillo porfiado», con un voraz apetito de saber. Cuando comenzó a ir a la escuela —a los ocho años— se sabía casi de memoria a Shakespeare y Homero, pero no sabía nada de aritmética. El maestro le hizo sentar al final de la clase, entre los

alumnos más torpes.

Al principio los condiscípulos le hicieron a un lado a causa de su cojera. «No vale la pena perder el tiempo con un lisiado». Los desafió a uno tras otro, y más de una vez salió con las narices sangrando, pero al fin logró que lo respetasen.

Y le admirasen. Pues se enteraron de que sabía relatar cuentos. «¡Y qué cuentos, señores!». Del monte y del llano escocés, y de las «sangrientas refriegas» entre montañeses y llaneros, en la tierra de nadie de la frontera.

Lectura, peleas y relatos, pero también encontraba tiempo para la aritmética; y a los dos años era el mejor de la clase. Dos años más y estaba en condiciones de matricularse para la escuela secundaria.

Mas he aquí que una seria enfermedad interrumpió sus estudios y casi acabó con su vida; la rotura de un vaso sanguíneo de los intestinos. Siguieron semanas de agonía, meses de convalecencia… y al fin pudo reanudar su educación. Comenzó los estudios secundarios con la intención de prepararse para seguir la carrera del padre: Derecho. Walter Scott hubiera preferido mil veces el cuartel al bufete, pero la carrera militar no es para lisiados.

Se graduó, pues, en Derecho, y resignose a copiar documentos legales en la oficina de su padre.

Su mente seguía, empero, vagando por el ancho mundo, y su corazón estaba henchido de música marcial. Tanto, que se alistó a un tiempo como voluntario en el cuerpo de caballería, y tomó parte en los adiestramientos diarios. A causa de su defecto físico, debieron darle de baja. De vuelta, pues, al bufete y a la aventuras de la fantasía.

Empezó a escribir poesías, emulando a «mi conterráneo, Roberto Burns». El padre hizo lo posible por disuadirlo. «Esos estériles vuelos de tu fantasía no te traerán provecho, ni te conducirán a ninguna parte». Pero Scott no se dio por vencido. Uno de sus deberes en el aprendizaje que realizaba junto a su padre, era el de viajar por las *Highlands* (tierras altas) para recaudar los arrendamientos de las propiedades que aquel administraba. Menudeaban en sus andanzas los encuentros con tipos raros e interesantes, de quienes el joven Scott oía relatos y leyendas encantadores. ¡Él mismo no les iba en zaga en eso de contar historias! ¡Y con qué atención sabía escuchar! «¡Vaya si tenía humor aquel mozo! —observaba uno de los montañeses—. Decía diez palabras y ya nos tenía celebrándolas con risas, carcajadas o alguna canción».

En esas «correrías de recaudador por las *Highlands*», fue enriqueciéndose la poesía de Walter Scott, y más tarde sus novelas de la serie de *Waverley*.

Se enamoró de una joven que no quiso casarse con él, y se casó con una que no quiso amarle. Pero esta admiraba en él la fortaleza de carácter, la alegría de espíritu y el superior talento. Agració al matrimonio un afecto perdurable aunque no demasiado ardiente; justamente el clima templado necesario al sano desenvolvimiento de su numen.

Él mismo calificaba a su genio de «simple talento de escritorzuelo». Borroneó unos poemas en dialecto escocés e hizo varias traducciones del alemán. Aunque había cumplido veintiocho años no alentaba la menor ambición de una carrera literaria, y a la sazón concordaba con la opinión del padre cuando este le decía que «no se come con los vuelos de la fantasía». Para él, escribir era «la vocación de las horas libres de un abogado». Estaba decidido a no abandonar el bufete. Con el cargo de *Sheriff* (oficial de justicia) de Selkirkshire, pudo disponer de un buen estipendio y de mucho tiempo libre, tiempo que le permitía atender a su práctica profesional en la curia.

Y tenía no escasas horas para su ocupación predilecta. Durante años enteros había estado coleccionando antiguas baladas de la frontera escocesa. Reunió la colección y preparó su publicación; no, empero, para galardón de su nombre, sino con el fin de socorrer a su antiguo compañero de escuela, el impresor Jaime Ballantyne. A este le escaseaba el trabajo en su taller de imprenta, y Scott ofreció las *Border Ballads* a un editor con la sola condición de que la impresión se hiciera en el taller gráfico de Ballantyne.

The Minstrelsy of the Scottish Border (Canciones de la frontera escocesa) —que así se titulaba la colección— no fue un éxito económico, ni Scott esperaba que lo fuese. «Mis aspiraciones literarias —escribía— son para mí asunto de esparcimiento más que de ganancias».

Ni esperaba que su primer poema original, *El canto del último bardo*, resultara un éxito financiero. Mas lo fue, con gran sorpresa suya. La estrella de su destino no apuntaba hacia la carrera de las leyes, sino hacia la literatura. Y sin embargo, aún ahora —cumplidos los treinta y cuatro años— estaba lejos de sospechar su verdadera vocación. «En cuanto a mi apego a la literatura —escribía a la sazón—, por no renunciar a él sacrifico buenas posibilidades de bienestar material y honores profesionales». Ansiaba sobre todo convertirse en el más insignificante entre los juristas escoceses; le produjo, pues, gran desencanto el verse convertido en el escritor escocés de mayor significación.

Y los escoceses de su tiempo lo estimaban por los mismos valores que él más apreciaba en sí mismo. «Encontraba un hogar —solía expresar— en cada casa de aldeanos, no porque fuera el Gran Poeta del Norte, sino porque era el *sheriff* de Selkirkshire». Y si hubierais pedido a sus contemporáneos que analizaran sus sentimientos, les habríais oído decir que no era a Walter Scott *sheriff* a quien adoraban, sino al Walter Scott *hombre*. ¡Era tan amable, espontáneo y modesto, tan lleno de anécdotas, tan despojado de toda pedantería, tan sinceramente afecto a sus amigos!… Era deliciosamente humano en sus errores, lo mismo que en sus virtudes. «Verá que soy —escribía a uno de sus lectores— semiabogado de cabeza de chorlito y un semideportista, en cuya cabeza ha estado ejercitándose un regimiento de caballos desde que contaba cinco años; un semieducado, o semichiflado, como me llaman a veces mis amigos; un poco de todo, pero enteramente su muy afecto y fiel servidor».

«Enteramente… su servidor». Era esa la tónica de su carácter.

Walter Scott era generoso, pero no por ello menos precavido. Ansioso de asegurar el bienestar de su familia, que contaba ya con cuatro vástagos, invirtió sus ahorros en la imprenta de Ballantyne.

Se convirtió así en socio en un negocio que hubiese podido tener éxito de no ser por dos factores: la incapacidad de Ballantyne para apreciar toda una situación comercial y la de Scott por «calar» a Ballantyne. Por varios años el negocio fue arrastrándose penosamente, mientras Scott no dejaba de invertir allí más y más de su renta. Marchaba derechamente a un descalabro, pero tardó mucho tiempo en advertirlo.

Mientras tanto, atendía a su clientela, que le proporcionaba una renta *escasa*, y continuaba escribiendo por pasatiempo versos, que le aseguraban un ingreso *apreciable*. Escribió *Marmion*, *La dama del lago* (Lady of the Lake) y otros poemas breves. Encogíase de hombros ante sus triunfos literarios y acogía los fracasos con una sonrisa. Cierta vez, que le hablaban de una crítica adversa de *La dama del lago*, prorrumpió en una jovial carcajada… pues la crítica era de su propia hija Sofía, una jovencita de trece años. Ballantyne, al encontrarse con Sofía en la biblioteca de Scott, poco después de publicarse la *Dama*, preguntó a la niña qué le había parecido el poema. «Me respondió con toda naturalidad —referíale Ballantyne a Walter Scott—: “Oh, no lo he leído. Papá dice que nada daña tanto a la gente joven como leer mala poesía”».

A pesar de ello, la poesía de Scott, aunque estaba lejos de ser perfecta, no lo estaba menos de ser mala. La prueba del pastel está en el comerlo; y para apreciar un bocado sabroso no hace falta ser *gourmet*. Un día Scott quiso probar en un aldeano amigo, que, aunque apasionado cazador, poco sabía de libros, el efecto que producía el Primer Canto de *La dama del lago* —«la caza del ciervo»—. «Con la mano en la frente —escribe Scott— escuchó con gran atención el relato de la caza del ciervo, hasta que los perros se arrojan al lago para seguir a su amo… allí se levantó lanzando una exclamación, golpeó el puño en la mesa y dijo con voz de censura, cual cuadraba a la ocasión, que los perros quedarían estropeados para siempre al tomar aquella mojadura después de tan prolongada carrera».

Para ese aldeano sin educación literaria así como para el lector ilustrado, vibraba en el poema la cuerda de la vida; y hasta el día de hoy, a pesar del sonsonete y algunos pasajes algo difusos, *La dama del lago* sigue siendo vibrante y vivida.

El éxito del poema fue mayor por lo inesperado. No solo enriqueció al autor, sino a los posaderos, cocheros, mozos de cuadra y ganapanes de los alrededores de Loch Katrine, pues de todos los rincones de Gran Bretaña, y hasta del continente, «la gente se ponía en marcha para admirar el paisaje que había servido de escenario al poema, famoso ya, del Mago del Norte…,y cada casa y posada de la vecindad estaba atestada de visitantes que se sucedían sin interrupción».

Loch Katrine acababa de transformarse en un santuario, y el poema en evangelio y en grito de batalla. En 1811, el capitán de una compañía que luchaba en España a las órdenes de Wellington leía a sus soldados, en voz alta, la descripción de la batalla del Canto VI. Los soldados, cuerpo a tierra, escuchaban la inspiradora poesía, mientras las balas de la artillería francesa pasaban silbando por encima de sus cabezas. Atención silente y extática apenas interrumpida por un alegre ¡Viva!, cada vez que alguna granada francesa hacía impacto en el terraplén que les servía de defensa…

La venta del poema aumentaba con cada edición. Los derechos de autor permitiéronle a Scott realizar el sueño de toda su vida: construirse una casa de campo. Y ahora, establecido en las riberas del Tweed, «el señor de Abbotsford» tenía las puertas de su casa y el corazón, abiertos a «todo el vecindario, desde el duque al aldeano». Cuando los amigos le prevenían contra tanta liberalidad, él les aseguraba que todos los visitantes «pagaban su escote, de un modo u otro». Porque cada uno, por más humilde que fuera, le llevaba el más preciado de los regalos: un nuevo amigo. Aceptaba complacido la amistad como medio de pago de su hospitalidad.

«Voy encaneciendo —escribía a un amigo—, pero no siento que la nieve me haya entibiado el cerebro ni el corazón». Al contrario, lejos de *entibiarle* el cerebro y el corazón, los años habían de *encenderle* nuevas luces en la imaginación. Después de haber compuesto poesías hasta sus años maduros, no había logrado más que calificarse como bardo de mediana jerarquía. Ahora se dedicaría a la *prosa*, para convertirse en *poeta* de primer orden.

Años antes había tratado por un par de veces de escribir prosa novelada, pero la había abandonado por considerarla superior a sus aptitudes. En 1805, había remitido siete capítulos de su *Waverley* a un crítico amigo, William Erskine. «Tíralos —habíale aconsejado este, lisa y llanamente—. Estos capítulos te dicen con toda elocuencia que la novela no es tu género». Scott no tiró aquellos capítulos, pero no pensó más en ellos, hasta que en 1813 volvió a encontrarlos, mientras buscaba unos avíos de pescar, en una vieja escribanía arrumbada en un desván. Volvió a leer el principio de la novela y decidiose a terminarla, «por el gusto de hacerlo».

Y así, sin sospecharlo, Walter Scott tomó posesión de una mina de oro.

Pero aun después de haberse dado cuenta del valor *práctico* de sus novelas, dudaba del valor *artístico* de ellas.

Las publicó sin poner su nombre al frente; porque, según confesó hacia el fin de sus días, creyó indigno de un *sheriff* el escribir novelas. Escribía sus manuscritos a escondidas, como si se entregara a algún vicio vergonzoso que a toda costa debía ocultar. Una vez terminadas, «les daba suelta libre —para usar sus propias palabras— y dejaba que el viento las llevara donde quisiera».

Y el viento, que recibía los valiosos cargamentos de sus novelas, le devolvía ráfagas no menos valiosas de oro y gloria. Gloria impersonal. Algún crítico sagaz se

atrevía de tarde en tarde a mencionar a Scott como autor de las novelas. Cuando María Edgeworth acabó de leer *Waverley*, dirigió una carta al «autor desconocido —*aut Scotus aut Diabolus*» (o Scott o el Diablo)—. Pero Scott ni negó ni confirmó su relación con el libro. Una vez, sentado a la mesa del Príncipe Regente de Inglaterra, pidió este «un brindis… por el autor de *Waverley*», dirigiendo una mirada significativa a Scott, quien llenó su copa hasta el borde y dijo: «Su Alteza Real me mira como si yo pudiera tener algún derecho al honor del brindis. No abrigo tal pretensión, pero tendré buen cuidado de que el verdadero Simón Pure oiga los gratos cumplidos que acaban de serle dispensados».

El dinero que le producían sus libros, entraba a torrentes en su caja, pero Scott desviaba esos torrentes hacia el pozo sin fondo de la imprenta de Ballantyne, sin reparar ni una vez en el hecho de que el negocio iba de mal en peor. Compró más tierras, se metió en una maraña de hipotecas, agasajaba a gran número de visitantes en los prados de su residencia, daba comidas y bailes a los lugareños, vagaba (a pesar de su cojera) a través de calles y colinas, participaba en las partidas de caza, creaba («¿De dónde, ¡en nombre del cielo!, sacaba tiempo para tanto?»), se regodeaba con sus títulos nobiliarios (inclusive una baronía), casó a sus hijos, escribió más novelas, ganó más dinero, interesose más aún en los desastrosos negocios de Ballantyne… y, al fin, el desastre. ¡Ballantyne se declaró en quiebra, y todos los bienes de Scott se esfumaron de la noche a la mañana!

El golpe fue tan repentino como trágico, pero transformó a Scott, de un buen hombre, en un gran hombre. En adelante, había de ser el protagonista de una historia más subyugante que cualquiera de las que había escrito. Sus deudas, como resultado de la quiebra de Ballantyne, ascendían a 117 000 libras. Sus amigos le aconsejaron que se declarase a su vez en quiebra. Pero Scott, que como abogado había aconsejado ese recurso a muchos de sus clientes, rehusó resueltamente aprovecharse de tal refugio legal. «Nadie —decía— habrá de perder un solo centavo por culpa mía». Cuando los de su familia trataban de compadecerle, los echaba de su estudio. «Detesto los ojos enrojecidos y ese sonar de narices». Se puso a trabajar estoicamente hasta saldar el último céntimo de la deuda. Se convirtió en máquina viviente. Cierto día en que dos jóvenes —Lockhart y Menzies— almorzaban en casa de este último, Lockhart vio que su amigo miraba molesto a través de la ventana.

—¿Qué te ocurre —preguntóle Lockhart— no te sientes bien?

—No —replicó Menzies—, pero me sentiría mejor si me dejaras sentar en tu lugar… veo desde aquí una maldita mano… La estoy observando desde que nos sentamos a la mesa… me hechiza los ojos… no se detiene un instante… llena cuartilla tras cuartilla, que va echando a un montón; supongo que así habrá de seguir hasta que le traigan las velas… y Dios sabe hasta cuándo… Todas las noches ocurre lo mismo… Será algún pasante estúpido, entusiasmado con su trabajo…

No, señor, no era un pasante estúpido, sino Walter Scott que estaba pagando sus deudas.

El exceso de trabajo lo postró, pero supo hacer frente al mal como un estoico. «Es de valientes el sufrir y seguir trabajando». Cuando no podía levantarse de la cama, dictaba acostado, y había momentos en que rechinaba los dientes de dolor; pero desaparecido el acceso proseguía el dictado. Murió su mujer. «La soledad es terrible…», pero no cejaba en su trabajo. Escribía novelas, poemas, biografías. Liquidó una cuarta parte de la deuda… la mitad… tres cuartas partes. Bajo la tensión del esfuerzo su mente sucumbió como lo había hecho el cuerpo. Cayó en el error de creer que había saldado la deuda… ¡piadosa ilusión! En uno de sus momentos más lúcidos describió a un hombre enfermo —el personaje de una de sus novelas—. Era en realidad el retrato de sí mismo: «El sillón cubierto de almohadones, los miembros tullidos envueltos en franelas, la holgada bata y el gorro de dormir, hablaban de enfermedad; pero los ojos sin brillo, que antaño llameaban de vida, los labios balbucientes, que antes al distenderse y contraerse daban tanta personalidad a su animado semblante —la lengua torpe, de la que otrora saliera fluido torrente de palabras de varonil elocuencia y que tantas veces habíase impuesto a opiniones eruditas—, eran síntomas todos de que mi amigo había caído en el melancólico estado de aquellos en quienes el principio de la vida animal ha sobrevivido al de la inteligencia…».

Sin embargo, en los intervalos de su calvario, la imaginación de Scott se elevaba hasta dar cima a otra novela —*Roberto de París*—. Y luego, el descanso. «El arado está llegando al cabo del surco».

Sus amigos le enviaron a realizar un crucero por el Mediterráneo, en una fragata gentilmente cedida por el Almirantazgo. Entre quienes fueron a despedirle había lores y nobles damas, además de un «hombre oscuro», a quien Scott admiraba más que a todos: Guillermo Wordsworth. A bordo comenzó dos novelas más, pues en la penumbra de su amnesia había lumbraradas de actividad. «Hay algo que *debo* hacer antes de morir». Al recibir la noticia de la muerte de Goethe, rogó al capitán que pusiera fin al crucero. «Al menos Goethe ha muerto en su lecho. Volvamos a Abbotsford».

Arribó el 11 de julio de 1832. Impedido casi de andar, pidió que le sentaran al escritorio. «Ahora dame la pluma. Quiero estar solo un momento». Mas cuando su hija le puso la pluma en la mano, él no atinó a cerrar los dedos.

Le metieron en cama. Fue apagándose lentamente, y a los dos meses cerró los ojos, con sublime expresión de serenidad. «Ningún escultor ha modelado jamás una figura en reposo más majestuosa».

¿Cómo no había de reflejar serenidad su rostro? Scott había saldado su deuda con el Acreedor del Cielo.

Henry Thomas.

INTRODUCCIÓN

Las famosas ruinas de Melrose, próximas a la residencia del autor, son el lugar en que se desarrolla la acción de esta novela, circunstancia que parece inexplicable, si se tiene en cuenta que empleó toda su habilidad en alejar de su país nativo a los personajes y las escenas de *Ivanhoe*.

Este cambio de sistema es hijo de sus recuerdos, por lo que juzga innecesario acudir al pasado para averiguar un hecho que no tiene importancia alguna.

Creyendo que el choque de ideas entre dos antagonistas del mismo género, dotado cada cual de pasiones y prejuicios particulares, podría dar interés a una narración, ha reunido en ese siglo pendenciero y turbulento a dos personajes que, considerando la Reforma desde diferente punto de vista, se dedican con la misma sinceridad e igual entusiasmo al sostenimiento de la Iglesia católica el uno, y a la defensa de las nuevas doctrinas religiosas el otro.

En esta idea, pues, está inspirado *El Monasterio*.

Melrose ocupa una posición muy a propósito al fin que el autor se proponía, pues sus mismas ruinas son un magnífico teatro para la representación de cualesquiera clase de incidentes trágicos. Además, un hermoso río, en el que desembocan numerosos riachuelos que riegan una región en que se han librado batallas sangrientas que la hacen inolvidable, deslizase, caudaloso y fecundante, por aquellas inmediaciones.

Sobre la orilla opuesta del Tweed pueden verse aún los restos de los antiguos cercados que rodean sicómoros y fresnos gigantescos, en lo que en otros tiempos fueron las tierras de cultivo de aquel pueblo, reducido hoy a la más mínima expresión, pues solo consta de una humilde choza, en la que habita un pescador, que es al mismo tiempo guarda de una barcaza.

Todo el que visita aquellos parajes encuentra vestigios de las casas y hasta de la iglesia que existió en época remota y que sus habitantes fueron abandonando poco a poco para instalarse en Galashiels, ciudad situada a dos millas de distancia y que tenía cierto renombre.

Algunas viejas supersticiones atribuyen la existencia, en aquellos bosques, de seres fantásticos, y durante mucho tiempo creyóse que el cementerio ruinoso y abandonado de Boldside, era frecuentado por las hadas.

Realmente, el ancho y profundo lecho de Tweed, que iluminado por los pálidos rayos de la luna, se desliza entre seculares árboles que fueron plantados en los orígenes de aquel pueblo para sombrear los campos, y que en la actualidad parecen esparcidos bosquecillos, da un aspecto tan encantador al paraje, que no puede sorprender que Oberón y la reina Mab lo escogieron para celebrar en él sus fiestas nocturnas.

En ciertas noches, hay tantos perfumes en el ambiente, tan melancólica luz en el espacio, y tan sublime poesía en todos aquellos parajes, que puede creerse, con el

poeta Chaucer:

que allí viven complacidas,
haciendo sonar sus flautas,
y dando alegres conciertos
constantemente, las hadas.

Si hemos de dar crédito a la tradición, las hadas habitan con preferencia el valle del río Alien, que desemboca en el Tweed un cuarto de milla más abajo del puente actual.

El Alien pasa por detrás de los terrenos de caza de lord Sommerville, *el Pabellón*, a cuya circunstancia debe el valle su nombre vulgar de Fairy Dean, o más bien Nameless Dean, a causa de la desgracia que se supone amenaza a todo el que menciona la raza denominada por nuestros padres *las buenas vecinas*, y a los habitantes de las montañas *Daoine Shie*.

Habiéndose encontrado en el valle, después de una crecida de las aguas, pequeños pedazos de materias calcáreas que afectan en cierto modo la forma de vasos, platos y otros utensilios, nadie duda de la presencia de las hadas en aquellos parajes, a cuyos seres fantásticos se atribuyen dichos objetos, que solo deben su forma al roce continuo de las aguas.

Además de estas creencias, propias de una localidad romántica, circundada por un lago, existe la de que el espíritu de las aguas se eleva al espacio y hace temblar con sus bramidos a las colinas vecinas.

Aunque no sean las cercanías de Melrose tan pintorescas como otros parajes de Escocia, están unidas a tantos recuerdos, se asocian a tantas fantasmagorías, que a cualquiera podría sugerirle la idea de convertirlas en teatro de las escenas ideales que con los atractivos de la realidad ha descrito el autor de esta novela, quien, por añadidura, tiene gran apego a aquel puñado de tierra.

Pero, aunque Melrose se parezca a Kennaquhair y existan algunos de los lugares descritos en *El Monasterio*, como el puente y la esclusa del molino, todos los demás detalles de la obra son completamente imaginarios.

El autor no se propuso copiar el natural, sino solamente trazar un cuadro, algunos de cuyos rasgos han sido tomados de una escena familiar.

La semejanza, pues, del ideal Glendearg con el valle de Alien está muy lejos de ser exacta, aunque se haya pretendido identificar uno con otro, cosa que parecerá evidente a cuantos conocen el valle de referencia o hayan leído la descripción de Glendearg. En este último, el riachuelo bordea un valle romántico, poco extenso y que se desliza en zigzag sin atravesar ningún terreno de cultivo. Nace cerca de una torre solitaria, residencia de un supuesto súbdito de la iglesia, y en el que se desarrollan muchos incidentes de la novela.

El verdadero Alien, por lo contrario, atraviesa los barrancos llamados Nameless

Dean, en donde, saltando de roca en roca, ofrece alguna semejanza con el riachuelo que pasa por bajo de Glendearg, pero que, después, llega a un lugar más accesible, y en cuyas orillas hay numerosos terrenos laborales que no abandonan los activos agricultores de aquella región. Además, el Alien nace junto a las ruinas de las casas de los habitantes de las fronteras (*borderers*), a quienes el deseo de prestarse ayuda mutua, en tiempos de disturbios, hizo agruparse.

Estas ruinas, situadas cinco millas más arriba de la confluencia del Allen con el Tweed, son tres: la primera es la mansión ruinosa de Hillslap, de que fueron, no hace mucho, propietarios los Cairncrosses, y que actualmente pertenece a míster Innes de Stow; la segunda es la torre de Colmslie, antiguo patrimonio de la familia de los Borthwick, cuyo escudo heráldico existe aún entre los escombros; y la tercera es la casa de Langshaw, en la que la acción demoledora del tiempo ha ocasionado los mismos estragos.

Al lado de la derruida casa de Langshaw ha construido mister Baillie de Jerviswood y Mellerstain un pequeño edificio donde celebra sus reuniones cinegéticas.

De estas ruinas, extrañamente aglomeradas en un paraje tan solitario, se conservan numerosos recuerdos y tradiciones, ninguno de los cuales tiene la más pequeña semejanza con el asunto de la novela; pero, como el autor no ha podido equivocarse en cuanto se refiere a cosas que pudieron ser objeto de uno de sus paseos matinales, debe deducirse que la relación no ha sido inventada.

El carácter singular de sus últimos habitantes (dos o tres ancianas bastante parecidas a miss Raylands, personaje de *La vieja casa solariega*, aunque menos influyentes por su nacimiento y fortuna) es la causa de que se cite a Hillslap.

Colmslie ha sido celebrado en una canción que dice:

Álzase Colmslie
sobre la cumbre
de una montaña
del mismo nombre;
su pie lamiendo
las aguas corren;
homo y molino
marchan acordes,
pero los Whippers
van disconformes.

Langshaw es la más espaciosa de las casas solariegas reunidas en la meseta del ideal Glendearg, y la única particularidad que ofrece es la inscripción que su actual propietario ha colocado en el frontis de su casita de caza: *Utinam hanc etiam viris impleam amicis!* (¡Ojalá la llene de amigos verdaderos!). Es un deseo muy legítimo y

que merece ver realizado el *gentleman* que lo ha expresado tan modestamente.

Algo más hubiera podido decir de las ruinosas viviendas situadas en la cumbre del valle; pero es inútil agregar nada para demostrar que no tienen la menor relación con la morada solitaria de la señora Elspeth Glendinning.

Detrás de esas ruinas vense vestigios de bosques y vastos pantanos; pero ningún investigador debe perder el tiempo buscando la fuente y el bosque de la Dama Blanca.

Antes de poner término a este asunto, debo agregar que jamás vi ni oí hablar en Melrose ni en sus cercanías a nadie que se parezca al capitán Clutterbuck, editor imaginario de *El Monasterio*, a quien se le ha adjudicado un carácter como hay muchos en la sociedad actual.

Un hombre que, después de haber pasado su vida ejerciendo una profesión especial, se encuentra de pronto sin ocupación alguna y completamente aburrido, decide, para distraer sus ocios solitarios, hacer investigaciones, acrecentando de este modo su importancia local.

Las ramas más fútiles y triviales de la ciencia de un anticuario son singularmente útiles y en ellas se ha refugiado más de un capitán Clutterbuck para tener una razón de vida. No ha sido, pufes, sin gran sorpresa mía, como he visto identificar al capitán anticuario con uno de mis vecinos y amigo mío; y quien haya leído la obra y lo conozca, no lo confundirá jamás con un personaje imaginario. Este error aparece consignado en un libro que se titula: *Explicaciones respecto al autor de Waverley; Noticias y Anécdotas del carácter, lugares e incidentes reales que se suponen descritos en sus obras, por Roberto Chambers*.

Como todos los trabajos de la misma índole, por mucha que sea la perspicacia del escritor encargado de explicar lo que solo otro puede saber, el del señor Chambers está plagado de errores. Los referentes a los lugares de la acción y las cosas inanimadas tienen poca importancia; pero el comentador debió haber procedido más discretamente al atribuir a personas reales los caracteres imaginarios. Creo haber leído en el *Espectador* el rasgo de un campesino, que en un ejemplar de *El completo deber del hombre*, escribía frente a cada vicio el nombre de un vecino suyo, convirtiendo de este modo la obra en un libelo.

Si el lugar de la acción estaba cerca del autor, los recuerdos de la comarca no eran menos favorables a su plan. No es un país «donde los caballos permanecían constantemente ensillados, el guerrero envainaba raras vedes su espada y la lucha era la ocupación ordinaria de los habitantes, que casi nunca estaban en paz», el que está falto de medios para complicar el relato de lo que en él se suponga ocurrido. Además, había un inconveniente para utilizar los distritos de la frontera: el autor y algunos otros lo habían recorrido ya, y, a no presentarlos desde un punto de vista completamente nuevo, se corría el riesgo de incurrir en la objeción de *Crambe bis cocta*.

Se había creído en la posibilidad de tener, en un asunto, el indispensable mérito

de la novedad, poniendo de relieve el contraste de las costumbres de los súbditos de la Iglesia con las de los barones seculares que los rodeaban; pero esta combinación era poco ventajosa, porque entre estas dos clases existen muchos punto de semejanza, para pretender oponerlas entre sí.

Quedaba la hechicería, recurso utilizado por los escritores de todos los tiempos; pero la creencia popular no admite ya la existencia de esos seres misteriosos que erraban entre los mundos visible e invisible.

Las hadas no se sientan ahora sobre el césped a la luz de la luna; las hechiceras no celebran tampoco asambleas en el valle poblado de cicuta, *y la última sombra que yo he evocado, el fantasma del cementerio, reposa también*.

El descrédito en que han caído las supersticiones particulares de Escocia, decidió al autor a recurrir a la teoría, bella, aunque ya casi dada al olvido, de los espíritus astrales, o criaturas elementales, superiores a los hombres en conocimientos y en potencialidad, pero inferiores a él en que, transcurrido un número determinado de años, quedan reducidos a la nada, puesto que no cuentan con las promesas hechas a los hijos de Adán.

Se supone que los tales espíritus son de cuatro especies diferentes, como los elementos que los originan, y en la ciencia cabalística se les da los nombres de sílfides, gnomos, salamandras y náyades, según pertenezcan al aire, al fuego, a la tierra o al agua. En una obra francesa, titulada *Entretiens du Comte de Gabalis* puede encontrar el lector detalles interesantes de esos espíritus fantásticos. El espiritual conde de la Motte Fouqué, es una de sus más felices producciones en alemán, ha obtenido un gran éxito, describiendo una ninfa de las aguas que adquiere el privilegio de la inmortalidad a cambio de ser accesible a los sentimientos humanos y unirse a un mortal, a quien luego abandona con manifiesta ingratitud.

Siguiendo este ejemplo, la Dama Blanca de Avenel ha sido colocada en las páginas siguientes, donde aparece unida a la casa de Avenel por uno de esos lazos místicos que en lo antiguo y en determinadas circunstancias se supone que existían entre los espíritus elementales y los hijos de los hombres. Tales uniones no son raras en Irlanda en las familias de origen milesiano que poseen una *banshie*; y también se mencionan en las tradiciones de los *highlanders*, quienes algunas veces tienen un espíritu puesto al servicio de las familias o de las tribus. Esos demonios, si así pueden llamarse, anuncian a las personas con quienes se relacionan su buena o mala fortuna; y, aunque hay algunos que solo intervienen en los asuntos importantes, otros como May Mollach (o la hija de brazos velludos), se inmiscuyen en los recreos de la vida, llevando su condescencia hasta dirigir la partida de damas del jefe de la casa.

No es necesario violentarse mucho para suponer la existencia de semejantes seres después de creer en la de los espíritus elementales; pero no es fácil describir o imaginar sus atributos y los principios de su acción. Shakespeare, que es gran autoridad en la materia, ha descrito a Ariel, deliciosa creación que solo se aproximaba a la humanidad lo indispensable para conocer la naturaleza de la simpatía que

mutuamente se inspiran las criaturas formadas de barro, como revela esta expresión: «Ella podría ser mía, si yo fuera un ser humano». Las consecuencias de esta idea son harto extrañas, pero susceptibles de regularizarse.

Los seres superiores al hombre por la duración de su vida, por su poder sobre los elementos y por la percepción del presente, del pasado y del porvenir, pero incapaces de sentir ninguna pasión humana y, por consiguiente, extraños a toda noción del bien y del mal, no merecen ni los premios ni los castigos futuros, y pertenecen más a la especie animal que a la humana, por lo que debe creerse que no es la razón ni el sentimiento lo que le impulsa a obrar, sino el capricho. Siendo esto así, el poder de esos espíritus solo puede ser comparado a la fuerza del elefante o a la del león, que, aunque superiores al hombre en este concepto, ocupan un lugar inferior en la escala zoológica, y las preferencias que les suponemos deben asimilarse a las que manifiesta el perro; y, por último, en los impulsos de su cólera repentina, en sus inclinaciones caprichosas y a veces maléficas, encontramos la inconstancia de los felinos. Sin embargo, la razón humana puede contener, como en efecto las contiene, estas diversas inclinaciones, y el valor de someterlas.

De conformidad con estas ideas, figura la Dama Blanca de Avenel en las páginas de esta narración como un ser fantástico, manifestando interés y amor a la familia a cuyo destino está unida, pero revelando cierta hostilidad hacia otras personas, como el sacristán y el merodeador, a quienes su vida irregular hizo merecedores de algunos castigos.

Esto no obstante, aun no atribuyéndole otro deseo que el de espantar o producir una molestia pasajera, la virtud y energía de los mortales le vencen siempre, de donde se deduce que no es otra cosa que un ser intermedio entre el espíritu trasgo que goza en engañar y atormentar a los hombres, y el hada bienhechora de Oriente, que les guía y protege constantemente.

De todos modos, por debilidad en la ejecución, o por desaprobación del público, la Dama Blanca no ha sido bien acogida por todos, confesión que hacemos, no con el propósito de sugerir al lector una opinión más favorable, sino solo para responder a la acusación de haber hecho intervenir imprudentemente en esta novela un ente que resulta inverosímil en los tiempos modernos.

Al bosquejar otro carácter, el autor de *El Monasterio* ha fracasado, precisamente allí donde había creído obtener un éxito.

Como las locuras antiguamente en moda se prestaban tanto al ridículo, creyó que podía amenizar las escenas más serias de la novela refiriendo las extravagancias de un caballero del reinado de Isabel de Inglaterra, y esto ha sido la causa de su fracaso. En todas las épocas, la prerrogativa de ocupar una elevada jerarquía social ha dependido de cierta afectación de buen tono que, unida a la vivacidad de espíritu y a alguna fuerza de carácter, dan reputación de «espíritu selecto de su siglo», cuando el favorecido no carece en absoluto de sentido común.

Los caracteres del soberano, de los cortesanos y demás personajes del siglo dan

un colorido particular a la descripción, recurso que suelen utilizar los que aspiran a ser oráculos del buen tono.

El reinado de Isabel, por ser el de una estrella, se distinguió por la exquisita corrección de sus cortesanos, y, sobre todo, por la profunda veneración que profesaban a la soberana. Reconocidas las incomparables perfecciones de la hija de Enrique VIII, el culto que a ella se tributaba hízose extensivo a las bellezas de su corte, quienes reflejaban el brillo que la reina esparcía en torno suyo. Es verdad que entonces los corteses caballeros no arriesgaban su vida ni comprometían la del prójimo en hechos de armas, solo por ridícula vanagloria o afán de notoriedad; pero, si el entusiasmo de su galantería iba raramente más allá de los campos cercados o de las barricadas, oponiéndose al choque de los caballos, y no dejando a los combatientes más que el encuentro poco peligroso de las lanzas, el lenguaje que empleaban con las damas era tan exaltado y reflejaba tanto apasionamiento como el que Amadís hubiera podido emplear para dirigirse a Oriana, antes de atacar a un dragón por amor a su princesa.

Un escritor de talento, aunque presuntuoso, ha pretendido aquilatar esa jerga romántica sometiéndola a ciertas reglas, y publica un modelo de ese género de conversación para uso de los cortesanos en un pedantesco libro titulado *Euphues and his England*; y, como en esta novela se da una ligera idea del asunto, creemos conveniente agregar algunas palabras.

La misma extravagancia del culteranismo o jerga simbólica predomina en las novelas de la Calprenède y de Scudery: novelas que regocijaron al sexo bello en Francia durante el reinado de Luis XIV, por suponer que estaban escritas en el lenguaje permitido solamente al amor y a la galantería, y que, sin embargo, fueron criticadas por Moliere y Boileau.

Esta manía introducida en las sociedades particulares llegó a ser el fondo de las conversaciones de las *Précieuses*, calificativo que se aplicaba al estilo remilgado usado en el hotel de Rambouillet, y que sugirió a Moliere el asunto de su admirable comedia *Las Preciosas Ridículas*. Sin embargo, el imperio del culteranismo no permaneció en Inglaterra mucho más allá del advenimiento de Jacobo I.

Al autor le ha lisonjeado la idea de describir, en una relación ficticia, un carácter cuya singularidad mostraba una ridiculez que en aquel tiempo era una manía general, creyendo complacer así a la generación actual, a quien agradaba conocer los hechos y costumbres de las que la han precedido; pero confiesa francamente que se ha equivocado, y que el culteranismo, lejos de constituir un carácter jovial y bien desarrollado, está condenado por falso y por absurdo.

Esta equivocación se debe en parte, a la falta de habilidad del autor, quien cree que, al declarar esto con toda franqueza, muchos lectores no llevarán más lejos sus investigaciones; pero hay que suponer a los interesados poco dispuestos a suscribir, de buena gana, esta causa final, en el caso de que no se le pueda atribuir otra. El autor, por lo contrario, se ha visto obligado a volver de su primera opinión y a

sospechar que el asunto no fue bien escogido, y que en su esencia, y no en la forma de tratarlo, radica la causa del fracaso.

Las costumbres de todo pueblo que está en su infancia son sumamente sencillas, y una generación más civilizada simpatiza pronto con ellas. No es necesario esforzarse mucho para hacer comprender, aun a los más ignorantes, los sentimientos y los discursos de los guerreros de Homero; basta, según la expresión de Lear, «despojarnos de nuestros prejuicios y olvidar toda ficción, estos ornamentos que nos ha proporcionado un sistema social artificial comparado con los suyos», para que nuestros sentimientos naturales estén de acuerdo con los del bardo de Quío y de los héroes que viven en sus versos.

Una cosa análoga puede decirse de la mayor parte de las obras de Fenimoore Cooper. Leyéndolas, simpatizamos con sus jefes indios y sus orangutanes, reconociendo en ellos a la Naturaleza, que sería nuestra guía si estuviéramos colocados en las mismas condiciones. Esto es tan cierto, que así como es muy difícil o casi imposible obligar a un salvaje, guerrero y cazador desde su juventud, a observar las reglas de buena sociedad que impone la vida civilizada, es, por lo contrario, facilísimo y corriente encontrar hombres bien educados que desean cambiar su regalona existencia por la activa del pescador o del cazador. Los placeres que más seducen a los hombres de todas las condiciones sociales, a quienes su constitución les permite ejercicios activos, son la caza y la pesca, y, en determinadas condiciones, la guerra, ocupación muy natural y necesaria al hombre salvaje de Dryden, cuyo héroe asegura que es *tan libre como el hombre primitivo cuando erraba por los bosques*.

Pero que al hombre civilizado le interesen las ocupaciones y hasta los sentimientos del salvaje, no quiere decir que los gustos y las opiniones nacionales de una época determinada deban interesar y divertir en otra. Estas extravagancias no son naturales de la raza humana, sino afectadas, y, por eso, a las generaciones sucesivas no les inspiran simpatía. Las ridiculeces de los fatuos son legítimo y constante motivo de sátira, y los críticos dramáticos pueden decimos cuántos *juegos de espíritu* se aplauden cuando la censura patentiza los absurdos; pero, cuando el ridículo ha plegado sus alas, es gastar pólvora en salvas mofarse de lo que ya ha dejado de existir, y las comedias inspiradas en estas fuentes caen tranquilamente en el olvido con la moda extravagante a que debieron su éxito; y si continúan figurando en el repertorio es por encerrar otro interés que el que se deriva de las costumbres pasadas.

Acaso esto explique por qué las comedias de Ben Jonson no agradan ya al público, y a despecho de la delicada sátira y profunda erudición que en ellas campean, han quedado relegadas a las bibliotecas de los eruditos que saben que los personajes del drama son retratos de seres reales y no imaginarios; de seres que han tenido existencia real.

Permítasenos alegar otra prueba en favor de nuestra hipótesis, acudiendo a Shakespeare, el autor que mejor ha escrito para todos los siglos. Nosotros idolatramos

su nombre, pero muchos leen sin interés las obras inspiradas en las extravagancias de una moda pasajera. El culterano don Armando, el pedante Holofernes y hasta Nym y Pistol han cesado, en general, de agradar, como los retratos cuyo parecido no puede apreciarse por haber desaparecido el original hace ya mucho tiempo. Mientras las desdichas de Romeo y Julieta conmueven nuestros corazones, Mercutio, copia exacta y perfecta de cumplido gentilhombre de la época, y que, como tal, fue aplaudido unánimemente por sus contemporáneos, despierta hoy tan poco interés, que despojado de sus agudezas y de todos sus rasgos de ingenio, solo podría conservar su lugar en escena, merced a los bellos parlamentos en que describe los sueños (parlamentos que no son privativos de ningún período particular) y porque ese papel es indispensable para el desarrollo del drama.

Quizás hayamos dado demasiada extensión a este punto, cuyo objeto único ha sido probar que la intervención de un *humorista* que procede como sir Piercie Shafton, bajo la influencia de una extravagancia que dejó de estar en moda, es más propia para excitar repugnancia que para proporcionar distracción y divertimiento. Y, por consecuencia de esta teoría, o por falta de habilidad del autor, la formidable objeción de *incredulus odi* ha sido aplicada al culterano y a la Dama Blanca de Avenel. El uno ha sido declarado ideal y el otro abandonado como imposible.

Finalmente, en la novela hay poco que pueda atenuar el error cometido respecto a estos dos puntos principales; los incidentes se acumulan sin orden y sin arte; en la fábula hay pocas escenas que interesen grandemente, y el desenlace es provocado por transacciones políticas débilmente enlazadas a la acción principal, y en las que el lector ha de fijar su pensamiento.

Si esto no constituye una falta grave, es, por lo menos, un gran defecto de esta novela; pero no solamente el ejemplo de algunos novelistas famosos, sino el curso ordinario de la misma vida, podrían justificar el procedimiento seguido en esta narración.

Rara vez el círculo de personas que rodean a uno al venir al mundo es el mismo en que se decide su destino; por el contrario, sus relaciones, a medida que avanza en su carrera, van siendo diferentes de las que tenía cuando comenzó su viaje terrenal: unos, entre sus primeros compañeros, fueron dejados atrás por él; otros se extraviaron o se murieron en el camino. Esta comparación trivial puede presentarse también de otro modo: los numerosos barcos que surcan los mares, se esfuerzan en seguir la dirección que les está asignada, y, sin embargo, todos sufren las influencias de los vientos y las mareas, más que las de sus propias maniobras… Lo mismo ocurre en el mundo, cuando la prudencia humana cree haber previsto todo: cualquier conmoción general, o simplemente especial de su país, trastorna los mejores planes del individuo, como la sutil tela de la araña es rota por el choque fortuito de un ser más fuerte que el débil insecto.

Considerando la vida desde este punto de vista, se han escrito muchas novelas cuyos personajes pasan por una serie de peripecias en las que intervienen una

multitud de agentes, que, en su mayoría, no influyen en el desarrollo de la obra, como ocurre en *Gil Blas, Roderick Random* y en otras muchas de la misma índole, en las que el protagonista figura en diferentes situaciones y aventuras variadas, de las que solo ha sido testigo.

Aunque esta serie de hechos aislados está dentro del orden natural, al novelista se le exigen más que una simple imitación de la realidad, de igual suerte que exigimos a un hábil jardinero que disponga en forma de macizos o arriates las flores que la Naturaleza dispersa caprichosamente sobre los valles y las colinas. Fielding, en muchas de sus obras, y con especialidad en *Tom Jones*, que es la más notable, nos ha dejado el modelo de una novela, cuyas partes se relacionan y enlazan, y en la que nada ocurre ni ningún personaje precipita la catástrofe.

Exigir otro tanto de cuantos siguen los pasos de dicho ilustre escritor, sería impedir el libre ejercicio de novelar. De este género de literatura es del que preferentemente puede decirse: *Todo es permitido, menos aburrir al lector*. Así como no es menos cierto que cuanto mejor combinada y con más precisión y talento se desarrolla la acción, el desenlace será más natural y feliz y la obra resultará más perfecta. Ningún autor puede olvidar esto sin incurrir en una grave falta, digna de censura.

El Monasterio es campo abonado para la crítica: la intriga, que no interesa por sí misma, ni está muy bien detallada, se desarrolla por la cesación de las hostilidades entre Inglaterra y Escocia y por la brusca interrupción de la tregua. Cierto que tales hechos han debido ser narrados más de una vez; pero este recurso ha sido condenado siempre como medio poco ajustado a las reglas del arte y poco inteligible para el común de los lectores.

Sin embargo, *El Monasterio* no está desprovisto de cierto interés, a juzgar por el número de ejemplares que hay en circulación; y aun sus mismo defectos están en un todo conformes con la marcha que siempre se ha seguido en semejante materia, pues, si es raro conseguir una reputación literaria con un solo esfuerzo, es más raro aún perderla por un solo error.

También el autor ha tenido sus días de gloria y puede consolarse recordando el estribillo de una antigua canción escocesa, que dice:

«Si la broma no te agrada,
volveremos a empezar».

Abbotsford 1.º noviembre de 1830.

EPÍSTOLA

QUE CLUTTERBUCK, CAPITÁN DEL REGIMIENTO* * * DE INFANTERÍA DIRIGE AL AUTOR DE «WAVERLEY». Y QUE PUEDE SERVIR DE INTRODUCCIÓN

Señor: Aunque no tengo el honor de conoceros personalmente, me interesan mucho vuestras obras y deseo que continúe escribiendo. No es que me agraden mucho las ficciones, ni que me conmuevan de un modo extraordinario vuestras escenas dramáticas, ni que me diviertan las cómicas, sino todo lo contrario: la última entrevista de Mac-Ivor con su hermana me hizo bostezar y me dormí como un tronco, mientras nuestro maestro de escuela nos leía las bromas de Dandie Dinmont. Como podéis ver, señor, no trato de adularos, y si las páginas que os envío no tienen valor alguno, tampoco pretendo acrecentar su mérito llenándoos de elogios, como el cocinero que quiere hacernos tragar un pescado podrido sazonándolo con una salsa de manteca rancia. Lo que más me agrada de vos es la claridad con que describís las antigüedades nacionales; estudio que he empezado algo tarde, pero al que me he entregado con gran ardor porque es el único que tiene para mí algún atractivo.

Pero, antes de referir la historia de mi manuscrito, debo referiros la mía. No ocupará tres volúmenes; y, como acostumbráis cada capítulo de vuestros libros en prosa con algunos versos de otros autores, seguiré vuestro ejemplo citando una estrofa que se me puede aplicar, y que copio de un ejemplar que de la obra de Burns posee nuestro maestro de escuela. El poeta la compuso para el capitán Grose, sabio anticuario, que se os pareciera en la ligereza con que hablaba de sus investigaciones.

Dice así:

«Fue un valiente militar,
según la vulgar creencia,
que combatió, a la vanguardia
del ejército, en la guerra;
de pronto envainó la espada,
cansado ya de pendencias,
y se ha metido a anticuario,
en cuyo oficio progresa».

Nunca he sabido por qué escogí una profesión ni lo que me impulsó a ingresar en el cuerpo de tiradores escoceses, cuando mis tutores y administradores deseaban que fuera *aprendiz* en el despacho de David Stiles, procurador de Edimburgo.

No me entusiasmaba la milicia, ni fui nunca pendenciero, ni los hechos heroicos de la historia de los héroes me interesaban mucho. En cuanto a valor, solo tenía, según he descubierto después, el indispensable; no tardé en advertir que, en un combate, es más peligroso huir que hacer frente al enemigo, y, como no tenía otro

medio de villa que mi empleo, no quería exponerme a perderlo. El temerario valor de que he oído hablar a algunos, que, llegada la ocasión, no lo demostraban; esa audacia impaciente que corteja al peligro cual a una beldad, no ha llegado a entusiasmarme nunca, acaso porque a ello se oponga mi temperamento.

Tampoco deseaba llevar el uniforme rojo (deseo que, si no ha hecho algunos buenos soldados, no ha dejado de hacer muchos malos) y no hubiera dado un alfiler por disfrutar de la compañía de mujeres, aun habiendo en el pueblo un colegio cuyas alumnas eran condiscípulas mías una vez por semana en los ejercicios de Simón Lightfoot, que jamás me inspiraban otro sentimiento que el que experimentaba al ofrecer a mi pareja la naranja que mi tía me metía en el bolsillo para este fin, y que de mejor gana habría reservado para mí si me hubiera atrevido a ello. Además, el uniforme era para mí cosa tan extraña, que me costaba gran trabajo pasarle el cepillo antes de ir a la parada, y jamás olvidaré lo que mi coronel me dijo cierta mañana en que el rey debía revistar la brigada de que yo formaba parte:

—Alférez Clutterbuck, no me agradan las extravagancias; pero ¡por el cielo!, para presentarme ante el soberano me pondría camisa limpia.

Careciendo de los móviles que impulsan a la mayor parte de los jóvenes a seguir la carrera de las armas, e importándome poco ser héroe o *dandy*, ignoro en absoluto por qué elegí la profesión militar, a menos que me la inspirara la dichosa indolencia en que vive, gracias a su medio sueldo, el capitán Doolittle, quien había plantado su pabellón de descanso en mi pueblo, donde todos los demás vecinos tenían, o parecía que tenían algo que hacer. Es verdad que no iban a la escuela, que era para mí el peor de los males; pero, aunque niño, veía que todos, excepto el capitán Doolittle, tenían alguna ocupación. El clérigo visitaba su parroquia y preparaba sus sermones, aunque muchas veces producía más ruido que utilidad. El *laird* vigilaba su hacienda y sus tierras, asistía a las asambleas de administradores de la parroquia, a las de tenencia del condado y a otras; se levantaba temprano, cosa que nunca ha sido de mi gusto, y recorría los campos soportando el viento y la lluvia. El comerciante (pues en la aldea solo había uno que mereciera este nombre) permanecía constantemente detrás de su mostrador, y cuando llegaba un parroquiano revolvía toda la tienda para buscar una vara de muselina, una ratonera, una onza de carvi, un ciento de alfileres, los *Sermones de mister Peden*, o la *Vida de Jack, el Domador de Gigantes*, y no *el Matador de Gigantes*, como generalmente se dice y se escribe sin fundamento alguno. (Véase mi Ensayo acerca de la verdadera historia del citado héroe, cuyas hazañas desnaturalizó la fábula, exagerándolas). En resumen, todos en el pueblo estaban ocupados en algo, menos el dichoso Doolittle, que por la mañana paseaba por la calle Mayor, luciendo su traje azul, con cuello rojo, y por la noche jugaba al *whist*, si tenía con quien. Esta vagancia me parecía tan deliciosa, que probablemente fue la que me impulsó a abrazar la profesión que estaba llamado a ilustrar.

Pero ¿quién puede prever con exactitud lo que este mundo engañoso le reserva? Apenas había ingresado en el ejército, cuando tuve que reconocer que, si la

independiente indolencia con que permite vivir la media paga es un paraíso, para llegar a disfrutarla es indispensable sufrir las penas del purgatorio del servicio activo. El capitán Doolittle podía cepillar su uniforme azul con cuello rojo o dejarlo lleno de polvo, a su elección; pero al alférez Clutterbuck no le era permitido escoger: el capitán podía dormir tranquilamente todas las noches, el alférez tenía que hacer su ronda; Doolittle podía quedarse en la cama hasta el mediodía; Clutterbuck tenía obligación de levantarse al amanecer. A pesar de mi indolencia tuve que viajar bastante, pues mi regimiento fue enviado sucesivamente a las Indias orientales, a Egipto, y a otros muchos lugares de los que no conocía ni el nombre. Después tuve que batirme con los franceses, resultando malparado del choque, en el que un maldito húsar me cortó de un sablazo dos dedos de la mano derecha, con tanta ligereza como hubiera podido hacerlo un cirujano de hospital. En fin, la muerte de una tía mía, muy anciana, que me dejó mil quinientas libras esterlinas, bien colocadas al tres por ciento, me permitió retirarme del servicio sin más molestias que la de ponerme cuatro veces al mes una camisa limpia y poder gastar una guinea.

Al empezar mi nuevo género de vida, fijé mi residencia en Kennaquhair, pueblo situado al sur de Escocia, y famoso por las ruinas de su magnífico monasterio, con la esperanza de vivir en una ociosidad digna, gracias a mi media paga y a la herencia de mi tía. Sin embargo, no tardé en advertir que para disfrutar de un agradable reposo es necesario que a este preceda algún trabajo. Durante algún tiempo, a causa de la fuerza de la costumbre, continué despertándome temprano, creyendo oír tocar diana; pero entonces era delicioso pensar que no tenía que levantarme precipitadamente al son del maldito tambor, y que podía mandar al diablo la parada y volver a dormirme dando media vuelta en el lecho. Pero ¡ay!, esta satisfacción mía tuvo también término, pues, completamente dueño de mi tiempo, empezó a parecerme largo.

Fui pescador durante dos días, lo que me costó dos docenas de anzuelos y no sé cuántos sedales, sin que pudiera coger un solo pez. Fui luego cazador, y los pastores, labradores y hasta mi perro se divertían a mis expensas cuando erraba la puntería, cosa que ocurría a cada disparo, Además, los campesinos de la localidad guardaban su caza, y hasta pensaron procesarme, por lo que renuncié a este ejercicio. No habiendo querido combatir a los franceses no debía entrar en guerra con los valientes de Teviotdale, y empleé tres días en limpiar mi escopeta, que después colgué de dos clavos encima de mi chimenea.

Este último ensayo, que no me resultó del todo mal, me despertó la afición a las artes mecánicas, y decidí limpiar el reloj de cuchillo de mi posadera; pero, al salir de mis manos, la parlera avecilla se quedó muda. Después construí un torno, y, al servirme de él, estuve a punto de perder uno de los dedos que el húsar francés me había dejado. Me dediqué entonces a la lectura, pero, a la cuarta o quinta página de una historia o de una disertación, se apoderaba de mí el sueño de tal modo que me veía obligado a dejar el libro, por lo que me costaba un mes entero leer una novela. En fin, estaba tan ocioso, en las horas en que todo el mundo trabajaba, que no podía

más que pasearme por el cementerio o distraer el tiempo silbando hasta la hora de la comida.

Durante mis paseos, las ruinas del monasterio me llamaron la atención, y, poco a poco, llegaron a interesarme, por lo que me detuve a examinar los detalles y su plan general. El sacristán me prestó ayuda, enterándome de cuanto la tradición le había hecho descubrir. Cada día aumentaba el tesoro de mis conocimientos acerca del noble edificio, descubriendo el destino que debían tener ciertas partes de la construcción, separadas del resto del monasterio y reducidas, actualmente, a escombros.

Con frecuencia se me presentaba ocasión de utilizar mis conocimientos en beneficio de los viajeros que recorrían Escocia y visitaban este lugar famoso. Sin usurpar los derechos del sacristán, que era amigo mío, llegué a ser el segundo *cicerone*, encargado de conducir a los visitantes de las ruinas, a quienes daba las correspondientes explicaciones. Muchas veces, cuando el sacristán había recibido ya la gratificación de unos visitantes y llegaban otros, me dejaba con los primeros, haciendo de mí este elogio:

—¿Qué más puedo deciros? Seguid, señores, con el capitán, que sabe de estas cosas más que nadie en el mundo.

Entonces me inclinaba cortésmente ante los forasteros, y empezaba a hablarles, llenándolos de asombro con la variedad de mis observaciones críticas acerca de las criptas, los canales, las naves, las arcadas, los arquitrabes góticos y sajones, los astrágalos y pilares. A veces ocurría que un conocimiento empezado en las ruinas de la abadía terminaba en la posada, lo que daba alguna variedad a la monotonía de la espaldilla de camero que mi pupilera acostumbraba servirme caliente el primer día, fría el segundo, y en albondiguillas el tercero.

Con el tiempo, mis conocimientos fueron ampliándose y mi afición al estudio a crecer. Encontré dos o tres libros que me enseñaron nociones de arquitectura gótica, y llegué a crearme una reputación; ya hablaba en el casino con más seguridad y me escuchaban con atención, puesto que al menos en aquella rama del saber, estaba más instruido que los demás. Repetía mis antiguas historias de Egipto, sin aburrir a mis oyentes, que de vez en cuando decían:

—El capitán no es un ignorante; nadie tiene de la abadía tantos conocimientos como él.

Esta aprobación general, al darme idea de mi importancia, influyó notablemente en mi constitución. Comía con más apetito; digería con más facilidad, dormía tranquilamente, y, cuando me levantaba, volvía a medir, a examinar y a comparar ciertas partes del inmenso edificio. Con bastante sentimiento del boticario del pueblo, no tenía ya dolores de cabeza, ni dolores de estómago, dolores que solo tuve cuando me faltaban otras ocupaciones: había encontrado una verdadera panacea, sin buscarla, y era feliz porque tenía algo que hacer. En una palabra, me convertí en el anticuario de aquel lugar, y creía merecer este nombre.

Encontrándome una tarde en una salita contigua al gabinete, que mi pupilera

llamaba mi dormitorio, ya dispuesto a retirarme a dormir, vi sobre una mesa un libro de Arquitectura, al lado de una botella de excelente cerveza de Vanderhagen y un delicioso queso de Cheshire, que me habían sido regalados por un honrado ciudadano de Londres, a quien había explicado la diferencia que existe entre una arcada gótica y un arco sajón. Así armado contra mi antiguo enemigo, el tiempo, me disponía a meterme tranquilamente en el lecho, ya leyendo una línea del viejo Dugdale, ya bebiendo un vaso de cerveza, o desatándome los cordones de mis ligas, o comiendo un pedazo de queso, esperando que el reloj del pueblo diera las diez, pues antes de esa hora nunca me acostaba, cuando, de pronto, llamaron a la puerta y un momento después oí la voz del honrado David, el amo de la posada del *Rey Jorge*, que decía a la dueña de la casa:

—¡Señora Grimsless, si el capitán no está acostado aún! Tengo encargo de invitarle a cenar, con un caballero muy distinguido que acaba de llegar a mi casa, y me ha pedido un ave, lonchas de ternera estofadas y una botella de vino de Jerez. Creo que desea obtener algunas explicaciones acerca de la abadía.

—No, no está acostado aún —confirmó la señora Grimsless con el tono de una matrona escocesa que sabe que van a dar las diez—; pero es lo mismo, porque no saldrá a esta hora. El capitán es hombre de buenas costumbres.

Comprendí que este elogio se había hecho con el deseo de que yo lo oyera, y para trazarme la línea de conducta que debía seguir; pero no había rodado por el mundo durante treinta años y vivido soltero toda mi vida, para llegar, a una aldea de Escocia, a someterme al gobierno de una mujer. Abrí, pues, la puerta de mi aposento y dije, a gritos, a mi amigo David que subiera.

—¡Capitán —contestó—, estoy tan contento por encontraros como si hubiera pescado un salmón de veinte libras! En mi casa hay un viajero que no dormirá tranquilo esta noche si no bebe un vaso de vino en vuestra compañía.

—Comprenderéis, David —repuse con cierta dignidad—, que no puedo ir a visitar a un desconocido a estas horas, ni aceptar una invitación hecha por una persona a quien jamás he visto.

—¡Qué disparate! —exclamó el posadero lanzando una blasfemia—. Un hombre que me ha encargado un ave y una salsa con huevos, lonchas de ternera estofadas, una tortilla y una botella de Jerez, puede invitar a todo el mundo. ¿Creéis que vendría a molestaros para que vinieseis a hacer compañía a cualquier inglés que no tuviese para cenar más que tostadas, queso y ponche al ron? Es una persona muy respetable. Lo primero que me preguntó fue si el puente levadizo, que se encuentra debajo del agua desde hace cuarenta años, existía aún. Yo he visto sus cimientos cuando he ido a pescar salmón; pero ¿cómo sabría él que existe ese puente, si no fuera un aficionado?

David, *aficionado* en su género y propietario y heredero, era buen juez en la materia y capaz de apreciar a cuantos frecuentaban su casa; así es, que volví a atar los cordones de mis ligas.

—¡Sin duda alguna, capitán —exclamó, os entenderéis muy bien!

Desde que estuvo aquí el gran Samuel Johnson, cuando dio la vuelta a Escocia, jamás he visto una persona tan competente.

—Entonces, David, ¿es un sabio ese señor?

—Seguramente, porque viste un traje negro, o pardo oscuro.

—¿Un sacerdote quizá?

—No, porque ha mandado que dieran de comer a su caballo antes que a él.

—¿Trae algún criado?

—No, pero su porte predispone a servirle.

—¿Quién ha podido hablarle de mí? Seguramente habéis sido vos, David, pues observo que me echáis sobre las costillas a todos los viajeros que llegan a vuestra casa, como si tuviera obligación de distraerlos.

—¿Qué iba a hacer, capitán? Llega un viajero que me ruega que le indique un hombre instruido, un hombre de buen criterio, para que le informe de las antigüedades del pueblo, y particularmente acerca de la vieja abadía, y… ¿podía mentirle? En la aldea no hay nadie que pueda hablar de esas cosas más que vos y el sacristán, que por cierto está a estas horas más borracho que un tocador de cornamusa. Así es que le dije: «El capitán Clutterbuck, hombre muy honrado, que vive muy cerca de aquí y que no tiene otra cosa que hacer más que contar todas las historias de la antigua abadía». «Señor —contestome muy cortésmente—, tened la bondad de saludar en mi nombre al capitán Clutterbuck, y decirle que soy un extranjero que no trae más misión que la de visitar estas ruinas, y que a no ser tan tarde hubiera ido personalmente a invitarle a cenar conmigo»; y acabó encargándome una cena para dos personas. ¿Acaso podía, como posadero, dejar de cumplir sus deseos?

—Hubiera debido escoger una hora más a propósito, David; pero puesto que me aseguráis que es un hombre respetable…

—¡Sin duda alguna! Una botella de Jerez, lonchas de ternera estofadas y un pollo asado… Vamos, capitán, abrochaos bien; la noche está húmeda. Pero el río se aclara, sin embargo, y mañana iremos a pescar en los barcos de lord Sommerville[1], y muy desgraciado seré si no puedo enviaros un salmón para que encontréis mejor la cerveza que bebáis cenando.

Cinco minutos después, entraba en la *Posada del Rey Jorge* y estaba en presencia del forastero.

Era este un personaje grave, poco más o menos de mi misma edad, es decir, aproximadamente cincuenta años. En su rostro, alterado, tanto por la fatiga y el pesar, como por la edad, adivinábase que había visto mucho y sufrido no poco. Su aspecto era importante, pero amable. Se excusó muy cortésmente por haberme molestado a semejante hora, y le contesté que experimentaba un placer grande pudiendo serle útil en algo.

—Como he viajado todo el día, caballero —me dijo—, tengo buen apetito, por lo que creo que lo primero que debemos hacer es cenar.

Nos sentamos a la mesa, y, a pesar de haber dicho el forastero que tenía buen apetito y de haber yo llenado mi estómago de pan y queso antes de ir a la posada, hice más honor al pollo y a las lonchas de ternera estofada de mi amigo David, que el desconocido.

Cuando se levantaron los manteles y preparamos cada uno un vaso de sangría con el vino que los posaderos llaman Jerez y sus huéspedes Porto, advertí que el forastero se había quedado pensativo, silencioso y algo cortado, como si tuviera que decirme cosas interesantes. Para animarle, le hablé de las minas del monasterio y de su historia; pero con gran sorpresa mía pronto comprendí que podía darme lecciones en la materia. Sabía cuanto quise enseñarle, citando fechas y hechos a los que nada había que objetar, como dice Burns; refutó varias patrañas que yo había inventado inspirado en las tradiciones populares, y destruyó los descubrimientos que creía yo haber hecho respecto al destino que habían tenido ciertas construcciones completamente arruinadas.

La mayoría de sus argumentos estaban basados en la autoridad de las lucubraciones del señor subdirector de Registros de Escocia. Con sus incansables pesquisas en los anales nacionales, invalida mi oficio y el de todos los anticuarios de mi especie, destruyendo las leyendas y las novelas, y revelando la verdad. ¡Ay! Quisiera que el sabio autor comprendiera la dificultad que ofrece para nosotros, pequeños comerciantes en antigüedades, «cobrar un tributo a cambio de nuestros recuerdos e inventar una leyenda».

Si él supiera a cuántos ancianos ha obligado a aprender a hacer nuevas gracias, a cuántos venerables papagayos a cantar un nueva balada, y a cuántas cabezas llenas de canas ha vuelto estériles obligándolas a cambiar su incorrecta palabra *mumpsimus* por la correcta de *sumpsimus,* se conmovería. Pero dejemos que el tiempo haga su obra: *Humana perpessi sumus*. Todo cambia: lo presente, lo pasado y lo porvenir. Lo que ayer era historia, es hoy fábula, y la verdad de hoy será la mentira de mañana.

Al verme atacado en el monasterio, que hasta entonces había sido mi fortaleza, me apresuré a evacuarla como un general hábil, e hice una retirada honrosa concretándome a hablar de las antigüedades y de las familias de los contornos, terreno sobre el que creí poder evolucionar ventajosamente, pero que me produjo otra decepción.

El caballero del vestido pardo estaba mejor enterado que yo: sabía con toda exactitud la fecha en que la familia De Haga se había establecido en su antigua baronía, y no había uno solo de los antiguos caballeros de los contornos cuya historia o parentesco no conociera; podía decir cuántos de sus antepasados habían muerto peleando contra los ingleses en las guerras civiles o a manos del verdugo por delitos de alta traición; conocía desde la piedra fundamental hasta las almenas de sus castillos; y en cuanto a las antigüedades dispersas en el país, podía describirlas lo mismo que si fuera un contemporáneo de los daneses o de los druidas.

Encontrábame, pues, en el caso de quien, al pretender dar una lección, se ve

obligado a recibirla; y vime obligado a grabar en mi memoria cuanto había aprendido con él, para enseñárselo a los demás. Esto no obstante, le referí la *Historia del fraile y de la mujer del molinero*, de Allan Ramsay, para hacer una retirada honrosa, al amparo de una última descarga; pero aquí también fracasé.

—¿Queréis bromear, caballero? —me dijo el extranjero—. Seguramente sabéis que la ridícula anécdota que citáis ha servido de asunto a un cuento más antiguo que el de Allan Ramsay.

No queriendo confesar mi ignorancia, hice un ademán de negativa; pero, a ciencia cierta, ignoraba qué quería decir.

—No hablaré —prosiguió mi sabio interlocutor— del curioso poema, que, con el título de *Los Frailes de Berwick*, publicado por Pinkerton y extractado del manuscrito de Maitland, poema que describe las costumbres escocesas durante el reinado de Jacobo V; pero citaré al autor italiano que, si no estoy equivocado, fue quien primero publicó esta historia, tomándola, sin duda, de una novela antigua.

—Seguramente —contesté, aunque sin comprender bien qué era lo que yo afirmaba de una manera tan rotunda.

—Además —prosiguió—, si conocierais mi estado y mi profesión, no habríais tratado de divertirme con esa anécdota.

Aunque esta observación no fue hecha con aspereza, me apresuré a excusarme por haberle ofendido.

—No estoy ofendido —repuso—; he presenciado demasiadas persecuciones contra mis hermanos para que me ofenda un cuento frívolo inventado contra mi profesión.

—¿Sois, entonces, miembro del clero católico?

—Soy indigno fraile de la Orden de San Benito, perteneciente a una comunidad establecida en Francia desde hace mucho tiempo y dispersada por la revolución.

—¿Habéis nacido en Escocia? ¿Cerca de aquí quizá?

—Soy escocés solo de origen, y esta es la primera vez que vengo aquí.

—Entonces, ¿cómo conocéis tan bien la localidad? Me sorprendéis, caballero.

—Un tío mío, buen escocés, hombre de gran piedad y jefe de nuestra casa, me ha informado, y si sus informes se han grabado tanto en mi memoria, es porque acostumbraba anotar todos los detalles que me daban él y otros miembros de nuestra Orden.

—Sin duda, venís a Escocia para fijar aquí vuestra residencia, puesto que la gran catástrofe política de nuestro siglo ha suprimido vuestra comunidad.

—No; no es ese mi propósito. Un potentado de Europa, que es muy católico, nos ha ofrecido asilo en sus dominios, y allí iré con varios hermanos, para rogar a Dios que bendiga a nuestro protector y perdone a nuestros enemigos. En el nuevo asilo, nadie nos hará la observación de que nuestras rentas están en contradicción con nuestros votos de abstinencia y de pobreza; pero agradezcamos a Dios que haya apartado de nosotros las tentaciones de las riquezas temporales.

—Se asegura que algunos de vuestros conventos del continente eran muy ricos; pero dudo que ninguno lo fuera tanto como el que había en este pueblo, cuyas ruinas causan admiración. Este tenía dos mil libras esterlinas de rentas, y sus censos en especie producía lo menos diez veces esa cantidad.

—Era mucho, demasiado; pero, a pesar de las piadosas intenciones de los donantes, esa opulencia, despertando la envidia y la ambición, ha acelerado la ruina de esos establecimientos.

—¡Los frailes llevaban buena vida! Y, como la canción dice:

«Buenas coles se comen
los viernes, días de ayuno'».

—Ya os entiendo, señor: difícilmente se lleva a los labios una copa llena sin derramar algunas gotas, como dice el proverbio. Sin duda la riqueza de los conventos, que despertaba la envidia, era también una tentación para los frailes; pero algunos de esos establecimientos no empleaban sus rentas solo en actos benéficos, sino también en obras de utilidad general. La soberbia compilación infolio de los historiadores franceses, empezada en 1737, bajo la dirección y por cuenta de la comunidad de San Mauro, demostrará a los siglos futuros que a los benedictinos no siempre les servían sus rentas para procurarse placeres terrenos. Algunos de estos frailes son muy estudiosos.

Como entonces no conocía la congregación de San Mauro, ni sus doctos trabajos, me limité a contestar a este discurso con un gesto de aquiescencia.

Después he visto la obra de referencia en la biblioteca de una familia distinguida; y confieso que me avergüenza el hecho de que en nuestro país no se ha tratado de formar una compilación de nuestros historiadores semejante a la que poseen los benedictinos franceses.

—Advierto —prosiguió mi interlocutor— que vuestros prejuicios no os permiten conceder a los pobres frailes mérito alguno, aunque sea en las letras. ¡Por algo sois hereje!

—Os equivocáis, señor —repuse—, pues estoy muy agradecido a los frailes. Jamás he vivido tan regaladamente como cuando pasé una temporada de invierno en un monasterio de Bélgica durante la campaña de 1793. Con mucho resentimiento salí de él, viéndome obligado a dejar a mis buenos huéspedes: pero ¿qué queréis? Estas son las aventuras de la guerra.

El benedictino, con la vista baja, permanecía silencioso. Sin quererlo, había despertado en él penosos recuerdos, o, mejor dicho, había tocado una cuerda que rara vez cesa de vibrar.

Sin embargo, como estaba demasiado acostumbrado a sus tristes pensamientos, no se dejó dominar por ellos. Por mi parte, intenté distraerle diciéndole que, si su viaje tenía por objeto algo en que yo pudiera serle honradamente útil, me ponía a su

disposición con el mayor gusto. Subrayé la palabra «honradamente», porque entendía que un buen protestante, servidor del Gobierno, que me pagaba mi medio sueldo, no debía cooperar a ningún reclutamiento para los seminarios, ni a cualquier otro proyecto favorable a los papistas, si este era el fin de mi nuevo amigo, sin averiguar antes si el Papa es o no la mística de Balbilonia de que habla el Apocalipsis.

Mi interlocutor se apresuró a desvanecer mis dudas, diciendo:

—Iba a rogaros que me ayudarais a hacer ciertas indagaciones que no pueden dejar de interesaros como anticuario, y que solo se relacionan con personas que dejaron de existir hace dos siglos y medio. Los trastornos de mi país natal me han hecho sufrir tanto, que jamás tomo parte activa en los asuntos políticos de la patria de mis antepasados.

Volví a repetirle que estaba dispuesto a servirle en cuanto no se opusiera a mis deberes para con mi rey y para con mi religión.

—No se trata de nada de eso —contestó—. ¡Dios bendiga a la familia reinante en Inglaterra! Cierto que no pertenecen a la dinastía que mis antepasados se esforzaron inúltimente en restablecer; pero la Providencia, que puso sobre el trono al rey actual, le ha dado las virtudes necesarias para reinar en este siglo: firmeza, intrepidez, verdadero amor a su país, y prudencia para dominar los peligros de que está rodeado. En cuanto a la religión, abrigo la esperanza de que el poder infinito que la apartó del seno de la verdadera Iglesia, la volverá a él cuando lo crea conveniente. Los esfuerzos de un individuo tan débil y tan obscuro como yo, retrasarían esa gran obra en lugar de apresurarla.

—Entonces, caballero, ¿puedo preguntaros qué os ha traído a este país?

Mi interlocutor sacó de su bolsillo un cuaderno de apuntes, acercóse a una de las luces (pues David, por respeto al extranjero, nos había dado dos), pareció leer algunas páginas atentamente, y contestó:

—Entre las ruinas del ala occidental de la iglesia de la abadía, deben encontrarse los restos de una pequeña capilla que estuvo cubierta por una bóveda sostenida por magníficas columnas góticas.

—Conozco esas ruinas. ¿En el muro de esa capilla no había una piedra que tenía grabado un escudo de armas que nadie ha podido interpretar aún?

—Precisamente —me dijo, consultando de nuevo su *memorándum*—. A la derecha están las armas de la familia de Glendinning, a la izquierda las de Avenel, muy antiguas y extinguidas las dos.

—Seguramente —repuse— no existe ninguna parte de este antiguo edificio que no conozcáis tan bien como los que lo construyeron; pero, si vuestros informes son exactos, el que os los ha transmitido tiene mejores ojos que yo.

—Hace mucho tiempo que se cerraron los suyos, porque ha fallecido. Probablemente cuando él visitó este edificio, se encontraba en mejor estado; y, tal vez también, las tradiciones locales fueran su autoridad.

—Esas tradiciones han desaparecido. He recorrido el país muchas veces buscando

a algún anciano que supiera algo más acerca de ese escudo de armas; pero nada averigüé que confirmara lo que acabáis de decirme; así es que me sorprende que hayáis obtenido todos esos detalles en un país extranjero.

—Antiguamente se daba más importancia a estas fútiles particularidades, sagradas para los desterrados, que conservaban su recuerdo porque se referían a lugares que les eran queridos y que no debían ver más. Hasta es posible que sobre el Potomac o el Susquehanah haya tradiciones de Inglaterra olvidadas en la madre patria. Volviendo al asunto, le diré que en esa capilla, frente a esa piedra cargada de blasones, debe haber encerrado un tesoro, único motivo de mi viaje.

—¡Un tesoro! —exclamé, lleno de sorpresa.

—¡Sí! Un tesoro de valor inapreciable para los que lo sepan utilizar.

Esta revelación me impresionó agradablemente. Creí ver un elegante cabriolé detenerse a la puerta del casino, y a un lacayo, de librea azul y escarlata, con una escarapela en su sombrero de charol, que exclamaba:

—¡El tílburi del capitán Clutterbuck!

Pero esto era una tentación del diablo, y la resistí.

—Todos los tesoros ocultos —contesté— son propiedad del rey o del dueño del terreno, y yo no quiero intervenir en un asunto que puede conducirme ante el tribunal del fisco.

—Los reyes ni los poderosos —repuso— desean el tesoro que busco, que no es otra cosa que el corazón de un hombre honrado.

—¡Ah, os comprendo! ¡Es alguna reliquia! Conozco el valor que dan en vuestra religión a los restos de los santos. He visto a los tres reyes en Colonia.

—Las reliquias que busco no son restos de santos. El pariente de que os he hablado empleaba el tiempo en coleccionar todas las tradiciones que se relacionaban de algún modo con sus antepasados, y, particularmente, en redactar la historia de varios acontecimientos ocurridos en la época en que empezó el cisma en la iglesia de Escocia; y tanto se interesó por un Glendinning, el héroe de su historia, muerto en olor de santidad siendo prior de ese monasterio, que, sabiendo que su corazón había sido depositado en el sitio que os he indicado, juró desenterrarlo y transportarlo a un país católico. ¡Una enfermedad larga y penosa le impidió cumplir este voto! En su lecho de muerte me hizo jurar que lo cumpliría por él. La revolución de Francia y las persecuciones subsiguientes me imposibilitaron ocuparme en ello, obligándome a andar errante y sin asilo; pero hoy, que he encontrado una nueva patria, quiero transportar a ella el corazón de aquel hombre virtuoso, y depositarle en el sitio que será mi tumba cuando Dios ponga término a mis días.

—Ese hombre debe haber sido muy eminente para que, después de tanto tiempo, se le tribute tan gran honor.

—Sacrificó a la amistad fraternal lo que más amaba en el mundo. Después hizo… Pero ya leeréis mi historia, y tendré gran complacencia en satisfacer vuestra curiosidad, y en daros de este modo una prueba de mi agradecimiento, si, como no

dudo, me ayudáis en esta empresa.

Como las ruinas en que se trataba de cavar no formaban parte del cementerio, y yo estaba muy bien relacionado con el sacristán, creía poder facilitar la ejecución de su deseo, y así se lo manifesté a mi interlocutor.

Y, después de esto, nos despedimos, no sin que antes me encargara que viera al día siguiente al guardián de las ruinas del monasterio.

Este permitió, mediante una no exigua retribución, que se practicaran las excavaciones, que él presenciaría para que el extranjero no se llevara ningún objeto de valor positivo.

—Puede llevarse todos los huesos y corazones que quiera —añadió el sacristán —, pero, si encuentra copones, cálices o alguna otra vasija de oro o de plata de las que usaban los papistas, no permitiré que los toque.

También se convino que nuestras pesquisas se harían durante la noche, para no despertar sospechas ni provocar un escándalo.

El extranjero y yo, como dos amantes de la antigüedad, fuimos por la mañana a visitar las magníficas ruinas; comimos bien en casa de David e hicimos luego una excursión por los alrededores.

La noche nos sorprendió en medio de los escombros del monasterio acompañados del sacristán, que se había provisto de una linterna y de un azadón. Hollamos las tumbas y pisoteamos los fragmentos de aquella arquitectónica construcción cuyas bóvedas debían proteger hasta el día del juicio final las cenizas allí sepultadas.

Aunque no soy supersticioso, experimenté cierta repugnancia al prestar a aquel fraile el servicio que me pedía. Aquel proyecto casi impío de turbar el silencio de las sepulturas a una hora y en un lugar semejante me repugnaba. Mis compañeros, en cambio, no sentían el menor escrúpulo: el extranjero por el celo que ponía en sus pesquisas, y el sacristán por la indiferencia adquirida por la costumbre.

Pronto llegamos a la capilla indicada por el benedictino, y en la que, según él, estaba sepultada la familia de los Glendinning.

El sacristán despejó el terreno en el sitio que le fue designado, y descubrió el suelo que estaba cubierto por una ancha piedra muy bien conservada.

No habían adelantado mucho aún las excavaciones, cuando se encontraron algunas piedras talladas que parecían haber formado parte del pequeño relicario, a la sazón destruido.

Tened cuidado —recomendó el benedictino— para no deteriorar lo que buscamos.

La piedra era pesada, y fueron precisos todos nuestros esfuerzos para levantarla. El sacristán cavó luego la tierra, y, a los pocos minutos, su azadón tropezó con algo que no parecía ser tierra ni piedra.

El extranjero se apresuró a ayudarle.

—¡No; no! —exclamó el sacristán—. ¡No doy participación a nadie, todo es mío! —Y, al decir esto, sacaba de la tierra una pequeña caja de plomo.

—Os equivocáis, amigo —repuso el benedictino—, si creéis encontrar en esa cajita otra cosa que el polvo de un corazón humano encerrado en una segunda caja de pórfido.

Intervine y, cogiendo la cajita de manos del sepulturero, le recordé que, aunque encerrase un tesoro, este no pertenecía al que lo hubiese encontrado.

Como por haber demasiada obscuridad, era imposible examinar el hallazgo, propuse que volviéramos a casa de David. El extranjero nos rogó que fuéramos delante, asegurándonos que se reuniría con nosotros al cabo de algunos minutos.

Supongo que Mattocks sospechó que iba a emplear aquellos minutos en practicar nuevas pesquisas en las sepulturas, porque se deslizó detrás de una columna de la nave para acechar; pero no tardó en acercarse a mí de nuevo para susurrarme al oído que el extranjero se había arrodillado sobre la piedra fría, y rezaba como un santo.

Retrocedí y le vi en aquella piadosa actitud. Me pareció que rezaba en latín, aunque el murmullo solemne de su voz apenas se distinguía.

—¡Cuántos años han transcurrido desde que en las bóvedas de este antiguo convento no resuenan los acentos del culto para que fue construido con tanta magnificencia!, pensé; y, luego, dirigiéndome al sacristán, agregué:

—Vamos, Mattocks; no nos importa.

—Sin embargo, capitán —repuso—, haríamos mal en perderle de vista. Mi padre, que era chalán, ¡Dios lo tenga en su gloria!, decía que nunca había sido engañado más que por un *whig* de Kilmarnock, que jamás bebía un vaso de *whisky* sin hacer la señal de la cruz. Apuesto a que ese extranjero es un católico romano.

—Habéis adivinado —le dije.

—He visto dos o tres de esos sacerdotes fugitivos que pasaron por aquí hace aproximadamente veinte años. Saltaban como locos al ver las cabezas de los frailes y de las monjas en el claustro de la abadía, y hasta parecía que saludaban a antiguos conocidos… ¡Mirad! ¡Está tan inmóvil como piedra sepulcral! No he visto de cerca más que a un católico romano, Jacobo de Pend, que era el único que había en el país; pero este no se arrodillaba nunca sobre la losa fría… ¡Qué buenos ratos hemos pasados juntos, en la posada de allá abajo!… Cuando murió, hubiera querido enterrarlo; pero algunos individuos de su secta vinieron a buscar su cuerpo, y, sin duda, le dieron sepultura… ¡Silencio! El extranjero llega.

—Alumbra con tu linterna, Mattocks. Este pasadizo es muy penoso.

—Sí —confirmó el benedictino, quien, después de una pequeña pausa, agregó—: San Francisco me proteja. ¡En cuántos sepulcros he tropezado esta noche!

—Ya hemos salido del cementerio —le contesté—, y no tardaremos en llegar a casa de David, donde encontraremos una buena lumbre para hacer alegremente esta noche nuestro trabajo.

Al llegar a la posada, penetramos en una salita adonde Mattocks, demasiado atrevido, pretendió seguimos; pero David, cogiéndolo por los hombros, lo echó fuera, maldiciendo su indiscreta curiosidad que no dejaba a los huéspedes tranquilos ni aun

en su posada.

David, en cambio, no se consideraba allí un intruso, pues no abandonaba el extremo de la mesa en que se había puesto la caja de plomo, dentro de la cual se encontró, como había anunciado el extranjero, otra de pórfido, que solo contenía una substancia seca, en la que era imposible conocer la forma ni el color, a pesar de las precauciones que se habían adoptado para impedir que se corrompiese aquel corazón humano, si realmente lo era.

Nos abstuvimos de contradecir al benedictino, a quien ofreció David su influencia para acallar los rumores inoportunos que el suceso pudiera originar. También nos hizo el honor de acompañarnos a la mesa, de la que tomó la parte del león, es decir, dos botellas de vino de España, que le animaron de tal modo, que sancionó el rapto del corazón por el extranjero, y hasta hubiera autorizado el de la abadía, si la proximidad del ruinoso edificio a la posada no hubiera contribuido a la prosperidad de su negocio.

MI benedictino, satisfecho por haber salido bien de la empresa que le había llevado a la patria de sus antepasados, nos anunció que se marcharía al día siguiente y me invitó a comer con él antes de emprender el viaje de regreso.

A la hora indicada llegué a casa de David, comimos y, al levantarnos de la mesa, me dijo el extranjero entregándome un manuscrito muy voluminoso:

—Capitán Clutterbuck, tomad unas memorias originales del siglo XVI. En ellas se describen las costumbres de aquella época desde un punto de vista particular; son muy interesantes, y creo que serán para el público inglés un regalo muy valioso. Os autorizo, pues, para que las imprimáis, y deseo que os sean productivas.

El obsequio me sorprendió; lo examiné ligeramente y advertí que su escritura era demasiado moderna para pertenecer a un época tan remota.

—No he querido deciros —repuso al hacerle esta observación— que estas memorias hayan sido escritas en el siglo XVI; pero puedo afirmar que han sido redactadas a la vista de documentos auténticos de aquella época. Mi tío empezó este trabajo y yo lo he concluido, no solo para ejercitarme en la práctica de la lengua inglesa, sino también para distraerme en mis horas de melancolía. Fácilmente distinguiréis lo que ha escrito cada uno de nosotros, pues la segunda parte, de que soy autor, trata de personas y de época diferentes.

Tomé los papeles, y le expuse una duda que en el acto se me ocurrió: ¿podía, como buen protestante, emprender o dirigir la publicación de una obra papista?

—En este manuscrito —explicó— no hay ninguna cuestión de controversia ni materia alguna que hiera los sentimientos de nadie, cualquiera que sea la religión que profese. He tenido en cuenta que escribía para una nación, desgraciadamente separada de la Iglesia católica, y he adoptado las precauciones debidas para no ser tachado de parcial; pero si, comprobando mi historia con los orígenes a que se remite al lector, y que os entrego adjuntos, opináis que defiendo demasiado mis creencias, corregid mis errores. Sin embargo, temo que sean los católicos los que me acusen de

mencionar ciertas circunstancias, a las que debía haber echado un velo. Esta es una de las razones que me inducen a publicar estas memorias en un país extranjero.

Nada tuve ya que oponer al bondadoso benedictino sino mi incapacidad para cumplir la tarea que tenía a bien imponerme, respecto a la cual me dijo algo que mi modestia no me permite repetir.

—En último término —agregó—, si dudáis de vuestras propias fuerzas, dirigios a un veterano de la literatura, cuya experiencia suplirá la que teméis que os falte.

Nos separamos muy afectuosamente, y desde entonces no he vuelto a oír hablar de él.

La extensión del manuscrito que me había entregado me asustó, a pesar de lo cual intenté varias veces leerlo; pero, por una fatalidad inconcebible, cada vez que lo abría, me entraban ganas de bostezar, mis ojos se empañaban y me veía obligado a guardarlo de nuevo. Como último recurso lo llevé al club en el que se me dispensó una acogida mucho más favorable de lo que me atrevía a esperar, y los contertulios declararon por unanimidad que era un excelente trabajo, que no debía permanecer inédito porque esclarecía la historia del antiguo monasterio de Santa María, en beneficio de la localidad.

A fuerza de oír repetir tantas veces lo mismo, comencé a dudar de mi opinión, y, cuando nuestro digno pastor leía con voz clara y vibrante algunos párrafos del manuscrito, le, escuchaba con más atención que sus sermones. ¡Tan grande es la diferencia que existe entre leer uno mismo una obra que os detiene a cada instante y oírsela leer a otro, como la que hay entre atravesar en una barca un río cenagoso, y atravesarlo a pie con cieno hasta las orillas! Sin embargo, necesitaba encontrar un editor que examinara y repasara la obra, cosa que, según el maestro de la escuela del pueblo, era indispensable.

Nadie quería imponerse esta molestia. El ministro deseaba estar tranquilo al lado de su chimenea, y el alcalde alegaba la dignidad de su puesto y la proximidad de la feria, que le impedían ir a Edimburgo a dirigir la impresión. El maestro de escuela era el que se mostraba más propicio, y, acaso, envidioso del renombre de Jedediah Cleishbotham, su colega; no oponía grandes dificultades a encargarse de la tarea; pero tres arrendatarios, cuyos hijos tenía a pensión cobrando veinte libras esterlinas al año, se opusieron, marchitando así las primeras flores de su ambición literaria, y viose obligado a desistir.

En virtud de lo cual, señor, a vos me dirijo, siguiendo el dictamen de nuestra pequeña tertulia, y no dudo que accederéis a emprender esta publicación que se relaciona tanto con las que ya habéis dado a conocer; pero os ruego que corrijáis el trabajo que os envío, haciendo en él los cambios, cortes y adiciones que os parezcan necesarios, antes de darlo a la imprenta.

Ya sabéis que no hay fuentes inagotables en absoluto, y que el mejor cuerpo de granadero puede gastarse, como aseguraba nuestro general de brigada. No hablemos ahora de los despojos del enemigo; ganemos primero la batalla, y después

hablaremos.

Espero que no os ofenderá mi franqueza, pues soy un soldado viejo, que no sabe lisonjear.

No necesito añadir que no me desagradaría ir en vuestra compañía, es decir, ver mi nombre al lado del vuestro, debajo del título de la obra.

Tengo el honor de ofrecerme vuestro muy humilde y desconocido servidor.

CUTHBERT CLUTTERBUCK.

RESPUESTA

DEL AUTOR DE «WAVERLEY». AL CAPITÁN CLUTTERBUCK

Mi querido capitán:

No os sorprenda que, a pesar del tono grave y ceremonioso de vuestra carta, os conteste con familiaridad. Sé mejor que vos mismo cuál es vuestra patria, y, o mucho me equivoco, o vuestra respetable familia procede de un país que ha proporcionado tanta satisfacción como beneficio a los que lo han explorado. Me refiero a esas *ignotas tierras* llamadas la provincia de Utopía, cuyas producciones son consideradas, por muchos que beben té y toman rapé sin escrúpulo, como objetos de un lujo frívolo e inútil, aunque generalmente sean solicitados, y los mismos que en público los desprecian y censuran más, se los proporcionan en secreto. El mayor borracho es con frecuencia el que parece escandalizarse más cuando ve a otros ingerir licores espiritosos, y las solteronas son generalmente las que más declaman contra la maledicencia.

Los estantes secretos de la biblioteca de ciertos hombres, graves en apariencia, ofenderían a los ojos castos; y ¡cuántos hipócritas pudibundos, cerrada la puerta de su despacho, con el gorro de terciopelo sobre las orejas y los pies metidos en verdes zapatillas, podrían ser sorprendidos leyendo una novela pornográfica, si se hiciese en su retiro una irrupción repentina!

Los verdaderos prudentes y los Verdaderos sabios no hacen caso de esas precauciones, pues abrirán una novela con la misma franqueza que abren su petaca. Podría citar muchos ejemplos, pero me limitaré a citar uno solo. ¿Habéis conocido al célebre Watt, de Birmingham, capitán Clutterbuck? Seguramente no; pero a él, a juzgar por lo que voy a referir, le hubiera agradado conoceros. Lo encontré un día, casualmente, en una asamblea en que había una docena de notabilidades de Escocia, y, entre ellos, un tal Jedediah Cleishbotham, que había llegado a Edimburgo para pasar allí las fiestas de Navidad. Parecía una especie de bestia curiosa o uno de esos leones encadenados que los titiriteros y los tragadores de piedras llevan de casa en casa *para mostrar sus habilidades*.

De la asamblea formaba parte mister Watt, hombre genial que ha descubierto el medio de multiplicar nuestros recursos nacionales, tal vez más de lo que sus propios cálculos podían hacerle suponer, arrancando sus tesoros al abismo, dando al brazo débil del hombre la fuerza de un hércules, haciendo brotar del suelo fábricas, como el profeta convertía con su vara las peñas del desierto en fuentes cristalinas, y descubriendo los medios de poder prescindir del tiempo y de la marea, que jamás esperan al hombre, ha puesto los barcos en marcha sin velas[2].

Este vencedor de los elementos, este observador del tiempo y del espacio, este mago que su vara mágica ha realizado tales prodigios en el globo, aunque sus efectos, a pesar de ser tan extraordinarios, empiezan ahora a notarse; ese hombre tan profundo

por su ciencia, tan feliz en la combinación de las potencias motrices con los números, era no solo uno de los cerebros mejor organizados, sino también uno de los corazones más nobles del mundo. Watt, como decía, se encontraba entre varios sabios escoceses, gentes no menos celosas de su gloria y de sus opiniones que lo son los regimientos que la conquistaron en los campos de batalla. Paréceme estar viendo y oyendo todavía lo que no volveré a ver ni oír más: el anciano, que había cumplido ya ochenta y cinco años, escuchaba tan benévolamente a todos y se apresuraba tanto a satisfacer las preguntas que se le dirigían, que parecía que sus conocimientos eran universales. A un sabio filólogo le hablaba del origen del alfabeto, como si hubiera sido contemporáneo de Cadmus. A un célebre crítico, le argumentaba como si no hubiera hecho durante toda su vida otra cosa que estudiar economía política y bellas artes.

De ciencias, hablaba como si todas le fueran familiares.

Y, capitán Clutterbuck, cuando conversó con vuestro compatriota Jedediah Cleishbotham, hubierais jurado, al oirlo, que había vivido en la época de Claverhouse y de Burley, con los perseguidores y los perseguidos, y que había podido contar los disparos que los dragones habían hecho a los puritanos en fuga.

También advertimos que ninguna novela, que tuviera algún valor, se escapaba a su curiosidad, y que el favorito de las ciencias conocía perfectamente los productos de vuestra patria, el país de Utopía. En otros términos, una joven modistilla no hubiera tenido a esa clase de obras afición más decidida que él.

Para citar este hecho, no encuentro mejor excusa que mi deseo de recordar una velada deliciosa, y de animaros a abandonar esa modestia que os impone el temor de hablar de encantamiento y leyendas en una epístola.

Siguiendo vuestro ejemplo, os citaré unos Versos del poeta latino Horacio, que os traduciré para vuestro uso personal, mi querido capitán, y el de vuestro pequeño círculo, excepción hecha del cura y del maestro de escuela, que pueden traducir ellos mismos sin ayuda ajena. *Ne sit ancillæ tibi amor pudori, etc.* «A ti, que has nacido en el país de los sueños, te es permitido hacer la corte a la musa que preside los juegos infantiles. A ella puedes mentirle. El poema de Homero es una lucubración de una fantasía creadora, pues ni aún siquiera este poeta ha existido».

Ya veis, pues, mi querido capitán, que conozco vuestro país, y os demostraré que también conozco a vuestra familia. Os parecéis a vuestros conciudadanos en que ponéis gran cuidado en ocultar vuestra patria; pero ellos se diferencian de los habitantes del mundo material en que un gran número de los primeros procuran hacerse pasar por seres reales, como un antiguo montañés escocés llamado Ossian, un fraile de Bristol llamado Rowley, y otros muchos; mientras que los de nuestra tierra, que reniegan de su país natal, son precisamente los de que ella renegaría gustosa. Los detalles en que insistís acerca de vuestra vida y vuestros servicios no nos dan la equivalencia, pues sobradamente es conocida la versatilidad de los seres incorpóreos, como vos, versatilidad que les permite mostrarse bajo todas las formas y con todos

los disfraces. Los hemos visto bajo el caftán de un persa, y con el vestido de seda de un chino, pero, cualquiera que sea su disfraz, los descubrimos y los reconocemos. ¿Cómo podían engañarnos las astucias de vuestros conciudadanos cuando las visitas de que han sido objeto son más numerosas que los de Purchas y de Hackluyt? Entre vosotros están los más famosos viajeros por tierra y por mar; y basta, para demostrarlo, citar a Sinbad, Aboulfouaris y Robinson Crusoe, ¡verdaderos descubridores todos ellos! Si hubieran ido unos cuantos como estos a visitar la bahía de Baffin y buscar el paso del Noroeste, hubiéramos podido prometernos mucho. Esto no obstante, no pensamos imitarlos.

Advierto que he dado al olvido lo que me había propuesto, que era demostraros que conozco perfectamente a vuestra familia. No habéis nacido de una mujer, pues solo metafóricamente puedo decirle que María Edgeworth es la madre de la familia más hermosa de Inglaterra. Tenéis los mismos parientes que los editores de Utopía, a quienes estimo mucho porque entre ellos se encuentra el sabio Cide Hamete Benengeli, y el presidente de Cara Corta del círculo del Espectador, personajes que sirvieron de introductores a las obras que nos han deleitado en nuestros momentos de ocio.

Los editores de la clase en que me permito incluiros, son, solo por circunstancias fortuitas, poseedores de las obras que después ofrecen al público: a uno que se pasea por la orilla del mar, una ola complaciente arroja a sus pies una cajita cilíndrica que contiene un manuscrito, que, a pesar de estar completamente deteriorado, logra descifrar; otro entra en una tienda a comprar una libra de manteca y se la envuelven en la obra de un cabalista; un tercero obtiene de una mujer que alquila habitaciones una mesita de escritorio que perteneció a uno de sus inquilinos, y encuentra en uno de los cajones del mueble documentos muy curiosos. Todo esto es verosímil, pero semejantes cosas solo le ocurren a los editores de vuestro país.

En cambio yo, en mis paseos solitarios por la orilla del mar, solo he encontrado hierbas marinas y, muy raras veces, algunas conchas; mi posadera no me ha presentado más manuscritos que sus malditas cuentas, y lo más interesante que he descubierto ha sido una página de una de mis novelas que envolvía una onza de tabaco. No, capitán; las casualidades fortuitas no me han proporcionado los medios de distraer al público. He escudriñado las bibliotecas para extraer las tonterías contenidas en una porción de libros antiguos; he devorado varios volúmenes, tan indescifrables, que habrían podido confundirse con los manuscritos cabalísticos de Cornelio Agripa, aunque jamás haya visto «que se abra la puerta y aparezca Satán»; y he espantado a los numerosos huéspedes que habitaban desde hace mucho tiempo en los estantes, objeto de mis laboriosas investigaciones, y en los que el gusano temblaba y la araña se estremecía llena de indignación.

Como el mago de los cuentos persas sale del seno de la montaña en que ha permanecido un año, salía yo de mi docto sepulcro, no para elevarme como él sobre la muchedumbre, sino para confundirme con ella, cultivando el trato de personas de

todas las clases sociales y viéndome obligado a soportar el desprecio, o, lo que es peor aún, la protectora condescendencia de unos y la vulgar familiaridad de otros.

—¿Por qué? —me preguntaréis.

—Por el deseo de reunir materiales para escribir una novela que sea del agrado del público.

¡Oh atenienses, qué penoso es conquistar vuestros elogios!

Aquí podría hacer punto, querido señor Clutterbuck, y este final produciría un efecto conmovedor al público; pero no quiero engañaros, aunque el engaño sea moneda corriente en vuestro país.

Si he estudiado y vivido encerrado en las bibliotecas, ha sido por satisfacer mi curiosidad y distraerme, aunque el resultado haya sido exhibirme muchas veces en una u otra forma y no pueda reclamar el favor que suele otorgar el público a los que consagran sus ocios y sus trabajos a la educación y divertimiento del prójimo.

Después de haberme franqueado con vos, querido capitán, solo me resta deciros que acepto con gratitud vuestro ofrecimiento y el manuscrito del benedictino que, como os advirtió, está dividido en dos partes, cuyo asunto, época, lugar de la acción y personajes no se relacionan entre sí; pero siento mucho verme imposibilitado de satisfacer vuestra ambición literaria, permitiendo que vuestro nombre acompañe al título.

No me falta razón para proceder de este modo, y voy a exponérosla con toda franqueza.

Los editores de vuestro país son tan bondadosos y hasta tan apáticos, que se han perjudicado muchas veces abandonando a los que contribuyeron a darlos a conocer y los favorecieron, y han permitido que usurparan sus nombres los charlatanes e impostores que viven de las ideas ajenas. Por ejemplo, el sabio Cide Hamete Benengeli se dejó convencer por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda para tratar de turco y moro al ingenioso Miguel de Cervantes, y publicar una segunda parte de las aventuras de su héroe, el famoso *Don Quijote*, sin que lo supiera el verdadero padre del valiente caballero. Cierto que el prudente árabe se arrepintió y publicó más tarde la verdadera continuación de la obra en la que el citado Avellaneda de Tordesillas queda severamente castigado; pero, a pesar de haber pedido perdón, la traición temporal de Cide Hamete ocasionó la muerte al Caballero de la Mancha, si puede decirse que murió aquel cuya memoria es inmortal. Cervantes lo condujo al sepulcro para evitar cayera en malas manos; consecuencia terrible, pero justa, de la conducta desleal de Cide Hamete Benengeli.

Citando un ejemplo más moderno y de mucha menos importancia, puedo deciros que mi antiguo conocido Jedediah Cleishbotham ha descuidado el cumplimiento de su deber hasta el extremo de abandonar a su antiguo amo, y pretender volar con alas propias, y temo que el pobre maestro de escuela de Gandercleugh no gane con sus nuevos aliados otra cosa que el placer de divertir al público con las querellas respecto a su identidad[3].

La experiencia adquirida con estos grandes ejemplos no me permite, capitán, aceptaros más que como socio en comandita; pero os concedo el derecho a llevar la firma de la sociedad que vamos a formar, y estampillaré todos mis efectos, para que sea imposible falsificarlos, como se imita el sello de cualquier charlatán. Os prevengo, pues, querido amigo, que si algún día aparece vuestro nombre en cualquiera obra sin la sanción del mío, seréis juzgado severamente por el público. No es mi intención amenazaros; pero, debiéndome vuestra existencia literaria, estáis por completo a mi disposición. Puedo privaros de la herencia de vuestra tía, suprimir la media paga, y hasta mataros, sin la menor responsabilidad. Este lenguaje es muy expresivo, pero dudo que quien, como vos, ha estado en la guerra, lo tome a mal.

Acaso el lector se impacienta porque lo tenemos demasiado tiempo a la puerta sin franquearle la entrada; pero en seguida vamos a darle satisfacción.

Pasadlo bien, mi querido capitán; presentad mis respetos al cura, al alcalde, al maestro de escuela, y a todos los respetables miembros del club de Kennaquhair, a quienes, a pesar de no haber visto nunca, creo conocerlos mejor que nadie. Pronto os presentaré a mi alegre amigo mister Juan Ballantyne, que se encuentra aún muy animado a causa de la querella que ha sostenido recientemente con uno de sus colegas[4]. ¡Que se tranquilicen! Los que venden libros y quienes los escriben, son igualmente irritables.

Pasadlo bien, capitán.

CAPÍTULO I

> «Los frailes son los autores de la superstición, los prejuicios y los groseros errores de los siglos pasados.
>
> »Como vos, bendigo la mano bienhechora que limpió de estas impurezas a la humanidad; pero los frailes no son los únicos culpables.
>
> »Estoy dispuesto a creer que la vieja Mariblanca, al cruzar esta noche los aires montada en un palo de escoba, provocó la tormenta que estalló sobre nosotros».
>
> *(Comedia antigua).*

El pueblo llamado, en el manuscrito del benedictino, Kennaquhair, tiene la misma terminación céltica que Traquhair, Caquhair, y otras palabras compuestas. Según Chambers, la palabra *quhair* significa tortuosidades de un río; etimología que parece verosímil si se tiene en cuenta lo sinuoso que es el Tweed en las cercanías de este pueblo.

El soberbio monasterio de Santa María, fundado por David I, rey de Escocia, bajo cuyo reinado fueron también construidos los conventos no menos espléndidos de Melrose, Jedburgh y Kelso, dio gran celebridad durante mucho tiempo a Kennaquhair.

En las crónicas de aquel tiempo, escritas por frailes, califícase de santo a David I, que cedió extensos dominios a los conventos, con perjuicio notorio de los intereses de sus descendientes.

Sin embargo, es de presumir que David, príncipe tan prudente como piadoso, no hiciera estos espléndidos donativos a la Iglesia solo impulsado por su religiosidad, sino también por razones políticas bastante poderosas. Después de la pérdida de la batalla del Estandarte, el estado de sus posesiones en los condados de Northumberland y de Cumberland llegó a ser extremadamente precario. Ante la posibilidad que le amenazaba de que el valle de Teviotdale formara la frontera de su reino, puso al abrigo de los furores de la guerra una parte de los hermosos dominios allí situados, colocándolos bajo la protección de los frailes, cuyas propiedades fueron siempre respetadas por los beligerantes, único medio que se le ocurrió para asegurar alguna protección a los labradores.

Las posesiones abaciales fueron efectivamente consideradas durante varios siglos como una especie de país de Goshen, privilegiado y tranquilo, en tanto que el resto del territorio, ocupado por tribus salvajes y nobles varones, era saqueado y víctima de toda clase de crímenes y rapiñas.

El país se mantuvo en este estado de prosperidad hasta la unión de las dos coronas. Mucho tiempo antes, las guerras entre Inglaterra y Escocia habían perdido

su antiguo carácter de rivalidad entre pueblos vecinos, siendo los móviles que inducían a la lucha el ansia de conquista por un lado, y la firme resolución de una vigorosa defensa, por el otro.

De ello resultó una fiera hostilidad, llevada a tal grado como no había ejemplo en la historia del país. Pero pronto el odio nacional y el amor a la rapiña extinguieron los escrúpulos religiosos y dejó de respetarse el patrimonio de la iglesia, a pesar de lo cual los labradores y los vasallos de las grandes abadías gozaban de mayores ventajas que los de las baronías laicas. A estos se les imponían deberes militares, que los convirtieron en verdaderos bandidos, solo deseosos de estar en guerra, aunque no eran llamados a las armas más que en los casos de levantamiento general, disfrutando, por lo común, de sus haciendas y de sus feudos[5] con toda tranquilidad.

Como consecuencia de este estado de cosas, eran mejores agricultores, más ricos y más instruidos que los que dependían de los jefes y de los nobles, sus vecinos, quienes estaban constantemente armados para sostener las querellas de sus señores.

La mayor parte de los vasallos de la iglesia residían en pueblos o pequeñas aldeas, compuestos de treinta o cuarenta familias que se agrupaban para ayudarse y protegerse mutuamente, formando lo que se llamaba un *town*. Al conjunto de tierras y casas se le daba el nombre de *township*.

Las familias del *township* poseían, por lo general, la tierra en común, aunque en proporción acomodada a la extensión de sus concesiones particulares. El suelo susceptible de constante cultivo, se llamaba *in-field*. Se abonaba el terreno, y se cosechaba cebada y avena, que sembraban alternativamente. Todos trabajaban en común y, después de la cosecha, se repartían el producto, conforme a los derechos de cada uno.

Además, en las inmediaciones del pueblo tenían tierras, *out-field*, que sembraban de vez en cuando, y, hecha la recolección, las abandonaban a las influencias atmosféricas hasta que se renovaban en ellas los principios agotados de la vegetación. Cada cual elegía en las montañas y en los valles los terrenos que se le antojaba para pastos de sus ganados.

El cultivo de estas tierras era muy aventurado, y tan poca seguridad había de que el producto indemnizara de los gastos y trabajos, que los que se arriesgaban a labrarlos, gozaban del producto de las cosechas sin dar participación alguna a los demás miembros del *township*.

El común disponía de inmensas praderas situadas en los valles, en que, durante el verano, pastaban los ganados.

Por las mañanas, un pastor conducía los rebaños de la comunidad, y regresaba al anochecer para evitar sorpresas de los merodeadores de los contornos.

Este relato sorprenderá a los actuales arrendatarios; pero es lo cierto que tales costumbres existen aún, con alguna ligera modificación, en varias regiones de la Gran Bretaña, y subsiste en todo su vigor en el archipiélago de Nueva Zelanda.

Las viviendas de los feudatarios de la iglesia respondían a su procedimiento de

cultivo de la tierra. En cada pueblo construíanse varias torrecillas cuyos muros, guarnecidos de almenas, formaban a veces dos ángulos. La entrada se cerraba siempre con una puerta de encina muy espesa guarnecida de grandes clavos, y, a veces, era también defendida por otra segunda puerta exterior forrada de hierro.

En esta especie de castillos fuertes habitaban los poseedores de los principales feudos y sus familias; pero, tan pronto como se advertía la aproximación de algún peligro, todos los individuos de la agrupación se refugiaban en ellos y constituían su guarnición.

Como todos manejaban muy bien el arco y las armas de fuego, y las torres, por lo general, estaban cerca unas de otras para defenderse recíprocamente y para que no pudieran ser atacadas aisladamente, era muy difícil al enemigo penetrar en el pueblo. El interior, era bastante pobre, para no excitar la rapiña de los merodeadores de la vecindad.

Las familias que ocupaban las torres disfrutaban de cierto bienestar, y eran relativamente instruidas.

Sus tierras les abastecían de pan y cerveza, y sus ganados les proporcionaban excelentes carnes de buey y de carnero. (La ternera y el cordero no se conocían aún). Cada familia sacrificaba en el mes de noviembre un buey gordo, que salaban para el invierno, y en las grandes solemnidades se agregaba a la comida ordinaria un pichón o un hermoso pollo. El jardín, aunque mal cultivado, producía algunas coles, y el río criaba salmones que servían de alimento durante la cuaresma.

En los pantanos había gran cantidad de turba; y, aunque poco cuidados, los bosques ofrecían combustibles en abundancia. Además de estos elementos de vida el jefe de la familia solía salir de caza las noches de luna, con su arco o con su escopeta; si mataba algún gamo del rey, llevábalo en secreto a su casa, y el confesor le absolvía de ese pecadillo si se le daba participación de la caza. Otros más atrevidos hacíanse acompañar por sus criados, o por los *moss-troopers* (soldados de los pantanos, especie de merodeadores), cuando salían de excursión. A estas excursiones se les daba los nombres de *star and overloup* en el lenguaje de los pastores; y a ellas se atribuían los ornamentos de oro y los vestidos de seda que llevaban algunas mujeres de las familias más distinguidas, con manifiesta envidia de las demás. Para el abate de Santa María, esos actos de rapiña constituían un crimen mucho más grave que el de robar *un gamo al rey*, y castigaba severamente al culpable cuando era descubierto, porque, si los vasallos se familiarizaban con el robo, corrían peligro las propiedades del convento.

Los labradores de las abadías eran, como ya hemos dicho, más instruidos que los de los barones laicos; y podríase añadir que estaban mejor alimentados que instruidos, según la expresión proverbial, aunque su alimentación hubiera sido peor aún de lo que era. Para instruirse, tenían ciertos medios de que estaban privados los demás.

Los frailes conocían, por lo común, a todos sus vasallos, y trataban familiarmente

a los demás principales, en cuyas casas eran recibidos con el respeto debido a su noble carácter de padres espirituales y de señores temporales; así es que, cuando un niño revelaba disposiciones al estudio, siempre había algún fraile, que, o con el propósito de dedicarlo al sacerdocio, o por pura bondad, le iniciaba en el arte de leer y escribir primero, y después le enseñaba cuanto él sabía. Como los jefes de esas familias eran más ricos, tenían más tiempo para reflexionar y más instrucción, estaban mejor conceptuados entre sus vecinos que por su opulencia relativa, tanto como los despreciaban por su carácter pacifista y poco emprendedor. Evitaban el trato con los demás, y temían verse obligados a intervenir en las querellas y disensiones que sostenían los vasallos de los señores seculares.

Tal era el estado de cosas entre dichas comunidades, que, durante las funestas guerras de los comienzos del reinado de María, sufrieron mucho a causa de las invasiones inglesas, pues convertidos los naturales de Inglaterra al protestantismo, saqueaban los bienes de la Iglesia, con preferencia a los de los laicos.

La paz de 1550 devolvió, al fin, alguna tranquilidad a dichas regiones, después de haber sufrido todos los males de la guerra, y las costumbres volvieron a encauzarse. Los frailes restauraron sus iglesias; los poseedores de feudos reedificaron sus pequeñas fortalezas, devastadas por el enemigo; el labrador reconstruyó su cabaña derribada, trabajo fácil que no necesitaba más que unas cuantas piedras, un poco de barro y unas ramas cortadas en el bosque vecino. Sacose del bosque el poco ganado que había podido ocultar, y el fiero toro, seguido de su harén, tomó nuevamente posesión de sus pastos.

El monasterio de Santa María y sus dependencias disfrutaron, durante algunos años, de perfecta tranquilidad, dada la turbulencia de la época y de la nación.

CAPÍTULO II

> «Pasó su infancia en aquel valle, donde la trompeta guerrera sonaba con frecuencia. El viento llevaba sus sonidos, que el eco repetía, desde el pantano en que nace el Tweed, hasta el lugar en que este río desemboca en el Océano».
>
> *(Comedia antigua).*

La mayoría de los feudos ocupaban, como hemos dicho, el centro del pueblo de que dependían; pero había numerosas excepciones, entre las cuales se encontraba la solitaria torre a que vamos a conducir al lector.

Encontrábase esta completamente separada del pueblo, y era mayor y más sólida que las demás, prueba del bienestar del feudatario, y la necesidad en que se veía de rechazar con sus propias fuerzas los ataques que le amenazaban. Dos o tres miserables cabañas, agrupadas alrededor del castillo, servían de alojamiento a sus labradores.

Esta fortaleza estaba situada sobre una colina, cubierta de césped, en el desfiladero de un valle estrecho, al que no daba acceso más que un solo punto. Las sinuosidades que en terreno suyo formaba un arroyo contribuían a que su posición fuera casi inmejorable.

La defensa principal de Glendearg, que tal era el nombre de este feudo, consistía en su posición apartada. Para llegar a la torre, necesitábase andar tres millas por un valle estrecho que las aguas del arroyo atravesaban veinte veces, a causa de lo quebrado del terreno, que no le permitía avanzar sino en líneas oblicuas.

Las montañas que circundan este valle forman una cadena impenetrable en que parece estar cautivo el arroyo. Inaccesibles para los caballos, y no pudiendo trepar por allí más que las cabras, difícilmente podría suponerse que en lugar tan erizado y lleno de obstáculos tan peligrosos, hubiera otra vivienda que la cabaña de un pastor.

El valle no carecía, sin embargo, de belleza: el césped que crecía sobre la pequeña llanura, regada por el arroyo, era tan verde y tan espeso, como si segado dos veces al mes por la guadaña de un centenar de jardineros, estos lo adornaran con margaritas y otras flores silvestres.

El arroyo, a veces contenido en su lecho y otras completamente libre, arrastraba sus límpidas y tranquilas aguas, avanzando a su destino, a pesar de los obstáculos que surgían a cada paso y que no hacían más que retrasar su curso, a semejanza de los hombres dotados de un carácter resuelto que se abren paso en la vida sin desmayar ante las dificultades insuperables; o como el marino, que consigue hacer que avance su nave a pesar de ser esta impelida por un viento contrario.

Álzanse las montañas casi perpendicularmente por el lado del valle, despojadas,

por los torrentes, de la poca tierra que las cubría, presentando una superficie grisácea en la que se destacan algunos pequeños árboles diseminados a lo largo de los barrancales y de los sotos, y que, en los sitios privilegiados, se han salvado de los voraces dientes de las cabras o de la podadera de los pastores.

Algunas de estas montañas, más elevadas que las demás, llevaban hasta las nubes sus cumbres peladas y estériles, cuya majestad contrastaba con los macizos de robles, de álamos, de pobos y de espinos que crecían en sus laderas, y con el verde y frondoso césped que alfombraba el fondo del valle.

Sin embargo, el aspecto de aquellos lugares no era bello, ni sublime, ni aun siquiera pintoresco, pues su vista conmovía el alma, y el viajero, al contemplarlo, experimentaba una incertidumbre penosa. Esos lugares salvajes impresionan más la imaginación que los grandes rasgos de un soberbio panorama, en el que sabemos con exactitud a qué distancia se encuentra la posada en la que esperamos cenar suculentamente o reposar en cómodo lecho. Pero estas ideas pertenecen a un siglo posterior, pues ni los habitantes de Glendearg, ni los que casualmente se aventuraban por aquellos parajes, sabían apreciar en aquella época la belleza o fealdad con sus matices intermedios.

El nombre de *Valle Rojo* debía habérsele dado, no solo a causa de las numerosas cañadas con sus flores purpúreas que había en las laderas de las montañas, sino también por el color de las rocas y de sus tierras. Otra cañada situada cerca del manantial de Ettrick, recibió el mismo nombre por análogas circunstancias, y probablemente no son las únicas que existen en Escocia.

Como en Glendearg no había muchos habitantes, la superstición lo había poblado de fantasmas, seres fantásticos de otro mundo, con los que sin duda se aspiraba a compensar la falta de seres humanos. Pretendíase que allí se veía con frecuencia al Hombre Pardo de los pantanos, descendiente legítimo de los enanos del Norte, que hacía su aparición después del equinoccio de otoño, cuando las nieblas son tan densas que casi no permiten distinguir los objetos. También se aseguraba que las hadas de Escocia, tribu fantástica, irritable y perversa, que, aunque a veces tenían el capricho de hacer el bien, no cesaba de molestar a la raza humana, había fijado su residencia en uno de los sitios más agrestes del valle, llamado por este motivo *el Hoyo de las Hadas*; pero se evitaba hablar de este lugar, y aun nombrarlo, para no exponerse a ser víctima de los rencores de esa raza caprichosa de seres sobrenaturales, que imponen el secreto y el silencio a los que han sorprendido sus danzas o descubierto sus guaridas.

Gran terror inspiraba esta parte del valle cerca del cual era preciso pasar para ir desde las orillas del Tweed a la pequeña fortaleza, llamada la torre de Glendearg.

Más allá de la colina, que servía de asiento a esta torre, las montañas se unen cada vez más, son más agrestes y terminan en una extraña catarata, que no es otra cosa que un chorro de agua que cae de precipicio en precipicio, desde una prodigiosa altura.

Detrás de esta cascada, se extiende a lo lejos un pantano, solo frecuentado por

aves acuáticas, que ponía a los habitantes del pequeño valle al abrigo de las incursiones de sus vecinos del Norte.

Los intrépidos merodeadores conocían, sin embargo, los parajes accesibles, se refugiaban en ellos y se internaban con frecuencia en el valle, llegando hasta la torre en demanda de hospitalidad, que se les concedía de mala gana, y más por temor que por complacencia.

No siempre habían imperado en la torre de Glendearg temperamentos de paz y de concordia, pues Simón Glendinning, último poseedor de dicho feudo, vanagloriábase de proceder de la antigua familia de Glendonwyne, originaria de las fronteras occidentales de Escocia, y, sentado al amor de la lumbre, se complacía en narrar las hazañas de sus antepasados, uno de los cuales murió peleando al lado del bravo conde de Douglas, en el combate de Otterbourne.

En estas solemnes ocasiones acostumbraba ponerse sobre las rodillas una antigua espada escocesa que había pertenecido a sus antepasados antes de que ningún individuo de su familia hubiera sido vasallo del monasterio de Santa María. En los tiempos modernos, Simón Glendinning habría podido vivir cómodamente con el producto de sus tierras, aunque renegando de su suerte, que le obligaba a permanecer en ellas y le impedía conquistar la gloria en los campos de batalla; pero como en aquella época turbulenta se necesitaban muchos soldados, y era natural que se pidiera al que hacía alarde de bravura que diese pruebas de su valor, viose obligado a alistarse bajo la sagrada bandera de Santa María, en la desastrosa campaña que terminó con la derrota de Pinkie.

El clero católico tenía vivo interés en la querella nacional, que se proponía impedir el matrimonio de la joven reina de Escocia, María, con el hijo del hereje Enrique VIII. Los frailes habían puesto sobre las armas a sus vasallos bajo el mando de jefes experimentados, y muchos se habían regimentado y desplegaban un estandarte que ostentaba, pinada, una mujer de rodillas con las manos y la vista elevadas al cielo, en actitud de pronunciar las palabras de la leyenda: *Afflictæ Sponsæ ne obliviscaris*[6]. Se suponía que esta figura de mujer era la representación de la Iglesia de Escocia.

Además, en todas las guerras, faltaron a los escoceses más generales prudentes y hábiles que jefes entusiastas. Estos, impulsados siempre por su temeridad, precipitaban las batallas, sin tener en cuenta su posición ni la que ocupaba el enemigo e inevitablemente sufrían frecuentes desastres. Simón Glendinning murió con otros diez mil hombres en la batalla de Pinkie, muerte gloriosa y digna de la ilustre familia de que él era el último descendiente.

Cuando la noticia fatal, que impuso a toda Escocia el duelo y la consternación, llegó a la torre de Glendearg, Elspeth Brydone, viuda de Simón, encontrábase en su morada sola con dos ancianos servidores a quienes la edad impedía combatir y dedicarse a las faenas agrícolas, y con las viudas y los hijos de los que habían sucumbido luchando al lado de su señor.

El desconsuelo era general. Los frailes de Santa María, señores del pueblo de Kennaquhair y de otros, habían sido expulsados de la abadía por los ingleses que invadían el país, obligando a sus habitantes a someterse, al menos aparentemente.

El protector Somerset, acampado y atrincherado en las ruinas del antiguo castillo de Roxburhg, obligaba a los habitantes del contorno a solicitar su protección. No quedaban medios de resistencia; los pocos nobles cuya altivez impedía inclinar la cabeza ante el yugo inglés, veíanse obligados a refugiarse en los sitios más inaccesibles, abandonando sus castillos y sus bienes a los invasores. Estos enviaban por todas partes destacamentos para arruinar, con exacciones militares, las casas y las tierras de los señores que no habían querido someterse. Las posesiones del abad de Santa María, que se había retirado más allá de Forth con todos los hermanos, fueron tratadas con tanto más rigor cuanta mayor oposición habían estos mostrado a la proyectada alianza.

De las tropas encargadas de este servicio formaba parte un pequeño destacamento mandado por el capitán Stawarth Bolton, soldado dotado de la franca bravura y de la generosidad sin altivez que tan frecuentemente distinguieron a los soldados ingleses. Como toda resistencia era inútil, cuando la viuda de Simón vio avanzar por el valle a una docena de soldados mandados por un jefe de brillante armadura y pluma flotante en el casco, salió de su torre, vestida de luto, y llevando de la mano a sus dos hijos, muy pequeños aún. Adelantose hacia el capitán inglés, le refirió sus desgracias, puso a su disposición todos sus bienes e imploró merced.

La dama se expresó en pocas palabras, y declaró orgullosamente que se sometía, porque no le quedaba ya ningún medio de resistencia.

—¿Qué deseáis que haga para que os consideréis segura, señora? —inquirió el capitán—. No pongo en duda vuestras intenciones pacíficas.

—Al menos, capitán —contestó Elspeth—, aceptaréis la hospitalidad que os ofrezco. Vuestros soldados están fatigados y necesitan reposo.

—No, porque no quiero que se diga que hemos torturado inútilmente a la viuda de un bravo militar, cuando vestía aún luto por su esposo… ¡Soldados, media vuelta! ¡Un momento, sin embargo! Numerosos destacamentos recorren el país en todos sentidos, y, como algunos pueden presentarse aquí, necesitáis un salvoconducto… Amiguito mío, préstame tu gorra.

Estas últimas palabras fueron dirigidas al mayor de los dos huérfanos, que tendría de nueve a diez años de edad.

El niño enrojeció, retrocediendo hasta colocarse detrás de su madre, quien, regañándole, como las madres regañan a los niños mimados, se la quitó y la presentó al capitán.

Stawarth Bolton quitose la cruz roja bordada de su montera, la colocó en el borde de la gorra y dijo a la viuda:

—Con esta salvaguardia no os molestarán nuestros merodeadores, pues tienen orden de respetarla[7].

Y la colocó el mismo en la cabeza del niño; pero este, con las venas de la frente hinchadas, llorando de ira, quitose inmediatamente la gorra, y antes que su madre pudiera impedirlo, la arrojó al río.

Entonces, el otro niño más pequeño corrió a sacarla del agua y se la devolvió a su hermano después de haber desprendido la cruz, que besó respetuosamente y se colocó en el pecho.

Esta escena regocijó al capitán casi tanto como le sorprendió.

—¿Por qué habéis arrojado la cruz de San Jorge, granujilla? —preguntó al mayor de los niños con tono tan serio como alegre.

—Porque San Jorge es un santo inglés —contestó el pequeñuelo audazmente.

—¡Perfectamente! Y vos, amiguito, ¿por qué la habéis sacado del agua? —preguntó al otro.

—Porque es el signo de redención de todos los cristianos.

—¡Muy bien! Señora, os envidio esos dos niños. ¿Sois madre de los dos?

Stawarth Bolton no iba descaminado al hacer aquella pregunta: Alberto Glendinning, el mayor de los chiquillos, tenía los cabellos negrísimos; grandes ojos, también negros, atrevidos y penetrantes; cejas muy espesas y tez morena, y revelaba una resolución mucho mayor de lo que podía suponérsele a su edad. Eduardo, por lo contrario, tenía cabellos rubios, ojos azules y tez blanca; su rostro revelaba tanta dulzura, que rayaba en timidez.

La madre, después de mirar amorosamente a sus dos hijos, contestó:

—Sí, señor; los dos son hijos míos.

—¿Y del mismo padre?, no os ofenda esta pregunta, señora, pero es la misma que haría a cualquiera dama inglesa. Pues bien, son dos hermosos muchachos, y deberíais darme uno, porque yo no tengo ninguno. Vamos, ¿quién de vosotros quiere venirse conmigo?

La madre, temblando, e ignorando si hablaba en serio o en broma, cogió a sus hijos por la mano y los atrajo hacia sí.

—Yo no iré con vos —se apresuró a responder Alberto, porque sois inglés, y los ingleses han matado a mi padre. Cuando yo pueda llevar su espada, os haré la guerra hasta morir.

—Muchas gracias, pequeño guerrero —respondió el capitán, sonriendo—. La sangre que lleváis en las venas es realmente escocesa. Y vos, niño rubio, ¿queréis veniros conmigo? Os enseñaré a montar a caballo.

—No —contestó Eduardo tranquilamente.

—¿Por qué?

—Porque sois hereje.

—Os doy también las gracias. Pues bien, señora, estoy convencido de que no haré reclutas en vuestra familia, a pesar de lo cual os envidio a vuestros dos ángeles… Pero no deseo llevármelos, porque serían motivo de constantes disputas con mi esposa. Yo preferiría a ese diablillo de ojos negros, y ella no se ocuparía más que de

ese rubito de ojos azules; pero comprendo que es forzoso resignarse, prescindir de lo que el Cielo nos ha negado y felicitar a los que son más dichosos. Sargento Brittson, te quedas aquí hasta nueva orden; protegerás a esta familia como si estuvieran bajo mi salvaguardia; no le ocasiones ningún perjuicio, y no permitas que nadie la perjudique tampoco, pues te haré responsable. Señora, Brittson es honrado padre de familia; no le dejéis carecer de nada, pero impedirle que beba demasiado.

Elspeth Glendinning reiteró su ofrecimiento de obsequiar a la tropa, aunque deseando vivamente que su invitación no fuese aceptada. Temiendo que sus dos bellos hijos, tan admirados por el capitán, le fueran arrebatados, los tenía cogidos de la mano, como para resistir a la violencia si se recurría a este medio. Así, pues, no pudo contener un movimiento de júbilo cuando vio que el destacamento se disponía a retirarse.

Bolton, que advirtió lo que pasaba en el corazón de la madre, díjole:

—Señora, os perdono el temor que experimentáis suponiendo que un halcón inglés va a arrojarse sobre vuestra nidada; pero, tranquilizaos; un hombre honrado no arrebata el bien a su prójimo. Quedad con Dios. Cuando ese pillete de ojos negros pueda manejar las armas, enseñadle, por si algún día pisa el suelo inglés, a respetar a las mujeres y a los niños, recordando a Stawarth Bolton.

—¡Que el Cielo os ampare, generoso hombre del Sur! —contestó Elspeth, que volvió a tranquilizarse al ver que el capitán, poniéndose al frente de su escasa tropa, tomaba por el sendero que conducía fuera del valle.

—Madre mía —dijo Alberto—, me es imposible asociarme a una plegaria hecha en favor de un hombre del Sur.

—Madre mía —pregunto Eduardo tímidamente—, ¿es permitido rezar por un hereje?

—Dios, a quien invoco, juzgará —contestó la madre exhalando un suspiro—; pero las palabras *hombre del Sur* y *hereje* han costado ya a Escocia diez mil de sus hijos más valientes, y nos han privado, a vosotros de vuestro padre y a mí de mi esposo. Mi más ferviente deseo es no volver a oír tales palabras. Seguidme a la torre —agregó dirigiéndose a Brittson—, y cuanto me pertenece está a vuestra disposición.

CAPÍTULO III

> «A orillas del Tweed encendieron fuegos tan grandes, que su vivo resplandor amortiguaba el de las estrellas».
>
> *(El viejo Maitland).*

La noticia de que la viuda de Simón Glendinning había obtenido un salvoconducto, y de que, por consiguiente, no la despojarían ni del grano ni del ganado, no tardó en ser conocida en el patrimonio de Santa María y en sus inmediaciones. Entre las personas a cuyos oídos llegaron estos rumores, encontrábase una señora de más elevada alcurnia que Elspeth y que había sufrido desgracias mayores.

Esta era la viuda de Gualterio Avenel, esforzado guerrero, descendiente de una de las auténticas familias que vivían en la frontera de Escocia, en otra época poseedora de inmensas propiedades en la baronía de Eskdale, gran parte de las cuales habían pasado desde hacía mucho tiempo a otras manos; pero le quedaban aún grandes fincas rústicas en las inmediaciones de la abadía de Santa María casi todas en la orilla del Tweed junto al valle de Glendearg, en cuyo extremo se encontraba la torre de Glendinning. Esta familia ocupaba un puesto muy distinguido entre la nobleza de la provincia, y el respeto que inspiraba había aumentado ante el valor y el espíritu emprendedor de su jefe, Gualterio Avenel.

Después de la sangrienta derrota de Pinkie-Cleugh, Avenel fue uno de los que, reuniendo algunas tropas, demostraron que una nación vencida, y cuyo territorio ha invadido el enemigo, no se resigna con su suerte y hace la guerra de guerrillas que suele ser fatal a los opresores. Avenel sucumbió en una escaramuza, y la noticia de su muerte llegó al castillo de sus mayores, acompañada de un destacamento inglés que llevaba el propósito de saquearlo y de aterrorizar a los que se resistieran.

La viuda, casi privada de sentido, ignorando a dónde la conducían y por qué la arrastraban tan apresuradamente, fue trasladada juntamente con su hija por algunos servidores fieles, a través de las montañas, a la cabaña de un pastor, cuya mujer, Tibb Tacket, había sido su doncella.

Esta honrada familia le prodigó cuantos cuidados estaban a su alcance; pero pasado el paroxismo del dolor, luego de reflexionar sobre su situación, la señora Avenel envidió la suerte de su marido y se deseó la muerte. Sus servidores viéronse obligados a separarse de ella para buscar medios de subsistencia, pues hasta a sus huéspedes mismos llegaron a faltarles los recursos que partían con su antigua señora. Los forajidos ingleses les habían robado el ganado, y como este era el único medio de subsistencia de que disponían, el hambre era su porvenir.

—Nos han dejado completamente arruinados y no nos queda más recurso que mendigar —dijo Martín retorciéndose los brazos en la amargura de su desconsuelo—. ¡Ladrones! ¡Salteadores! ¡No habernos dejado una sola res!

—¡Y haber visto a nuestras vacas Grizzy y Crummie volver la cabeza al establo, mugiendo de pena —agregó la mujer—, mientras esos bandidos, esos corazones de piedra las golpeaban para que anduviesen!

—Y, sin embargo, ¡no eran más que cuatro! En otros tiempos cuarenta no se hubieran atrevido a aventurarse en estos parajes; pero hemos perdido nuestra fuerza y nuestro valor cuando perdimos a Nuestro Señor.

—Por el amor de la Santa Cruz, hablad más bajo, Martín; nuestra pobre señora se encuentra medio muerta, y, si os oyera, la pena acabaría de matarla.

—Es preferible que muramos todos, pues no sé lo que va a ser de nosotros. Nosotros… pasando muchos apuros, podemos hacer frente a la miseria, pero nuestra pobre señora…

El matrimonio hablaba con tanta libertad de su situación creyendo que la señora Avenel dormía en aquellos momentos, pero esta no perdía una sola palabra de la conversación.

—Queda todavía un recurso —dijo Martín—, pero dudo que la señora lo acepte. A la viuda de Glendinning le han dado esos bandidos ingleses un salvoconducto, y ninguno de los invasores se atreverá a acercarse a la torre. Si nuestra ama se fuera a vivir con la señora Elspeth hasta que pasen estos malos tiempos, sería honrarla demasiado; pero…

—Seguramente sería una honra para toda su posteridad; pero una gran señora como la nuestra, ¿querrá refugiarse en casa de la viuda de un vasallo de la iglesia?

—¡Si hubiera otro medio! ¿Qué partido tomar? Permanecer aquí es morir de hambre. ¿Dónde ir? Ninguno de los carneros que me han sido confiados ha escapado al saqueo.

—No habléis más del asunto —dijo lady Avenel, interviniendo en la conversación —; me refugiaré en la torre de Glendearg. La señora Elspeth es, como yo, viuda y madre, y me dará asilo mientras dura este estado de cosas. ¡Dichoso el que, durante la tormenta, encuentra una cabaña donde refugiarse!

—¡Ea! —exclamó Martín—. Nuestra señora tiene mucho mejor sentido que nosotros.

—Eso no tiene nada de particular —repuso Tibb—, puesto que ha recibido buena educación.

—¿Creéis —preguntó lady Avenel estrechando a su hija contra su pecho, y mostrando de este modo la razón que la inducía a desear un asilo—, creéis que la señora de Glendinning nos recibirá?

—Seguramente —exclamó Martín—; de muy buena gana. Además, los brazo escasean a causa de las malditas guerras, y tanto Tibb como yo sabemos manejar los nuestros.

—Puedo hacer muchas cosas —agregó la compañera del pastor, irguiéndose— de hallarme en una casa rica; pero en la de la señora Elspeth no habrá encajes que remendar, ni cofias que necesiten ser adornadas.

—Vamos, mujer; no seas tan orgullosa: ya sabemos que eres capaz de hacer todo cuanto te propongas. Entre nosotros dos podemos ganar la subsistencia de tres, sin mencionar a la señorita. ¿Por qué no nos ponemos inmediatamente en camino? Tenemos que andar cinco largas millas a través de matorrales y pantanos, y no es paseo muy cómodo para una gran señora.

Los preparativos para la marcha quedaron pronto terminados. Se hicieron varios paquetes y se cargaron sobre un caballo viejo, que había escapado al pillaje de los saqueadores por haber corrido más que ellos. Había huido al bosque; pero, al reconocer el silbido de su amo, volvió. Martín vio con sorpresa que el pobre animal estaba herido, aunque ligeramente, por la flecha lanzada por uno de los merodeadores despechado.

—¡Hola, *Shagram*! —decíale al curarle la herida—. ¿Estás destinado a morir atravesado por una flecha como muchos bravos escoceses?

—¡Ay, ay! —exclamó lady Avenel—. ¿A qué rincón de Escocia no llegarán ellas?

—¡Que Dios libre a los escoceses de la flecha, que él sabrá defenderse de la espada! Vamos, en marcha; ya volveré por lo poco que queda aquí. No hay nadie en los alrededores; en cuanto a nuestras buenas vecinas…

—¡Por el amor de Dios, Martín —dijo Tibb—, reflexionad antes de pronunciar una palabra! Pensad en el trayecto que hay que recorrer hasta llegar a la torre de Glendearg.

Martín comprendió lo atinado de esas observaciones, pues era una gran imprudencia hablar de las hadas, ya llamándolas *buenas vecinas*, o aplicándolas otro cualquier nombre, sobre todo, cuando se tenía que pasar cerca del paraje en que se sospechaba que moraban aquellos fantásticos seres[8].

Pusiéronse todos en marcha. Era el día 31 de octubre.

—Hoy es tu cumpleaños, María —dijo *lady* Avenel, besando a su hija—. Ay! ¿Quién hubiera creído hace seis años, que la niña cuyo nacimiento inundó de placer a tantos amigos, tendría hoy que buscar asilo en casa ajena?

María Avenel, preciosa criatura, que acababa de cumplir seis años, fue colocada sobre el lomo de *Shagram*, entre dos *fardos*. *Lady* Avenel caminaba al lado del caballo, que Tibb conducía por la brida, y Martín, armado de un grueso bastón, abría la marcha para reconocer el terreno.

A las dos o tres millas, la tarea de Martín se hizo más difícil y penosa. Los pastos, que conocía perfectamente, estaban al oeste de su vivienda, y era preciso dirigirse al Este para llegar al valle de Glendearg.

En aquella parte de Escocia, el país está tan cortado por las montañas, que el viajero se ve obligado a subir y bajar constantemente, buscando los desfiladeros y apartándose insensiblemente de la línea recta. Y esto fue precisamente lo que hizo el pastor en el ejercicio de sus funciones de guía; pero, al fin, lo advirtió y viose en la necesidad de confesarlo.

—De todos modos —decía—, no podemos estar muy lejos de Glendearg; estoy

seguro de que la torre se encuentra al otro extremo de los pantanos.

La empresa no era nada fácil. Se caminaba despacio y adoptando todo género de precauciones. Martín, a vanguardia, sondeaba el terreno con su gran cayada, encontrando a cada momento barrancos en los que la pequeña caravana corría peligro de quedar encenagada. A medida que avanzaban, el camino iba haciéndose cada vez más peligroso, hasta el extremo de que ya solo seguían adelante, porque no corrían menos riesgo al retroceder.

Lady Avenel había vivido siempre rodeada de toda clase de comodidades y en medio del mayor lujo; pero ¿qué fatigas se niega a sufrir una madre cuando su hijo se encuentra en peligro? Las que a la sazón soportaba parecíanle menos terribles que al pastor y a su mujer, a pesar de que estos estaban acostumbrados a ellas. Al lado del caballo, la dama seguía todos sus pasos, dispuesta a coger a su hija tan pronto como la viera hundirse en un terreno movedizo.

La zozobra del guía aumentó. La tierra estaba sembrada de matorrales, separados unos de otros por un suelo negro y poco seguro. Se detuvieron un momento. Martín exploró el terreno en una dirección determinada y, convencido de que podían continuar la marcha, aunque con algunas precauciones, cogió a *Shagram* por la brida para que no se apartara de la línea que, a su juicio, debían seguir; pero el caballo se resistió, enderezando sus orejas, encabritándose y oponiendo la mayor resistencia a su amo. Martín no sabía si emplear la fuerza para reducirle a la obediencia o ceder y buscar otro camino. La observación que le hizo su mujer a media voz, al ver que el animal relinchaba y temblaba de terror, no era para tranquilizarlo. Sin duda el instinto de *Shagram* le advertía que era peligroso aventurarse en la dirección que su amo pretendía obligarle a tomar.

En medio de estos apuros, María extendió de pronto sus manitas hacia el otro lado, exclamando:

—¡Por allí!, ¡por allí! ¿No veis aquella dama blanca que nos hace señas?

Todos se apresuraron a mirar en la dirección designada; pero solo distinguieron una ligera niebla que parecía salir de la tierra, acrecentando los temores de Martín. Nuevamente intentó obligar a *Shagram* a que avanzase; pero el caballo opuso cada vez mayor resistencia y fue imposible hacerle dar un paso.

—Anda, pues por donde quieras —dijo su amo, impaciente—, y veamos si tienes más habilidad que yo.

Cuando *Shagram* sintió la brida en el cuello, volvióse hacia la derecha y tomó la dirección que María había indicado. Esto no tenía nada de maravilloso, pues, para atravesar los pantanos, el instinto de los animales es admirable y sobradamente conocido. Caminaba con seguridad, y en poco tiempo estuvieron fuera del paso peligroso. Lo extraordinario fue que, durante el camino, la niña habló varias veces de la hermosa aparición y de las señas que le hacía para indicarles el camino; y *Shagram*, que parecía estar en el secreto, seguía la dirección indicada por María. *Lady* Avenel no prestó grande atención a esta circunstancia; pero Martín y Tibb

cambiaron una mirada expresiva.

—¡Víspera de Todos los Santos! —exclamó la mujer en voz baja.

—¡Por el amor de Nuestra Señora! —contestó el marido—. ¡Cállate! ¡Si es forzoso hablar a todo trance, reza una oración!

Cuando, por fin, estuvieron en terreno seguro, Martín reconoció unas montañas que le habían servido de guía para dirigir la marcha de la caravana, y, poco después, llegaron a la torre de Glendearg.

Al ver la pequeña fortaleza, *lady* Avenel apreció toda la extensión de su desgracia. En los tiempos de prosperidad, cuando encontraba casualmente a Elspeth en la iglesia o en cualquier otro sitio, ¡con cuánto respeto se dirigía la humilde esposa del dueño del feudo eclesiástico a la del noble barón! ¡Ahora la rueda de la fortuna había girado y era ella quien iba a suplicarle que le diera asilo!

Martín, adivinando los pensamientos de su infortunada señora, le suplicó con la vista que no cambiara de resolución. Esta lo comprendió perfectamente.

—Si estuviera sola —díjole—, preferiría morir; ¡pero mi hija, última prenda del amor de Avenel…!

—Sí, señora, sí —se apresuró a replicar el pastor, como para evitar que retrocediera—; hablaré a la señora Elspeth. He conocido a su esposo, a quien más de una vez le vendí reses.

Martín refirió, en efecto, a la señora Glendinning lo ocurrido, y esta no titubeó ni un momento en recibir en su casa a la noble viuda, *Lady* Avenel, quien siempre había sido bondadosa para con ella. Elspeth se consideraba dichosa por encontrarse en situación de proteger a una señora de tan elevada alcurnia, y sentía verdadera compasión por la mujer cuya desgracia se parecía tanto a la suya, y a quien el destino trataba con mayor crueldad. Saliendo, pues, de la torre, se apresuró a ofrecer a la noble dama generosa hospitalidad, invitándola a permanecer en la torre de Glendearg tanto tiempo como exigieran las circunstancias o fuera su deseo.

Martín y su esposa estaban, naturalmente, incluidos en esta invitación.

CAPÍTULO IV

> «Que no me sorprenda lejos la víspera de ese día tres veces santificado en que sale la milicia de los espíritus lúgubres que espantan y atemorizan».
>
> *(Oda al miedo,* de COLLINS*).*

A lady Avenel fuele imposible volver a su castillo, a pesar de sus deseos, cuando, poco tiempo después, se restableció la tranquilidad.

Un menor de edad era el rey de Escocia; la fuerza ahogaba el derecho, y los que tenían gran poder y ancha conciencia cometían toda clase de usurpaciones.

Julián Avenel, hermano menor del difunto Gualterio, se había apoderado sin ningún escrúpulo del patrimonio de este, tan pronto como la retirada de los ingleses se lo permitió. Primero se posesionó de él en nombre de su sobrina; pero, cuando su cuñada le hizo saber que se proponía volver al castillo, Julián le notificó que el dominio de Avenel era un feudo, patrimonio de los descendientes masculinos, y que él, y no la hija, era el heredero.

Un filósofo antiguo dijo que no se podía disputar con un emperador que tiene bajo sus órdenes veinte legiones, y lady Avenel no estaba en situación de sostener una querella contra un jefe que mantenía veinte merodeadores.

Julián mandaba gran número de hombres decididos; y poseía bastante fuerza para ayudar a un amigo que lo necesitara, por lo que estaba seguro de encontrar protectores entre los poderosos. Así es que, por grande que fuera el derecho que tuviese la niña María a la herencia paterna, su madre viose en la precisión de tolerar, al menos, durante algún tiempo, la usurpación de su tío.

Su paciencia y su resignación, impulsaron a Julián, avergonzado de que su cuñada y su sobrina no tuvieran más medios de vida que los que la caridad y la benevolencia de la viuda de un vasallo de la iglesia le proporcionaban, a enviarle un numeroso rebaño de animales de todas clases, probablemente robados a algún ganadero de las fronteras de Inglaterra, y no pocas ropas blancas, telas, muebles y alguna cantidad en metálico. Su manera de vivir le proporcionaba más mercancías que dinero contante, por lo que pagaba con más frecuencia en especies que en metálico.

Las dos viudas habían simpatizado mutuamente y decidieron no separarse. Lady Avenel desistió, por lo tanto, de buscar residencia más segura y tranquila que la torre de Glendearg, a cuyos gastos generales podía ya contribuir; y a Elspeth le encantaba tener en su casa a una dama de tan elevada alcurnia, por lo que trataba a la viuda de Gualterio con respeto mucho mayor de lo que esta hubiera deseado.

Martín y su esposa desempeñaban con celo las funciones que les habían sido confiadas, y obedecían de igual modo a ambas damas, aunque se consideraban servidores particulares de la madre de la pequeña María. Esta distinción ocasionaba a

veces ligeras querellas entre la señora Elspeth y Tibb, por empeñarse esta en hacer prevalecer el rango de la familia de lady Avenel; pero las dos evitaban que se enterara a la señora, a quien su huéspeda trataba con profundo respeto. Sin embargo, estos pequeños altercados no turbaban jamás la armonía de la familia, porque Tibb, que era casi siempre quien los provocaba, tenía bastante sensatez para ceder.

El pequeño valle de Glendearg constituía, pues, en cierto modo, casi el universo para las dos familias, las cuales no salían de él más que para ir a misa mayor a la iglesia del monasterio de Santa María en las fiestas solemnes; pero, entonces, Alicia Avenel procuraba olvidar que había brillado en la misma esfera que las infatuadas esposas de los nobles barones de los contornos que allí acudían.

Este recuerdo no le arrancaba el más ligero suspiro. Había amado a su marido por él mismo, y el pesar que su muerte le había ocasionado acallaba todos los demás motivos de sentimiento. Cierto es que, a veces, pensaba reclamar la protección de la reina-regente, María de Guisa, para la huérfana; pero el temor la contenía siempre, pues, conociendo demasiado a Julián Avenel, comprendía que este haría perecer a su sobrina si llegaba a ser un estorbo para sus intereses sin poner en duda ni un momento, que sabría encontrar el medio de llevar a la práctica el proyecto, caso de que llegara a concebirlo.

Además, como su cuñado vivía muy agitadamente tomando parte en todas las querellas y en todos los saqueos, podía morir antes de lo que su edad permitía suponer y, no habiéndose casado, los bienes usurpados volverían directamente a María Avenel por ser su única heredera. Alicia juzgó, pues, que era prudente continuar viviendo tranquila en el retiro que la Providencia le había deparado.

Un día, víspera de Todos los Santos y tercer aniversario de la reunión de familias, estaban estas sentadas alrededor de un hermoso fuego de turba en la llamada sala grande de la torre de Glandearg. Los amos, en aquella época, no habían pensado aún vivir separados de sus servidores, aunque el sitio de honor en la mesa y el más cómodo cerca del fuego distinguía a unos de otros; pero todos tomaban parte en la conversación libremente, salvados, como era natural, los respetos debidos.

Algunos jornaleros, empleados en las faenas agrícolas, que se retiraban a sus cabañas, fueron despedidos por Martín, que cerró tras ellos las dos puertas de la torre: de hierro la del exterior y de roble la del interior. Después regresó a la sala en que los demás servidores estaban reunidos con sus amas.

Elspeth hilaba un huso; Tibb vigilaba una vasija llena de leche, suspendida sobre el fuego por medio de una cadena que terminaba en un garfio, y que reemplazaba entonces a la cremallera; Martín componía un banco, pues en aquellos siglos cada cual era carpintero, cerrajero, sastre y zapatero de sí mismo.

Martín dirigía, de vez en cuando, una mirada a los tres niños, que, entregados a las distracciones propias de su edad, detrás de los asientos que rodeaban la chimenea, hacían algunas excursiones a las dos o tres habitaciones que comunicaban con la sala, y que les facilitaban excelentes medios de jugar al escondite. Aquella noche, sin

embargo, no parecían hallarse muy dispuestas a usar el privilegio de divertirse por lugares tan sombríos, y prefirieron jugar en la sala común.

Alicia Avenel, sentada cerca de un candelero de hierro que sostenía una antorcha de fabricación doméstica, leía en alta voz algunos párrafos de un voluminoso libro con broches dorados que conservaba con el mayor cuidado, y que era el único de que constaba su biblioteca. Los demás escuchaban con respeto, comprendieran o no.

Alicia había resuelto revelar detalladamente a su hija los misterios de aquel libro; pero su conocimiento podía exponerla a peligros personales, y la edad de María no permitía confiar mucho en su prudencia.

El ruido que promovían jugando los tres niños interrumpió varias veces la lectura, atrayéndoles más de una represión de Elspeth.

—¿No podríais ir a jugar más lejos, si habéis de alborotar tanto? ¡Si continuáis promoviendo tanto barullo, os enviaré a todos a acostar!

Asustados, los culpables procuraron jugar en silencio; pero, siéndoles esto imposible y cansados de tanta tiranía, huyeron a una de las habitaciones inmediatas, para disfrutar de mayor libertad.

Pero su ausencia del salón fue breve, pues los dos Glendinning volvieron, asegurando que había un hombre armado en el comedor.

—Será Cristián de Clint-hill —dijo Martín, poniéndose en pie—. ¿Qué puede traerlo aquí a semejante hora?

—¿Cómo ha entrado? —preguntó Elspeth.

—¿Qué vendrá a buscar aquí? —agregó lady Avenel.

Cristián de Clint-hill era uno de los principales confidentes de Julián Avenel y había llevado varios mensajes a Glendearg, por lo cual, en el espíritu de la madre de María despertáronse terribles sospechas.

—¡Santo Cielo! —exclamó la madre de María, levantándose con precipitación y profundamente angustiada—. ¿Y mi hija? ¿Dónde está mi hija?

Todos cuantos estaban en la sala, corrieron hacia el comedor. Alberto habíase apoderado de una vieja espada, y Eduardo, del enorme libro de Alicia; pero no tardaron en tranquilizarse cuando descubrieron a María en la puerta de comunicación. Esta no parecía turbada ni alarmada. Sin embargo, penetraron en el comedor; pero en él no encontraron a nadie.

—¿Dónde está Cristián de Clint-hill? —preguntó Martín a María.

—¿Cristián de Clint-hill? —repitió la niña—. No sé, no lo he visto.

—Acercaos aquí, picaros —dijo Elspeth a sus dos hijos—, y decidme por qué habéis dado esos gritos y nos habéis asustado con esos cuentos.

Los pequeñuelos se miraron mutuamente con aire confuso, y guardaron silencio. Elspeth prosiguió:

—Y, además, ¡dar esa broma la víspera de Todos los Santos, precisamente cuando lady Avenel nos leía un pasaje piadoso! ¡Os castigaré severamente!

El niño mayor bajó los ojos; el más pequeño lloró, y María, acercándose a la

señora Glendinning, suplicó:

—No les regañéis, señora Elspeth. Yo les dije que había visto un hombre en el comedor.

—¿Y por qué les habéis dicho eso?

—Porque era verdad que había visto en el comedor un hombre armado, y, atemorizada, se lo dije a Alberto y a Eduardo.

—Si María no me lo hubiera asegurado —replicó Alberto—, nada habría yo dicho, puesto que no he visto a nadie.

—Ni yo —agregó Eduardo.

—Señorita María dijo —Elspeth—, jamás habéis mentido y os mando que digáis la verdad, para que todo esto acabe. ¿Es verdad que habéis visto a alguien? ¿Era Cristián de Clint-hill? No quisiera que estuviera en casa sin saber dónde se oculta y qué viene a hacer aquí.

—Repito que he visto un hombre armado —repitió María—; pero no era Cristián de Clint-hill.

—¿Quién era, entonces?

—Era —contestó María balbuceando— un hombre con una brillante coraza de acero, igual a la que vi, hace mucho tiempo, en Avenel cuando vivíamos en nuestro castillo.

—¿Cómo era? —preguntó Tibb interviniendo.

—Tenía ojos, barba y cabellos negros; llevaba en el cuello varios hilos de perlas que le caían sobre la coraza; al costado larga espada con empuñadura de oro y piedras preciosas, y sobre el puño izquierdo un hermoso halcón con campanillas de plata.

—¡Por Dios, no le preguntéis más! —exclamó Tibb a Elspeth—. ¡Mirad a milady!

Lady Avenel, cogiendo a María de la mano, volvió la espalda y fuese con ella a la sala, por lo que no se pudo apreciar el efecto que le habían producido las respuestas de su hija.

Tibb, después de hacer varias veces la señal de la cruz, aproximose a Elspeth y le susurró al oído:

—¡Que el Cielo nos proteja! ¡La niña ha visto a su padre!

Al volver a la sala, encontraron a lady Avenel besando efusivamente a su hija, a quien tenía sobre las rodillas; pero se levantó inmediatamente y se retiró a la pequeña habitación que le servía de dormitorio para substraerse a todas las miradas.

Los niños fueron enviados a sus aposentos, los criados se retiraron a los suyos, incluso Martín, quedando solo cerca de la lumbre la señora Elspeth y la fiel Tibb, ambas excelentes personas, pero tan habladoras que no tenían nada que envidiar a las comadres más charlatanas de la Gran Bretaña.

Naturalmente, el tema de su conversación fue la aparición extraordinaria que acababa de alarmar a todos en la casa.

—Es preferible —dijo la señora Glendinning— que se hubiera aparecido el diablo

en persona, antes que Cristián de Clint-hill, el saqueador más grande que maneja lanza.

—¡Oh señora Elspeth! —contestó Tibb—. No temáis nada de Cristián, pues hasta los sapos cuidan de hacer limpieza en sus agujeros; pero los que pertenecéis a la iglesia, no perdonáis a esas pobres gentes. Los *lairds* de las fronteras no tomarían las armas, si esos bravos muchachos no los tuvieran en constante zozobra.

—Más valdría que se quedaran tranquilos en sus casas, y no fueran a saquear a los ingleses, como están haciendo.

—Si les quitáis sus lanzas y sus espadas, ¿quién se opondrá a los bandidos del Sur? ¿Acaso nosotras, pobres, viejas, con nuestros bolillos y nuestras ruecas? ¿Los frailes con sus campanas y sus libros de rezo?

—¡Ojalá no les hubieran dejado lanzas ni sables! Más tengo que agradecer a un inglés, a Stawarth Bolton, que a todos los merodeadores que llevan la cruz de San Andrés. Sus excursiones y sus saqueos son, a mi juicio, la causa principal de las querellas entre Inglaterra y Escocia, a pesar de que les debo la pérdida de mi esposo. El matrimonio del príncipe con nuestra reina es solo un pretexto, pues son gentes a quienes, como a Cristián, su costumbre de saquear a los habitantes de Cumberland, les ha hecho caer sobre nosotros.

En otra cualquiera circunstancia, Tibb no habría dejado sin réplica estas reflexiones que consideraba como insulto para sus conciudadanos; pero recordó a tiempo que Elspeth era el ama de la casa, y, refrenando su patriotismo, volvió a llevar la conversación al acontecimiento del día.

—¿No es extraño —dijo— que la heredera de Avenel haya visto a su padre esta noche?

—¿Creéis que era su padre? —replicó la viuda.

—¿Pues quién queréis que sea?

—Podía ser algún espíritu que se le apareciera.

—El parecido es exacto, a juzgar por la descripción que hizo la señorita María. Así se vestía él cuando iba a caza de pájaros. Llevaba siempre la coraza porque tenía enemigos en el país, y en mi opinión, señora Elspeth, todo hombre debe llevar acero sobre el pecho y espada al cinto.

—Me desagrada todo cuanto se relaciona con la guerra, Tibb, pero me desagradan más aún las apariciones en vísperas de Todos los Santos. Siempre son mensajeras de alguna desgracia, cosa que sé muy bien, puesto que a mí me ha ocurrido.

—No lo dudo, señora Elspeth —repuso Tibb acercando su banco al enorme sillón en el que estaba sentada la viuda de Simón Glendinning—. Contadme eso.

—Cuando yo tenía dieciocho o veinte años de edad y estaba soltera, me gustaba tanto divertirme, que no faltaba a ninguna de las fiestas de los alrededores.

—Pues habéis cambiado mucho desde entonces, porque en otro caso no hablaríais con tanta ligereza de nuestros bravos caballeros a quienes llamáis merodeadores.

—Lo que me ha ocurrido, Tibb, es suficiente para hacer cambiar a una mujer para

todo su vida. Además, a una muchacha como yo era entonces, no podían faltarle nunca galanes.

—Lo creo, señora Elspeth, pues todavía hoy…

—¡Vaya, Tibb, vaya! —protestó la señora Glendinning aproximando el sillón al taburete—. Ya sé que ha pasado ese tiempo, pero en la época de que os hablo, los hombres no dejaban de mirarme, y, además, no me faltaba un pedazo de tierra en la punta del delantal, porque mi padre era propietario de Littledearg.

—Lo sé, señora Elspeth, ya me lo habéis dicho… Pero referidme vuestra visión.

—Pues bien, entonces me cortejaban algunos galanes, pero no me había decidido por ninguno, de modo que la víspera de Todos los Santos el padre Nicolás, mayordomo de la abadía, antecesor del padre Clemente, comía nueces y bebía cerveza con nosotros. Estábamos todos alegres, y alguien me dijo que debía haber algún medio de averiguar con quién iba a casarme. Como no era nada cobarde, fue a la granja para llenar tres veces mi peso de cebada. La luna brillaba en el espacio. No había concluido aún mi tarea, cuando vi entrar en la granja un hombre, o una sombra, que se parecía de un modo asombroso a Simón Glendinning, y llevaba una flecha en la mano; exhalé un grito y caí desmayada, costando gran trabajo hacerme recobrar el conocimiento. Cuando volví en mí, quisieron hacerme creer que todo era una broma del padre Simón y del padre Nicolás, y que la flecha representaba el dardo de Cupido. Simón me dijo lo mismo después que nos casamos, sin duda porque no quería que se supiera que su espíritu se había separado de su cuerpo mientras él vivía. Pero lo cierto fue, Tibb, que nos casamos, y a los doce años una flecha le causó la muerte.

—Lo mismo que a otros muchos bravos. ¡Ojalá no hubiese un solo ganso[9] en el mundo, excepto los que tenemos en el corral!

—Pero, decidme, Tibb, ¿qué lee vuestra señora siempre en ese gran libro negro con broches dorados? Allí hay palabras muy bellas para ser pronunciadas por otros que no sean sacerdotes. Si hablara de Robin Hodd o de los compañeros de David Lindsay, se entendería mucho mejor, y se sabría qué pensar. No es que sospeche de vuestra señora, pero no sería extraño que una casa honrada se llenase de espíritus y de fantasmas.

—Sería injusto señora —repuso Tibb algo enojada—, tener la menor sospecha respecto a lo que dice o hace mi ama. En cuanto a la niña, nació, hace nueve años, en el mismo día de hoy, y los que nacen la víspera de Todos los Santos ven mucho más que los otros, como es sabido.

—Y, sin duda, por eso es por lo que no se ha asustado de lo que ha visto. Eduardo o Alberto, que tienen otro carácter, hubieran gritado como diablos toda la noche. Esa clase de visiones son más naturales para la señorita María.

—Así debe ser, puesto que nació la víspera del día de Todos los Santos, como os he dicho, a pesar de lo cual, no se diferencian en nada de los demás niños. Excepto esta y la noche en que nos extraviamos en aquel maldito pantano cuando nos dirigíamos aquí, no sé que haya tenido más visiones que otros.

—¡Qué es lo que pudo ver en el pantano, sino urogallos y pollas de agua!

—¡Oh! Vio una dama blanca que nos indicaba el camino, sin lo cual acaso estaríamos a estas horas sepultados en el fondo de algún barranco. Por cierto que *Shagram* estaba reacio, y Martín decía que tal cosa no le había ocurrido nunca.

—¿Y sabéis quién era aquella dama blanca?

—Es cosa bien sabida, señora Elspeth, y si hubierais vivido con personas de alta alcurnia, no lo ignoraríais.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la viuda de Glendinning algo sofocada, jamás he vivido con esa chusma. Pero, si no he vivido con los poderosos, los poderosos han vivido conmigo.

—Bueno, bueno, señora Elspeth, no os incomodéis: no he pretendido ofenderos. Sin embargo, sabed que las grandes y antiguas familias no pueden ser servidas por santos ordinarios, como San Antonio y San Cutberto, que están a disposición del primer pecador que los solicita, sino que tienen otra clase de santos, o ángeles, o no sé qué espíritus superiores, que están destinados solamente a ellas. La Dama Blanca de Avenel es conocida en todo el país: se la ve aparecer y se la oye llorar cuando se aproxima la muerte de alguno de la familia. Veinte personas la vieron antes de la muerte de Gualterio Avenel.

—Si no presta otros servicios, no merece la pena de que se le enciendan cirios. ¿No hizo nada más?

—Siempre ha protegido a la familia, como lo atestiguan las antiguas leyendas; pero en mis tiempos no ha hecho nada más que sacarnos del pantano.

—Pues bien, Tibb —dijo Elspeth levantándose y encendiendo su lámpara—, si tales son los privilegios de los poderosos, no les tengo envidia. Nuestra Señora y San Pablo son santos bastante grandes, pues no me dejarán jamás en un pantano si pueden sacarme de él, para lo cual todos los años, por la Candelaria, envío cuatro cirios a sus capillas; y, si no lloran cuando me muera, se reirán cuando resucite a la vida eterna, que os deseo de todo corazón.

—Amén —respondió Tibb devotamente. Y agregó—: Ya es hora de que cubra el fuego si queremos encontrarlo mañana, porque está casi apagado.

Mientras se ocupaba en ello, la viuda de Simón miró en torno suyo para ver si todo estaba bien colocado en la sala, dio las buenas noches a su interlocutora y se retiró.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Tibb cuando estuvo sola—. Porque ha sido esposa de un pequeño *laird*, vasallo de la iglesia, se cree de la misma categoría que la doncella de una dama de alta alcurnia.

Y, satisfecho ya su amor propio, se retiró a su dormitorio.

CAPÍTULO V

> «¡Un sacerdote! —decís—. ¿Acaso puede un pastor cojo reunir el rebaño que se le desmanda? ¿Puede un perro que no ladra, arrebatarle de los dientes a un lobo furioso el cordero antes de que lo haya robado? El sacerdote está bien colocado cuando se encuentra ante una buena lumbre, mientras Filis le prepara la cena con sus manos».
>
> *(La reforma).*

Desde la muerte de Gualterio, la salud de lady Avenel no era nada satisfactoria. Los cinco últimos años habían ocasionado en su organismo más estragos que los que suelen ocasionar cincuenta en cualquiera otra persona.

Aunque lady Avenel no padecía enfermedad determinada alguna, había perdido la flexibilidad de su talle, el color de sus mejillas, la robustez y la fuerza, y poco a poco la iba consumiendo la languidez; sus labios estaban descoloridos y su vista turbia.

Como, a pesar de su estado, no mostraba deseo alguno de ser visitada por un sacerdote, Elspeth de Glendinning, llevada de su celo religioso, creyóse obligada a hacer indicaciones en este sentido. Alicia la oyó con benevolencia y le dio las gracias.

—Si algún sacerdote —añadió— se toma la molestia de venir a verme, será bien recibido, pues las plegarias y los consejos de un hombre virtuoso son siempre saludables.

Esto satisfacía por completo los deseos de Elspeth; y aunque Alicia no había mostrado mucho afán por recibir los auxilios espirituales, ella confió a Martín el encargo Je ir hasta el monasterio con toda la celeridad de que era capaz *Shagram* y suplicar a uno de los religiosos que fuera a administrar los últimos consuelos de la religión a la viuda de Gualterio Avenel.

Cuando el sacristán hizo saber al reverendo abad que la viuda de Avenel, en peligro de muerte, deseaba que le enviaran un confesor a la torre de Glendearg, donde se había refugiado, el fraile pareció reflexionar un instante, y repuso:

—No hemos olvidado a Gualterio Avenel. Era un bravo y valiente caballero, que fue despojado de sus bienes y asesinado por los ingleses. ¿No podría su viuda venir aquí a buscar los auxilios de la religión? La distancia es muy grande y el camino penoso.

—Lady Avenel se encuentra enferma, reverendo padre —contestó el sacristán—, y no puede soportar la fatiga del viaje.

—Bien, bien; uno de nuestros hermanos irá a verla. ¿Gualterio Avenel le ha dejado muchos bienes?

—Muy poco, reverendo padre, casi nada. Lady Avenel vive, desde la muerte de su esposo, en Glendearg, en casa de una pobre viuda llamada Elspeth de Glendinning,

que caritativamente le ha dado asilo.

—¿Cómo es eso, padre Felipe? ¡Conocéis a todas las viudas de los alrededores! —repuso el abate—. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! —Y riose a carcajadas después de esta broma.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! —repitió el sacristán como para aplaudir el chiste de su superior; y después añadió, en voz baja, con profunda humildad y guiñando el ojo hipócritamente:

—¿No es nuestra misión, reverendo padre, consolar a las viudas? ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!…

Esta vez su risa fue más moderada, pues esperaba sin duda que el padre Bonifacio la sancionara repitiéndola, por no atreverse él a tomar la iniciativa en semejante caso.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!… No está mal, padre Felipe; no, no está mal. Pero hablemos seriamente. Vais a poneros los hábitos de viaje para ir a confesar a esa lady Avenel.

—Pero… —murmuró el sacristán.

—No tenéis nada que objetar. No puede hacer objeciones un fraile a un abad, padre Felipe; la disciplina es inflexible. La herejía cada día está haciendo mayores prosélitos, y no debemos abandonar el cultivo de la viña del Señor, por grande que sea el esfuerzo que tengamos que realizar.

—¡Reporta tan poca ventaja al santo monasterio! —replicó entristecido el sacristán.

—Es verdad, padre Felipe, ¿pero no sabéis que impedir el mal, es practicar el bien? Julián Avenel es capaz de saquear las tierras del monasterio, y, si faltáramos a la viuda de su hermano, podríamos tener que sentir. Además, es un deber que no podemos dejar de cumplir tratándose de una familia tan antigua y cuyos miembros han sido los bienhechores del monasterio. Partid, pues, en seguida, hermano mío, viajad de noche si es preciso, y que se vea con qué prontitud el abad Bonifacio y sus dignos hijos cumplen los deberes de su santo ministerio. Demostremos que ni el cansancio ni el temor amenguan su celo. El valle tiene cinco millas de largo y se pretende que está poblado de fantasmas; demostremos que sabemos despreciar todos esos peligros para confusión de los herejes que nos calumnian, y edificación de los hijos de la Iglesia católica. Quisiera saber qué piensa de esto nuestro hermano Eustaquio.

Admirado por la descripción que acaba de hacer, de los peligros y de las fatigas a que iba a exponerse, y de la gloria que iba a adquirir, a expensas de otro, el abad volvióse lentamente al refectorio para terminar su modesta comida. El sacristán, con manifiesto malhumor, partió con Martín hacia Glendearg, adonde llegó sin haber sufrido otro contratiempo que el de verse obligado a refrenar el ardor de su mula, para que se acomodara al paso del pobre *Shagram*.

Después de pasar una hora al lado de la enferma, el fraile salió pensativo y preocupado. Elspeth, que le había preparado un refrigerio en la sala inmediata, quedóse sorprendida al ver la alteración de su rostro. Observándole con viva inquietud, advirtió que más parecía un sacerdote que acababa de oír la confesión de

un horrendo crimen, que un confesor que había reconciliado con el Cielo a una pecadora.

Después de muchas vacilaciones, Elspeth se atrevió al fin a hacerle una pregunta. Estaba segura de que lady Avenel no había podido hacer otra cosa más que edificar al reverendo padre, pues, en los cinco años que habían vivido juntas, había hecho una vida ejemplarísima.

—Señora —respondió el sacristán severamente—, habláis sin saber lo que decís. ¿De qué sirve la limpieza exterior de una vasija si la herejía mancha el interior?

—En efecto, santo fraile, nuestras fuentes y nuestros platos podrían estar más limpios —repuso Elspeth, que no comprendía lo que le habían dicho; y púsose a limpiar con su delantal el polvo de los platos y las fuentes.

—No, no, señora Elspeth, vuestras fuentes y vuestros platos están perfectamente limpios; la mancha de que hablo es la de la herejía pestilente, cuyos progresos son cada día mayores y más espantosos, pareciéndose al gusano en la guirnalda de rosas de la esposa.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó la viuda santiguándose—. ¿Acaso he vivido con un hereje?

—No digo eso, señora Elspeth, no digo eso, pues sería tratar con demasiado rigor a una desventurada viuda. Las funestas doctrinas que la herejía ha propagado no han hecho ninguna impresión en su alma. ¡Ay! Es una plaga contagiosa que ocasiona inmensos desastres en el rebaño sin perdonar ni a las más hermosas ovejas, pues es evidente que esa señora es tan distinguida por su instrucción como por su alcurnia.

—Sí, sabe leer y escribir… iba a decir que casi tan bien como vuestra reverencia.

—¿A quién escribe? ¿Qué lee? —preguntó el fraile algo confuso.

—Realmente, yo no la he visto escribir; pero su doncella, que ahora está al servicio de la casa, dice que escribe muy bien. En cuanto a la lectura, frecuentemente lee cosas muy bellas en un grueso volumen con broches dorados.

—¡Mostradme ese libro! —ordenó el fraile—. Como vasalla y como católica os mando que me lo hagáis ver en seguida.

Elspeth titubeó, azorada por la severidad con que el confesor le daba esta orden, pues estaba convencida de que un libro que persona tan respetable como lady Avenel estudiaba con tanta ardor, no podía ser pecaminoso. Dominada, sin embargo, por los gritos, las exclamaciones y hasta las amenazas a que el padre Felipe recurrió, se decidió a presentarle el libro fatal.

—¡Es precisamente lo que sospechaba! ¡Mi mula! ¡Mi mula! No me quedo un minuto más en esta casa. ¡Qué bien habéis hecho señora Elspeth, en entregarme ese peligroso libro!

—¡Dios mío! ¿Está hechizado? ¿Es, acaso, obra del demonio?

—¡No! ¡Qué desatino! —contestó el fraile—. Es la Santa Escritura; pero está traducida en lenguaje vulgar, y la Santa Iglesia Católica prohíbe dejarla en manos de ningún laico.

—Sin embargo, es la Santa Escritura que nos ha sido transmitida para nuestra salvación. Padre, os lo ruego, iluminad mi inteligencia. La falta de instrucción no puede ser pecado mortal, y, a pesar de mi escasez de conocimientos, me agradaría mucho poder leer la Escritura.

—Así fue como nuestra madre Eva quiso adquirir el conocimiento del bien y del mal, y así también entraron en el mundo el pecado y la muerte.

—Es cierto, padre. ¡Por qué no seguirá los consejos de San Pedro y San Pablo!

—¡Por qué no habrá respetado el divino precepto! Ya lo sabéis, Elspeth, a letra leída, es decir, el texto solo, leído por profanos, se asemeja a esas medicinas violentas que toman los enfermos. Cuando un médico prudente y hábil las prescribe, curan en poco tiempo; pero, cuando los enfermos pretenden curarse por sí mismos, el remedio aplicado sin tino es un veneno que mata sin remisión.

—Sin duda, sin duda —exclamó la viuda, temblando—; nadie mejor que vuestra reverencia lo sabe.

—No es a mí a quien debéis creer, señora Elspeth —agregó el padre Felipe con la humildad que creyó convenía al sacristán del monasterio de Santa María—, sino al santo Padre de la Cristiandad, a nuestro reverendo padre, el abad Bonifacio. Yo, pobre sacristán, no hago más que repetir lo que oigo a mis superiores; pero no os quepa duda, señora Elspeth, de que la letra, la letra sola mata. La Iglesia tiene sus ministros para explicarla a los fieles: y yo no hablo, mi muy amados hermanos, quiero decir, mi muy amada hermana (recitaba uno de sus antiguos sermones), yo no hablo de los curas, de los vicarios, y del clero secular, así llamado porque sigue los usos del siglo (*sæculum)*, libres de esos lazos que nos separan completamente del mundo: yo no hablo tampoco de los hermanos mendigos o hermanos negros, sino de los frailes, y con especialidad de los benedictinos reformados, según la regla de San Bernardo de Clairvaux; así, pues, hermanos, o, mejor dicho, hermana, ¡gloria y prosperidad al país en que se encuentra el monasterio de Santa María, que ha producido más santos, más obispos, más Papas que ningún otro establecimiento religioso de Escocia! Así, pues… ¡Ah! Martín ha traído ya mi mula. Recibid mi salutación; voy a partir, porque sería peligroso ponerme en camino más tarde, si he de creer los rumores que corren acerca de lo que ocurre en el valle. Además, si el guarda del puente no me dejara pasar, necesitaría vadear el río, y sus aguas han subido bastante.

Dicho esto, el fraile se retiró, dejando a la señora Elspeth aturdida a causa de su rápida peroración y con la conciencia algo agitada por haber entregado el libro sin que lo supiera su dueña.

A pesar de la prisa que se daban el fraile y su mula para llegar al monasterio, a pesar del deseo que tenía aquel de enterar a su superior de que un ejemplar del libro que más temían lo había encontrado en el mismo recinto de los dominios de Santa María, a pesar de ciertos presentimientos que le impulsaban a alejarse lo antes posible del sombrío valle que no disfrutaba de muy buena reputación, era tan malo el estado

del camino, y tal la falta de costumbre del fraile para ir en una caballería, que no había salido aún del valle, cuando el sol desapareció del horizonte.

El padre Felipe estaba aterrado: el balanceo de los árboles, el ruido de las hojas que el viento agitaba, y hasta las rocas, que afectaban fantásticas figuras, eran motivos de alarma para el sacristán del monasterio. Así es que se sintió aliviado de un gran peso cuando, al fin, logró salir de aquella especie de desfiladero y entró en el hermoso valle del Tweed, cuyas aguas, contenidas en un lecho a veces ancho, a veces más estrecho, siguen su curso con una majestad que le distingue de los cuatro ríos de Escocia; pues, hasta en las épocas de mayor sequía, el Tweed llena casi siempre el espacio contenido entre sus orillas, sin dejar al descubierto esos lechos de cañas que en otras partes cubren el borde de las aguas más claras.

Aunque las bellezas del paisaje que recorría no le fascinaban, el fraile, como prudente general, felicitábase por haber salido del estrecho valle en que hubieran podido sorprenderle inopinadamente, obligó a tomar a su mula su paso natural, y a abandonar el trote agitado y desigual que hasta entonces había llevado con gran sufrimiento del jinete; y secándose el sudor que perlaba su frente, contempló la luna brillante que, mezclando su tibia claridad con la de las estrellas, cruzaba el espacio iluminando a lo lejos el antiguo monasterio. Sin embargo, esta bella perspectiva perdía todo su encanto para el fraile, que sabía que el monasterio estaba al otro lado del río.

Entonces, no existían aún los magníficos puentes que ahora hay extendidos sobre el clásico río, sino uno, de construcción extraña, que, destruido por la acción del tiempo, no ofrece ya a la vista curiosa del viajero más que algunas ruinas. Sobre una roca, en medio del Tweed y en la parte más estrecha, levantábase una torre cuya base, afectando la forma de un pilar de arco, presentaba un ángulo a la corriente. En la parte inferior de la torre había una especie de arcada o pasadizo, en uno de cuyos extremos veíase un puente levadizo que se apoyaba en un montón de piedras sólidamente formado en la otra orilla. Este puente era propiedad del barón del país.

El guarda del puente ocupaba con su familia el segundo y tercer piso de la torre, que, cuando el puente estaba levantado, formaba una fortaleza aislada en medio del río. El guarda percibía en beneficio propio una ligera retribución como derecho de pontazgo; pero, como el precio no era fijo, era a veces motivo de disputa entre los viajeros y el guardián. Inútil es decir que generalmente las querellas terminaban a satisfacción de este último, pues podía dejar al viajero en la otra orilla[10], o retenerlo prisionero en su torre hasta llegar a un acuerdo.

Los que más frecuentemente sostenían querellas con el guarda del puente eran los frailes del monasterio de Santa María. Estos habían solicitado y obtenido el derecho de paso gratuito, con gran descontento del guardián; pero, al pretender hacer extensivo este privilegio a los numerosos peregrinos que iban a visitarlos, el guarda opuso la mayor resistencia con beneplácito de su señor. Se acaloraron ambas partes, y el abad amenazó al señor y al guarda con la excomunión, así es que, cuando un fraile

pasaba el puente, el guardián, antes de franquearle el camino, le hacía sufrir una especie de purgatorio. Por esta razón, los frailes del monasterio de Santa María vadeaban el río a pie o a caballo, siempre que el caudal de aguas lo permitía, para no ser objeto de las burlas del guarda del puente.

El padre Felipe caminaba alumbrado por la hermosa claridad de la luna, y, cuando llegó al puente, el río no se había desbordado aún, pero estaba sobre su nivel ordinario, y el fraile no tuvo ganas de vadearlo.

—¡Pedro! ¡Buen amigo! —gritó llamando al guarda—. Querido Pedro, tened a bondad de bajar el puente levadizo. ¡Pedro! ¿No me oís? Es vuestro amigo, el padre Felipe, quien os llama.

Demasiado bien lo oía y hasta lo veía Pedro; pero, como en la lucha que había sostenido contra el monasterio, el sacristán había sido su enemigo más encarnizado, se fue tranquilamente a acostar diciendo a su mujer que el padre Felipe no se moriría por vadear el río a la claridad de la luna, y que así sabría en lo sucesivo apreciar el valor de un puente que podía salvarlo de todo peligro.

Después de haber gritado inútilmente para despertar a Pedro, después de haber empleado sin resultado alguno las súplicas y las amenazas, el padre Felipe lo maldijo y fue a buscar el vado, no tardando en convencerse de que el pasaje era fácil y hasta agradable. El silencio era absoluto, y la frescura esparcida en la atmósfera, deliciosa; ambas cosas contribuían a tranquilizarle.

Al acercarse el fraile a la orilla, en el sitio en que debía vadear el río y debajo de un viejo roble, vio a una mujer que lloraba y se retorcía las manos, mirando dolorosamente la corriente.

El padre Felipe se quedó profundamente asombrado al encontrar en aquellos parajes y a aquella hora a una mujer sola; pero, como era un ardiente partidario del sexo bello se apresuró a ofrecerle sus auxilios.

—Bella señora —le dijo—, parece que estáis muy afligida; tal vez ese infante guardián del puente os haya, como a mí, negado el paso y necesitáis cruzar el río para cumplir un voto, o para cumplir algún otro deber.

La señora contestó con algunos sonidos inarticulados, miró el río, y después al fraile.

Este recordó entonces que hacía algún tiempo que era esperado en el monasterio un jefe de alta distinción que debía ir a venerar las reliquias de Santa María; y se preguntó si la bella desconocida sería alguna persona de su familia, que viajaba sola para cumplir un voto, y que merecía todos los miramientos y todas las atenciones posibles, tanto más cuanto que debía ignorar la lengua del país. Tal fue, al menos, el motivo que alejo después para justificar a cortesía con que la había tratado.

Obligado a hablarle por señas, que son el lenguaje universal, el sacristán señaló primero el río y después la grupa de su mula, ofreciendo de este modo a la bella solitaria, con graciosa benevolencia, que montara detrás de él.

La desconocida, pareció comprenderle, pues se levantó aceptando el

ofrecimiento, y, mientras el fraile, que como ya hemos dicho, no era buen jinete, se esforzaba por colocar su mula de modo que su compañera de viaje pudiera montar en las ancas cómodamente, esta, de un salto, se puso detrás de él.

La dama parecía conocer la equitación mejor que su compañero. A la mula no le agradó la doble carga, pues saltaba, y se encabritaba, y el padre Felipe hubiera sido derribado varias veces al suelo si con mano firme la dama no le hubiera sostenido sobre la silla. Al fin, el cuadrúpedo alargó el cuello y se lanzó al agua con un ímpetu que no le era habitual.

El sacristán volvió a aterrorizarse. El vado era muy profundo; el agua se elevaba a borbotones en torno de la mula que la iba cortando para abrirse paso. El fraile perdió su presencia de ánimo, cosa que le ocurría pocas veces; la mula cedió a la fuerza de la corriente, y como el jinete no le sostenía ya la cabeza fuera del agua, se escurrió, se apartó del vado, y fue bajando el río a nado. Lo que era realmente extraño, y que hubiera aumentado el terror del padre Felipe, si no hubiera llegado ya a su mayor grado, es que, en aquel mismo momento, a pesar del espantoso peligro que corría, la desconocida se pusiera a cantar:

I

«Nademos alegremente al fulgor de la luna; el negro cuervo grita. Es una fortuna para sus pollitos encontrar un cuerpo sobre el agua. Están esperando el alimento. Tranquilizaos, pajaritos, participaréis del festín que de este cuervo han de hacer los peces».

II

«Nademos alegremente; la luna es espléndida; la montaña se engalana con millares de luces que platean las flores y las numerosas ramas del sauce. Ya veo el monasterio, donde van a empezar los oficios. Todos se encaminan al santuario; hermano Felipe, es preciso tocar».

III

«El *kelpy*[11] acaba de abandonar el fondo de las aguas en busca de su presa. No temas, el Cielo te la envía, y yo voy a servírtela. Enciende tus hachones fúnebres, pues vamos hacia él. Cuando haya que tocar a tinieblas, el sacristán no estará allí».

IV

«¡Excelente presa! ¿Qué víctima pensabas esta noche ahogar? Contabas sumergir en el abismo a un noble o a un plebeyo; pero, quienquiera que sea el destinado, no debe tardar en caer bajo tus golpes. Sacristán, ten cuidado; sus ojos te miran».

Se ignora cuándo hubiera concluido de cantar la desconocida, ni a dónde hubiera ido a parar el fraile en aquel viaje, si, por fortuna, la mula no hubiera sido arrastrada hacia un pequeño remanso cerrado a un lado por una esclusa para abastecer de agua los molinos del convento.

En la peligrosa travesía había estado mil veces en peligro de ahogarse, y con los movimientos que hacía el padre Felipe para sostenerse en la silla, el libro de lady Avenel estuvo a punto de caer al agua. El sacristán lo sostuvo; pero, apenas se hubo convencido de que lo conservaba en su poder, cuando la desconocida agarró a su compañero de viaje por el cuello, lo desmontó de la silla y lo zambulló tres veces en el río, soltándolo cuando estuvo bastante cerca de la orilla para que pudiera llegar a tierra sin gran trabajo. El pobre fraile viose en peligro de no volver a ver su convento.

Cuando, al fin, estuvo en seguridad, volvió los ojos a todos lados, y vio que la desconocida había desaparecido; pero oyó una voz que cantaba:

¡Al fin, ha llegado a tierra!
Escapa a todo correr,
pues el que nada conmigo
se ve expuesto a perecer.

Al oír esta canción, el fraile se aterrorizó de tal modo, que perdió la cabeza, y cayó sin conocimiento al pie del muro.

CAPÍTULO VI

> «… Limpiemos cuidadosamente la vida del Señor de toda mala hierba. Supongo que todos estamos de acuerdo, y que con ardor separaremos de la cizaña el grano bueno».
>
> *(La reforma).*

En la iglesia del monasterio de Santa María los frailes habían terminado de rezar los oficios religiosos de la noche. El abad Bonifacio había dejado los magníficos ornamentos que vestía para esta ceremonia, substituyéndolos por su ordinario hábito negro sobre una sotana blanca, con un pequeño escapulario, indumentaria venerable que hacía resaltar más su porte majestuoso.

En tiempos normales nadie hubiera desempeñado más decorosamente el cargo de abad mitrado, que el reverendo padre Bonifacio, a pesar de que no carecía de defectos, pues era presuntuoso y tímido, timidez que no se armonizaba con sus exageradas pretensiones ni con la obediencia ciega que exigía de todos los que estaban bajo sus órdenes. Esto no obstante, era caritativo, de carácter pacífico y dulce, y cumplía celosamente los deberes de hospitalidad. En resumen: en otra época hubiera cumplido su misión tan bien como cualquiera de sus compañeros, que han vivido exentos de toda zozobra, y a quienes ninguna pérfida ambición turbaba su sueño.

Pero los progresos de la Reforma habían alarmado tanto a la Iglesia romana, que turbaron el sosiego del abad Bonifacio, imponiéndole deberes que nunca creyó llegase a cumplir. Tan pronto tenía que combatir y refutar opiniones, como desenmascarar y castigar herejes: era preciso sostener la fe vacilante, y volver al redil la oveja descarriada; obrar de manera que no provocara las murmuraciones del clero; restablecer, en fin, todo el rigor de la disciplina. No cesaban de llegar correos al monasterio de Santa María: este, enviado por el consejo privado, el otro por el primado de Escocia, aquel por la reina-madre; pero todos tenían por objeto animar, aprobar, condenar y pedir consejo respecto a tal asunto y obtener informes respecto a este otro. El padre Bonifacio se lisonjeaba mucho al recibirlos; pero no sabía lo que debía hacer ni lo que debía contestar.

El primado de San Andrés, que conocía esta insuficiencia del prior de Santa María, nombró subprior a un religioso de gran talento, dotado de vastos conocimientos, lleno de abnegación para el servicio de la Iglesia católica, y muy inteligente, tanto para guiar al abad con sus consejos en circunstancias difíciles, como para llamarle al sentimiento de su deber, cuando por bondad de alma o por debilidad lo olvidara.

El padre Eustaquio desempeñaba en el monasterio el papel del viejo general colocado cerca de un príncipe que tiene el mando del ejército con la condición de no

hacer nada sin aviso previo de su consejero. Estos consejeros no suelen ser del agrado del aconsejado, y el prudente benedictino no era una excepción de la regla. Para el abad era un espantajo; pero la intenciones del primado se veían perfectamente cumplidas, pues el padre Bonifacio apenas se atrevía a acostarse sin oír la opinión del subprior. En todas las circunstancias críticas llamaba al padre Eustaquio, para seguir su consejo; pero libre ya de apuros, no pensaba más que en el medio de alejar al incómodo consejero.

En todas las cartas que escribía a los jefes del Gobierno, el abad recomendaba eficazmente al subprior, pidiendo para él a veces una abadía, y otras un obispado; pero su recomendación no era atendida: los beneficios pasaban a otras manos, y el padre Bonifacio empezaba a temer, como confesó al sacristán en un momento de amargura, que el padre Eustaquio fuera agregado vitalicio del monasterio de Santa María.

¡Cuánto no se habría indignado si hubiera sabido que era su propia mitra la que ambicionaba el padre Eustaquio, y que gracias a los ataques de apoplejía, a que el abad estaba predispuesto, el subprior esperaba sucederle pronto en el cargo! La confianza que tenía en su salud alejaba del padre Bonifacio la idea del subprior.

Obligado a oír el consejo del padre Eustaquio en las circunstancias realmente difíciles, el digno abad procuraba, al menos, prescindir de él cuando solo se trataba de simples detalles de administración, aunque no dejara de preguntarse qué pensaría el padre Eustaquio. No le enteró, pues, de la calaverada que había hecho enviando al padre Felipe a Glendearg sin consultarlo; pero, como este no hubiese vuelto aún a la hora de los oficios religiosos, empezó a inquietarse, tanto más cuanto que se encontraba atormentado por otros asuntos importantes. La disputa que el monasterio sostenía con el guardián del puente amenazaba tener funestas consecuencias: el barón había tomado la defensa de su vasallo, y había practicado varias diligencias cerca de las autoridades superiores; y el primado había escrito cartas apremiantes poco lisonjeras.

Como el gotoso que se apodera de su muleta renegando de la enfermedad que le obliga a utilizarla, el abad, a pesar de su repugnancia, viose obligado, terminados los oficios, a llamar al padre Eustaquio para consultarle.

El abad Bonifacio estaba sentado en un gran sillón, cuyo respaldo, esculpido de un modo extraño, terminaba en una mitra, y a su izquierda, sobre una mesita de roble, estaban los restos de un capón asado, que Su Ilustrísima acababa de engullir rociándolo con excelente vino de Burdeos. Tenía los ojos fijos en la lumbre, ya comparando lo que había sido con lo que era entonces, ya queriendo descubrir torres y campanarios en las ascuas candentes que acababa de atizar.

—Sí —decíase—, me parece ver las apacibles torres de Dundrennan, donde vivía antes de conocer tas grandezas y los disgustos. Éramos felices en nuestro monasterio; sin austeridad muy rígida, cumplíamos exactamente nuestros deberes. Creo estar viendo aún nuestro pequeño cercado, y aquellos perales que injertaba con mis propias

manos. ¿Qué gané con mi ascenso? Verme agobiado por asuntos que no me incumben y estar sometido a la tutela de un subprior. Quisiera que estas torres fuesen la abadía de Aberbrothwick, que el padre Eustaquio fuera el abad, o que estuviera en el fuego mismo con tal que me librara de su presencia. El primado dice que nuestro Santo Padre el Papa tiene un consejero: pero tengo seguridad de que no podría vivir una semana con un consejero como el mío. No hay medio de saber la opinión del padre Eustaquio, si no se le confiesa el apuro en que uno se encuentra; no comprende sin que se le diga todo, ni jamás expone su opinión; hay que arrancárselo. Es como un avaro que no desata los cordones de su bolsa para dar una moneda, si el desgraciado que le implora no le arranca la limosna a fuerza de importunidades. Semejante conducta me perjudica en el concepto de la comunidad, que cree que me dejo conducir como un niño sin entendimiento. No puedo sufrir esto por más tiempo. ¡Hermano Bennet!

El hermano Bennet, que era un lego, entró a recibir las órdenes de su reverencia, quien le dijo:

—Decid al padre Eustaquio que puede dispensarse de venir, que no lo necesito.

—¡Oh! Venía a decir a vuestra reverencia, que el padre Eustaquio sale ahora del claustro y va a llegar.

—Entonces, sea bien venido. Quitad esa mesa; o, mejor dicho, esperad… traed un plato, el reverendo padre podrá tener hambre… pero no, quitad, quitad, es muy intratable… sin embargo, dejad la botella de vino y traed otra copa.

El hermano lego obedeció estas órdenes contradictorias del modo que creyó más conveniente: se llevó el capón, del que no quedaban ya más que los huesos, y puso dos copas al lado de la botella de Burdeos. El padre Eustaquio no tardó en presentarse.

Era este un hombre de pequeña estatura, cuya mirada penetrante parecía leer hasta el fondo del alma de la persona con quien hablaba; su flacura era extraordinaria, no solo a causa de los ayunos que observaba puntualmente, sino también por el continuo trabajo de su activa inteligencia.

Entró y saludó respetuosamente al abad. Al verlos juntos era imposible encontrar un contraste más completo. El color subido, el aire franco del abad, su natural buen humor que ni la inquietud en que estaba podía hacerle perder, no se parecían en nada a las pálidas y flacas mejillas y mirada viva y penetrante del padre Eustaquio, dotado de gran sutileza.

El abad empezó la conversación invitando al subprior a tomar asiento y a probar su vino de Burdeos. Este le dio las gracias muy cortésmente, pero no sin recordarle que el oficio religioso de la noche se había rezado ya.

—En beneficio del estómago, hermano —insistió el abad, enrojeciendo—. Conocéis el texto.

—Es muy peligroso —replicó el padre Eustaquio— beber cuando no se come o a una hora indebida; el jugo de la vid es un compañero temible en la soledad, y lo evito.

El abad había llenado su copa, de la cabida aproximadamente de una media pinta de Inglaterra; pero sea porque le llamara la atención la justicia de aquella observación, o porque temiera contradecir con su ejemplo al subprior, no la llevó a sus labios y varió la conversación.

—El primado —dijo— nos ha ordenado que se hagan rigurosas pesquisas en los dominios sometidos a nuestra jurisdicción a fin de descubrir a los herejes que figuran en esta lista, los cuales han encontrado el medio de substraerse al castigo que merecían. Créese que probablemente se refugiarán en Inglaterra atravesando nuestro territorio, y se me recomienda que redoble la vigilancia para evitar que se escapen.

—Es cierto —ratificó el padre Eustaquio—. El magistrado no debe llevar la espada inútilmente, cualesquiera que sean los que pretendan trastornar el mundo, y sin duda vuestra reverencia no descuidará nada para secundar los esfuerzos del muy reverendo padre en Dios, sobre todo cuando se trata de defender la santa religión.

—Sin duda, pero ¿qué debo hacer? —contestó el abad—. El primado me escribe como si fuera yo un barón que tiene tropas bajo sus órdenes: «¡Guardad los desfiladeros, recorred el país, prended a los herejes!». ¿Acaso no veis cómo viajan esas gentes, que no parecen muy dispuestas a dejarse prender? El último que ha pasado la frontera llevaba una escolta de treinta lanzas, según nos escribió nuestro reverendo hermano el abad de Kelso. ¿Cómo queréis que unos cuantos capuchones y unos escapularios les impidan el paso?

—Vuestro bailío es un valiente soldado; y vuestros vasallos tienen el deber de empuñar las armas para defender a la Santa Iglesia, pues es condición expresa de su arrendamiento. Si no quieren defender a la Iglesia que les da el pan, los dominios que cultivan se transmitirán a otros.

—No faltaremos —repuso el abad dándose importancia—, no faltaremos; se hará todo cuanto sea posible en beneficio de la Santa Iglesia. Iréis vos mismo a avisar al bailío. Pero hay algo más: la querella que sostenemos con el guardián del puente y el barón de Meigallot, ¿cómo va a terminar? ¡Santa María! Las zozobras, las contrariedades se multiplican de tal modo, que no sé ya a qué atender. Me habéis dicho, padre Eustaquio, que examinaríais nuestro archivos para averiguar si efectivamente los peregrinos tenían derecho a pasar gratuitamente sobre ese puente.

—Así lo he hecho, reverendo padre, y he encontrado un acta en la que consta la entrega formal de todos los derechos pagaderos al puente levadizo de Brigton, en favor del abad Ailfort y de los religiosos del monasterio de Santa María. En ese acta se consigna también particularmente que esta concesión se extiende a los peregrinos que vengan en cumplimiento de algún voto. El acta lleva la fecha de la víspera de Santa Brígida, año de gracia de 1137; sellada con las armas de Carlos de Meigallot, tatarabuelo del barón actual, y extendida a cambio de la salvación de su alma, y de la de su padre y madre y de todos sus predecesores y sucesores.

—Nuestro adversario alega que los guardianes de ese puente perciben ese derecho desde hace cincuenta años, y amenaza con cobrarlo a viva fuerza. Mientras, los

peregrinos se abstienen de venir con detrimento de sus almas y de las rentas de Santa María. El sacristán nos ha aconsejado que construyamos un barco; pero el guardián ha jurado que si aparece alguna barca en las aguas de su señor, la echará a pique. Algunas personas dicen que debemos poner término a la discusión amigablemente, mediante una ligera suma de plata.

El abad se detuvo, esperando una respuesta; pero, como no obtuviese ninguna, añadió:

—¿Qué opináis, padre Eustaquio? ¿Por qué guardáis silencio?

—Porque me sorprende la pregunta que dirige el abad de Santa María al más joven de sus hermanos.

—El que hace menos tiempo que está entre nosotros, hermano Eustaquio, pero no el que tiene menos años ni menos experiencia; además, es subprior del convento.

—Me sorprende que el abad de este respetable monasterio pregunte a alguien si puede enajenar el patrimonio de nuestra santa y divina patrona, o abandonar, en beneficio de un barón sin conciencia y tal vez hereje, los privilegios que sus antepasados han otorgado a la Iglesia —repuso el subprior—. Los papas y Jos concilios lo prohíben, el honor de los vivos y la salvación de las almas de los difuntos lo prohíben también: es un arreglo imposible. La fuerza, si se atreve a emplearla, podrá hacernos ceder, pero jamás con nuestro consentimiento se saquearán los bienes de la Iglesia con tan pocos escrúpulos como si estuvieran amparados por un hato de bueyes ingleses. Recobrad vuestra energía y no vaciléis; la buena causa triunfará. Desenvainad vuestra espada espiritual, y atacad con ella a los perversos que pretendan usurpar nuestros santos derechos. Empuñad, si es preciso, una espada de acero, y estimulad el celo y el valor de vuestros fieles vasallos.

El abad exhaló un profundo suspiro, y pensó: «Todo eso se dice muy bien, pero ejecutarlo…».

—La mula que el sacristán se llevó esta mañana ha vuelto sola al establo —dijo Bennet, que entró precipitadamente, poniendo término a las reflexiones del abad—. Está mojada como si acabara de salir del río, y la silla está vuelta.

—¡Santa María! —exclamó el abate—. ¡Nuestro pobre hermano ha muerto!…

—¿Quién sabe? —intervino el padre Eustaquio—. Haced que toquen a rebato; que cada uno coja una antorcha y corramos todos hasta el río; yo iré delante.

El abad estaba mudo de admiración al ver que el más joven de los frailes del convento usurpaba sus funciones, y dictaba las órdenes que a él le correspondía dar; pero antes de que estas fuesen ejecutadas, la súbita aparición del padre Felipe hizo comprender que era inútil que nadie se molestase.

CAPITULO VII

> «Rechaza la turbación que agita tu mente y alivia de su pesar tu corazón».
>
> *(Macbeth).*

El sacristán presentose ante su superior apoyado sobre el brazo del molinero del monasterio, empapado como una sopa y sin poder pronunciar una palabra.

Al fin, después de varias tentativas para hablar, las primeras palabras que pronunció fueron:

—«Nademos alegremente al fulgor de la luna…».

—¡Nademos alegremente! —exclamó el abad, indignado—. ¡De veras! El tiempo es a propósito para nadar, y, ¡vaya una manera de dirigirse a su superior!

—Nuestro hermano ha perdido la razón —dijo el padre Eustaquio—; hablad, padre Felipe, ¿qué os sucede?

—«¡Excelente presa!…» —añadió el sacristán, imitando el tono de su compañera de viaje.

—¡Excelente presa! —exclamó el abad, cada vez más sorprendido—. ¡Por Nuestra Señora, este infortunado está completamente borracho! Si con pan y agua puede curarse esa locura…

—Perdonad, reverendo padre, apresuróse a decir el subprior: Creo que nuestro hermano ha bebido ya bastante agua, y que la confusión de sus ideas parece producida por un gran pánico. ¿En dónde le habéis encontrado, Hob Miller?

—Voy a decírselo a vuestra reverencia. Había yo salido a cerrar la esclusa del molino, y, al disponerme a hacerlo, oí una especie de ronquido a mi lado. Creyendo que era uno de los cerdos de Giles Fletcher, que jamás cierra su puerta, me apoderé de un palo e iba… ¡Santa María me perdone!… iba a pegar donde había oído el ruido, cuando comprendí que no eran los cerdos los que lo producían. Llamé a mis mozos y encontré al padre sacristán sin conocimiento en el suelo, arrimado al muro de nuestro horno. ¡Dios sabe lo mojado que estaba! Al volver en sí, me rogó que lo condujera ante vuestra reverencia; pero todo el camino ha venido divagando. Solo hace un momento que habla más razonablemente.

—Vamos, Hob Miller, está bien —dijo el padre Eustaquio—; podéis retiraros; y creedme, en lo sucesivo mirad bien antes de dar golpes en la obscuridad.

—¡Oh! Esto me servirá de lección —contestó el molinero—; y espero que no volveré a confundir a un fraile con un cerdo.

Y, después de saludar respetuosamente, se retiró.

—Padre Felipe —dijo el padre Eustaquio cuando se hubo marchado Hob Miller —, confesad francamente a vuestro venerable superior lo que os atormenta. ¿Estáis beodo? Decídnoslo, haremos que os conduzcan a vuestra celda.

—¡Agua! ¡Agua! Vino no —murmuró el sacristán.

—Si esta es tu enfermedad, el vino te curará seguramente —repuso el abad dando un vaso de vino al padre Felipe, lo que pareció hacerle gran provecho—. Y ahora —prosiguió—, que se le cambien los vestidos, o mejor, que lo lleven a la enfermería, pues nada sacaremos en limpio de su relato mientras se encuentre en ese estado.

—Voy a seguirle —dijo el padre Eustaquio—, y si consigo que declare la verdad, vendré a comunicársela a vuestra reverencia.

Y, dicho esto, salió para acompañar al sacristán. Al cabo de un cuarto de hora volvió al lado del abad.

—¿Cómo se encuentra el padre Felipe? —preguntó este—. ¿Qué os ha dicho?

—Viene de Glendearg; es lo único que he podido sacar en limpio. Sus demás declaraciones son tan extrañas, que nunca se ha oído nada semejante en este monasterio.

El subprior relató entonces brevemente las aventuras ocurridas al sacristán durante su viaje; agregando que sospechaba que tenía el cerebro algo cascado, porque le había visto cantar, reír y llorar al mismo tiempo.

—¿Será posible —exclamó el abad— que Satanás haya podido posesionarse de uno de nuestros santos hermanos?

—Escuchad, reverendo padre; cada texto tiene su paráfrasis. Sospecho que, si lo ocurrido al padre Felipe es obra del demonio, alguna culpa tendrá él.

—¡Cómo! No puedo creer que pongáis en duda que antiguamente Satanás afligía a los santos, como a Job.

—¡Dios me libre de dudar! —respondió el padre Eustaquio, persignándose—; pero se cuenta del sacristán historias menos milagrosas que merecen ser tenidas en cuenta. Hob el molinero tiene una hija joven y hermosa. Supongamos (solo hablo en hipótesis), que el sacristán la encontrara cerca del puente, cuando volvía de casa de su tío, que vive al otro lado del río, a donde esta misma tarde ha ido; sigamos suponiendo que el padre Felipe, por galantería y para evitarle la molestia de quitarse las medias y los zapatos, la hubiera hecho subir a la grupa de su mula, y suponiendo, en fin, que se permitiera llevar la familiaridad más lejos de lo que convenía a una joven, el baño que ha tomado sería una cosa muy natural.

—¡Entonces ha pretendido engañarnos con un cuento! —exclamó el superior enrojeciendo de cólera—. Esto no puede quedar así; no será a nosotros a quienes el padre Felipe engañará de ese modo. ¿Qué quiere? ¡Hacer pasar sus propias flaquezas por obras de Satanás! Que comparezca mañana esa muchacha ante nosotros. ¡Examinaremos y castigaremos!

—Vuestra reverencia me perdone; pero obrar así sería poco prudente. En el estado en que se encuentran las cosas, los herejes acogen todos los rumores que pueden servir para ridiculizar a nuestro clero. Para remediar el mal es necesario estrechar los lazos de la disciplina y evitar el escándalo, no dando ocasión a que la maledicencia se cebe en nosotros. Si mis conjeturas tuviesen fundamento, la misma hija del molinero

tendría interés en callar; y no os sería fácil imponer silencio a su padre y al sacristán. Si el padre Felipe pone nuevamente en ridículo a su Orden, debe ser severamente castigado, pero en secreto; porque, como dicen las Decretales: los crímenes no deben divulgarse más que cuando son castigados; pero los hechos escandalosos deben siempre ocultarse.

Al día siguiente, el abad interrogó nuevamente al padre Felipe respecto a su aventura; pero este repitió exactamente lo que había dicho la víspera. Sus respuestas eran a veces incoherentes, pues intercalaba en sus relatos algunos versos de la canción que tanta impresión le había producido.

El abad se compadeció de la involuntaria turbación, en la que parecía haber algo sobrenatural, y concluyó por creer que la explicación propuesta por el subprior era más plausible que justa.

La aventura promovió un cisma en el convento, y varios hermanos creyeron efectivamente que la hija del molinero, con sus grandes ojos negros, no era ajena al asunto. Sea lo que fuere, se decidió no dejar traslucir nada de la aventura para evitar las habladurías, y se hizo prometer al padre sacristán que no hablaría jamás del baño recibido, promesa que se cuidaría mucho de faltar.

Aunque el padre Eustaquio no había prestado mucha atención al relato maravilloso de los peligros corridos por el sacristán y de su milagrosa evasión, escuchó en cambio atentamente cuando este habló del libro que había traído de la torre de Glendearg. Cuando supo que un ejemplar de la Biblia traducida en lenguaje vulgar había sido encontrado en los dominios de la iglesia, en una casa dependiente del monasterio de Santa María, el subprior mostró deseos de verlo; pero el padre Felipe le era imposible obedecer, por haberlo perdido cuando el ser sobrenatural se despidió repentinamente de él. El mismo padre Eustaquio fue al lugar del suceso, e hizo las más minuciosas pesquisas; pero estas resultaron infructuosas.

Cuando hubo regresado al monasterio dijo al abad:

—Preciso es que ese libro se haya caído al río; pero con el permiso de vuestra reverencia, quiero profundizar el misterio. Iré, o, mejor dicho, voy inmediatamente a la torre de Glendearg, y veré si algún espectro o alguna Dama Blanca se atreve a salirme al paso. ¿Quiere vuestra reverencia concederme su permiso y darme su bendición? —añadió de un modo que revelaba que solo hacía la petición por pura fórmula.

—Tenéis ambas cosas hermano.

Tan pronto como el padre Eustaquio se hubo alejado, el abad expuso al padre Felipe su deseo muy sincero de que algún espíritu diese al subprior una lección que lo curara de su presunción y de su vanidad.

—¡Ay! —contestó el sacristán—. Deseadle que atraviese alegremente el río con un espectro a la grupa de su caballería mientras los peces esperan su alimento, y os respondo de que quedará castigado suficientemente.

«Nademos al fulgor de la luna…».

—Padre Felipe, os exhortamos a rezar, a recobrar vuestro ánimo, y a olvidar esa estúpida canción que habéis oído al demonio —interrumpiole el abad severamente.

—Haré todo lo posible por obedeceros, reverendo padre: pero esa maldita aria me persigue por doquier, sonando constantemente en mis oídos: hasta las campanas del convento parecen repetir sus palabras. Creo que, aunque me arrancasen la vida en este mismo instante, moriría cantando: *Nademos alegremente*… Es contra mi voluntad.

Y tarareó de nuevo:

«Nademos al fulgor de la luna…».

Pero, haciendo un gran esfuerzo para detenerse, exclamó:

—No se me oculta que estoy perdido. *Nademos al fulgor de la luna.*… Lo cantaré en misa. ¡Desgraciado de mí!… ¡Tendré que cantarlo durante toda mi vida, sin poder variar siquiera el tono!

El abad dijo que conocía a muchas y muy honradas personas que se encontraban en el mismo caso, y se sonrió con aire satisfecho pronunciando un ¡oh!, ¡oh!, ¡oh!, pues su reverencia era aficionado a los chistes.

El sacristán, que conocía bien el carácter de su superior, quiso hacerle coro; pero la desgraciada canción turbó nuevamente sus ideas y repitió una vez más:

—*Nademos al fulgor de luna.*…

—Hermano Felipe —exclamó el abad, encolerizado—, sois insoportable; y estoy persuadido de que eso no puede ocurrirle a un religioso de Santa María más que teniendo la conciencia en pecado mortal. Así, pues, rezad los siete salmos penitenciales, recurrid frecuentemente a nuestras disciplinas, y durante tres días absteneos de todo alimento y quedaos a pan y agua. Os confesaré yo mismo, y veremos si es posible expulsar de vuestra alma al demonio. Creo que el padre Eustaquio no encontraría un exorcismo más eficaz.

Mientras tanto, el padre Eustaquio encaminábase al valle de Glendearg.

Habló brevemente con el guardián del puente, y consiguió hacerlo más tratable. Le recordó que su padre había sido vasallo del monasterio, que su hermano no tenía hijos, que, cuando muriera, sus bienes volverían a la iglesia, y entonces el abad podría disponer de ellos, por lo que debía estar en buenas relaciones con él para cuando ese caso llegara. Al principio, Pedro contestó con injurias; pero, como el subprior le atacaba por su flaco, es decir, por el interés, se contuvo y prometió dejar pasar gratuitamente hasta la próxima Pascua de Pentecostés a todos los peregrinos que fueran a pie al monasterio; los jinetes, jamás se habían negado a satisfacer el derecho de peaje. Encantado de haber terminado amigablemente una discusión que

tanto perjudicaba a la comunidad a que pertenecía, el padre Eustaquio prosiguió su camino.

CAPÍTULO VIII

> «Aprovechad bien el tiempo, que es el tesoro del sabio; solo el loco lo prodiga, y el demonio aprovecha las horas de desfallecimiento para tentar».
>
> *(Comedia antigua).*

Cuando el austero y sabio padre Eustaquio atravesaba el pequeño valle, este estaba envuelto en una de esas densas nieblas que suele traer consigo el mes de noviembre.

La estación, el duelo nacional y la soledad de aquellos parajes inspiraban tristeza y melancolía. El río, en su majestuoso curso, murmuraba sordamente, como deplorando la fuga del otoño. Entre los árboles que crecían en sus orillas, el roble, recordando días más hermosos, permanecía verde, mientras el sauce no mostraba más que su tronco pelado, cuyas hojas eran juguete del viento.

Mientras caminaba, el buen fraile creyó ver más de una; esta impresión era solo momentánea, pues siempre que dirigía con atención la vista al sitio en que le había parecido divisarla, convencíase de que un objeto cualquiera, una roca o el tronco de un árbol, afectaba la forma del fantasma que en su imaginación surgía.

El fraile caminaba absorto en las sombrías reflexiones que sugieren de ordinario esos emblemas patentes de la fragilidad de las cosas humanas.

—Así son —decía, contemplando a las hojas esparcidas en torno suyo— los proyectos de la juventud: llenos de encantos en primavera y dolorosos en invierno. Todo es deleznable y transitorio; nada escapa a la destrucción general más que las hojas del viejo roble, que brota cuando las demás hojas del bosque caen. He hollado, como ahora, estas hierbas estériles, las brillantes esperanzas de mi juventud. Los ambiciosos ensueños de la edad madura solo son quimeras engañosas, desvanecidas desde hace largo tiempo: en la actualidad me ligan los votos que formulé en época más avanzada de mi vida; y a ellos permaneceré fiel hasta la muerte. Sí; mientras viva defenderé a la Iglesia de que soy siervo; y combatiré la herejía, que la ataca con encarnizamiento.

Así discurría el padre Eustaquio, quien, lleno de celo religioso desde el punto de vista de sus conocimientos imperfectos, confundía los intereses esenciales del cristianismo con las pretensiones exageradas de la Iglesia de Roma, que él defendía con ardor digno de mejor causa.

El padre Eustaquio había vivido demasiado tiempo en Roma y no era supersticioso como el clero escocés, menos ilustrado que el de la Ciudad Eterna, a pesar de lo cual el relato del padre Felipe no había dejado de impresionarle más de lo que él mismo se confesaba.

—Es extraño —decíase— que la historia que sin duda ha inventado el padre Felipe, para disimular la incorrección de su conducta, me haya impresionado tanto, y

turbe las graves meditaciones que me absorben. De ordinario, tengo más dominio sobre mí. Voy a rezar y así olvidaré esas vanas puerilidades.

Y, rezando el rosario, según la regla de la Orden, llegó ante la pequeña torre de Glendearg sin que su imaginación volviera a divagar.

Cuando la señora Glendinning, que se encontraba a la puerta dela torre lo vio acercarse, exhaló un grito de sorpresa y de alegría.

—Martín, Jasper, venid todos a ayudar al reverendo subprior a apearse, y conducir a la cuadra su caballería.

—¡Oh padre mío! ¡Dios os envía! Si supieseis cuánta necesidad tenemos de vuestros auxilios. Martín iba a ir al monasterio, aunque siento tener que molestar tanto a vuestras reverencias.

—No os preocupéis por eso, buena señora —repuso el padre Eustaquio—, y veamos qué puedo hacer en vuestro obsequio… Venía a ver a *lady* Avenel, si es posible.

¿Si es posible? ¡Ah, ya lo creo! Temo que la infeliz no viva mañana. ¿Queréis venir a su dormitorio?

—¿No la ha confesado el padre Felipe?

—Sí, padre; la ha confesado, como vuestra reverencia dice; pero temo que haya gato encerrado. ¡Si hubierais visto qué grave y severo estaba el padre Felipe cuando salió del aposento de la enferma! Y después, como se llevó un libro que…, —y se interrumpió como si le costara trabajo continuar.

—Y después, ¿qué?… señora Elspeth; tenéis el deber de no ocultarnos nada.

—¡Ay! ¡Dios me libre de ocultar nada a vuestra reverencia! Pero no quisiera perjudicar en vuestra opinión a esa pobre señora: es una excelente mujer; hace mucho tiempo que vive en esta torre y siempre nos ha edificado con su conducta. Ella misma os dirá seguramente…

—Decidme vos todo lo que sabéis, pues ese es vuestro deber.

Pues bien, el libro que el padre Felipe se llevó ayer, nos ha sido devuelto esta mañana de un modo muy extraño.

—¡Devuelto! ¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que el libro ha sido traído a Glendearg, sin que sepamos cómo ni por quién. El caso es el siguiente. El viejo Martín, un servidor de *lady* Avenel, conducía a pastar las vacas, pues debo deciros que ahora tenemos, gracias a Dios y al santo monasterio, tres vacas lecheras muy buenas…

El fraile estaba muy impaciente, pero recordó que una mujer del carácter de la señora Elspeth se parece a una peonza: que se detiene si la dejáis tranquilamente dar vueltas, y que, fustigándola, no acaba nunca.

—Para no hablar más de nuestras vacas a vuestra reverencia, aunque jamás las haya visto más hermosas, os diré que Martín las llevaba a pastar, acompañado de mis hijos Alberto y Eduardo, a quienes vuestra reverencia habrá visto en la iglesia los días de fiesta, y de la pequeña María Avenel, hija de esa pobre señora enferma. Los tres

niños se pusieron a jugar en la llanura y no tardaron en perder de vista a Martín; treparon por una colina de poca altura, en la que hay un pequeño manantial, y apenas habían llegado a la cumbre, cuando vieron una mujer vestida de blanco, sentada a la orilla del agua retorciéndose las manos. María y Eduardo, sobrecogidos de espanto, emprendieron la fuga; pero Alberto, que cumplirá dieciséis años en la Pascua de Pentecostés, y que nunca ha conocido el miedo, sé acercó resueltamente a ella para hablarle y ¡la Dama Blanca había desaparecido!

—Señora Elspeth, no comprendo cómo una persona tan sensata como vos puede dar crédito a semejante patraña. Los niños han querido divertirse sin duda alguna.

—No, padre; nunca han mentido, y tengo seguridad de que el suceso ha ocurrido como lo dicen. Además, no lo sabéis todo aún. En el sitio en que la Dama Blanca había estado sentada, Alberto encontró d libro de *lady* Avenel, y se lo trajo.

—Ese es un detalle que merece atención. ¿Estáis segura de que es el mismo libro que entregasteis ayer al padre Felipe?

—Segurísima.

—¡Es verdaderamente extraordinario! —exclamó el padre Eustaquio, y empezó a pasearse por la habitación, muy pensativo.

—Yo estaba inquieta —prosiguió la viuda—, y deseaba vivamente veros para saber qué opináis. No hay cosa que no esté dispuesta hacer en favor de *lady* Avenel y de su familia; pero me desagrada verme continuamente rodeada de ángeles, de espíritus, de hadas, y de otros seres sobrenaturales. Todo cuanto esa dama ha deseado, lo he hecho sin que interviniera el interés; pero ahora no sé qué partido adoptar. He atado un hilo encamado al cuello de los niños, he dado a cada uno una varita de fresno, y he cosido en sus casacas cortezas de olmo. Vuestra reverencia dirá si se puede hacer más en semejantes circunstancias.

—Señora Elspeth —preguntó el fraile—, ¿conocéis a la hija del molinero?

—¡Sí, la conozco! Casi tanto como el mendigo a su escudilla.

—¿Entonces sabéis cuáles son los vestidos que lleva ordinariamente?

—Sí, padre; casi siempre lleva un hermoso vestido blanco, quizá para disimular el polvo del molino, y un manto azul, del que prescindiría si fuera menos orgullosa.

—¿No sería ella, señora Elspeth, la que ha traído el libro, y la que se alejó cuando los niños se le acercaron?

La señora Glendinning vaciló; no quería contradecir al reverendo padre; pero no concebía que la hija del molinero fuera a un paraje tan desierto, solo para llevar un libro viejo a tres niños de quienes se había apresurado a huir.

—¿Por qué, conociendo a la familia, y habiendo cobrado cumplidamente el derecho de molienda, no ha venido hasta aquí para descansar un rato, tomar un refrigerio y darnos algunas noticias?

El fraile habría podido contestar estas objeciones, pero temía que una discusión con la señora de Glendinning lo llevara demasiado lejos, y, variando de conversación, dijo:

—Si lo permitís, iré a ver a la enferma. Servios anunciarle mi visita.

La señora de Glendinning dejó al fraile absorto en profundas reflexiones, estudiando la manera más eficaz de cumplir el importante deber que le imponía su ministerio. Al fin resolvió: primero reprender a la enferma con la dulzura que le imponía su estado de debilidad, y, si replicaba, emplear argumentos más contundentes, con cuya ayuda acostumbraba combatir cierta clase de escrúpulos.

—Estas son —se decía— las respuestas que puede dar un iniciado en la herejía, y que, estudiando las Santas Escrituras, usurpa las funciones del sacerdocio; estas son las refutaciones victoriosas con que la confundiría y la batiría en sus últimas trincheras. Después haría a la penitente una exhortación salutatoria, pero terrible, conjurándola, si deseaba salvar su alma, y si quería recibir los últimos auxilios espirituales, a descubrir lo que sabe de ese sombrío misterio de iniquidad; por qué medio la herejía había osado penetrar en el territorio de la Iglesia; cuáles eran los agentes que habían sabido, deslizándose en la sombra, evitar las miradas y traer nuevamente un libro prohibido por la Iglesia, a un lugar de donde había sido recogido por uno de sus miembros; un libro que incita a los profanos a adquirir conocimientos prohibidos; conocimientos que solo sirven para dar el triunfo al demonio.

Pero el fraile olvidó todos estos raciocinios cuando la señora Elspeth se le acercó llorando y le hizo señas de que la siguiese.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Está tan grave? Vamos, vamos, no hay que desesperar aún.

Y entró apresuradamente en la reducida habitación donde, sobre el miserable lecho que ocupaba desde el día en que sus infortunios la condujeron a la torre de Glendearg, la viuda de Gualterio Avenel acababa de expirar. Su alma había ido a comparecer ante la presencia del Creador para ser debidamente juzgada.

—¡Dios mío —se dijo—, si en lugar de perder el tiempo en las reflexiones, hubiera acudido a su lado, no habría muerto sin los auxilios de la Iglesia!

Después continuó en alta voz:

—Señora Elspeth, mirad; ¿no da ninguna señal de vida? ¿No será posible que recobre el conocimiento… un momento siquiera? ¡Oh! ¡Si pudiera decir una sola palabra, hacer una señal para revelar su sentimiento! ¿Tenéis seguridad que se ha perdido toda esperanza?

—¡Ay! —contestó la viuda—. ¡No la veremos más!… ¡Su pobre hija huérfana!… He perdido para siempre a la compañera cuyo trato había llegado a serme indispensable… Pero está en el Cielo, porque ha sido una mujer de vida ejemplar…

—¡Desgraciado de mí si no estuviera en la gloria! —repuso el fraile—. ¡Desgraciado del pastor imprudente que ha permitido al hambriento lobo arrebatarle una de sus ovejas más preciosas, mientras perdía el tiempo en preparar su onda y su cayado! ¡Oh! Si esa pobre alma no se ha salvado, ¡qué caro le habrá costado mi retraso!

Y, aproximándose al cadáver, contempló aquel pálido rostro, cuyos labios

parecían sonreír; ¡tan dulce había sido para Alicia el paso de la vida a la muerte!

—¡Ay! —exclamó entonces—. ¡El soplo de la muerte ha pasado sobre esta frágil planta! ¡Que me condene para siempre si mi descuido le ha ocasionado males eternos!

Y conjuró nuevamente a la señora de Glendinning a que le dijera cuanto sabía de la conducta y las costumbres de la difunta.

Las respuestas fueron todas favorables a *lady* Avenel, pues su compañera, que la había admirado durante su vida, a pesar de la envidia que le tenía a veces, la idolatraba, y no había ningún homenaje que no estuviera dispuesta a tributar a su memoria.

Era probable que *lady* Avenel tuviera secretamente sus dudas respecto a alguna de las doctrinas de la Iglesia de Roma; pero practicaba puntualmente los deberes que impone la fe católica, y acaso sus escrúpulos no llegaran hasta pretender cambiar de religión. Tales eran, al menos, los sentimientos de la mayor parte de los reformistas, que hicieron cuanto les fue posible por evitar un cisma que solo la violencia del Papa concluyó por provocar.

El padre Eustaquio escuchaba muy atentamente a la señora Elspeth, quien aseguraba que, en los principales artículos de la fe, la difunta le había parecido siempre en perfecta conformidad con la sana doctrina, y que asistía con regularidad a los oficios divinos.

El fraile se reprochaba haber prolongado su conversación con la señora Elspeth, en vez de acudir inmediatamente a la cabecera de la enferma.

—Si no sufres el castigo de los sectarios obstinados —dijo luego contemplando los despojos mortales de Alicia—, si no tienes otras culpas que expiar que las que dependen de la fragilidad humana más que de una culpable perversidad, no temas permanecer mucho en el purgatorio. Ayunos, penitencias, maceraciones, hasta que mi cuerpo se asemeje a tu cadáver, todo lo haré en sufragio de tu alma. La Santa Iglesia, el monasterio, nuestra divina patrona, abogarán por quien poseyó tantas virtudes… Dejadme, señora Elspeth, aquí, junto a su lecho, que voy a cumplir los piadosos deberes que reclama esta dolorosa circunstancia.

Elspeth obedeció, y el fraile, al quedarse solo, empezó a salmodiar con fervor las oraciones de ritual en sufragio del alma de la difunta. Al cabo de una hora reuniose con el ama de la casa, a quien encontró anegada en llanto.

Sería no hacer justicia a los sentimientos hospitalarios de la señora Glendinning, suponer que el pesar que le ocasionaba la muerte de su amiga la absorbiera hasta el extremo de dar al olvido lo que debía a su huésped, el subprior del monasterio. El pan de cebada estaba ya preparado, un jarro de la mejor cerveza había sido servido y el más suculento jamón colocado sobre la mesa, amén de la manteca más fresca. Cuando todos estos preparativos estuvieron terminados se sentó en un rincón de la chimenea, y cubriéndose la cabeza con el delantal se entregó a su dolor sin gazmoñería, pues hacer los honores de la casa era, a los ojos de la viuda, un deber tan

esencial y humano como el de llorar la pérdida de una persona amada.

Cuando el padre Eustaquio entró, secó sus lágrimas y, levantándose, le rogó que aceptara la modesta comida que le había preparado; pero este se excusó diciendo:

—No tomaré nada hoy antes de la puesta del sol, y me consideraré dichoso si con esta ligera privación puedo expiar mi negligencia. Sin embargo, señora Elspeth, aunque me ocupe en la salvación de los muertos, no descuido a los vivos hasta el extremo de dejar aquí ese libro que para los ignorantes es lo mismo que fue para nuestros primeros padres el árbol de la ciencia del bien y del mal, excelente en sí, pero fatal para los que no deben leerlo.

—¡Oh, os lo entregaré con gusto, reverendo padre, si consigo quitárselo a los niños, cosa que no será muy difícil ahora! ¡Pobrecitos! ¡Se les podría arrancar el corazón sin que lo advirtieran, pues están profundamente afligidos!

—Dadles, a cambio, este misal —dijo el padre Eustaquio, sacando de su bolsillo un libro lleno de estampas—: yo mismo les explicaré el significado de esas figuras.

—¡Oh, que lindas pinturas! —exclamó la señora Glendinning, olvidando su dolor —. Este es un libro muy diferente del de *lady* Avenel, y quizá fuéramos hoy todos felices si vuestra reverencia hubiera venido ayer en lugar del padre Felipe, aunque el sacristán es un hombre poderoso, que parece que con una palabra va a hacer volar la casa; pero, gracias a Dios, los muros son muy espesos.

El fraile pidió su mula, y ya se disponía a marcharse, a pesar de las numerosas preguntas que le dirigía la viuda acerca de los funerales, cuando presentose en el patio de Glendearg un caballero armado de pies a cabeza.

CAPÍTULO IX

> «Desde que llegaron, armados de pies a cabeza, a estos cantones, buscan inútilmente en nuestros campos el menor rastro de cultivo. Esto decía, entristecido, el labrador Juan Terruño».
>
> *(Manuscrito de Bannatyne).*

Las leyes de Escocia, tan sabias y prudentes, como inútiles las hacía su incumplimiento, habían pretendido, aunque sin eficacia, remediar los perjuicios, que causaban a la agricultura los nobles y grandes hacendados, reteniendo a su servicio a los hombres de armas, a que en aquella época se les daba el nombre de *jacks* a causa del sayo o jubón forrado de hierro que formaba su armadura defensiva. Esta soldadesca trataba insolentemente a la clase trabajadora, vivía del saqueo y estaba siempre dispuesta a ejecutar las órdenes de su señoría, por contrarias que fuesen a las leyes. Al adoptar semejante género de vida, renunciaban a los trabajos normales, a los apacibles goces que proporciona una industria honrada, para ejercer un oficio peligroso y precario, a pesar de lo cual estaba lleno de encantos paira ellos. Cuando se habituaban a él les era imposible emprender otro.

Tal es el origen de las quejas de Juan Terruño, personaje imaginario que da perfecta idea de lo que es un aldeano, en cuya boca ponían sus versos los poetas de aquellos tiempos satirizando a los hombres y las costumbres.

Cristián de Clint-hill, personaje que acababa de llegar a la torre de Glendearg, llevaba las espaldas cubiertas de placas de hierro, espuelas oxidadas y larga lanza. Su casco, que ya había perdido el brillo, estaba adornado con una rama de acebo, distintivo de la familia Avenel. Una larga espada de dos filos con empuñadura de roble pulido colgaba a su costado. La flacura del caballo corría pareja con la del jinete, lo que demostraba que los dos tenían oficio penoso y poco lucrativo.

Cristián saludó a la señora Glendinning familiarmente, y al subprior con cierta ironía, pues la falta de respeto a las Órdenes religiosas iba generalizándose cada día más, sobre todo, entre las gentes de su oficio, que no solían profesar ninguna religión.

—Así, pues, ¿la señora ha muerto, señora Elspeth? —preguntó—. Mi señor le enviaba un buey gordo para su aniversario; pero, en este caso, servirá para sus funerales. Lo he dejado pastando; pero como es tuerto, y ha sido marcado en dos sitios diferentes con un hierro candente, conviene sacrificarlo cuanto antes; ¿me oís? Vamos, haced que den un pienso de avena a mi caballo, y a mí un trozo de carne y un vaso de cerveza; tengo que ir al monasterio. Pero he aquí un fraile que podría ahorrarme el viaje.

—¡Insolente! —apostrofó el subprior, indignado.

—¡Por el amor del Cielo, escuchad! —exclamó la señora Elspeth, que temblaba

de miedo al ver que se suscitaba una querella—. Cristián, este fraile es el padre Eustaquio ¡el subprior de la abadía! Reverendo padre, es Cristián de Clint-hill, el jefe de los *jack* del *laird* de Avenel.

—¡Estáis al servicio de Julián Avenel —dijo el subprior dirigiéndose al caballero —, y habláis con tan poco respeto a un hermano de la abadía a la que tanto debe vuestro señor!

—Y desea deberle más aún —contestó Cristián—; pues, habiéndose enterado de que su cuñada, la viuda de Gualterio Avenel se encontraba muy grave, me ha encargado que comunique al padre abad que su intención, en caso de que muriese, era celebrar los funerales en la abadía, a donde se propone llegar con veinte caballeros y algunos amigos, a pasar tres días y tres noches a costa de la comunidad. Avisa con antelación para que se hagan los debidos preparativos.

—¿Y esperas que me encargue de ese mensaje, que es un insulto a nuestro reverendo abad? ¿Crees que los bienes que a la Iglesia entregaron príncipes santos y piadosos señores van a emplearse en obsequiar a un laico orgulloso que sostiene un séquito más numeroso de lo que su fortuna le permite? Di a tu amo, de parte del subprior de Santa María, que el primado de Escocia nos ha ordenado que no nos sometamos a exacciones arbitrarias, bajo el falso pretexto de la hospitalidad. Nuestros bienes nos han sido transmitidos para socorrer a los pobres y a los peregrinos, y no para satisfacer la avaricia de groseros soldadotes.

—¡A mí es a quien habláis de ese modo! —exclamó Cristián—. ¡Es de mi amo de quien habláis así! Tened cuidado, señor fraile e impedid con *aves y credos* que se extravíen vuestros ganados y se vuelvan incombustibles vuestras granjas.

—¿Cómo te atreves a amenazar con el saqueo y el incendio del patrimonio de la Iglesia? Ruego a cuantos me oyen que no olviden las palabras que este miserable acaba de pronunciar. Recuerda bien a cuántos perillanes de tu ralea ha hecho ahogar lord James en el estanque de Jeddard. A él y al primado de Escocia elevaré mis quejas.

Cristián, exasperado, dirigió su lanza al pecho del subprior, y Elspeth empezó a gritar diciendo:

—¡Por el amor de Dios, no olvidéis que es un miembro de la iglesia!

—No temo su lanza —dijo el subprior—. Si muero defendiendo los derechos y los privilegios de mi comunidad, el primado castigará su crimen.

—Que no se meta en lo que no le importa —refunfuñó Cristián bajando la lanza y arrimándola al muro—. Si los soldados del condado de Fife, que acompañaron aquí al gobernador en la última guerra, me dijeron la verdad, Norman Leslie es su enemigo, y lo tratará duramente. Norman es un perro que no suelta la presa una vez que ha mordido. Además —añadió, comprendiendo que se había aventurado demasiado—, no tenía el propósito de ofender al reverendo padre; soy un soldado y no conozco más que mi lanza y mi estribo. Como no estoy acostumbrado a tratar con sabios y sacerdotes, no es extraño que le haya ofendido, sin pretenderlo, en cuyo caso, le

presento mis excusas y le pido su bendición.

—¡Por amor a Dios —suplicó Elspeth al subprior llevándoselo aparte—, perdonadlo! ¿Cómo podríamos dormir en paz durante muchas noches pensando que la abadía tiene semejantes enemigos?

—Tenéis razón —contestó el padre Eustaquio—: no debe ser causa que estéis intranquila. Soldado, os perdono, y pido a Dios que os conceda su bendición y os haga honrado.

Cristián se inclinó de mala gana, murmurando entre dientes:

—¡Eso es lo mismo que decir que Dios te envíe el hambre! Pero, señor subprior, volvamos al mensaje de mi amo: ¿qué respuesta debo darle?

—Que el cuerpo de la viuda de Gualterio Avenel será depositado en el mismo sepulcro en que reposa su esposo, con todos los honores debidos a su alcurnia. En cuanto a la visita de tres días que vuestro amo se propone hacemos en compañía de sus amigos, el abad os responderá, cuando le notifiquéis los propósitos de Julián Avenel.

—Me va a costar una caminata; pero, no importa, en algo he de emplear el tiempo. Pues bien, muchacho —dijo, dirigiéndose a Alberto, que se había apoderado de su lanza—, ¿qué decís de esa herramienta? ¿Os agrada? ¿Queréis alistaros en mi tropa?

—¡No lo permita Dios! —exclamó la madre precipitadamente; pero temiendo que Cristián se ofendiera por esta exclamación, se apresuró a explicarle que, desde que el pobre Simón fue muerto de un flechazo, no podía ver un arco, una lanza ni cualquier clase de arma sin temblar.

—Es preciso casarse de nuevo, señora Elspeth; eso alejará de vuestra cabeza todas esas tonterías. ¿Qué diríais de un gallardo mozo como yo? Esa torre es bastante fuerte; y, si nos persiguieran de cerca, nos resguardarían las montañas, los bosques y los pantanos. Sí, aquí, un hombre podría vivir cómodamente, sostener una docena de compañeros montados y equipados, tener buena casa merced a su lanza y a algunas expediciones, y tratar además a la doncella con mucha cortesía. ¿Qué decís de esto, señora Elspeth?

—¡Ay, Cristián! ¿Cómo habláis así a una pobre viuda y en presencia de un cadáver?

—¡Viuda! Por eso precisamente debéis casaros otra vez. ¿El primer marido ha muerto? Pues tomad otro más fuerte que no muera de la pepita como un pollito. Vamos, dadme algo que comer, y otro día hablaremos.

Elspeth conocía el carácter de su interlocutor, a quien despreciaba tanto como temía; pero no pudo por menos de sonreír a sus brutales requiebros.

—Es para que esté tranquilo —dijo en voz baja al subprior, y sirvió a Cristián la comida que había preparado para el padre Eustaquio, lisonjeándose de que el agasajo y el poder de sus encantos distraerían tanto al merodeador que no volvería a acordarse de la querella que había sostenido.

No entraba en el ánimo del subprior provocar una ruptura entre la abadía y Julián Avenel, pues la moderación era tan necesaria como la firmeza para sostener a la Iglesia romana en medio de los ataques que se le dirigían; y no ignoraba tampoco que, por lo contrario, durante los siglos precedentes, las querellas entre el clero y los seglares terminaban casi siempre a favor de los últimos. Así decidió evitar toda ocasión de disputa retirándose, después de haberse apoderado del libro que el sacristán se había llevado la víspera y que de tan extraño modo había sido devuelto.

Eduardo, el más joven de los hijos de la señora Elspeth, se opuso resueltamente a este rapto.

María, que quizás hubiera hecho lo mismo, se encontraba en aquel momento en otra habitación en compañía de Tibb, y esta empleaba toda su elocuencia en consolarla de la muerte de su madre.

Eduardo defendió los derechos de su amiguita con extraordinaria firmeza, manifestando que, puesto que lady Avenel no existía ya, el libro pertenecía a María y que nadie dispondría de él más que su dueña.

—Como es un libro que no conviene que lea María —díjole el subprior—, no querréis que quede en su poder.

—Su madre lo leía y, por consiguiente, puede leerlo ella. No os lo llevaréis. ¿En dónde está Alberto? Sin duda está escuchando las fanfarronadas de Cristián. ¡No habla ya más que de batirse! ¿Porqué no está aquí?

—Qué, Eduardo, ¿seríais capaz de batiros contra mí, contra un sacerdote, contra un anciano?

—Aunque fuerais más sacerdote que el Papa y más viejo que nuestras montañas, no os llevaríais el libro de María sin su autorización. Antes me batiré con vos.

—Pero, amiguito, ¿quién os dice que pretendo privarle de él? Solo quiero llevármelo prestado. Tomad este lindo misal en prenda.

Eduardo abrió el misal con curiosidad, y empezó a examinar las láminas.

—San Jorge y el dragón —dijo—; Alberto preferiría más esto. San Miguel blandiendo su espada sobre la cabeza del diablo; también es bueno para Alberto. San Juan conduciendo el cordero por el desierto, con su pequeña cruz; esta sera mi imagen favorita. ¿Quién es esta mujer tan bella y tan desconsolada?

—Santa María Magdalena, que se arrepiente de sus pecados, hijo mío.

—Esto no conviene a nuestra María, pues ella no comete ninguno.

—Os mostraré otra María que la protegerá y a vos también. Ved cómo brilla su vestido bordado de estrellas.

—El niño contemplaba extático la imagen de la Virgen, que el subprior le mostraba.

—Esta —dijo por fin— se parece efectivamente a nuestra María; podéis llevaros el libro negro, que no tiene ninguna lámina, y guardaré esta para María. Sin embargo, tal vez prefiera el otro, por haber pertenecido a su madre. Es preciso que me prometáis volver, y traerlo.

—Volveré seguramente —repuso el padre Eustaquio, que deseaba contestar de una manera evasiva—, y si sois dócil, os enseñaré a leer, a escribir y a pintar estampas, en azul, en verde, en amarillo…

—¿Y dibujar imágenes como las de estos santos, y, sobre todo, como estas dos Marías?

—Sí, con su bendición os instruiré en ese arte cuanto me sea posible enseñar y podáis aprender.

—Entonces retrataré a María; pero no os olvidéis de traer el libro negro.

—Pronto volveréis a verme.

El padre Eustaquio, con el deseo de marcharse antes de que Cristián concluyera de comer, para evitar una nueva entrevista con él, montó sobre su mula y emprendió el camino de regreso al convento.

El subprior se había detenido en la torre más de lo que se proponía, y el sol empezaba ya a desaparecer del horizonte cuando el fraile salió de la torre de Glendearg.

Un viento del Este silbaba entre las hojas secas, y cortaba las débiles ramas que pendían aún de los árboles.

—¡Ay! —pensó el padre Eustaquio—. Así es como en la senda de la vida nuestra perspectiva se hace más sombría a medida que avanzamos. ¿Qué he ganado en mi viaje? La certidumbre de que la herejía trabaja en contra nuestra con actividad extraordinaria, y de que la impiedad, que induce a saquear las propiedades de la Iglesia, extendida ya por todos los distritos del Este de Escocia, avanza a pasos agigantados hacia nosotros.

El ruido del paso de un caballo que caminaba detrás de él interrumpió las reflexiones del subprior, quién, al volver la cabeza, reconoció a Cristián.

—Buenas noches, hijo mío; que Dios os bendiga —dijo, cuando el soldado pasó junto a él; pero este hizo un ligero movimiento de cabeza, y, apretando los ijares de su cabalgadura, partió al trote, dejando bien pronto al fraile y su mula muy atrás.

—Esta —dijo el padre Eustaquio— es otra calamidad del tiempo en que vivimos; un perillán nacido para labrar la tierra, y de quien las funestas divisiones que destrozan el país han hecho un audaz y licencioso bandido. Los barones escoceses se han hecho ladrones y oprimen al pobre con sus violencias, arruinan los bienes de la iglesia, y viven a discreción en las abadías y priorato, sin vergüenza ni remordimiento. Temo llegar tarde para aconsejar al abad que resista a las pretensiones de esos audaces aventureros. Apresuraré el paso.

Y, dicho esto, dio un golpe con la vara a su mula; pero el animal, en lugar de avanzar más de prisa, se detuvo, resistió y no fue posible obligarlo a que continuara caminando.

—¿Estás también infestada? ¡Tú, que de ordinario eres tan dócil, estás tan reacia como un hereje! —dijo el fraile.

Mientras trataba de vencer la terquedad de su cabalgadura, el padre Eustaquio oyó

una voz de mujer que cantaba a su oído, o, por lo menos muy cerca de él, lo siguiente:

«¡Buenas noches, padre Eustaquio!
¡Buenas noches, frailecico!
No vengáis a estos lugares
a desafiar al diablillo.
Retroceded en seguida;
y, por donde habéis venido,
volved de nuevo a la torre
y dad a su dueña el libro
que le acabáis de robar.
¡Buenas noches, frailecico!».

El subprior miró en torno suyo, pero en los alrededores no había árboles ni bosque que pudiera ocultar a ningún ser humano.

—¡Que la Virgen me ampare! —exclamó—. No he perdido el juicio, según creo, y, sin embargo, mis pensamientos se ordenan en forma de versos con acompañamiento de una música, cosas ambas de que me cuido bien poco. ¿Por qué suena una voz de mujer en mis oídos? No comprendo nada. ¡Es casi la misma visión que tuvo el padre sacristán!

—Vamos, mula, vamos, avanza… alejémonos de aquí antes de que pierda por completo el juicio.

Pero la mula parecía haber echado raíces, y sus ojos, casi fuera de las órbitas, revelaban el terror que se había apoderado del animal.

El padre Eustaquio empleaba alternativamente la persuasión y la violencia para hacer caminar a su mula, que permanecía inmóvil, y la voz misteriosa se oyó de nuevo a dos pasos de él:

—¿Has hecho este viaje para saquear un sepulcro? Esta hazaña es, sin duda, muy hermosa; pero no es prudente. Renuncia al botín, y retrocede, porque la muerte te acecha en el camino. ¡Temed su guadaña homicida!

—En nombre de Dios —gritó el fraile—; en nombre del Creador del Universo, yo te conjuro a que me digas quién eres, ¡tú, que así me persigues!

La voz contestó:

—¿Quién soy? Ni el bien ni el mal. Si mi ser no es de origen divino, tampoco es un engendro de Satanás. Soy la nube que se ve desde la colina elevarse sobre el valle, o la gota de rocío, o el rayo de luz, forma fantástica y ligera que cree percibir, en sueños, la imaginación.

—Esto no es imaginación —dijo el subprior, quien, a pesar de la firmeza de su carácter, advertía que se le erizaban los cabellos y que la sangre se le helaba en las venas, al encontrarse tan cerca de un ser sobrenatural—. Espíritu del mal, te ordeno

que te retires. Tu poder no debe alcanzar sino a los que trabajan negligentes en la viña del Señor.

—Es inútil que pretendas privarme de mis derechos —replicó inmediatamente la voz—. Puedo seguir el vuelo del brillante meteoro, tomar por corcel un rayo de la aurora, preceder al trueno, e igualar al viento que seca, al fuego que devora, y al torrente impetuoso que no se puede detener. Adiós, pero pronto volverás a oírme. A la vuelta del valle te encontraré.

La mula sudaba a chorros, y un temblor convulsivo revelaba el terror que experimenta; de pronto pareció tranquilizarse y empezó a andar sin que el jinete la espolease.

—No creía en la existencia de los cabalistas y de los empíricos —pensó el benedictino—; pero, por mi santa Orden juro, que ya no sé qué decir. No tengo fiebre, estoy en ayunas y poseo todas mis facultades; es preciso, pues, que al enemigo del género humano le haya sido permitido hacerme experimentar su poder, o los escritos de Cornelio Agrippa, Paracelso y otros autores que tratan la filosofía oculta, no carezcan de fundamento. «¡A la vuelta del valle!» me ha dicho esa voz misteriosa. No tengo necesidad de ese nuevo encuentro, que me sería fácil evitar; pero estoy al servicio de la Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra mí.

Prosiguió la marcha; pero con precaución y lleno de temor, pues no sabía en qué momento ni en qué sitio del valle el ser invisible debía interrumpir de nuevo su viaje. Al cabo de una milla aproximadamente, al llegar a un sitio en que el río, cerca de una montaña, no dejaba más que el paso para un hombre a caballo, y después daba una vuelta brusca a la izquierda, la mula volvió a detenerse con los mismos síntomas de terror. Comprendiendo demasiado la causa, el fraile se abstuvo de excitarla a andar, pero dirigió al ser invisible, que suponía próximo a él, los exorcismos solemnes que emplea la Iglesia de Roma en semejantes ocasiones, y la voz contestó:

—Quien no es el enemigo de nadie no tiene enemigos; pero, antes que te abandone, escucha este último aviso: ocúltate en esta tranquila caverna un instante y permanece mudo, pues, si te ven, eres muerto.

El ser invisible parecía estar muy cerca de él.

El padre Eustaquio volvió la cabeza hacia donde le parecía oír la voz y escuchó más atentamente. De pronto se sintió desazonar por una fuerza irresistible; quedó tendido en el suelo sin conocimiento, y no volvió en sí hasta mucho tiempo después. Cuando abrió los ojos, la luna brillaba en todo su esplendor en el horizonte. Aterrorizado aún, se incorporó y advirtió que no había sufrido otro daño que el natural entumecimiento del frío.

Un movimiento que oyó cerca de él le hizo estremecerse; se levantó y vio la mula que pacía tranquilamente a su lado. Volvió, pues, a ponerse en marcha, pensando en la extraordinaria aventura, y entró en el gran valle regado por el Tweed.

Tan pronto como el subprior hizo oír su voz, bajose el puente levadizo para darle paso. Había ganado de tal modo el corazón del guardián, que este se presentó

inmediatamente con una linterna para alumbrarle.

Al acercar Pedro la luz al rostro del benedictino, dijo:

—¡Vuestra reverencia parece muy cansado! ¡Estáis pálido como un muerto! Vosotros, acostumbrados a vivir en una celda, necesitáis poca cosa para inmutaros. Antes de que me hubiesen colocado aquí, andaba algunas veces treinta millas de Escocia antes de almorzar, y estaba como una rosa. ¿Queréis comer un bocado? Bebed una copa de aguardiente; os sentará bien.

—He hecho voto de no tomar nada hoy —contestó el subprior—; pero, de todos modos, os lo agradezco. Dádselo al primer peregrino que llegare aquí pálido y cansado como yo estoy en este momento.

—Así lo haré, por mi honor y por amor vuestro —respondió el guardián del puente—. ¡Es increíble! ¡Este padre Eustaquio se atrae a las gentes más que todos los demás frailes juntos! Mujer, escucha, mujer: daremos un pedazo de pan y un vaso de aguardiente al primer peregrino que pase, y no será malo guardar para este objeto el fondo del cacharro que está algo turbio, y el pan de cebada mal cocido que los niños no han podido comer.

Mientras Pedro daba a su mujer estas caritativas y prudentes instrucciones, el fraile proseguía su camino.

El subprior tenía que descender al fondo de su corazón para vencer a un enemigo que, en su opinión, era más formidable que cuantos el poder de Satanás podía mostrarle. Sentíase tentado a no hablar de la inexplicable aventura que acababa de ocurrirle, tentación tanto mayor cuanto más grande era la incredulidad con que había escuchado el relato análogo del padre sacristán.

El libro que se había llevado de la torre, no lo tenía ya: sin duda, se lo habían arrebatado mientras estuvo desmayado.

—Si cuento esta extraña aventura, se burlarán de mí todos mis hermanos, a pesar de haber sido colocado en esta abadía para vigilarlos, y sostener la disciplina. Además, doy al abad una ventaja que no volveré a recuperar jamás; y Dios sabe si, en su ignorante simplicidad, no abusará de ella en perjuicio y deshonra de la Iglesia. Pero, si me callo, ¿cómo voy a atreverme en los sucesivo a dar consejos a los demás? Confiesa, corazón orgulloso, que el bien de la Santa Iglesia te preocupa más que el temor de ser humillado. El Cielo te ha castigado hiriéndote en el punto en que te considerabas más fuerte: en tu orgullo espiritual y en tu sabiduría mundana. Has triunfado de la inexperiencia de tus hermanos y ahora debes sufrir que triunfen de ti. Diles lo que ellos no creerán; afirma lo que ellos atribuirán a un temor pueril, o lo que calificarán de mentira involuntaria.

—Sí, ¡he de cumplir mi deber! Mi superior debe saberlo todo. Si, después de esto, dejo de ser útil en el monasterio, Dios y la Virgen Santísima me colocarán en otro en que podré servirles más eficazmente.

Así razonaba el padre Eustaquio, quien realizaba un acto sumamente meritorio al aportar aquella resolución tan piadosa como generosa.

En todas las clases sociales, los hombres quieren conservar la estimación de los individuos que le rodean; pero, en la vida monástica, privados de toda relación con el mundo exterior, el lugar que ocupan entre sus compañeros es el todo para ellos. El subprior iba a exponerse al ridículo, tal vez a parecer culpable a los ojos del abad y de buena parte de sus hermanos, envidiosos y descontentos del ascendiente que ejercía sobre la comunidad; pero este temor no pudo contrarrestar la idea que tenía de su deber.

Al aproximarse a la abadía, vio con asombro que había a la puerta algunos grupos de hombres a caballo y a pie, entre los que se distinguían, a la luz de las antorchas, los frailes que parecían recorrer las filas. Las exclamaciones de alegría con que fue recibido le revelaron que era él el objeto de la solicitud general.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! ¡Bendito sea Dios! Aquí está, sano y salvo! —exclamaron los vasallos, mientras los frailes entonaban un *Te Deum laudamus*.

—¿Qué ocurre, hijos míos? ¿Qué hay, hermanos míos? —preguntó el padre Eustaquio, apeándose.

—Qué, ¿no lo sabéis, hermano? —contestó un fraile—. Pues bien, seguidnos al refectorio, y allí os enterarán. Solo os diré que nuestro digno abad había ordenado a nuestros fieles y celosos vasallos que corrieran a prestaros socorro.

—Podéis retiraros, hijos míos; pero todos los que han acudido a este llamamiento pueden venir a recoger mañana en la cocina del convento un cuarto de yarda de rosbif y una redoma de cerveza doble.

Los vasallos se retiraron después de aclamar de nuevo al padre Eustaquio, y los frailes condujeron triunfalmente al subprior hasta el refectorio.

CAPÍTULO X

> «Sí, soy yo, gracias a Dios, que no he sufrido un solo arañazo, y estoy tan sano como antes del atropello en que estuve a punto de sucumbir».
>
> Decker.

Cuando el subprior entró en el refectorio, vio a Cristián de Clint-hill sentado cerca de la chimenea, encadenado y vigilado por cuatro vasallos de la abadía. En su rostro reflejábase la expresión feroz y sombría de los empedernidos en el crimen que comprenden les ha llegado la hora del castigo; pero, cuando el padre Eustaquio se acercó a él, experimentó una sorpresa salvaje.

—¡Es el diablo! —exclamó—. Es el diablo que trae de nuevo a los muertos entre los vivos.

—Di más bien —le respondió un fraile— que la Virgen Santísima protege a sus fieles servidores contra los malvados ¡Gracias a Dios, nuestro querido hermano está vivo!

—¡Vivo! —exclamó el bandido pretendiendo acercarse al subprior—. Si es verdad que vive, es que el refrán, «fiel como el acero», miente. Pero sí, no hay duda —agregó contemplándole lleno de asombro—. ¡No tiene ninguna herida, ni un solo rasguño; su hábito no está siquiera agujereado!

—¿Y quién iba a herirme? —preguntó el padre Eustaquio.

—Mi lanza, una buena lanza que jamás ha errado el golpe.

—¡Que Dios te perdone ese culpable deseo! ¿Es que hubieras querido matar a un ministro de los altares?

—¡Ya lo creo! Aunque os mataran a todos… otros han perecido en Flodden.

—¡Miserable! ¿Eres hereje al mismo tiempo que asesino?

—¡No, por San Gil! Me ha deleitado oír al laird de Monance cuando decía que erais un hato de bribones y de impostores; pero no he querido escuchar a un tal Wiseheart, predicador del Evangelio.

—Tiene todavía algunos buenos sentimientos —dijo el padre sacristán al abad, que entraba en aquel momento—, puesto que se ha negado a escuchar a un hereje.

—¡Esa circunstancia puede servirle en el otro mundo! —respondió el dignatario —. Hermano, prepárate a abandonar este. Nuestro bailío va a llegar: voy a entregarlo al brazo secular, y, cuando amanezca, será conducido al patíbulo de la jurisdicción.

—*¡Amén!* —repuso Cristián—. Tenía que suceder esto tarde o temprano. Después de todo, lo mismo da servir de alimento a los cuervos de Santa María que a los de Carlisle.

—Permítame Vuestra Reverencia que le suplique —dijo el subprior— que tenga un momento de paciencia hasta que pueda informarme…

—¡Cómo! —exclamó el abad, que no había advertido aún su presencia, e ignoraba su regreso—. ¡Nuestro querido hermano nos ha sido devuelto en el momento en que llorábamos su muerte! No os arrodilléis ante mí. Levantaos y recibid mi bendición. Cuando ese malvado llegó a la abadía, y, atormentado por sus remordimientos, confesó que os había asesinado, pareciome que la columna principal de nuestra casa se había desplomado. Una vida_tan preciosa no debe permanecer expuesta durante más tiempo en este país fronterizo; un barón tan evidentemente protegido por el Cielo no debe ocupar en la iglesia un puesto tan inferior como el de subprior; escribiré al primado solicitando que os conceda un rápido ascenso.

—Pero —preguntó el padre Eustaquio—, ¿ha dicho ese soldado que me había dado muerte?

—Ha dicho que os había atravesado con su lanza al pasar a vuestro lado a rienda suelta; pero que, cuando caísteis de vuestra mula, mortalmente herido, se le apareció nuestra gloriosa patrona, y…

—No he dicho eso —interrumpió el prisionero—. He dicho que una mujer vestida de blanco se presentó tan pronto como puse los pies en tierra para registrar los bolsillos del fraile, pues sé que rara vez están vacíos. Aquella mujer tenía una cañita en la mano; no hizo más que tocarme con ella, y me derribó con la misma facilidad con que yo puedo matar con una barra de hierro a un niño de cuatro años. Al verme en tierra, se puso a cantar como una endemoniada:

«Sin esa rama de acebo
que llevas sobre la frente,
y, que, aun siendo un criminal,
tu infame vida protege,
con esta caña te hubiera
aquí mismo dado muerte».

Me levanté atolondrado, y, montando de nuevo sobre mi caballo, llegué aquí como un loco para confesar mi crimen y hacerme ahorcar.

—Ya veis hermano —dijo el abad al subprior—, la protección que os dispensa nuestra bienaventurada patrona, puesto que se ha hecho tutelar de vuestra vida. Desde la época de nuestra santa fundadora no ha concedido gracia tan manifiesta a nadie. Soy indigno de ejercer superioridad espiritual sobre vos, y os ruego que aceptéis la abadía vacante de Aberbrothwick.

—¡Ay, padre, vuestras palabras me desgarran el alma, y luego os revelaré todo bajo el secreto de la confesión, porque creo ser juguete de un espíritu infernal, antes que protegido por el Cielo! Sin embargo, permitidme que dirija, primeramente, una o dos preguntas a este desgraciado.

—Todas las que os convengan, hermano; pero no me convenceréis de que no conviene que continuéis desempeñando un puesto inferior en el convento de Santa

María.

—Quisiera preguntar a ese hombres por qué pretendía dar muerte a quien jamás le ha ofendido.

—¿No me habéis amenazado? —contestó Cristián—. ¿No os acordáis de lo que me dijisteis del primado, de lord James, y del estanque de Jeddard? ¿Creéis que ignoro que los frailes no perdonan jamás? ¿Creíais que iba a ser tan loco que esperase a que me hubierais hecho ahorcar o coser dentro de un saco? Habría hecho una tontería tan grande como la de venir aquí a denunciarme a mí mismo. ¡Era menester que estuviera poseído del diablo para proceder de ese modo!

—¿Y no fue más que por una palabra dicha en un momento de impaciencia, y olvidada tan pronto como fue pronunciada, por lo que queríais darme muerte?

—Sí, por eso, y por amor a vuestro crucifijo de oro.

—¡Santo Cielo! Ese vil metal, una substancia innoble aunque brillante, ¿ha podido haceros olvidar la imagen sagrada que teníais ante vuestros ojos?… Padre, ¿consentís en abandonar a ese culpable a mi merced?

—A vuestra justicia, si os place, hermano —exclamó el padre sacristán—, pero no a vuestra merced. No todos estamos igualmente protegidos por la Virgen, y no es probable que todos los hábitos del convento tengan la virtud de servir de cota de malla contra las lanzadas.

—Por esto mismo no quisiera ser causa de un rompimiento entre nuestra comunidad y Julián Avenel, el amo de este hombre.

—¡No lo quiera Dios! —exclamó el padre sacristán—; es un segundo Julián el Apóstata.

—Con el permiso de nuestro reverendo padre —prosiguió el subprior—, ruego que se le quiten los hierros de que está cargado, y que se le ponga en libertad.

—Amigo —agregó luego dirigiéndose a Cristián y presentándole su crucifijo de oro—, voluntariamente te entrego lo que querías obtener dándome la muerte. ¡Quizá esta imagen sagrada te inspire mejores pensamientos que el metal de que está hecha! Te permito venderla, si tu situación lo exige, pero a condición de que tomarás otra de una materia menos rica, que no por eso valdrá menos para los que solo ven en ella un signo de la salvación de los hombres. Es una donación que me hizo un amigo a quien amaba mucho; pero estará bien empleada si es que he ganado un alma para el Cielo.

El merodeador, libre ya de los hierros que le habían tenido sujeto, miraba alternativamente al subprior y al crucifijo de oro.

—¡Por San Gil! —exclamó al fin—. No os entiendo: si me dais oro por haberos acometido con mi lanza, ¿qué me daríais si la hubiera enristrado contra un hereje?

—La Iglesia —le respondió el padre Eustaquio— prueba el efecto de sus censuras espirituales para traer nuevamente al redil a las ovejas descarriadas, antes de blandir la espada de San Pedro.

—Perfectamente; pero se asegura que el primado pretende que la cuerda y la horca deben ayudar a las censuras… En fin, os debo la vida y no lo olvidaré.

El bailío presentose en aquel momento, bastante sofocado, en traje de ceremonia y acompañado por cuatro hombres armados de alabardas.

—He tardado en ponerme a las órdenes de vuestra reverencia —dijo al abad—, porque he engordado tanto desde la batalla de Pinkie que necesito mucho tiempo para vestirme. Pero el calabozo está preparado, y aunque, como os decía, he procedido con alguna lentitud…

Cristián se aproximó entonces al bailío, y, con tono chocarrero, le dijo:

—Sí, os habéis retrasado algo; tengo mucho que agradecer a vuestra obesidad y a la calma con que os habéis vestido. Si el brazo secular hubiera llegado media hora antes, no estaría ahora fuera del alcance de la merced espiritual. Os deseo, pues, que salgáis de vuestros vestidos con más facilidad que habéis entrado en ellos.

—¡Miserable! —exclamó el funcionario, furioso—. Si el venerable y reverendo abad no estuviera presente, yo os enseñaría…

—Si tenéis algo que enseñarme, me encontraréis mañana al amanecer, cerca del manantial de Santa María.

—¡Pecador empedernido! —exclamó el padre Eustaquio—. ¿Acaban de perdonarte la vida y abrigas semejantes pensamientos?

—Te encontraré algún día —dijo el bailío— y entonces te demostraré de qué sirven tus provocaciones.

—Antes de que eso llegue —repuso Cristián—, examinaré a la claridad de la luna si tus ganados están tan gordos como el amo.

—¡Te haré ahorcar en una mañana de niebla, bribón! —exclamó el bailío.

—No existe bandido más grande que tú; y cuando los gusanos roan tu esqueleto, me alegraría que estos reverendos padres me concedieran tu plaza vacante —vociferó el soldado.

—Los reverendos padres te darán un confesor, y yo una cuerda; es cuanto puedes esperar de nosotros.

Viendo el subprior que los frailes tomaban en la disputa que sostenía la justicia contra la iniquidad, más interés que el permitido al decoro, rogó a los contendientes que se retiraran.

—Bailío —dijo, retirad vuestra escolta; vuestra presencia no es necesaria ya aquí. Tú, Cristián, vete en seguida y no olvides que debes la vida a la clemencia de nuestro reverendo abad.

—Podéis decir cuanto queráis —respondió Cristián—, pero es a vuestra clemencia a quien la debo, y os repito que no lo olvidaré.

Y, dicho esto, alejose silbando con la misma tranquilidad que si no hubiera corrido ningún peligro.

—¡Endurecido hasta la brutalidad! —exclamó el padre Eustaquio—. Pero ¿quién sabe, sin embargo, si en el fondo no es mejor de lo que parece?

—¡Salvar a un ladrón del patíbulo! —murmuró el padre sacristán …— Suponiendo que ese bribón no atente a nuestras vidas, ¿quién nos garantiza que

respetará nuestras cosechas y nuestros rebaños?

—Yo, hermanos, —respondió un fraile anciano—. No sabéis todavía todo lo que es capaz de hacer un ladrón arrepentido. En tiempos del abad Ingilram, lo recuerdo perfectamente, se veía con cierto placer a los merodeadores llegar a la abadía. Venían a pagar el diezmo de todos los rebaños que traían del Sur, y, en atención a la manera que habían tenido de adquirirlos, lo aumentaban a veces hasta la séptima parte. Cuando se veía desde la torre avanzar en el valle una manada de bueyes muy gordos o un buen rebaño de carneros, conducidos por algunos hombres armados, cuyos cascos, corazas y largas lanzas brillaban a lo lejos, el virtuoso abad Ingilram, que siempre tenía preparado algún chiste, exclamaba: «Ya nos traen el diezmo de los despojos egipcios». He visto al bandido Juan Armstrang, varón sumamente religioso, que es lástima que haya muerto ahorcado: he visto, repito, venir a la iglesia de la abadía, con nueve cruces en la montera, cada una de las cuales estaba hecha con nueve piezas de oro, e ir de capilla en capilla, de santo en santo, de altar en altar, dejando aquí una moneda de oro, allá dos, acullá una cruz completa, hasta quedarse sin ninguna… ¿Dónde encontraréis hoy otro igual?

—Ya no existen merodeadores de esa índole, hermano Nicolás —contestó el abad —. Los de hoy se llevan el oro de la iglesia en vez de traerlo, y no se preocupan de si los rebaños que roban pertenecen a un propietario inglés o a un monasterio escocés.

—Son hombres perversos; verdaderos bribones —agregó el padre Nicolás—; no se parecen en nada a los de antaño.

—No hablemos más del asunto, hermano Nicolás —dijo el abad—; los tiempos han cambiado mucho. Ahora, hermanos, retírense. Os dispenso de los maitines de esta noche, pues la asamblea que acabamos de celebrar los reemplaza. Sin embargo, padre sacristán, la campana debe sonar como de costumbre para edificación de los fieles. Recibid mi bendición, hermanos. Pasad al refectorio; el mayordomo os dará un cubilete de vino y un pedazo de pan; os habéis inquietado y agitado, y en estos casos es peligroso dormir con el estómago vacío.

—Os damos las gracias, reverendo padre —dijeron en latín los hermanos, que en seguida se retiraron por el orden de sus respectivos grados.

Cuando todos hubieron salido, el padre Eustaquio se arrodilló ante el abad y le rogó que le escuchara en confesión. El abad, de buena gana hubiera alegado la fatiga y zozobra que había experimentado aquella tarde, pero el subprior era a quien menos quería mostrar indiferencia en el cumplimiento de sus deberes religiosos. Después de haber oído la confesión, durante la cual le refirió fielmente el subprior las aventuras extraordinarias que le habían ocurrido durante el viaje, preguntóle si no se consideraba culpable de algún pecado secreto que hubiera podido someterle durante cierto tiempo al poder del demonio, y el penitente declaró que podía haber merecido tal castigo por haber juzgado poco piadosamente, la conducta del padre sacristán.

—Dios —dijo el superior— ha querido quizá convencerme de que puede, no solo establecer comunicación entre nosotros y los seres de distinta naturaleza, y a los que

llamamos sobrenaturales, si no castigarnos por el orgullo con que nos atribuimos valor, sabiduría y conocimientos superiores a los demás.

La virtud encuentra siempre la recompensa en sí misma, y dudo que un deber perfectamente cumplido haya sido mejor recompensado que en este caso particular.

El abad había cedido casi a pesar suyo al ruego del subprior; pero, cuando le oyó acusarse, a sus pies, de la falta que tácitamente había censurado, experimentó una satisfacción. La especie de terror que le inspiraba el padre Eustaquio fue borrándose poco a poco de su corazón, no quedando ya en él más que bondad. Lejos de aprovechar las revelaciones que acababa de oír para tiranizar a su subordinado, la exhortación que le dirigió fue solo una mezcla extremadamente cómica de los sentimientos que le inspiraban la vanidad satisfecha y el deseo de no herir su susceptibilidad.

—Hermano —le dijo—, tenéis juicio suficiente para haber notado que en repetidas ocasiones hemos sometido nuestra opinión a la vuestra, aun en los asuntos más interesantes para la comunidad; pero no deduzcáis de ello que nos consideramos el último de la comunidad en espíritu y en juicio. Al proceder de este modo, teníamos el propósito de inspirar a nuestros jóvenes hermanos el valor necesario para manifestar libremente su parecer y de animarles, y especialmente a nuestro muy amado hermano el subprior, a hablaros con toda franqueza y sinceridad. Acaso esta deferencia, esta humildad de nuestra parte, hayan contribuido a haceros concebir una idea demasiado elevada de vuestro talento y de vuestros conocimientos, y esta idea ha podido conduciros a ser el juguete del espíritu maligno, pues no ignoráis que el Cielo no nos estima más que en proporción de nuestra humildad. Quizá tenga yo también que reprocharme el haber abdicado de la dignidad del puesto en que la Providencia me ha colocado, dejándome dirigir con demasiada frecuencia por un inferior. Por este motivo, en adelante, querido hermano, debemos ambos evitar el incurrir en la misma falta, por lo que no podéis dar demasiada importancia a vuestros conocimientos temporales, ni yo abdicar de mi dignidad espiritual. Sin embargo, no es nuestra intención renunciar a vuestros sabios consejos; pero no los oiremos en lo sucesivo más que en conferencias particulares, en cuyo caso someteremos el resultado a la deliberación del cabildo. Por este medio, os veréis privado de esta apariencia de victoria, que es una tentación para el orgullo, y nos también evitaremos ese exceso de modestia que nos perjudica a los ojos de la comunidad.

Por grande que fuera el respeto del padre Eustaquio al sacramento de la Penitencia, tuvo tentaciones de sonreírse al oír al padre Bonifacio detallar la línea de conducta que se proponía seguir para continuar disfrutando de los conocimientos y de la experiencia del subprior y atribuirse el mérito; pero su conciencia le susurró que el abad tenía razón.

—He debido pensar —decía— menos en el individuo y más en el cargo que desempeña, cubrir con mi manto la desnudez de mi padre espiritual, procurar hacerlo respetable ante nuestros hermanos, con el fin de serles útil. El abad no puede sufrir

ninguna humillación sin que la comunidad sea humillada.

Reconoció, por consiguiente, la justicia de lo que el abad acababa de decir, y prometió darle su opinión cuando este se la pidiera, y, mostrándose agradecido por haber apartado de él todo motivo de orgullo y vanidad, le rogó que le impusiera la penitencia que juzgara conveniente, sin omitir que se había impuesto él mismo la de ayunar todo aquel día.

—No habéis hecho bien —contestó vivamente el abad—. Esos ayunos hacen subir del estómago al cerebro vapores que solo engendran vanidad llenándonos de vanagloria y de orgullo. Es conveniente, es justo, que los novicios se entreguen a las vigilias y a los ayunos, porque estas austeridades les alejan los malos pensamientos y las ideas carnales; pero para los que han muerto para el mundo, querido hermano, es una obra de supererogación que ocasiona orgullo espiritual. Os ordeno, pues, que vayáis al refectorio, y comáis bien y bebáis buen vino; y, como la opinión que teníais de vuestra sabiduría os ha llevado algunas veces a despreciar a nuestros hermanos, menos versados que vos en las ciencias mundanas, os ordeno además que hagáis esa comida en compañía de nuestro reverendo padre Nicolás, y escuchéis durante una hora, con paciencia y sin interrupción, el relato que no dejará de haceros de los acontecimientos que ocurrieron en la época de nuestro venerable predecesor el abad Ingilram, a quien Dios tenga en su santa gloria. Los ejercicios piadosos que debéis practicar en expiación de las culpas que acabáis de confesarnos contrita y humildemente, mañana los sabréis, pues necesitamos reflexionar esta noche.

Desde esta confesión el abad miró a su consejero menos animosamente y le inspiró más amistosos sentimientos que cuando lo consideraba como impecable e infalible. Hubiérase dicho que con la confesión de sus debilidades había conquistado el padre Eustaquio todo el afecto de su superior. Sin embargo, esta benevolencia iba acompañada de circunstancias que, para un alma tan elevada como la del subprior, debían ser más difíciles de soportar que las interminables narraciones del fastidioso padre Nicolás.

El abad no hablaba ya del subprior más que diciendo: «Nuestro querido hermano Eustaquio, ¡infeliz!…». Y cuando exhortaba a los jóvenes hermanos a desconfiar de los lazos que Satanás tiende a los que se creen más virtuosos, hacíalo de modo que, sin designarlo precisamente, todos supieran a quién aludía.

Para soportar tales humillaciones el padre Eustaquio ponía a contribución su sumisión de fraile, su filosofía de estoico y su paciencia y humildad de cristiano. El subprior, pues, vivió más retiradamente, intervino menos en los asuntos de la comunidad, y, cuando el abad le consultaba, no omitía ya su opinión en tono autoritario como antes, pues comprendía que no debía humillarle.

CAPÍTULO XI

> «¡Y a eso llamáis orden! Es una manada de bueyes, que camina al azar ante el pastor acelerado: los primeros, que van más despacio se detienen a pastar donde mejor les acomoda; pero los pobres que se quedan rezagados, los inútiles que no pueden ir de prisa sienten de vez en cuando sobre sus costillas el garrote».
>
> *(Comedia antigua).*

Transcurrieron dos o tres años durante los cuales la tempestad que amenazaba cambiar por completo el gobierno de la Iglesia se aproximaba con inusitada violencia.

El padre Eustaquio había modificado completamente su modo de vida, emitiendo su opinión respecto a los asuntos de la comunidad, cuando se la pedían, al abad en particular, o al cabildo reunido, que continuaban disfrutando de su experiencia, pero sin que fuera el subprior el primero en ofrecer su concurso para la resolución de los arduos problemas que con frecuencia surgían.

Algunas veces el subprior, que vivía más entregado a sí mismo, se ausentaba durante días enteros, pues la aventura que le había ocurrido cerca de Glendearg, y que tanta impresión le produjera, le hizo volver frecuentemente a la torre, concluyendo por interesarse vivamente por los jóvenes de la familia que la habitaba. Tenía además curiosidad por saber si el libro perdido, cuando él fue atacado por Cristián, les había sido devuelto.

—¡Es extraño —pensaba— que a un espíritu (él no creía que la voz que le había hablado fuera otra cosa) le interesen tanto los progresos de la herejía, y la vida de un sacerdote católico!

Pero sus repetidas indagaciones no dieron resultado alguno, por lo que creyó que ninguna traducción de las Santas Escrituras en lengua vulgar había en la torre de Glendearg.

Las visitas del benedictino no fueron infructuosas para Eduardo Glendinning ni para María Avenel. El primero, con asombrosa facilidad, retenía cuanto le enseñaban, que unía a su amor al trabajo una predisposición natural a instruirse, cualidades que no se encuentran reunidas más que en los seres privilegiados.

El padre Eustaquio deseaba que el precoz talento que cada día veía desarrollarse más en su discípulo fuera consagrado al servicio de la Iglesia, y abrigaba la esperanza de que el joven cedería con gusto, pues Eduardo, de carácter dulce, severo y reflexivo, parecía considerar la ciencia como el objeto principal y el mayor placer de la vida.

En cuanto a Elspeth, el subprior no dudaba de que acostumbrada a respetar a los frailes de Santa María, se consideraría muy dichosa colocando a uno de sus hijos en

la Comunidad. En ambas cosas se equivocaba el subprior.

Cuando este hablaba a la viuda de Glendinning de lo que generalmente halaga más a las madres, o sea, del talento y de los adelantos de su hijo, le escuchaba complacida; pero tan pronto como le insinuaba que debía el niño consagrar al servicio de la Iglesia estas cualidades y tomar su defensa, Elspeth se apresuraba a cambiar de conversación; y, cuando el fraile insistía, alegaba la imposibilidad en que se encuentra una viuda de hacer valer por sí sola un feudo que el convento había concedido a su marido; las vejaciones que podía sufrir por parte de sus vecinos, y el deseo que tenía de que Eduardo permaneciera en la torre para reemplazar a su padre y cerrarle a ella los ojos el día que muriese.

El subprior contestaba que a la familia le convenía que Elspeth hiciera entrar a uno de sus hijos en el monasterio de Santa María, puesto que de este modo podría protegerla más eficazmente. ¿Acaso podía experimentar placer más grande que el de ver a uno de sus hijos adquirir cada día mayores honores eclesiásticos? ¿No sería para ella un consuelo, a la hora de la muerte, recibir los auxilios espirituales de manos de su hijo? Y para corroborar este raciocinio, esforzábase en demostrar a la viuda que su hijo mayor, Alberto, a quien su carácter más ardiente y más emprendedor no le permitían dedicar mucho tiempo al estudio, era el designado para dirigir los asuntos materiales de la familia.

Elspeth no se atrevía a contestar con una negativa directa y rotunda que hubiera desagradado al subprior, pero no le faltaban razones que oponer.

—Alberto no se parece en nada a los hijos de los vecinos. Aunque mucho más alto y mucho más robusto que los demás jóvenes de su edad, no deja de ser menos apto para hacer una vida tranquila y retirada. Si no es aficionado a los libros, tampoco lo es a llevar el bieldo, o el arado: ha limpiado la espada de su padre, se la ha puesto al cinto y rara vez sale sin ella. Dulce y tranquilo cuando todo marcha a su gusto, es un diablo desencadenado cuando se le contraría. En una palabra, reverendo padre —decía sollozando la viuda—, si os lleváis a Eduardo, me quitáis el sostén de mi casa, pues tengo el presentimiento de que Alberto seguirá la carrera de mi infortunado Simón, y tendré el dolor de perder a mi hijo mayor como he perdido a mi esposo.

El subprior hablaba entonces de otra cosa, esperando que el tiempo disipara los prejuicios de aquella excelente madre.

Cuando se dirigía a Eduardo para hacerle comprender cuán útiles serían sus estudios para su ascenso si entraba en las Órdenes sagradas, el joven mostraba la misma oposición, alegando falta de vocación suficiente, repugnancia invencible a abandonar a su madre, y otras razones que para el subprior eran solo evasivas.

—Veo claramente —dijo un día— que el Infierno tiene tantos agentes lo mismo que el Cielo: agentes desgraciadamente muy activos para ejecutar las órdenes del demonio y hacerle prosélitos. Me lisonjeo, joven, de que ni la pereza, ni el deseo de placeres licenciosos, ni el amor a las riquezas, ni la sed de grandezas humanas os impiden ingresar en mi Orden; y espero, sobre todo, que el deseo de adquirir

conocimientos superiores, tentación a la que se encuentran expuestos cuantos han hecho algunos progresos en las ciencias, no os han arrastrado al peligro de escuchar las perniciosas doctrinas que combaten la religión. Más quisiera que fuerais completamente ignorante que veros prestar oído a los herejes.

Eduardo Glendinning escuchó esta reprimenda con la cabeza baja, y aseguró muy enérgicamente a su profesor que jamás había estudiado nada prohibido por la Iglesia. El padre Eustaquio se vio, pues, reducido a formar vanas conjeturas sobre la causa de aquella decidida repugnancia al estado monástico.

Si el subprior, algo menos preocupado de los progresos de la herejía, lo hubiera estado más de lo que ocurría en la torre de Glendearg, seguramente habría leído en los expresivos ojos de María Avenel la causa de la poca vocación que tenía su joven compañero al estado religioso. María contaba entonces catorce o quince años; y, como ya hemos dicho, también había aprovechado las lecciones del bondadoso fraile a quien su belleza infantil inspiraba gran interés. Su alcurnia y sus esperanzas de fortuna le daban el derecho a ser iniciada en la lectura y escritura, y como progresaba algo menos que Eduardo, este le explicaba cada lección del maestro dos y tres veces, hasta que la comprendía y retenía perfectamente.

Alberto había empezado también esos estudios; pero la altivez de su carácter le alejó pronto de una ocupación en la que solo se progresa a costa de asiduidad y atención sostenidas. Las visitas del subprior no eran regulares; a veces pasaba una semana entera sin ir a la torre, y Alberto, que no trabajaba más que en su presencia, no solo no aprendía nada en esos intervalos, sino que olvidaba mucho de lo que había aprendido. Cuando el fraile llegaba, el joven mostrábase contrariado al advertir que estaba menos adelantado que los demás, lo que no le impedía incurrir de nuevo en la misma falta.

Como suelen hacer casi todos los perezosos, Alberto, durante algún tiempo, no solo descuidó el trabajo, sino que pretendió interrumpir el de los demás, valiéndose de todos los medios para distraerlos.

—Eduardo —decía un día a su hermano—, apresuraos, poneos vuestra gorra: el laird está en el extremo del valle con sus perros.

—No me importa, Alberto —respondíale Eduardo—: sus perros no me necesitan para perseguir a los gamos. Además tengo que ayudar a María a aprender su lección.

—Es verdad, sí; trabajad como los frailes hasta que vos seáis fraile.

Otras veces era a María a quien intentaba distraer de sus estudios.

—¿Queréis venir conmigo? —le preguntó en una ocasión—. Os mostraré el nido de tórtolas de que ya os he hablado.

—Tengo que estudiar mi lección, Alberto, y tardaré mucho en aprenderla. No aprendo tan fácilmente como Eduardo. Lo siento bastante, porque me hubiera alegrado mucho ver ese nido.

—¿De veras? —contestó Alberto vivamente—. En ese caso os esperaré, y, mientras tanto, estudiaré también.

Y cogió su libro exhalando un suspiro, e intentó retener en su memoria la lección que le había sido señalada. Como si hubiera sido desterrado de la sociedad de sus dos condiscípulos, fue a sentarse al lado de la ventana. Después de bostezar cinco o seis veces durante la primera lectura, renunció al trabajo, que le resultaba penoso, y se distrajo en examinar a su hermano y a su joven amiga.

El cuadro era encantador de suyo; pero Alberto no encontraba en él ningún placer. La graciosa joven se esforzaba por comprender y suplicaba a Eduardo que le diese las explicaciones que necesitaba; a este, sentado a su lado, con los ojos fijos en ella, le encantaba allanar los obstáculos que se oponían a sus progresos, y se mostraba orgulloso de poder prestarle ayuda. Ambos jóvenes estaban ligados por un lazo fuerte e interesante: el deseo de saber y el de salvar las dificultades del estudio.

Presa de un sentimiento penoso, y no comprendiendo aún el origen ni la naturaleza de su emoción, Alberto no pudo contemplar durante más tiempo aquella escena tan apacible y, levantándose de pronto y arrojando al suelo el libro que tenía en la mano, exclamó:

—¡Llévese el diablo todos los libros y a todos los locos que los han escrito! Si vinieran hoy al valle una veintena de ingleses, veríamos de qué sirve toda esa hojarasca.

María y Eduardo se estremecieron y miráronse sorprendidos.

—Sí, María —prosiguió con el rostro encendido, sin poder contener las lágrimas que resbalaban de sus ojos, a pesar suyo—; si llegaran hoy una veintena de ingleses al valle, veríais cómo un buen brazo y una buena espada protegen más eficazmente que todos los libros y que todas las plumas que se han arrancado a los gansos.

María, casi atemorizada ante tanta vehemencia, respondió afectuosamente:

—¡Estáis disgustado, Alberto, porque no aprendéis la lección tan pronto como Eduardo! A mí me ocurre lo mismo, soy tan torpe como vos. Venid aquí. Eduardo se colocará entre nosotros dos y nos enseñará la lección.

—No me enseñará —protestó Alberto furioso—. Él no quiere tampoco que yo le enseñe lo que es honroso, lo que debe aprender un hombre, y a mí la ciencia de sus frailes me apesta. Detesto a los frailes, cuyo tono gangoso, sus faldas, sus reverencias, sus señorías, y sus perezosos vasallos son extremadamente ridículos e inútiles. Jamás llamaré señor más que a quien lleve una espada al cinto, pues no considero digno del título de hombre más que al que sabe portarse como tal.

—¡Por Dios, hermano! —exclamó Eduardo—. No habléis así; si fuerais oído y delatado, ocasionaríais la ruina de nuestra madre.

—Perfectamente, denunciadme vos. Decid a vuestros frailes que Alberto Glendinning jamás será vasallo de un monje o de una cabeza pelada, mientras haya barones que necesiten soldados. Que os concedan ese miserable feudo que desprecio, para que podáis cosechar en él mucha avena.

Y, dicho esto, abandonó precipitadamente la estancia; pero, volviendo al punto, prosiguió con el mismo tono arrebatado y vehemente:

—No estéis tan orgullosos por saber leer en este libro de pergamino, porque me basta querer para estar tan adelantado como vosotros en la ciencia. Conozco un maestro mejor que el padre Eustaquio, y un libro mucho mejor que su breviario; y, puesto que tanto amáis la ciencia, María Avenel, pronto veréis quién tiene más, Eduardo o yo.

Y salió definitivamente.

—¿Qué le pasa? —preguntó María siguiéndole con la vista desde una ventana al advertir que se dirigía al pequeño valle—. ¿A dónde va nuestro hermano, Eduardo? ¿De qué maestro, de qué libro habla?

—No lo sé. Alberto está de mal humor, no se por qué, y acaso él tampoco lo sepa. Cuando se canse de correr por las montañas, según su costumbre, volverá. Ocupémonos en nuestra lección.

Pero la inquietud de María era demasiado profunda, y se negó a continuar el estudio, pretextando un súbito dolor de cabeza, siendo inútiles los esfuerzos de Eduardo para decidirla a reanudar la tarea aquella mañana.

Alberto, con la cabeza descubierta, el rostro encendido por la cólera, y las lágrimas en los ojos, atravesó el pequeño valle de Glendearg con la rapidez de un gamo, pasando por los lugares más agrestes y por los senderos más difíciles sin que le detuviera ningún obstáculo y exponiéndose a los mayores peligros que hubiera podido evitar dando un ligero rodeo. Parecía que deseaba llegar cuanto antes al sitio a que se dirigía, y caminaba en línea recta. Siempre con la misma precipitación llegó a un barranco en cuyo fondo corría un arroyuelo que desembocaba en el río del valle de Glendearg, lo costeó sin mirar en torno suyo, y no se detuvo hasta llegar al manantial del arroyo cuya orilla acababa de recorrer.

Desde allí contempló con inquietud los objetos que le rodeaban. Al frente, elevábase una roca enorme, en una de cuyas quebraduras crecía un viejo abeto que extendía sobre la fuente su verde ramaje cubriéndola casi por completo. Las montañas eran tan elevadas por ambos lados, y estaban tan próximas unas de otras, que, solo a mediodía y durante el solsticio del verano, llegaban los rayos del sol a aquel lugar desierto y salvaje.

Era precisamente la época y la hora en que la brillante imagen del astro se reflejaba sobre el límpido cristal del arroyo.

—Este es el momento —se dijo Alberto—, y ahora puedo… sí, puedo llegar a ser más sabio que Eduardo, a pesar del trabajo que se toma para aprender. María verá que no es él el único a quien puede consultar, el único que tiene derecho a sentarse a su lado, a inclinarse hacia ella cuando lee, a enseñarle cada palabra, cada letra. Además, ella me prefiere, no me cabe duda, Como es de sangre noble, debe despreciar la indolencia y la cobardía. ¡Ah! ¿Acaso no soy yo también tan indolente y tan cobarde como un fraile? ¿Por qué temo invocar ese espíritu, esa sombra, ese ser misterioso? No será la primera vez que me encuentre en su presencia; ¿qué puede ocurrirme? ¿Acaso me falta valor? ¿No llevo al cinto la espada de mi padre? ¿Por qué me late el

corazón y se erizan mis cabellos? Si un ser impalpable me inspira temor, ¿no me lo inspirará también una partida de ingleses de carne y hueso? ¡Por el alma de primer Glendinning! He de ensayar el echizo: lo he repetido muchas veces para haberlo olvidado.

Y, desnudando su pierna derecha, la adelantó y sacó la espada; después miró en torno suyo como para revestirse de valor, saludó tres veces al viejo abeto secular y la fuentecilla, y, con voz segura, dijo:

¡Dama Blanca de Avenel,
a buscaros vengo aquí!
Me habéis hecho una promesa
y os la reclamo. ¡Acudid!

El sol brilla en el espacio,
mas su luz se va a extinguir…
Dama Blanca de Avenel,
vengo a buscaros. ¡Salid!

Apenas hubo pronunciado esta invocación, presentose una mujer envuelta en un amplio cendal de nítida blancura, cuya aparición sobrecogió de espanto al atrevido joven.

CAPÍTULO XII

> «En vano impugnáis los prejuicios. El cuento me seduce. Esta fuente murmuradora, de la que mana el cristalino arroyo que embellece el valle, ofrece asilo protector a seres más puros y poderosos que yo».
>
> *(Comedia antigua).*

Una mujer bella, envuelta en una amplia vestidura blanca, no es espectáculo que atemorice a nadie; pero su aparición súbita produjo a Alberto Glendinning tal terror, que le hizo olvidar su resolución de no asustarse ante el ser sobrenatural que por segunda vez veía. Guardaba silencio, y apenas podía respirar; los cabellos se le habían erizado; sus ojos permanecían fijos, la boca abierta; y él continuaba inmóvil, en la misma actitud que había adoptado para pronunciar su invocación a la Dama Blanca.

El misterioso ser, al presentarse y ver que el joven lo contemplaba extático sin atreverse a dirigirle la palabra, preguntóle con voz extremadamente dulce:

—¿Por qué me has invocado, joven? ¿Qué móvil te ha impulsado a venir aquí? Si deseabas verme, ¿por qué tiemblas? Para tratar con nosotras, es preciso tener valor, porque los cobardes nos inspiran desprecio. Habla, el tiempo transcurre velozmente y es preciso aprovecharlo, porque me espera una nube para conducirme a Grecia.

Alberto, algo repuesto de su terror, pudo decir, aunque con voz temblorosa:

—En nombre de Dios, decidme, ¿quién sois?

La Dama Blanca repuso:

—No te puedo decir quién soy, porque no puedes saberlo. Dispenso mercedes y ocasiono perjuicios; doy y quito la esperanza. No soy cuerpo ni sombra. Soy la flor que adorna los campos, el viento que silba, el fuego que destruye, y la burbuja de aire que asoma a la superficie del cristalino lago. Ser impalpable y misterioso que fomenta las pasiones humanas, aunque estas no sean para mí otra cosa que la imagen fugaz que contemplas en el espejo de esa fuente. Vivo muchos siglos, pero no envidies mi longevidad, porque, cuando dormimos, jamás despertamos. No puedo decirte más, ni tú puedes saber otra cosa.

Enmudeció la voz como si la Dama Blanca esperase una respuesta; pero, como Alberto no sabía aún cómo dirigirle la palabra, la visión empezó a desvanecerse gradualmente.

Temiendo Alberto que desapareciera, se apresuró a decir:

—Dama Blanca, cuando os vi en el valle, el día que me devolvisteis el libro negro de *lady* Avenel, me dijisteis que alguna vez lo leería.

—Sí —respondió la visión—; allí fue donde te enseñé el encanto poderoso, las misteriosas palabras, cuya suprema facultad me obliga a mostrarme en estos lugares.

Sin embargo, me olvidabas, y has dedicado tu loca juventud a buscar otros placeres. Solo la ambición, que se ha apoderado de tu alma, ha podido sugerirte ese deseo, pues habíais olvidado completamente el libro y a la Dama Blanca.

—¡Oh!, me corregiré, pues deseo instruirme. Me prometisteis ayudarme a realizar este deseo, si alguna vez lo formulaba. Ya no temo vuestra presencia ni me mostraré indiferente.

Al hablar así el joven, la virgen misteriosa era cada vez más perceptible, y lo que antes parecía sombra casi incolora tomaba el aspecto de una substancia corporal, aunque con rasgos indefinidos. Así al menos, apareció a los ojos de Alberto aquel ser extraordinario.

—¿Me concederéis el favor que os pido —preguntó el joven— y me confiaréis el libro santo, cuya pérdida ha llorado María tantas veces?

—Me ofendía tu terror —repuso la Dama Blanca—, y tu pereza es vergonzosa. El que, después de haberse demorado, desea llegar felizmente al puerto, debe forzar la entrada, o desistir. Un astro te protegía, pero va a eclipsarse. Si quieres que continúe alumbrando tu camino, debes mostrar denuedo, firmeza y valor.

—Si hasta hoy anduve lentamente, en lo sucesivo me veréis marchar con resolución. En poco tiempo he vivido algunos años, pues llegué aquí siendo niño y voy a retirarme hecho hombre, un hombre en estado de poder conversar no solo con sus semejantes, sino con todos los Seres a quienes Dios permite mostrarse a sus ojos. Aprenderé lo que contiene el libro misterioso; sabré por qué *lady* Avenel lo estimaba tanto, por qué los frailes han intentado dos veces apoderarse de él, y por qué dos veces lo habéis rescatado de sus manos. Decidme qué es ese libro y qué encierra, os lo suplico.

La Dama Blanca inclinó la cabeza y, cruzando los brazos sobre el pecho, respondió solemnemente:

—¡Es un terrible misterio! ¡Dichosos los mortales, a quienes está permitido encontrar en él los principios del temor, del amor, y de la esperanza!; pero ¡desgraciado el que desprecie o ponga en duda esas santas escrituras!

—Dadme ese libro, Dama Blanca. Se dice que no tengo amor al trabajo; pero, con la ayuda de Dios, lograré comprenderlo. Dadme ese libro.

—El libro —respondió la extraña interlocutora— ha sido depositado en las entrañas de la tierra. Toma mi mano, y tus ojos, abiertos a la luz, verán lo que jamás sospecharon los mortales.

Alberto obedeció, pero su mano tembló al tocar la de la Dama Blanca, que estaba fría como el mármol. Esta, al advertirlo, exclamó:

—Si temes seguirme, estás todavía a tiempo para retroceder. Vuelve sobre tus pasos, sigue viviendo en la ignorancia; pero no vuelvas jamás a pisar estos lugares, que deshonras con tu cobardía.

—No temo nada —contestó el intrépido joven—. Ninguna potencia, natural o sobrenatural, podrá impedirme que recorra, cuando me plazca, el valle en que he

nacido; estoy dispuesto a seguiros.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, abriose la tierra bajo sus pies, y descendieron durante algunos instantes con una velocidad que impidió respirar a Alberto y heló la sangre en sus venas. Se detuvieron de pronto, teniendo necesidad la Dama Blanca de sostener el cuerpo frágil del viajero para que pudiera resistir el golpe.

Al mirar en torno suyo, vio Glendinnig que estaba en una inmensa gruta recubierta de espato y de brillantes cristales, que reflejaban todos los colores del prisma, a la luz de una llama encendida sobre un altar de alabastro.

Este altar ocupaba el centro de la gruta, que era de forma redonda, y cuyo techo semejaba la cúpula de una catedral. La llama ascendía a veces en columna dorada, hasta la parte más elevada de la bóveda; y, en ocasiones, elevase en espirales de matiz más suave, que parecían cernerse sobre el altar y reunir fuerzas para lanzar nuevos fulgores. No producía humo, ni vapor alguno, y no se veía qué substancia combustible la alimentaba. En medio de esta columna de fuego cuya intensidad parecía poder fundir el diamante, estaba el libro negro que permanecía intacto e invulnerable.

La Dama Blanca dio al joven Glendinning tiempo suficiente para contemplar cuanto le rodeaba, y después le dijo:

—Ante tus ojos tienes el libro santo que deseas. Sácalo de las llamas, y será tuyo.

Familiarizado ya con las maravillas que le rodeaban y avergonzado de mostrarse cobarde, alargó el brazo e introdujo la mano entre las llamas; pero no tuvo tiempo de apoderarse del libro.

El fuego se propagó rápidamente a la manga de su casaca recibiendo el joven tan graves quemaduras, que estuvo a punto de prorrumpir en un grito de dolor. Sin embargo, logró reprimirse.

La Dama Blanca pasole su fría mano sobre el brazo, y el dolor y la quemadura desaparecieron inmediatamente.

—¿Creías, joven temerario, que el fuego que arde sobre este altar, iba a respetar a los mortales? Reduciría el bronce a polvo, y derretiría el oro y el diamante. Para dominar este elemento, se necesita circunspección, audacia y prudencia sin timidez. Esta llama solo respeta la confianza y la verdad.

Alberto quedóse un momento indeciso.

—Este libro —pensaba— permanece intacto en medio de las llamas: sin duda contiene la verdad. Mi brazo se ha quemado, y mi mano no ha sufrido daño alguno; probablemente se debe a que he tenido confianza en las llamas sagradas. Intentaré de nuevo.

Hechas estas reflexiones, extendió resueltamente el brazo en medio de las llamas y cogió el libro santo sin sentir la acción del fuego y hasta sin notar calor alguno. Asombrado y hasta asustado por el éxito, vio de pronto brotar del altar una llamarada luminosa que ascendió hasta la bóveda con más resplandor que antes, y, apagándose

de pronto, dejó la gruta en completa obscuridad.

Alberto sintió la mano fría de su conductora que cogía la suya, y que comenzaba la ascensión con la misma velocidad con que había descendido a la gruta.

Al salir de las entrañas de la tierra, se encontraron de nuevo en el borde de la fuentecilla, en el agreste pasaje llamado *Corri-nan-shian*.

Alberto, miró en torno suyo y vio con sorpresa que el sol descendía rápidamente hacia poniente y que la noche se aproximaba. Ya se proponía pedir la explicación de este misterio a su protectora, en cuya compañía no creía haber estado más de una hora, pero esta empezaba a desvanecerse confundiéndose con la niebla. No parecía ya más que la sombra pálida de una joven muerta de amor, mostrándose al fulgor de la luna a su amante infiel para reprocharle su conducta desleal.

—Esperad, Dama Blanca —exclamó el joven, animado por el éxito que había obtenido en la gruta subterránea—, no podéis abandonarme con un arma de la que no sé servirme. Tenéis que enseñarme a leer este libro y a comprenderlo; sin esto, ¿para que me sirve?

Pero la Dama Blanca no era ya más que una ligera nube, semejante a las que la imaginación se complace en revestir de formas humanas. Cuando ya era completamente invisible, dijo:

—Sé perseverante en el trabajo, y Dios te ayudará.

La voz se extinguió, y la Dama Blanca desapareció por completo en las lejanías.

Entonces Alberto sintió renacer su terror. La necesidad le había dado la fuerza de combatirle y de vencerlo, pues en presencia del ser misterioso se consideraba protegido; pero tan pronto como reflexionó con sangre fría en lo que acababa de sucederle, un sudor glacial inundó su frente, y miró en torno suyo temiendo ver aparecer otra visión más terrible que la primera.

Durante algunos minutos, Alberto permaneció meditabundo. Le parecía que la ligera brisa que acababa de levantarse iba a traerle de nuevo a la Dama Blanca.

—¡Hablad! —exclamó extendiendo los brazos—. Mostraos, ¡grata visión! Os he visto ya dos veces, y, sin embargo, la idea de que podéis surgir de entre las sombras hace latir mi corazón más de prisa que si la tierra se abriera para dar paso a un demonio.

Nada, sin embargo, podía hacerle suponer que la Dama Blanca le escuchara o le oyera, pues lo que le rodeaba no tenía apariencia sobrenatural; miró en torno suyo y se dirigió a lo largo del barranco para volver al valle.

El ciego furor con que Alberto había corrido a través de las rocas para llegar a *Corri-nan-shian* contrastaba notablemente con la calma y la prudencia que empleó para regresar a su casa, escogiendo con mucho cuidado los mejores senderos, y evitando los caminos peligrosos, para poder reflexionar a sus anchas en la extraordinaria aventura de que acababa de ser actor y testigo.

Por la mañana habíase dejado dominar por las pasiones; y, al regreso, parecía volver de uno de esos paseos durante los cuales el espíritu se abandona a sus

meditaciones, evitando cuidadosamente cuanto puede interrumpirlas. Andando, pues, como un peregrino, llegó a la torre de Glendearg cuando el sol ocultaba su disco de oro tras las montañas que circundan el valle.

CAPÍTULO XIII

> «¡Si hubierais visto a ese molinero! Era un hombre valeroso, a quien diez hombres no eran capaces de asustarle, y a quien era peligroso molestar».
>
> *(La iglesia de Cristo sobre el césped del valle).*

Cuando Alberto entró en la fortaleza, era completamente de noche. En esa estación del año la comida se hacía a mediodía, y se cenaba ya con luz artificial. La primera de estas dos comidas se había hecho sin él; pero su ausencia, aunque contrariara a su madre, no le causaba ninguna zozobra, pues estaba acostumbrada a estas escapatorias de su hijo, a quien no imponía otro castigo que una ligera reprimenda.

Sin embargo, esta vez, más contrariada que de ordinario, a causa de una apetitosa cabeza y unos pies de cordero servidos en la mesa, y también por la llegada de Hob Miller, importante personaje cuyo verdadero nombre era Happer. Como las embajadas que se envían mutuamente los potentados, la visita del molinero tenía dos objetos: uno ostensible y secreto el otro. En apariencia, hacía una visita a los dominios de la abadía para tomar parte en las diversiones a que los habitantes del campo acostumbraban entregarse cuando terminaban las faenas de la recolección, y de renovar el conocimiento con sus amigos; pero lo que pretendía realmente era obtener informes exactos respecto a la cantidad de grano cosechada por cada feudatario, a fin de que nadie pudiera eximirse del derecho de molienda.

Todos saben que en las baronías temporales o espirituales de Escocia, los agricultores tienen obligación de llevar el grano al molino de su territorio, y a pagar un derecho muy elevado, llamado *intown multure*; pero los habitantes de las tierras designadas bajo el título de *sucken*, para evitar esta especie de impuesto oneroso, llevaban su cosecha a otro molino, infracción que era castigada con una multa. Como a poca distancia de Glendearg había un molino situado en las posesiones de un barón secular, y el propietario era muy tratable se necesitaba toda la vigilancia de Hob Miller para impedir que eludieran el pago del referido impuesto. En su consecuencia había ideado un medio de los más eficaces, que consistía en hacer todos los años una visita a los principales agricultores, vasallos del monasterio, inmediatamente después de la cosecha; y con el pretexto de darles una muestra de amistad, visitaba sus granjas, contaba sus gavillas y averiguaba la cantidad de grano recogido, calculando su rendimiento probable, lo que le permitía juzgar después si alguna parte de la cosecha dejaba de ir al molino.

Lo mismo que los demás labradores dependientes de la abadía, la señora Elspeth veíase obligada a recibir esas visitas domiciliarias hechas a título de cumplido; pero desde la muerte de su marido no había visto al molinero, probablemente porque la torre de Glendearg se encontraba muy lejos, y porque allí había pocas tierras de labor,

llamadas *infield lands*, que dependiesen de ella. Aquel año, cediendo a los consejos de Martín, la viuda de Glendinning había cultivado varias fanegas de tierra designadas con el nombre de *outfields*, y, habiendo sido favorable la estación, habían producido una regular cosecha, circunstancia que fue, sin duda, la que decidió al honrado molinero a incluir la torre de Glendearg en su visita de inspección anual.

Elspeth recibió con agrado esta visita que en otros tiempos hubiera sometido su paciencia a una ruda prueba. Diremos por qué:

El molinero había llevado consigo a su hija Mysie, cuyo vestido había descrito la buena señora con una exactitud tan grande al subprior cuando fue interrogada, pero de cuyo rostro le fue imposible dar idea. Hasta el día a que aludimos jamás había pensado en aquella joven; pero las preguntas del padre Eustaquio despertaron su curiosidad, y la viuda de Glendinning, pidiendo informes, supo que Mysie era una buena muchacha, a quien gustaban mucho las diversiones; que estaba dotada de un excelente carácter, y que tema los ojos negros, las mejillas rosadas y el cutis tan blanco como la harina que fabricaba su padre, y con la que se hacían los panecillos para el abad del monasterio. En cuanto a la fortuna, asunto muy importante, Mysie era hija única; y, gracias al molino y a la habilidad proverbial del molinero, su padre había reunido un buen pedazo de tierra, y el futuro esposo podía abrigar la esperanza de suceder a su suegro, especialmente si conseguía simpatizar con el abad de Santa María, y obtenía la protección del prior, la del subprior y la del sacristán, etc., etc. En fin, a fuerza de reflexionar todas estas ventajas, la madre de Alberto había llegado a creer que el único medio de evitar que su hijo siguiera la carrera de las armas era casarlo, y que Mysie Happer era una proporción excelente.

Esta idea se había apoderado de Elspeth y casi no la abandonaba. Precisamente pensaba en ello cuando vio llegar al molinero sobre su robusta yegua, llevando a la grupa a su hija, fresca como una rosa y respirando la alegría por todos los poros. La muchacha iba vestida con verdadera coquetería campestre y llevaba la cabeza adornada con una profusión de bucles de cabellos tan negros como el ébano. ¿Se realizarían las esperanzas de Elspeth? ¿Acaso no era Dios quien enviaba a Mysie para sujetar al inquieto e indócil Alberto? Probablemente a Mysie le gustaría más bailar alrededor del árbol de mayo que ocuparse en los cuidados domésticos, como Alberto tenía más afición a romper cabezas o dar estocadas que a moler sacos de harina; pero un molinero debe ser hombre gallardo y robusto, como ha sido descrito por Chaucer y Jacobo I[12].

Efectivamente, para resistir a todos los vecinos de la localidad, derrotarlos en todos los ejercicios gimnásticos, era un medio de facilitar la percepción de los derechos que se hubieran disputado a un adversario menos temible.

En cuanto a Mysie, si no podía ocuparse en la casa su suegra, Elspeth se encargaría de ella.

—Yo iré a vivir con ellos —pensaba—, y Eduardo podrá arreglarse entonces con su hermano en lo concerniente al feudo. ¿Y quién sabe si algún día María Avenel, a

pesar de su elevada estirpe, no ocupará mi sillón junto al fuego? Es verdad que no tiene dote; pero en todo el territorio de Santa María, no hay otra muchacha más bella y más juiciosa. Aunque su tío se haya apoderado de sus bienes, es posible que una flecha le atraviese el corazón. No dudo de la nobleza de los Avenel; pero Eduardo podría decir como el refrán: «La noble valentía equivale a la noble alcurnia». Además, no es sangre plebeya la sangre de los Brydone y de los Glendinning… pues Eduardo…

El molinero, con su voz estruendosa, interrumpió de pronto las reflexiones de la señora Elspeth, para recordarle que si quería ver realizarse sus esperanzas, debía empezar por echar los cimientos recibiendo a sus huéspedes con cortesía en vez de dejarlos a su libre albedrío como si no hubiera llegado nadie a la torre.

—¿Estáis muy ocupada, señora Elspeth? —preguntó el molinero—. En este caso, Mysie y yo volveremos a casa de Juan Broxmouth, que nos había invitado a pasar el día en su compañía.

La señora Elspeth protestó, se quejó amargamente de que su antiguo amigo dudase un momento siquiera del placer que experimentaba al recibirlo, así como a su amable hija, y que pensara volver a casa de Juan Broxmouth, cuando la torre estaba siempre a su disposición, aunque hacía tiempo que parecía descuidarla. En fin, tanto dijo, que se impuso al molinero, quien no pensaba de ningún modo extremar la cuestión. Además, habiéndosele metido en la cabeza pernoctar en la torre, una acogida menos cordial no le habría satisfecho.

—No os enfadéis, señora Elspeth —contestó—. Creía que lo hacíais a propósito, pues parecía que no nos habíais visto. ¿Acaso sabía si me guardabais rencor por la discusión que sostuve con Martín acerca del derecho de molienda por la última cebada que habéis sembrado? No ignoro que las moliendas secas[13] son difíciles de digerir; pero cada cual procura recoger lo que le corresponde, a pesar de lo cual la gente dice por todas partes que molinero y bribón es una misma cosa.

—¡Ay! ¿Cómo decía eso, vecino Hob? ¿Es posible que Martín haya disputado con vos a causa de las moliendas? Le reprenderé severamente, creerlo. ¡Una mujer sola, ya lo sabéis, está tan mal servida por sus criados!

—No, señora Elspeth —contestó el molinero soltándose el cinturón, que le servía para sujetar su mano y colgar su espada, verdadera hoja de Andrés Ferrara—; no regañéis a Martín, pues no le guardo rencor. Defiendo mi derecho de molienda porque, como dice la canción.

Me alimenta el producto de mi molino.

¡Que el Cielo lo bendiga, porque de él vivo!

Debo mi subsistencia al molino, y le soy adicto, como digo a mi mozo, con razón o sin ella. Así, Mysie, quítate el abrigo, puesto que nuestra vecina se alegra tanto de vemos. Yo no me alegro menos de encontrarme en su casa, pues en toda la jurisdicción de la abadía no hay otra persona que pague tan bien los derechos de la molienda, ni que envíe con tanta regularidad sus granos a mi molino.

Y sin más ceremonia alivió a sus hombros de la carga del amplio abrigo que los cubría para colgarlo en un asta de ciervo que pendía del muro, y que servía de percha.

Elspeth, por su parte, ayudaba a Mysie, a la que consideraba ya su nuera, a quitarle su gran manto de capucha, operación que le permitió admirar mejor a la hija del rico molinero. Mysie llevaba un vestido blanco cuyas costuras estaban recubiertas de un bordado de seda verde mezclada con hilo de plata; y redecilla del mismo color sobre sus cabellos negros, que se escapaban por debajo en largas trenzas naturalmente ensortijadas. Su rostro era muy agraciado; los ojos, negros, rasgados y expresivos; la boca muy pequeña; los labios, rosados, aunque algo gruesos, y los dientes de una blancura perfecta. Un hoyuelo en la barbilla y otros que se le formaban en las mejillas, al sonreír, que era casi siempre, dábanle una expresión de dulzura encantadora. Aunque sus rasgos amenazaban volverse varoniles dentro de algunos años, defecto común a las bellezas escocesas, Mysie, que entonces tenía dieciséis abriles, poseía la estatura y la figura de Hebe, y Elspeth no pudo por menos de reconocer que a Alberto le sería difícil encontrar una joven parecida. Mysie era algo ligera y Alberto no tenía todavía diecinueve años; pero esto, para la buena señora, no era obstáculo para que se casaran.

Deseando, pues, conquistar a su futura nuera, le prodigó cumplimientos respecto a sus encantos y su tocado. Mysie la escuchó complacida durante cinco minutos, después de los cuales se rio de ella, pues la naturaleza, al dotarla de un carácter alegre, le había dado también una buena dosis de malicia. Hasta a Happer le molestaron tantos elogios prodigados a su hija, y concluyó por interrumpirlos, diciendo:

—Sí, sí; no está mal. Pronto podrá cargar un saco de harina. ¿Pero dónde están vuestros hijos, señora Elspeth? Alberto se ha vuelto algo retozón, según se dice.

—¡No lo quiera Dios, vecino! ¡No lo quiera Dios! —exclamó Elspeth vivamente, pues era herida en su parte más sensible el insinuarle que Alberto podría llegar a ser un merodeador. Sin embargo, temiendo haber dejado traslucir sus propios temores, se apresuró a añadir que, aunque desde la derrota de Pinkie temblaba al ver un arco o una lanza, o al oír hablar de guerra, sus hijos, gracias a Dios, vivían como fieles y pacíficos vasallos de la abadía, como habría hecho su padre si no hubiera ocurrido la contienda que causó la muerte de tantos hombres honrados.

—Lo sé —contestó el molinero—, puesto que estuve allí; y si no hubiera tenido un buen caballo, allí me habría quedado con otros muchos. Cuando vi nuestras filas deshechas y nuestras gentes como el grano en el molino, di media vuelta y me puse en salvo.

—Siempre habéis sido circunspecto y prudente, vecino; y si mi pobre Simón hubiera seguido vuestro ejemplo, aun viviría y podría referir aquella jornada. Pero siempre estaba con la nobleza de su linaje a pleito, y solo le satisfacía combatir con condes, barones y caballeros, que no se cuidaban de sus mujeres, como sus mujeres se cuidaban poco de ellos. A nosotras no nos sucedía lo mismo. En cuanto a Alberto,

nada temo por él; y si, desgraciadamente, se encontrara en el mismo caso, tiene las mejores piernas que hay en veinte millas a la redonda, y estoy segura de que es capaz de seguir a vuestra yegua a la carrera.

—¿Será él quien llega? —preguntó el molinero, viendo entrar a un joven.

—No, vecino, es Eduardo. Este sabe leer y escribir tan bien como el abad de Santa María, si no es faltar al respeto al reverendo padre el hacer esta afirmación.

—Sí, sí, es el joven lego del que tanto habla el subprior. El padre Eustaquio asegura que es muy inteligente. ¡Quizá lo veamos algún día también subprior! Yo fui mozo de molino antes de ser molinero.

—Para ser subprior —respondió Eduardo— hay que hacerse fraile, y no tengo vocación.

—No, no, vecino —dijo Elspeth—. Eduardo será agricultor, y confío que Alberto hará lo mismo. ¡Oh! Quisiera que lo vieseis. ¿En dónde está tu hermano, Eduardo?

—Supongo que está de caza; he oído ladrar a los perros del laird de Colmslie esta mañana en el valle.

—Si los hubiese encontrado en el camino —dijo el molinero—, me hubieran obligado a recorrer algunas millas más; pues me gusta la caza con delirio. ¡Cuántas veces he seguido a los perros del laird de Cessford, cuando era mozo de molino en Morebattle! Nada me detenía, ni setos, ni fosos; ni ningún montero me alcanzaba en la carrera. El laird me distinguió: «Molinero —me dijo un día—, si quieres dejar el molino y entrar a mi servicio, te protegeré». Preferí el molino, y estuve en lo cierto, pues algún tiempo después, el barón de Piercie hizo ahorcar a cinco hombres de armas del laird de Cessford por haber quemado, obedeciendo sus órdenes, algunas casas al lado de Fowberry. ¿Quién sabe si hubiera sido yo uno de ellos, de haber aceptado la proposición?

—Os repito, que siempre habéis sido circunspecto y prudente, vecino; pero, puesto que sois aficionado a la caza, Alberto os será agradable, pues conoce todos los rincones del término tan bien como los pueda conocer el guardabosque de la abadía.

—¿Y conoce tan bien la hora de comer, señora Elspeth? En Kennaquhair llamamos mediodía a la hora de la comida.

Elspeth viose obligada a confesar que aun en aquella hora tan importante del día, Alberto la olvidaba algunas veces; y el molinero movió la cabeza y recordó los gansos de Macfarlane, que gustaban más del juego que de comer[14].

Por el temor de que un retraso excesivo aumentara la impresión poco favorable que el molinero tenía de Alberto, Elspeth encargó a María Avenel que hiciera los honores de la casa a sus huéspedes y cuidara de distraerlos; y, luego, corrió a la cocina y aceleró los preparativos culinarios, sacando una cacerola del fuego, colocando en él unas parrillas, limpiando los platos, dando tantas órdenes, que Tibb Tacket, perdida la paciencia, murmuró:

—¡Eh! ¡Dios mío! ¡Tanto ruido por un viejo molinero, como si fuera un descendiente de Bruce!

La señora Glendinnig la oyó como quien oye llover.

CAPÍTULO XIV

> «Al cura le daremos un suculento rosbif, al alcalde un pudin mantecoso, al petimetre un pavo, y al capitán un gallo viejo. Mi mesa, servida hoy espléndidamente, ofrecerá a cada uno de mis amigos el manjar de su agrado».
>
> *(Comedia nueva).*

—¿Quién es esta preciosa joven? —preguntó el molinero cuando entró María Avenel, a reemplazar a la señora Elspeth Glendinning.

—Es *lady* Avenel, padre, —respondió Mysie haciendo una de sus más graciosas reverencias—; y Hob Miller, descubriéndose, la saludó no tan respetuosamente como si se hubiera presentado con todas las riquezas que pertenecieron a sus antepasados, pero lo suficiente para rendir a la nobleza el debido tributo.

Como su madre, María Avenel poesía un aspecto de dignidad que no permitía, a los que hubieran podido creerse sus iguales, tratarla familiarmente. Dotada de un carácter dulce y reflexivo, perdonaba con facilidad las ofensas; pero, tímida y reservada, amaba la soledad, y evitaba las diversiones propias de sus pocos años.

Como se sabía que había nacido la víspera de Todos los Santos y era una creencia general en Escocia que los que nacen en ese día gozan de cierto poder sobrenatural, los jóvenes de las inmediaciones la llamaban el «espíritu de Avenel». Efectivamente, parecía que su talle fino y ligero, sus mejillas algo pálidas, sus ojos azules y su larga caballera, no eran propios más que de un ángel. La tradición universalmente admitida de una Dama Blanca, protectora de su familia, daba cierto aspecto extraordinario a aquel espíritu rustico. Los hermanos Glendinning, sin embargo, se mostraban ofendidos; y cuando se le daba aquel nombre en su presencia a su joven amiga, Eduardo censuraba esta denominación y Alberto utilizaba la fuerza de su brazo para imponer silencio a los insolentes. En esos casos, Alberto quedaba muy por debajo de su hermano, pues no podía serle de ninguna utilidad en las discusiones, mientras Eduardo, aunque muy distante de querer entablar una pendencia, estaba siempre dispuesto a prestar a su hermano mayor su ayuda cuando se llegaba a vías de hecho.

A causa de la situación retirada de la torre de Glendearg, ambos hermanos eran considerados casi como extranjeros, hasta en las aldeas más cercanas; pero su amor y su celo por María no cambiaron en nada las disposiciones de los campesinos que la creían llovida del cielo. Sin embargo, se le mostraba, si no afecto, cierto respeto; y el cuidado que el subprior se había tomado en educarla, juntamente al nombre de Julián Avenel, que en aquellos tiempos era cada vez más temible, daban cierta importancia a la joven, cuya amistad buscaban algunas personas por vanidad, mientras los más tímidos inculcaban a sus hijos sentimientos de respeto a la noble huérfana.

Así, pues, poco amada por ser poco conocida, María Avenel era objeto de una

veneración misteriosa que debía al temor que inspiraban los merodeadores de su tío, a la amistad del subprior y a las ideas supersticiosas que imperaban en toda la comarca.

Esta fue también, poco más o menos, la sensación que experimentó Mysie al encontrarse sola con una joven de clase superior a la suya, y de cuyo aspecto se diferenciaba también notablemente, pues el molinero había aprovechado la primera ocasión que se le presentó para ir a la granja, para ver lo que allí había, y calcular, poco más o menos, a cuánto ascendía la cosecha y cuánto representaba para el molino.

Indudablemente existe entre los jóvenes de uno y otro sexo cierto sentimiento que les mueve a apreciarse mutuamente, sin necesidad de largas conversaciones, haciéndoles contraer amistad y familiarizarse pronto. Solo cuando el comercio de la vida nos ha enseñado a disimular, aprendemos a ocultar nuestro carácter y a substraemos a la observación, disfrazando nuestros verdaderos sentimientos a los que se relacionan con nosotros.

Como consecuencia de esta natural inclinación, ambas jóvenes se ocuparon pronto en cosas propias de su edad. Primero visitaron los pichones de María, y después examinaron detenidamente el guardarropa, que, aunque modesto, contenía, sin embargo, algunas prendas que provocaron la admiración de Mysie, demasiado bondadosa y harto ingenua para ser envidiosa. Un rosario de oro y algunas alhajas más, salvadas del saqueo por la presencia de ánimo de Tibb más que por la de *lady* Avenel, a quien en aquel momento fatal le fue imposible ocuparse en esos cuidados, llamaron poderosamente la atención de la hija del molinero, pues, excepción hecha de las estatuas de los santos y los relicarios de la abadía, creía que era casi imposible que hubiese en el mundo entero tanto oro como se necesitaba para labrar aquellas joyas. María, aunque exenta de vanidad, gozaba con la sorpresa que revelaba su ingenua compañera.

Pronto se hicieron amigas, y Mysie preguntó a *lady* Avenel por qué no asistía a las fiestas de la aldea. En aquel momento se oyeron pisadas de caballos que se detenían a la puerta de la torre, y, sin esperar la respuesta, Mysie corrió precipitadamente hacia la ventana impulsada por una viva curiosidad.

—¡Santa María!… —exclamó—. Dos caballeros bien montados acaban de llegar. Venid a verlos.

—¿Para qué? —contestó María—. Ya me diréis quiénes son.

—Como os plazca… pero no los conozco. Esperad, señorita Avenel. Uno de ellos es un hombre de armas, que tiene las manos poco delicadas, según dicen. Es Cristián Clint-hill, el escudero de vuestro tío. No trae su viejo jubón verde y sus placas de hierro oxidadas; está vestido con un traje escarlata con galones de plata de tres pulgadas de ancho, y su coraza está tan brillante que puede servir de espejo. Venid, venid, pues, a verle.

—Si es Cristián —contestó tranquilamente la huérfana de Avenel—, ya lo veré antes de lo que quisiera. ¡Como su presencia me es tan grata!

—Pues si no queréis asomaros a la ventana para ver a Cristián —insistió la joven molinera, llena de curiosidad—, venid para decirme el nombre de su compañero, el más hermoso joven que he visto en mi vida.

—Es mi hermano de leche, Alberto —contestó María, con indiferencia, pues tal era el hombre que daba a los dos hijos de Elspeth, con quienes vivía como si realmente fueran sus hermanos.

—No: ¡por la Virgen Santa!, no es él: conozco bien a los dos Glendinning. Creo que este caballero no es del país. Lleva una montera de terciopelo carmesí, de la que se escapan largos cabellos negros; casaca y calizas de color azul celeste, ribeteadas con raso blanco; y, por toda arma, una espada al cinto. Si yo fuera hombre no usaría más que la espada o la daga, armas tan ligeras como elegantes, que valen más que el gran sable de mi padre, que pesa, por lo menos, veinte libras, con su empuñadura oxidada. ¿No os gustan la espada y la daga, señorita?

—La mejor arma es la que se saca para defender mejor causa, y de la que nos servimos mejor.

—¿No adiviináis quién es ese extranjero?

—Su compañero no inspira deseos de conocerle.

—Está apeándose del caballo. Estoy tan contenta, como si mi padre me hubiera regalado los pendientes de plata que me ha prometido mucha veces. Aunque no os hayáis asomado a la ventana, el resultado es el mismo, pues tarde o temprano tendréis que verle.

María acercóse al fin, a la ventana, y vio que quien acompañaba a Cristián era un caballero vestido con afectada elegancia. A juzgar por sus modales, la riqueza de su traje y lo costoso de los arneses de su caballo, el desconocido debía ser un distinguido personaje.

—¡Hola! —gritaba Cristián alzando la voz, con más insolencia que de ordinario —. ¡Hola! ¡Ah de la casa! ¿No se quiere contestar cuando llamo? ¡Martín! ¡Tibb! ¡Señora Elspeth! ¿Está permitido hacemos esperar, estando nuestros caballos sudorosos y jadeantes?

A fin salió Martín a recibir a los recién llegados.

—¡Ah! ¿Estás aquí, amigo? —dijo el escudero de Julián Avenel—. Vamos, toma estos caballos, condúcelos a la cuadra, dales pienso y almoházalos hasta que no les quede un solo pelo levantado.

Martín llevó los caballos a la cuadra; pero, cuando pudo desahogar su indignación, dijo a Jasper, un gañán que había ido a ayudarle, y que había oído las órdenes terminantes de Cristián:

—¡Se diría que ese bandido es un laird o, por lo menos, un lord! Pues recuerdo muy bien haberle visto acogerlo por caridad en el castillo de Avenel, donde lo ocupaban en dar vueltas al asador en la cocina. Ahora está hecho un personaje, blasfemando a diestro y siniestro y mandando al diablo a todo el mundo. Tengo ganas de poder decirle que cuide él mismo de su caballo.

—Vamos, vamos —contestó Jasper—, callad. Más vale ceder ante un loco que andar a testarazos con él.

Martín reconoció la verdad de este aserto, encargó a Jasper que cuidara el caballo de Cristián, mientras él almohazaba el del extranjero, agregando que era un placer limpiar un animal tan hermoso.

Después de haber ejecutado al pie de la letra las órdenes que había recibido, se lavó las manos para ir a comer con sus amos.

Cristián había presentado su compañero a la señora Glendinning, bajo el nombre de Piercie Shafton, amigo suyo y de su señor, que iba a pasar tres o cuatro días de incógnito en la torre. La buena señora pensaba que podía haber prescindido de proporcionarle tal honor, y de buena gana hubiera alegado que no tenía lo necesario para recibir a un personaje tan distinguido.

El extranjero, por su parte, después de haber contemplado los desnudos muros, la inmensa chimenea ennegrecida por el humo, y la pobreza de los antiguos muebles que guarnecían la sala y, viendo, además, la contrariedad que su presencia ocasionaba a la dueña de la casa, manifestó cierta repugnancia de permanecer en aquella morada sin contrariar al ama y sin estar él cohibido; pero la viuda y el caballero tenían que habérselas con un hombre inexorable, que respondió a todas las objeciones que se le hicieron, que tal era la voluntad de su señor.

—Aunque la voluntad del barón de Avenel —añadió— sea una ley en veinte millas a la redonda de sus dominios, traigo además una carta de vuestro señor el abad, que os ordena que recibáis lo mejor posible a este bravo caballero, y que hagáis de modo que pueda permanecer en vuestra casa tan incógnito como él desee. En cuanto a vos, *sir* Piercie Shafton, no olvidéis que en ese momento el secreto y la seguridad son preferibles a la mejor comida y a la cama más blanda. No juzguéis por las apariencias, pues pronto veréis, por la cena que va a servirse, que no se sorprende jamás a los vasallos del clero con la despensa vacía.

Mientras el emisario de Julián Avenel trataba de convencer a *sir* Piercie Shafton de que debía conformarse con su suerte, Elspeth hacía que le leyese Eduardo la carta del abad, después de cuya lectura quedó convencida de que Cristián le había dicho la verdad, y de que no podía dejar de acoger al extranjero. Este, haciendo de la necesidad virtud, decidiose, al fin, a aceptar la hospitalidad que la señora de Glendinning le ofrecía, bastante fríamente por cierto.

La comida, que las circunstancias habían retrasado mucho, y que acababa de ser puesta sobre la mesa, era substanciosa, lo que demostraba el bienestar de la casa en que se servía. La señora de Glendinning la había dirigido y Tibb había cumplimentado perfectamente todas sus órdenes.

La viuda, olvidando sus proyectos matrimoniales y desechando el mal humor que la llegada del extranjero le había ocasionado, invitó a sus huéspedes a comer y beber, mostrándose con ellos amable y generosa.

Los huéspedes se contemplaban unos a otros, y parecían ocupados en apreciar

recíprocamente sus caracteres. *Sir* Piercie Shafton no se dignó dirigir la palabra a nadie más que a María Avenel, a quien dispensó esa especie de atención familiar con que un caballero suele honrar a una joven provinciana cuando no hay en la reunión otra mujer más linda; pero se desconcertó al advertir que la joven lo escuchaba con indiferencia y que contestaba con monosílabos a las cosas bellas que hubieran debido, según él, deslumbrarla por su brillo o embarazarla por su obscuridad; pero, si a María Avenel no le impresionaban, en cambio impresionaron mucho a la hija del molinero, que no entendía una sola palabra.

El lenguaje del caballero era efectivamente tan elevado, que a persona dotadas de inteligencia mucho más sutil que Mysie, les hubiera sido muy difícil entenderlo.

Ño es, pues, extraño, que la linda molinera le cegara este estilo erudito y escogido más que el polvo de los sacos de harina de su padre; y, abriendo la boca y los ojos tan grandes como la puerta y las ventanas del molino, y mostrando unos dientes tan blancos como la harina de flor, procuraba retener, de entre las frases retóricas que *sir* Piercie prodigaba, algunas palabras para su uso particular.

Al oír al joven y gallardo cortesano hablar con soltura y volubilidad extraordinarias, Eduardo se avergonzó de la reserva y de la timidez con que se expresaba, aunque no tardó en convencerse de que todo ello era pura hojarasca.

En cuanto a María Avenel, a quien únicamente atendía *sir* Piercie, no hacía el menor caso de aquella gárrula e insubstancial palabrería.

Eduardo, comprendiendo su inferioridad, no veía con buenos ojos al que, según su creencia, lo eclipsaba.

Cristián Clint-hill, después de haber satisfecho copiosamente su voraz apetito, comenzó a encontrarse más obscurecido de lo que le convenía estar. Entre otras cualidades, el soldado tenía la de haber formado de sí mismo una excelente opinión, y, por su carácter tan atrevido como imprudente, no permitía a nadie tomar ascendiente sobre él. Usando, pues, de esa familiaridad insolente, que ciertas gentes califican de gracia y desenvoltura, interrumpió los más juiciosos conceptos del caballero con igual indiferencia que hubiera atravesado con su lanza un vestido bordado.

Sir Piercie Shafton, a quien, por su condición y su nacimiento, le eran insoportables aquellos modales demasiado familiares, se abstenía de contestar o contestaba brevemente para hacerle comprender el poco caso que hacía de su grosería.

El molinero guardaba silencio. El tema ordinario de todas sus conversaciones eran el molino y el beneficio que sacaba de los derechos de molienda; pero sin deseo de vanagloriarse de su riqueza en presencia de Cristián, ni de interrumpir al caballero inglés.

Aunque solo sea para dar a conocer a las jóvenes de hoy las bellas cosas que entonces se decían, vamos a reproducir aquí una pequeña parte de aquella interesante conversación.

—Creedme, bella señora —decía el caballero a María—, nuestros cortesanos ingleses actuales tienen mucho ingenio. Han afinado el lenguaje simple y rústico de nuestros padres de tal modo, que considero inefable y definitivamente improbable que los que nos sucedan en ese jardín de espíritu y de cortesía, puedan separarse de él con éxito. A Venus no le agradan más que los discursos de Mercurio; Bucéfalo no se deja montar más que por Alejandro, y solo Orfeo tiene derecho a pulsar la lira de Apolo.

—Valiente caballero —contestó María haciendo esfuerzo por reprimir la risa—, no podemos por menos de felicitamos por el azar que ha honrado esta soledad con un rayo del sol de la cortesía, aunque, en vez de alumbrarnos, nos deslumbre.

—¡Magistralmente dicho, bella dama! ¡Ah! ¿Por qué no tendré aquí mi *Anatomía del espíritu*? ¡Esa quintaesencia del espíritu humano, ese tesoro que hace elocuente al ignorante, da genio al necio y todas las riquezas de la elocución a la inteligencia más obtusa; el manual indispensable de todo cuanto conviene saber! Ya veríais que al dar a este arte el nombre de culteranismo, hemos hecho el panegírico más completo y perfecto.

—Si me hubierais dicho que habíais dejado un tesoro en el palacio de Prudhoe —interrumpió Cristián de Clint-hill—, Long Dickie y yo lo habríamos traído sobre nuestros caballos; pero esta es la primera vez que os oigo tal cosa. Jamás os he oído hablar más que de vuestras tenazas de plata para rizaros el bigote.

Sir Piercie respondió a esta inoportuna interrupción con una mirada de desprecio, y volviéndose hacia María, dijo:

—Los porcinos desconocen el esplendor de las perlas orientales; inútilmente se ofrece un festín espléndido al asno, que prefiere una mata de cardo. Incontestablemente, es tan inútil desplegar los tesoros de la oratoria ante los ignorantes, como ofrecer un banquete intelectual a los que moral y físicamente hablando no son más que unos necios.

—Señor —repuso Eduardo—: no podemos contestaros en el mismo estilo con que nos habláis, pero, mientras honréis con vuestra presencia la casa de mi padre, os ruego que nos evitéis semejantes comparaciones.

—Paz, buen aldeano —contestó el caballero con ademán gracioso—, paz, joven montaraz: deberíais, lo mismo que mi guía, a quien apenas puedo calificar de honrado, imitar la laudable taciturnidad de ese hombre que permanece mudo como un poste, y de esa graciosa campesina que desea comprender lo que es superior a su entendimiento, de igual modo que un palafrén escucha un laúd cuya gama desconoce.

—¡Todo esto es, sin duda, maravilloso! —exclamó la señora de Glendinning, a quien el silencio pesaba ya—. ¿Qué decís de esto, vecino Happer?

—Opino como vos señora Elspeth; pero no daría por ello un litro de salvado.

—Tenéis muchísima razón —confirmó Cristián de Clint-hill—. Recuerdo que en Morham, cerca de Berwick, de una lanzada derribé a un joven inglés enviándolo a seis pasos de su caballo. Como su casaca estaba bordada de oro, quise averiguar si lo

tenía también en los bolsillos, lo que no es una regla sin excepción. Le pregunté cuánto me daría por su rescate, y me contestó con una palabrería tan insubstancial como la que acabáis de oír, diciéndome que yo era un verdadero hijo de Marte y que debía otorgarle merced…

—Y no la obtuvo —interrumpió el caballero, que solo hablaba en estilo culterano a las señoras.

—Iba a interrumpir su discurso, cuando el viejo Hunsdon y Henry Carey hicieron aquella maldita salida que nos obligó a dirigirnos al Norte, y, espoleando a Bayardo, hice como los demás: cuando el brazo se inutiliza hay que saber utilizar las piernas, como se dice en el Tynedale.

—Os compadezco —dijo *sir* Piercie a María Avenel—, porque, siendo de noble origen, os veis casi obligada a habitar la caverna de la ignorancia, cual la piedra preciosa en la cabeza de un sapo, o una guirnalda de rosas sobre la cabeza de un burro. Pero ¿quién es ese joven que llega, cuyo traje es más rústico aún que su presencia, y que parece más altivo de lo que requiere su indumentaria? Se parece a…

—Os ruego, caballero, que reservéis vuestras comparaciones para entendimientos más refinados; y permitidme que os nombre a mi hermano de leche, Alberto Glendinning.

—¿El hijo de la buena señora de la choza, sin duda? Me parece haber oído llamar así a la dueña de esta casa que enriquecéis, señora, con vuestra presencia. En cuanto a este joven, tiene en su aspecto algo que podía revelar que es de origen más distinguido. Además, todos los carboneros no son negros.

—Lo mismo que todos los molineros no son blancos —dijo Happer encantado de poder intervenir en la conversación.

Alberto, que había visto con impaciencia cómo lo examinaba el extranjero, y a quien sus discursos no agradaban poco ni mucho, le dijo con vivacidad:

—Caballero, en este país hay un refrán que dice: «No desprecies al zarzal que te sirve de asilo». Si los servidores me han informado bien, habéis venido aquí a buscar un asilo contra algún peligro: no despreciéis, pues, la simplicidad de esta casa, ni la sencillez de sus moradores. Mucho tiempo hubierais podido permanecer en la corte de Inglaterra antes de que se nos hubiera ocurrido ir a molestaros con nuestra presencia. Puesto que vuestro destino os ha traído entre nosotros, aceptad la hospitalidad que os damos, y no nos ofendáis. Los escoceses tenemos la paciencia corta y la espada larga.

Las miradas de los testigos de esta escena habían estado fijas en Alberto mientras hablaba, y todos descubrieron en el joven un aspecto de inteligencia y de dignidad que jamás habían advertido antes. ¿Acaso se lo debía al ser misterioso de quien acababa de separarse? No nos atrevemos a afirmarlo; pero lo cierto es que desde aquel momento pareció otro hombre, obrando con la firmeza, aplomo y decisión propios de la edad madura, y conduciéndose con nobleza digna de más elevada alcurnia.

El caballero tomó este reproche a buena parte y repuso:

—Joven, tenéis razón; pero mis palabras no las ha motivado el desprecio del techo que me cobija; lo que decía era un elogio vuestro; y quería hacer entender que si habéis nacido en obscura cuna, no por esto dejáis de poder soportar una viva luz. Una calandria sale de un humilde surco para elevarse hacia el sol lo mismo que el águila cuyo nido está colocado sobre las más altas rocas.

Este hermoso discurso fue interrumpido por Elspeth, quien llenaba apresuradamente el plato de su hijo, sin dejar de reprenderle por su tardanza.

—Tened cuidado —le dijo—, no sea que, recorriendo esos lugares apartados, os encontréis algún día con un ser que no sea de carne y hueso, y que no os ocurra alguna aventura parecida a la de Mungo Murray, que una noche se durmió en el prado de Kirkhill y se despertó al día siguiente en las montañas de Breadalbane; tened cuidado, no sea que rastreando la caza, os encontréis con algún ciervo que os embista furiosamente, como le sucedió a Diccon Thorbum, que se quedó inútil para el resto de su vida; y tened cuidado, no sea que, al pasearos con la espada al cinto, tengáis algún día una querella con alguno que vaya armado de espada y lanza, pues en este país no faltan caballeros que ni temen a Dios ni respetan a los hombres.

Al decir esto, miró casualmente a Cristián de Clint-hill, y el temor de ofenderle la hizo variar de actitud, absteniéndose de continuar sus reprimendas maternales, las cuales, lo mismo que las conyugales, deben hacerse siempre en tiempo y lugar convenientes. En la mirada viva y penetrante de Cristián reflejose una expresión de astuta malicia que le dio a comprender que había ido demasiado lejos; y en su imaginación veía ya doce de sus vacas más hermosas conducidas durante la noche por una cuadrilla de merodeadores. Así, pues, se apresuró a rectificar.

—No es —dijo— hablar mal de los caballeros de la comarca; pues sé perfectamente que en nuestras fronteras la rienda y el estribo convienen a un hombre, tanto como el abanico a una dama y la pluma a un fraile. ¿No os lo he dicho con frecuencia, Tibb?

Aunque no tan rápido como Elspeth hubiera deseado atestiguar el respeto a los merodeadores, la sirvienta respondió:

—Sin duda; sin duda, señora Elspeth, os lo he oído decir muchas veces.

—Madre —inquirió Alberto con firmeza y gravedad—, ¿qué teméis? ¿Qué podéis temer bajo el techo de mi padre? ¡Creo que nadie os pueda impedir decir a vuestros hijos lo que tengáis por conveniente! Siento haber llegado tan tarde; pero no esperaba encontrar aquí tan buena compañía. Si os contentáis con esta excusa, vuestros huéspedes deben darse también por satisfechos.

Esta contestación, que era un término medio entre la sumisión que debía a su madre y la dignidad natural de quien por derecho propio era el jefe de la familia, fue aprobada por todos. Al día siguiente, Elspeth misma confesó a Tibb que jamás hubiera creído que Alberto tuviera tanta sangre fría y tanta arrogancia.

—Hasta ahora —decía—, a la menor palabra de censura se enfurecía como un

potro de cuatro años, y anoche estuvo tan grave y tan tranquilo como el abad de Santa María. Ignoro qué sucederá en lo sucesivo, pero muestra ya una noble grandeza.

La reunión se había dado por terminada.

Cristián fue a la cuadra para cerciorarse de que no faltaba nada a su caballo; Eduardo tomó un libro, y Alberto, cuya destreza en las artes mecánicas igualaba a su poca facilidad en las ciencias intelectuales, se retiró a su aposento para buscar un escondite donde ocultar la traducción de las Santas Escrituras, de que se había posesionado de modo tan milagroso.

A este efecto desprendió una de las tablas que formaban el piso de la habitación, y la arregló de manera que pudiera levantarse sin que se advirtiera que era movible.

Sir Piercie Shafton continuó inmóvil en su silla, en la sala donde habían comido, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en el techo como si se hubiera propuesto descubrir las telarañas que lo tapizaban, y con tanta gravedad como si su vida dependiera de la exactitud del cálculo. El caballero inglés permaneció abismado en sus meditaciones hasta que se sirvió la cena, a la que no asistieron María ni Mysie. Entonces miró en torno suyo como si faltara algo; pero no preguntó la causa de esta ausencia. Guardó profundo silencio y no contestó más que monosílabos a los comensales que le dirigieron la palabra.

Cristián, en cambio, refirió todas sus hazañas a los que quisieron oírle, y sus relatos hicieron más de una vez erizar los cabellos a Elspeth; pero divirtieron mucho a Tibb, que los escuchó con tanto interés como Desdémona oía los de Otelo. En cuanto a Alberto y Eduardo, se entregaron a sus reflexiones, que no abandonaron hasta que Elspeth inició la retirada.

CAPÍTULO XV

«¿Qué es esa jerga? Moneda falsa que rechaza el sabio, y de la que el loco se paga».

(Comedia antigua).

A la mañana siguiente, Cristián de Clint-hill no aparecía por ninguna parte; pero, como él rara vez efectuaba sus maniobras al son de tambor, a nadie sorprendió que se hubiera retirado a la claridad de la luna, aunque temían que no se hubiera marchado con las manos vacías. De modo que, según las palabras de una canción nacional,

«Corrieron unos a la alacena,
y otros corrieron a los armarios…
Nada había desaparecido,
¡quién lo hubiera asegurado!».

Todo estaba en orden: Cristián había dejado la llave de la cuadra encima de la puerta, y la de la verja en la cerradura, tomando, por consiguiente, todas las medidas posibles para asegurar la tranquilidad de la guarnición que dormía y ponerse él al abrigo de toda censura.

Comprobado este importante punto por Alberto, que en vez de coger sus armas de caza y dirigirse a los bosques, como acostumbraba, había hecho una visita general con cuidado y gravedad de que nadie le hubiera creído capaz, dirigiose al comedor, donde generalmente se reunía la familia para tomar el desayuno a las siete de la mañana.

Sir Piercie se encontraba ya allí, en la misma actitud que la víspera, con los brazos cruzados, las piernas extendidas y la nariz levantada. Parecía sumergido en reflexiones tan profundas, que no contestó al saludo que Alberto le dirigió dos veces. Disgustado por esta afectación de importancia indolente, y ofendido al ver a su huésped persistir en ella, Glendinning resolvió romper el hielo, y exigirle una explicación de las causas que lo habían conducido a la torre de Glendearg, siendo tan altanero y tan poco comunicativo.

—Caballero —le dijo con firmeza colocándose ante él—, os he dado dos veces los buenos días sin que hayáis demostrado oirlo. Os está permitido no corresponder a una cortesía con otra; pero, como necesito hablaros de asuntos que os conciernen, os ruego que me prestéis atención y que me manifestéis de algún modo que me escucháis, para tener seguridad de que no hablo a una estatua.

Al oírle este discurso que seguramente no esperaba, *sir* Piercie Shafton miró al joven con arrogancia y sorpresa; pero, viendo que no conseguía hacerle bajar la vista, decidió variar de actitud, y, retirando sus pies de debajo de la silla, repuso:

Hablad, os escucho.

—Caballero —siguió Alberto—, no acostumbramos dirigir preguntas al viajero o al peregrino que recibe hospitalidad en esta casa durante veinticuatro horas; pero, cuando un hombre de condición tan elevada como la vuestra nos anuncia el propósito de permanecer aquí algún tiempo, nuestro deber es preguntarle cuáles son los motivos que a ello le inducen.

El caballero inglés bostezó dos o tres veces antes de contestar; pero, al fin, dijo:

—Realmente, bondadoso aldeano, vuestra pregunta es algo embarazosa, pues me estáis hablando de asuntos respecto de los cuales no he decidido aún lo que debo hacer. Me limitaré a informaros de que tenéis orden de vuestro abad, de tratarme lo mejor posible, aunque esa posibilidad no sea precisamente lo que él y yo hubiésemos deseado.

—Caballero, deseo una respuesta más categórica.

—No hablemos más joven; pues, lo mismo que las cuerdas de un laúd, cuando las pulsa una mano inexperta, no producen más que unos sonidos discordantes, así…

Pero ¿quién puede hablar de sonidos discordantes —añadió *sir* Piercie al ver entrar a María Avenel—, cuando el alma de la armonía viene hacia nosotros bajo la figura más bella? Como los zorros, los lobos y otros animales irracionales evitan la luz del sol cuando se muestra en el cielo resplandeciente de gloria, la cólera y todas las pasiones repulsivas deben desaparecer ante los rayos luminosos que nos deslumbran en este momento; porque lo que el día es respecto al mundo físico y material es al microcosmo intelectual la persona admirable ante quien me humillo.

Sir Piercie concluyó este ampuloso discurso saludando profundamente a María, la cual, mirando con sorpresa al caballero y a Alberto, adivinó que no estaban de perfecto acuerdo.

—Por el amor de Dios, Alberto, ¿qué significa todo esto?

La inteligencia rápidamente adquirida por su hermano de leche no estaba aún bastante desarrollada para que él pudiera explicarse los discursos del caballero, y no sabía qué conducta observar con un hombre que, dándose siempre importancia, se expresaba de modo tal, que no se sabía si hablaba en serio o en broma.

Aunque formando interiormente el propósito de obligar a *sir* Piercie Shafton de darle una explicación de su conducta, Alberto no quiso en aquel momento llevar las cosas más lejos, lo que le habría sido imposible, por presentarse Mysie y el molinero, que volvía de practicar una ronda a través de los campos para ver los montones de cebada y de avena que habían dejado allí después de haber llenado la granja.

Durante su excursión, Happer había calculado, hecha deducción del diezmo correspondiente a la abadía y del derecho de molienda que se le debería pagar, que les quedaría aun a los Glendinning una cantidad considerable de grano. Si esta idea le inspiró algún plan parecido al que Elspeth se había forjado, no se sabe; pero lo cierto es que aceptó con gusto la invitación hecha a su hija de pasar una o dos semanas en la torre de Glendearg.

Todos los asuntos se suspendieron mientras duró el desayuno, durante el cual reinaron gran alegría y familiaridad. A *sir* Piercie le lisonjeó tanto la atención que prestaba Mysie a todos sus discursos, que, a pesar de la gran distancia que los separaba, dirigió a la hija del molinero algunos cumplidos y algunos *tropos* de calidad bastante inferior.

No viéndose ya obligada María Avenel a sufrir ella sola la conversación del caballero, la sobrellevó con más paciencia, y este, animado por las muestras de aprobación que recibía del bello sexo, mostróse más comunicativo de lo que había estado con Alberto. Entonces reveló que un gran peligro le obligaba a ocultarse durante algún tiempo.

Cuando concluyó el desayuno se dispersó la concurrencia. Él molinero y su hija se fueron a dar las órdenes necesarias, el uno para su marcha, y la otra para su permanencia en Glendearg; Martín llamó a Eduardo para consultarle acerca de una cuestión agrícola, pues Alberto jamás se ocupaba en ello; Elspeth fue a desempeñar los quehaceres interiores de su casa, y María se preparaba a seguirla, cuando reflexionó que, si Alberto y el extranjero se quedaban solos, podía suscitarse alguna querella. Deseando evitar ese peligro, tomó asiento en un banquito de piedra cerca de una ventana, creyendo que su presencia refrenaría la impetuosidad natural de Glendinning.

Sir Piercie, cuya galantería no podía consentir que una dama permaneciera silenciosa y sola, fue a sentarse a su lado, y le dijo:

—Aunque privado de los placeres de mi país, disfruto de uno muy vivo al encontrar en esta obscura choza campestre del Norte un alma ingenua y una belleza encantadora a quien puedo manifestar mis sentimientos; permitidme, pues, que os pida, según costumbre adoptada en la corte de Inglaterra, edén de los espíritus superiores, que escojamos un nombre bajo el cual nos podamos hablar recíprocamente. Por ejemplo: yo os llamaré mi Protección y vos me llamaréis vuestra Afabilidad.

—Entre nosotros no existe semejante costumbre, caballero —objetó María—, y si llegaran a adoptarla algún día, no sería para con los extranjeros.

—Señorita, parecéis un corcel indómito, que se asusta al ver desdoblar un pañuelo, aunque está destinado a afrontar las lanzas sobre las que necesariamente han de flotar estandartes. No os propongo más que un cambio de cumplimientos que se tributan mutuamente el valor y la Belleza cuando se encuentran. Isabel de Inglaterra llama a Felipe Sidney su Audacia, y Sidney llama a esta princesa su Inspiración. Así, pues, mi bella Protección, de este modo os llamaré en lo sucesivo.

—Cuando la señorita Avenel os lo permita —exclamó Alberto—, pues presumo que…

—Aldeano —replicó el caballero con frialdad y altivez—: otro de nuestros usos en la corte de Inglaterra, es no conversar más que con nuestros iguales, y os debo recordar que si la necesidad me obliga a habitar accidentalmente vuestra choza, no

por eso estamos al mismo nivel.

—¡Por María Santa! —exclamó Alberto—. Opino todo lo contrario. El que busca asilo queda obligado al que se lo concede, y, mientras este techo os cobije, me considero como vuestro igual.

—Es un error muy grande, buen aldeano, y para desengañarnos, voy a exponeros nuestra situación respectiva. No soy aquí vuestro huésped, sino el de vuestro señor, el abad de Santa María, quien, por razones que él y yo conocemos me concede la hospitalidad en esta cabaña y me hace recibir por su servidor y vasallo. No sois, pues, más que un instrumento entre sus manos, y no os debo más que a este banco de piedra tosco y mal hecho, sobre el que estoy sentado, o al plato de madera en el que como una comida mal condimentada. Así, pues, mi amable Protección…

María Avenel iba a contestarle, cuando Alberto, encolerizado y amenazador, exclamó:

—¡Al mismo rey de Escocia, si viviera, no le permitiría que me tratara de este modo!

María se levantó precipitadamente, y corriendo hacia él, le dijo:

—¡Por Dios, Alberto! ¡Pensad lo que vais a hacer!

—No temáis nada, encantadora Protección —interrumpió *sir* Piercie con la mayor tranquilidad—. La grosería de un joven aldeano mal educado no me harán olvidar lo que debo a vuestra presencia y a mi dignidad. Antes sacará lumbre el acero, que una chispa de cólera me encienda la sangre, templada por el respeto que debo a mi amable Protección.

—Tenéis razón en llamarle vuestra Protección, caballero —replicó Glendinning —. ¡Es la única palabra de buen sentido que os he oído! Pero podremos encontrarnos en un lugar en que esta *protección no os proteja*.

—Amable Protección —prosiguió el cortesano sin dignarse contestar, ni siquiera con una mirada—, tened seguridad de que la grosería de este buen aldeano no impresionan a vuestra fiel Afabilidad más que los ladridos de un perro de corral a la luna, cuando, encaramado sobre un montón de estiércol, exhala contra ese brillante lucero su cólera imponente.

No sabemos hasta dónde esta injuria hubiera llevado la indignación de Alberto, si Eduardo no hubiera entrado con la noticia de que los dos frailes más importantes del convento, el hermano cocinero y el hermano despensero, acababan de llegar a la torre con una mula cargada de provisiones, anunciando que el abad, el subprior y el padre sacristán iban a cenar en ella. Ni en los anales da Santa María ni en los de Glendearg había precedentes de un suceso tan extraordinario, aunque una antigua tradición asegura que antaño un abad había comido allí por haberse extraviado en una cacería; pero que el padre hiciera expresamente un viaje a un lugar tan apartado y de acceso tan difícil, el verdadero Kamchatka de sus dominios, era cosa que jamás se hubiera podido soñar.

La noticia sorprendió a todos los miembros de la familia. Solo Alberto no se

inmutó.

Al arrogante joven le preocupaba demasiado el insulto que había recibido para poder pensar en otra cosa.

—Estoy contento porque el abad viene a honrarnos —dijo a su hermano—; pero tendrá que decirme con qué derecho nos envía a un extranjero que tiene la pretensión de imponer leyes como si fuéramos sus siervos o esclavos, y no hombres libres. Ya diré a ese fraile orgulloso en sus barbas que…

—¿Qué decís, hermano? ¡Pensad que semejantes palabras pueden costamos caro!

—Más me habían de costar el sacrificio de mi honra ultrajada y mi justo resentimiento, que el temor de cuanto pueda hacer el abad.

—¡Y nuestra madre, nuestra madre! Si se la privaran de todos sus bienes, si la arrojaran de su feudo, ¿cómo ibais a reparar la ruina provocada por vuestra impetuosidad?

—¡Tenéis razón! —exclamó Alberto llevándose las manos a la frente; después, dando una patada en el suelo para manifestar todo su enojo, al que no se atrevía a abandonarse ya, dio dos o tres vueltas por la habitación y se marchó.

María Avenel miró tímidamente al extranjero, pensando en el medio de suplicarle que no hablara al abad de la violencia de Alberto, pues podría ser un perjuicio para la familia.

El caballero comprendió el apuro de la joven, y se apresuró a tranquilizarla.

—Creedme, mi bella Protección —le dijo—, vuestra Afabilidad es incapaz de ver, de oír, y, sobre todo, de revelar nada de lo que ocurra aquí durante su permanencia. Nada puede alterarme en el Elíseo que embellece vuestra presencia. El huracán de una vana cólera agitará el alma de un aldeano grosero pero no la de un cortesano. La superficie helada de un lago no experimenta la influencia de los vientos; el…

En aquel momento oyose la voz de la señora Glendinning llamando a María, quien se apresuró a salirle al encuentro, muy contenta de poder escapar a los cumplimientos y a las comparaciones del galante cortesano.

Aparentemente, su ausencia no contrarió al caballero, pues apenas había salido cuando su rostro adquirió una expresión de fastidio y de aburrimiento, y exclamó después de bostezar dos o tres veces:

—¡No basta que me vea emparedado en una choza que ni en Inglaterra ni en parte alguna la querrían para utilizarla como perrera, y estar expuesto a la brutalidad de un campesino, depender de la fe de un bandolero, de un mercenario, sino que es preciso que dirija discursos a una muñeca pálida porque lleva sangre noble en las venas! Prejuicios aparte, la molinera es mucho más linda. Paciencia, Piercie Shafton, pues tienes que conservar tu reputación de cortesano espiritual y cumplido. Da las gracias a Dios por haber puesto aquí una mujer a quien te está permitido, sin abdicaciones, dirigir galanterías, pues esto, al menos, te impedirá perder la buena costumbre. Con esto ocurre lo mismo que con una hoja de acero que cuando más se la frota, más brilla… ¡Bueno! ¿Pero en qué estoy pensando? ¿No estoy agotando mi provisión de

imágenes hablando solo? ¡Por mi honor, los frailes cruzan el valle como una bandada de cuervos! ¡Supongo que no se les habrán olvidado mis baúles, pues me haría poca gracia que se hubieran apoderado de ellos los merodeadores!

Esta reflexión le produjo una viva y súbita inquietud y, bajando precipitadamente, hizo ensillar su caballo, y a rienda suelta fuese al encuentro del abad, a quien encontró con su séquito cerca de una milla de distancia, avanzando con lentitud y cual convenía a su decoro y a su dignidad. Después de haberle dirigido uno de sus cumplidos más cursis, *sir* Piercie Shafton se informó de si traían su equipaje, teniendo la satisfacción de verlo a retaguardia.

En la torre todos andaban revueltos preparando un recibimiento decoroso al reverendo abad y a su séquito. Aunque los frailes no habían confiado en las provisiones encerradas en la alacena de la señora Elspeth, esta deseaba tener ocasión de demostrar con las suyas la gratitud que debía a su señor feudo y padre espiritual. Encontrándose Alberto aún muy acalorado por su altercado con *sir* Piercie, su madre le ordenó que preparase sus armas, y fuese a dar una vuelta por los bosques, y no regresara a casa sin un venado. Después añadió:

—Bastantes veces lo habéis hecho por vuestro gusto; hacedlo ahora por el honor de la familia.

El molinero se disponía a partir en aquel momento en dirección a su casa, después de prometer que enviaría con un criado un hermoso salmón. Elspeth, viendo su casa invadida por tantos huéspedes, estaba arrepentida de la invitación que había hecho a Mysie, y buscaba un medio decoroso de hacerla montar a la grupa del caballo de su padre, sin perjuicio de aplazar para mejor ocasión sus proyectos matrimoniales; pero este acto de generosidad inesperada por parte de Hob Miller desvaneció el pensamiento de desembarazarse de la hija, de modo que el molinero tomó solo el camino de su casa. Este proceder tuvo en seguida su recompensa.

Mysie vivía demasiado cerca de la abadía para ser novicia en el noble arte culinario. La excelente muchacha, que se había hecho un tocado más sencillo, y lucía sus brazos, blancos como la nieve, desnudos hasta los codos, ayudó a la dueña de la casa en todos los trabajos, revelando un talento sin igual y una incansable habilidad, distinguiéndose principalmente en la preparación de los hojaldres, de las jaleas y de otras muchas golosinas en las que ni Elspeth ni su cocinera Tibb habrían podido pensar siquiera.

Dejándola en la cocina, y sintiendo que la educación recibida por María Avenel no le permitiera encargarse de otra cosa más que de cubrir de hojas el piso de la sala grande, y de adornarla con flores de la estación, la viuda de Glendinning fue a vestirse de gala. Luego salió a la puerta de la torre con el corazón palpitante, a esperar a su reverencia. Eduardo, al lado de su madre, experimentaba las mismas emociones, y su filosofía buscaba inútilmente la explicación de ellas. No comprendía aún cuán difícilmente aprende la razón a vencer la fuerza de las circunstancias exteriores ni cuán embotadas están por la costumbre nuestras sensaciones aguzadas

por la novedad.

A la sazón contemplaba con sorpresa no exenta de respeto a aquellos diez jinetes sobre dóciles corceles, y vestidos con largos sayales, cuyos escapularios blancos hacían resaltar el color negro de sus hábitos; avanzaban con lentitud, como si siguieran un cortejo fúnebre. *Sir* Piercie Shafton era el único que se distinguía en la marcha regular de la pacífica cabalgata.

Ansioso de ostentar su destreza en la equitación, iba y venía haciendo caracolear a su impetuoso corcel, con gran sentimiento del abad, cuyo caballo, más vivo que el de los demás frailes, mostraba de vez en cuando deseos de imitar a su colega. Bastante alarmado el padre Bonifacio, exclamaba:

—¡Vamos, *Benito*! *Sir* Piercie, ¡haga el favor! ¡Hola! ¡Hola!

Y bisbisaba la larga letanía de ruego y de exclamaciones con que un jinete poco atrevido pide gracia a un compañero más hábil y procura calmar el ímpetu de su cabalgadura. Al fin, tan pronto como llegó a la torre, pronunció con toda su alma un fervoroso *Deo gratias*.

Todos los moradores de la casa de la señora Elspeth se arrodillaron para recibir la bendición del abad y besar su mano, ceremonia de que los frailes no estaban exentos en ciertas ocasiones; pero el bondadoso padre, desde que le había salido al encuentro *sir* Piercie, había experimentado demasiado cansancio para dar al cumplimiento de este ceremonial toda la solemnidad y mansedumbre acostumbradas.

Enjugándose el sudor que perlaba su frente con el pañuelo, blanco como la nieve, abandonó la otra mano a sus vasallos, y apresuróse a entrar en la casa murmurando contra la escalera de caracol, tan estrecha como obscura, que le condujo a la sala principal, donde habían colocado el sillón más cómodo que había en la casa.

CAPÍTULO XVI

> «Toda la felicidad de ese fatuo son la música, el vino y la comida. Le fascinan la corte y sus esplendores, que son su elemento; y pasa la vida en dulce embriaguez».
>
> *(La Lady Magnética).*

Cuando el abad se apartó de sus solícitos vasallos, el subprior creyó deber suyo compensar a tan buenas gentes de la negligencia de su superior, hablando afectuosamente a todos, especialmente a la señora Elspeth, a María y a Eduardo.

—¿Dónde está ese valiente Nemrod, el buen Alberto? —les preguntó—. Supongo que siguiendo el ejemplo de aquel monarca, no ha aprendido aún a dirigir contra el hombre sus armas de caza.

—No, gracias a Dios —contestó Elspeth—. Ha ido a dar una vuelta por el bosque a ver si puede cazar un venado, única causa que podía alejarlo de aquí en un día tan honroso para nosotros.

—¿Venado? —murmuró el padre Eustaquio a media voz—. Es un buen medio de conquistar al abad. Pero, perdonadme, buena señora —prosiguió en voz alta—, debo reunirme con el reverendo padre Bonifacio.

—Oídme una sola palabra si me lo permitís —dijo la viuda sujetándolo por el hábito—. ¿Nos dispensaréis si no está todo en orden o si faltara algo? Toda nuestra vajilla de plata fue saqueada después de la batalla de Pinkie, donde perdí también a mi pobre Simón.

—No os preocupéis ni temáis nada —contestó el subprior desprendiendo suavemente su hábito de las manos de Elspeth—. El hermano sumiller ha traído la vajilla del abad, y si algo falta en vuestra mesa será suficientemente compensado por vuestra buena voluntad.

Y, después de tranquilizar a la señora Elspeth, subió a grandes zancadas a la sala grande, donde encontró a sir Piercie y algunos frailes sentados alrededor del abad, en cuyo sillón habíanse colocado todas las mantas de la casa, a pesar de lo cual no le parecía bastante blando.

—¡Este asiento —decía— es tan duro como el banco de nuestros legos! Caballero, ¿cómo habéis pasado la noche en este antro? Si vuestra cama no era más blanda que este sillón, lo mismo hubierais podido dormir sobre el lecho de piedra de San Pacomio. Después de recorrer diez millas a caballo, se necesita un asiento algo más cómodo que el que me ha sido deparado.

El hermano sumiller entró en aquel mismo instante, llevando triunfalmente dos magníficos almohadones, uno de los cuales sirvió de cojín y otro para colocarlo en el respaldo del sillón.

Algo más a gusto, el abad continuó:

—Es preciso que sepáis, que sufrimos trabajos y fatigas lo mismo que vosotros; y puedo decir de mí, y de los soldados de Santa María, de quienes me considero el capitán, que no evitamos el calor del día ni el frío de la noche cuando el deber nos obliga a arrostrarlos. No; ¡por Santa María! Tan pronto como supe que estabais aquí, y que ciertas razones os impedían ir al monasterio, donde hubiéramos podido recibiros con mayor suntuosidad, golpeé con el martillo sobre la mesa para llamar a un hermano, a quien dije: «Timoteo, mañana, después de tercias, se ensillará a *Benito*, y rogad al subprior y a media docena de hermanos que se dispongan a acompañarme a Glendearg». Timoteo no volvía de su asombro; pero insistí ordenándole: «Que el hermano cocinero y el hermano sumiller vayan delante con algunas provisiones para ayudar a nuestros pobres vasallos a preparamos una colación decente». Ya veis, pues, *sir* Piercie, que no estamos exentos de inconvenientes ni de apuros, y debéis perdonamos si os veis expuesto a los mismos.

—¡Oh! —contestó el caballero—. Nada tengo que perdonar. Si vosotros los guerreros espirituales tenéis que soportar tantas fatigas, yo, infeliz pecador secular, no debo quejarme de haber encontrado aquí una cama tan dura como una tabla, un caldo que olía a quemado, una carne que, por su color negro, me recordó la cabeza de moro tostada que se comió Ricardo Corazón de León, y otros manjares igualmente rústicos.

—Siento mucho, caballero, que mis pobres vasallos no puedan dispensaros mejor recepción; pero observad que si los asuntos de sir Piercie Shafton le hubieran permitido honrar con su presencia el Monasterio de Santa María, hubiera sido recibido con más decoro.

—Para revelar a vuestra reverencia los motivos que me impiden aprovechar su hospitalidad bien conocida, necesitaría algún tiempo…, y un auditorio menos numeroso —añadió en voz baja.

—Hermano Hilario —dijo el abad al sumiller—, id a la cocina, e informaos a qué hora tendrá preparada la colación el hermano cocinero. La fatiga y las privaciones que ha sufrido este noble caballero, para no hablar de nuestras propias necesidades, hacen necesario que la refacción sea servida lo antes posible.

El hermano Hilario salió inmediatamente, no tardando en volver para asegurar a su superior que la colación estaría en disposición de ser servida a la una en punto. Y añadió:

—Sería una gran lástima adelantar o retrasar la hora, aunque solo fuese diez minutos; porque el hermano cocinero asegura que el venado no estaría en su punto, a pesar de los cuidados del pinche que voltea el asador.

—¡Hay venado! —exclamó el abad—. ¿Quién lo ha traído? No estaba incluido en la lista de las provisiones que me habéis mostrado.

—Uno de los hijos de la dueña de esta casa ha cazado uno, hace una hora escasa, y como el calor animal no había abandonado al cuerpo todavía, el hermano cocinero asegura que estará tan tierno como un pollo. ¡Ese joven tiene una disposición especial para matar las fieras! Jamás yerra el golpe en la cabeza o el corazón, y el animal no se

desangra, como desgraciadamente ocurre con frecuencia. Era un soberbio venado; rara vez habrá comido vuestra reverencia otro mejor.

—Hermano Hilario —dijo el abad relamiéndose de gusto—. No conviene a la santidad de nuestra Orden hacer tales elogios del alimento corporal, especialmente cuando estamos tan debilitados por el ayuno y por el cansancio. Sin embargo, averiguad cómo se llama ese joven, pues es muy justo que se recompense el mérito, y hagamos de él un *frater ad succurrendum* en nuestra cocina.

—¡Ay, reverendo padre! He averiguado que es uno de esos jóvenes que prefieren el casco al capuchón, y la espada a las armas espirituales.

—En ese caso, en vez de hermano lego lo nombraremos segundo guarda de nuestros bosques. Talbot, nuestro guarda, envejece; la vista empieza a faltarle, y ha estropeado ya varios gamos hermosísimos hiriéndoles torpemente en el flanco; por eso, hermano Hilario, es preciso que, de cualquier modo que sea, aseguremos al convento los servicios de ese joven. Ahora, caballero —continuó, volviéndose a sir Piercie—, puesto que falta más de una hora para sentarnos a la mesa, os ruego que me digáis a qué obedece vuestro viaje a estos países, y, sobre todo, qué os impide hospedaros en nuestro pobre monasterio, donde seríais atendido lo mejor posible.

—Vuestra sabiduría no ignora, reverendo padre —contestó *sir* Piercie en voz baja —, que en los asuntos en que se arriesga la vida, es necesario proceder con la mayor discreción.

El abate hizo señal a los frailes para que se retiraran, exceptuando al subprior.

—Caballero —dijo después—, podéis hablar delante de nuestro fiel amigo y prudente consejero el padre Eustaquio, que ocupa un puesto inferior a su mérito por lo que siempre estoy temiendo verme privado de sus consejos, por su elevación a un cargo de más importancia. Lo cierto es que el padre Eustaquio posee toda mi confianza y merece la vuestra.

Sir Piercie Shafton hizo una inclinación de cabeza, y exhalando un suspiro capaz de romper su coraza de acero, se expresó así:

—Reverendos padres, permitidme que suspire, pues he salido del paraíso para entrar en el infierno; he abandonado la corte real de Inglaterra para venir al rincón obscuro de un desierto y de acceso imposible; dejo la lid donde estaba dispuesto siempre a romper una lanza con mis iguales en defensa del honor o del amor, solo por esgrimirla contra los audaces bandidos y viles merodeadores; he renunciado a los brillantes y espléndidos salones donde bailaba con gracia la danza más grave, para venir a tomar asiento en el rincón de una chimenea ahumada, en una perrera de Escocia; he dejado de oír los acordes maravillosos del laúd para que me desgarren el tímpano los sonidos disonantes de la flauta; y, en fin, abandono las sonrisas de las beldades que se agrupan en torno del trono de Inglaterra por la fría cortesía de una chiquilla ignorante, y las miradas de extrañeza de la hija del molinero. Agregaré, además, que he cambiado la conversación de los galanes caballeros, de los amables cortesanos, de los hombres de mi alcurnia, cuyos pensamientos son vivos y

deslumbradores como el rayo, por la de frailes y otras gentes de Iglesia… ¡Pero sería una inconveniencia insistir en este punto!

Mientras *sir* Piercie se lamentaba de esta suerte, el abad abría desmesuradamente los ojos, revelando que su inteligencia no alcanzaba la altura de los talentos oratorios del caballero; y cuando este se detuvo para tomar aliento, el padre Bonifacio dirigió una mirada al subprior, como diciéndole que no sabía cómo contestar a aquella extraña peroración.

El padre Eustaquio, apresurándose a sacar de apuros a su superior, dijo:

—Caballero, sentimos mucho los numerosos perjuicios que habéis tenido que sufrir, especialmente el de veros obligado a soportar el trato de gentes que, comprendiendo que no son dignas de tal honor, estaban muy lejos de desearlo. Pero esto no nos dice cuál es la causa de tantos desastres; o, hablando más claro, no sabemos el motivo que os ha colocado en una situación que tanto os desagrada.

—Vuestra reverencia debe dispensar a un desgraciado que, al referir sus desventuras, no puede, por menos, que hacer resaltar este cuadro, como el hombre caído en el fondo de un precipicio eleva los ojos al cielo para apreciar la altura de donde la desgracia lo ha arrojado.

—Me parece —continuó el padre Eustaquio— que le convendría más revelar a las personas que acuden en su socorro, cuál es el miembro que se ha roto.

—Tenéis razón, señor subprior. Me habéis dado una estocada certera, mientras la mía ha dado en el vacío. Perdonadme que emplee este lenguaje, que debe sorprender a vuestros reverentes oídos. ¡Conjunto de bravura y de belleza! ¡Altar del amor! ¡Ciudadela del honor! ¡Celestiales beldades cuyos ojos brillantes constituyen un adorno! Piercie Shafton no balará más a la arena. ¡Él, que causó la admiración de todos, con la lanza en ristre, apretando los ijares de su corcel al son de las trompetas, acometiendo a su adversario, rompiendo su lanza hábilmente y dando después la vuelta a un círculo encantador para recibir la recompensa que la belleza tributa a la caballerosidad!…

Al decir esto, *sir* Piercie retorciose las manos, levantó los ojos hacia el cielo y pareció abismarse en profundas reflexiones.

—Está loco, loco de remate —dijo en voz baja el abad al subprior—; quisiera verme libre de él, pues temo que de la locura pase a la cólera. ¿No sería prudente llamar a nuestros hermanos?

El padre Eustaquio distinguía mejor que su superior la locura y sabía a qué extremos conduce la afectación del lenguaje. Dejó que el caballero se calmara, y luego le recordó que el reverendo abad, al emprender un viaje tan penoso para su edad y tan contrario a sus costumbres, no se había propuesto otra cosa que averiguar en qué podía serle útil, y que para ello le era necesario saber de una manera cierta el motivo que le obligaba a buscar un refugio en Escocia.

—El sol avanza en su carrera —añadió mirando hada una ventana—; y si el abad se ve obligado a regresar al monasterio sin enterarse, d sentimiento podrá ser mutuo,

pero vos solo sufriréis las consecuencias.

Esta observación produjo su efecto.

—¡Diosa de la cortesía, será posible que yo olvide vuestras leyes hasta el extremo de hacer perder d tiempo al abad oyendo vanas lamentaciones!… Vuestras reverencias sabrán, pues que soy próximo pariente de los Piercie de Northumberland, que disfruta de universal renombre, cuya historia voy a contaros brevemente…

—No es necesario —interrumpió el abad—; ya conocemos a ese noble y fiel señor, uno de los sostenes más fervientes de la fe católica, a pesar de la hereje que ocupa el trono de Inglaterra. De vos es de quien deseamos que habléis.

—En este caso, solo os diré que mi honorable primo el conde de Northumberland, habiendo concertado conmigo y otras personas distinguidas restablecer el culto católico en el reino de Inglaterra, adoptamos medidas capaces de comprometer nuestra seguridad personal; pero como la reina Isabel está rodeada de consejeros muy hábiles para descubrir proyectos que amenacen a sus derechos a la corona, o que conduzcan al restablecimiento de la disciplina de la Iglesia católica, se divisó el rastro de pólvora, antes de que tuviéramos tiempo de prenderle fuego. Mi honorable primo, creyendo que es preferible que un solo hombre lleve la carga de la infamia, la echó toda sobre mis hombros; lo acepté porque mi patrimonio se encuentra entrampado y no me basta para vivir con el esplendor que corresponde a mi categoría.

—De suerte —dijo el subprior—, que el estado de vuestros negocios particulares os permitía hacer un viaje al extranjero mejor que a vuestro noble y digno primo, o, por mejor decir, os convenía a vos más que a él.

—Habéis puesto d dedo en la llaga. Había gastado demasiado en fiestas y en torneos, y los comerciantes de Londres, verdaderos judíos, verdaderos árabes, no querían ya fiarme nada, cosa que era indispensable a mi honor, y al honor nacional. Realmente, era más bien el deseo de dar un cambio a este estado de cosas lo que me hacía desear que variase la situación de Inglaterra.

—Por consiguiente —continuó el padre Eustaquio—, por una parte, el ningún éxito de vuestra empresa en lo referente a los negocios públicos, y, por otra, la pérdida de vuestra fortuna, os han impulsado a buscar asilo en Escocia.

—Reverendo padre, nuevamente habéis puesto el dedo en la llaga. No es por falta de razones, puesto que si hubiera permanecido en Inglaterra, mi cuello podría ser adornado con una corbata de cáñamo, por lo que he emprendido el viaje al Norte con tanta celeridad que no he tenido más tiempo que el preciso para cambiar mi jubón de terciopelo de Génova, color de melocotón, bordado en oro, por esta coraza fabricada por Bonamico de Milán, creyendo que no podía hacer nada mejor que ir a reunirme con mi primo de Northumberland en uno de sus castillos; pero, como me había dirigido a Alwick tan velozmente como un siervo acosado por los perros, me encontré cerca de Northallerton a Henry Vaughan, servidor de confianza de mi primo, quien me previno que era muy peligroso presentarme ante él porque había recibido de la corte la orden de prenderme.

—Hubiera sido una crueldad por parte de vuestro noble pariente —objetó el abad.

—Es de suponer. Pero yo sostendré hasta la muerte la honra de mi digno primo el conde de Northumberland. Vaughan, por su parte, me entregó un caballo excelente, una bolsa bien repleta, y dos guías que, atravesando senderos espantosos por los que no había pasado nadie desde los tiempos de Lancelot, me condujeron a este reino de Escocia, me llevaron a casa de cierto barón, llamado Julián Avenel, quien me recibió como el lugar y las circunstancias le permitían.

—Debéis haber sido bien miserablemente recibido —contestó el abad—, pues, a juzgar por el apetito que demuestra Julián cuando come en casa ajena, su mesa no debe estar siempre abundantemente provista.

—Vuestra reverencia está en lo cierto. Me sirvieron una comida de cuaresma que hube de pagar bien, porque aunque el tal Julián Avenel nada me exigió por ella, se deshizo de tal modo en elogios de mi puñal, cuyo puño era de plata dorada y de un trabajo admirable, que me vi obligado a ofrecérselo. Lo aceptó en seguida y se lo colocó al cinto, en donde más parecía cuchillo de carnicero que arma de persona decente.

—Un regalo tan valioso —dijo el padre Eustaquio— hubiera debido aseguraros la hospitalidad durante algunos días.

—Lo habría sentido mucho, pues, a fuerza de halagos, ese Avenel me hubiera despojado de todo mi equipaje y desollado vivo, porque dirigía miradas codiciosas a mi coraza, y afirmaba que la hoja de mi espada era la mejor templada que había visto en su vida. Así es, que me vi obligado a partir inmediatamente. Por fortuna, una carta de mi honorable primo me informó de que os había escrito y que os había enviado dos arcas conteniendo una capa de color carmesí forrada de paño de oro, una casaca de seda de color de carne guarnecida de pieles, con la que bailé la danza del salvaje en la última fiesta de la corte; dos pares de…

—Caballero —interrumpió el subprior—, evitaos la molestia de inventariar vuestro guardarropa. Los frailes de Santa María no son merodeadores, y encontraréis en vuestras arcas todo cuanto contenían al llegar al monasterio. Según lo que acabáis de decimos y lo que nos ha dejado adivinar el conde de Northumberland, debemos creer que vuestro propósito al menos por ahora, es guardar el incógnito, procurando apartar de vos la atención, tanto como lo permitan vuestro mérito y vuestro linaje.

—Desgraciadamente, señor subprior, la hoja más brillante no lanza chispas mientras está en el fuego; el fulgor del diamante más hermoso quedará eclipsado si permanece en su estuche; y eso mismo ocurre al mérito, que, obligado a ocultarse, no provoca la admiración. En mi refugio no llamaré la atención más que del reducido número de las personas a quienes las circunstancias me permitan descubrirme.

—Presumo, venerable padre —dijo entonces el subprior al abad—, que vuestra sabiduría trazará a este noble caballero una línea de conducta que no arriesgue su seguridad y sea conveniente a vuestra casa. Ya sabéis los esfuerzos audaces con que se pretende derrocar a la Santa Iglesia; y sabéis también que nuestra comunidad se ha

visto amenazada en más de una ocasión. Hasta ahora hemos resistido a los múltiples asaltos de nuestros enemigos; pero el partido que favorece las miras políticas de la reina de Inglaterra y las doctrinas heréticas privan actualmente en la corte de Escocia, y nuestra soberana no se atreve a conceder a su sufrido clero toda la protección que quisiera otorgarle.

—Creo —dijo el caballero— que sería preferible que vuestras reverencias discutieran este asunto reservadamente, pues estoy impaciente por ver en qué estado ha llegado mi equipaje. Temo que no lo hayan acomodado con los cuidados y las precauciones necesarias, y no me consolaría si alguno de mis cuatro trajes nuevos hubiera sufrido algún percance, pues su elegancia supera toda descripción. Os ruego, pues, que me dispenséis, si os dejo para hacer esta comprobación importante.

Y, dicho esto, salió de la estancia.

—¡Que la Virgen nos conserve el juicio! —exclamó el abad, aturdido por la locuacidad del caballero—. ¡Cómo se habrán alojado tantas tonterías en la cabeza de un solo hombre! ¡Y a un fatuo semejante, a una cabeza tan ligera ha elegido el conde de Northumberland por confidente en un asunto tan importante y tan peligroso!

—Si el caballero hubiera tenido mejor sentido —repuso el padre Eustaquio—, no se habría prestado a desempeñar el papel de testaferro que su honorable primo le destinaba desde el principio, para el caso de que sus proyectos fracasaran. Conozco algo a Piercie Shafton: hace tiempo que se suscitaron algunas dudas respecto a la legitimidad de su madre, la que, según dice, desciende de la familia Piercie. Si un valor a toda prueba y una extremada galantería son títulos suficientes para merecer este alto linaje, estos derechos son incontestables. Además, es un atolondrado como Rowlad Yorke, Stukely[15], y otros mucho que, después de haber dilapidado su fortuna, pretenden repararla con complots y conspiraciones.

—¡Santa María! ¡Entonces es un mal huésped para introducirle en el monasterio! Nuestros novicios y nuestros frailes jóvenes se ocupan en su tocado más de lo que conviene a nuestra santa disciplina, y el caballero los volvería a todos locos.

—Y podría acarrearnos funestas consecuencias. En estos tiempos, se confiscan, se venden y se compran las propiedades de la Iglesia cual si fueran las de un barón secular. ¿A cuántas cosas nos expondríamos, si pudieran probamos que habíamos dado asilo a un culpable de rebeldía contra la llamada reina de Inglaterra? Pronto aparecerán una multitud de parásitos escoceses solicitando concesiones de nuestras tierras, y un ejército inglés asolándolas. Antes, los naturales de Escocia eran verdaderos escoceses; unidos, firmes, amantes de su patria, y olvidando toda otra consideración cuando la frontera estaba amenazada: ahora son… son… unos, franceses, y otros, ingleses, que consideran su país como campo abierto a los extranjeros para resolver sus querellas.

—Desgraciadamente, es una gran verdad; vivimos en tiempos muy difíciles. Nuestros senderos son escurridizos y peligrosos.

—Por lo mismo debemos ser cautos. Por ejemplo, no debemos recibir a este

hombre en el monasterio de Santa María.

—Pero ¿qué haremos? No olvidéis que sufre por la causa de la Iglesia Católica; que su pariente el conde de Northumberland ha sido siempre nuestro amigo, y que sus posesiones están tan próximas a las nuestras, que puede perjudicarnos si nuestra conducta no le agrada.

—Son, en efecto, motivos que nos impone la obligación de protegerlo y socorrerle. No le enviemos a Julián Avenel, porque ese barón sin conciencia no tendría ningún escrúpulo en despojar a un desdichado extranjero; pero puede quedarse aquí. Cuanto más retirado y obscuro sea el paraje, más difícil será que lo descubran. Además, podemos hacer que su residencia le sea más grata.

—Le enviaré mi cama de viaje y un buen sillón.

—Y como está tan cerca de nosotros, si le amenaza algún peligro, puede ir a la abadía, y ya buscaríamos el medio de ocultarlo hasta que pueda huir sin peligro.

—¿No sería mejor enviarlo a la corte de Escocia, y desembarazamos así de su persona?

—Sí; pero tenía que ser a expensas del nuestros amigos. Esta mariposa, aunque despliegue sus alas en el valle de Glendearg, nadie ha de notarlo, y si estuviera en Holyrood, querría, aun con peligro de su vida, brillar ante la reina y su corte; en menos de tres días sería advertida su presencia y la paz de la isla quedaría perturbada por un imbécil.

—Tenéis razón, padre Eustaquio; pero perfeccionaré vuestro plan para hacerle más soportable su permanencia aquí: le enviaré en secreto algunos muebles, buen vino y pan de trigo candeal. Aquí hay un joven muy diestro en la caza del gamo, a quien ordenaré que provea al caballero.

—Lo proveeremos de cuanto le sea agradable, sin correr el riesgo de dejarle descubrir.

—Haré más aún: enviaré inmediatamente orden al guardián de nuestro vestuario de que mande hoy mismo todo cuanto pueda necesitar: cuidad de eso, padre Eustaquio.

—Ya voy. Pero le estoy oyendo reclamar ayuda para atar sus agujetas[16]; dudo que encuentre aquí quien le sirva de ayuda de cámara.

—Desearía que alguien llegase… ¡Ah! Se acerca el hermano sumiller que está sirviendo en la mesa la colación. ¡La carrera me ha abierto el apetito!

—Siempre lo tiene su reverencia de par en par —pensó el subprior.

CAPÍTULO XVII

> «Yo encontraré quien me socorra. Según dicen, se agitan en torno nuestro espíritus invisibles que siempre están en vela; les obligaré a mostrarse a mí».
>
> JAMES DUFF.

Alberto Glendinning habíase alejado de la torre de Glendearg inmediatamente después de haber disputado con *sir* Piercie Shafton, y caminaba con precipitación hacia el valle, seguido por Martín, que le suplicaba que refrenara sus ímpetus.

—No os haréis muy viejo —decía este último—, si os sofocáis tanto a la menor provocación.

—¿Y para qué necesito vivir mucho, si he de ser blanco de los insultos de los necios que me encuentre? ¿De qué os sirve a vos comer, beber y dormir todos los días? ¿Qué placer experimentáis todas las mañanas al despertaos, cuando el día os impone quehaceres penosos, o a la noche, cuando os retiráis a reposar sobre un duro jergón? ¿No sería preferible que os durmierais para no despertaos más, en vez de pasar sucesivamente del trabajo al aniquilamiento y del aniquilamiento al trabajo?

—¡Dios me ampare! Es cierto lo que me decís; pero, por favor, os ruego que andéis más despacio. Los viejos no pueden seguir a los jóvenes, y os diré por qué la vejez, aunque molesta, puede soportarse.

—Hablad, pues —dijo Alberto acortando el paso—; pero pensad que tenemos que cazar un venado para esos santos varones, que han llegado cansados de un viaje de algunas millas, y solo en el bosque de Brocksburn podémoslo encontrar.

—Sabed, pues, querido Alberto, que soportaré la vida sin repugnancia, hasta que la muerte me llame, porque tal es la voluntad de Dios.

Mi vida es, efectivamente, penosa, pues sudo en verano, tirito en invierno, duermo sobre un duro jergón, como mal y soy despreciado como un siervo; pero, si no fuera útil en este mundo, Dios me sacaría de él.

—¡Pobre anciano! ¿Cómo puede la idea de tu pretendida utilidad reconciliarte con el mundo, en el que desempeñas un papel tan triste?

—Mi papel no era más brillante ni mi persona menos despreciada cuando salvé la vida a mi señora y a su hija, proporcionándoles un asilo que no encontraron en otra parte.

—Tienes razón, Martín; este solo rasgo redime una vida entera soportada en la abyección.

—¿Y no estimáis en nada, Alberto, que pueda hoy daros una lección de paciencia y de sumisión a la voluntad divina? Me parece que mis cabellos blancos sirven para algo, si ellos me permiten ofrecer a la juventud el consejo y el ejemplo.

Alberto inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Martín —dijo, al cabo de unos minutos—, ¿no habéis advertido desde hace poco tiempo un cambio en mí?

—¿Desde hace poco? Sí, desde ayer. Erais vivo, impaciente, impetuoso e irreflexivo; y hoy, sin perder nada de vuestro ardor natural, habéis adquirido una nobleza y dignidad que no habíais tenido jamás.

—¿Y podéis apreciar si una persona posee nobleza o dignidad?

—¿Por qué no? ¿Acaso no he acompañado a mi amo Gualterio Avenel, en la villa, en la corte y en los campamentos? Para recompensarme me hizo construir una cabaña y me autorizó para alimentar en sus prados todo el ganado que quisiera. Al hablaros, advierto también que uso expresiones más escogidas que de costumbre, y aunque no sé por qué, mi acento del Norte es más pronunciado.

—¿Y no os explicáis la causa de esta metamorfosis que hemos sufrido?

—¡Por la Virgen, yo no he sufrido ninguna!… Es que de pronto os he hablado como hablaba a mi antiguo señor, hace treinta años. Es extraño que vuestra compañía me produzca un efecto que no me había producido hasta ahora.

—¿Creéis que poseo alguna cualidad que pueda elevarme algún día al nivel de esos hombres orgullosos que ahora me desprecian?

—Sin duda, Alberto —contestó, después de una breve pausa—, así podría ocurrir. He visto corderitos endebles que llegaron a ser los corderos más hermosos del rebaño. ¿No habéis oído nombrar nunca a Hughie Dun, que abandonó el país hace unos treinta y cinco años? Era un muchacho muy bien educado; sabía leer y escribir como un fraile y manejaba la lanza y el broquel mejor que un caballero. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo. Jamás hubo otro igual en los dominios de Santa María. Pronto subió.

—¿Y a qué llegó? —preguntó Alberto vivamente.

—¡Oh! —exclamó Martín, irguiéndose—. Llegó a ser criado del arzobispo de San Andrés.

—¡Cómo! ¿Eso es cuanto le valieron sus conocimientos y sus talentos?…

A su vez, Martín lo miró de un modo que revelaba la mayor sorpresa.

—¿Y a qué más podía haber llegado? El hijo de un vasallo de la Iglesia no es madera de la que se hacen caballeros y lores; el valor y la ciencia son impotentes para ennoblecer a un aldeano. Pero eso no impide que haya podido dar a su hija, cuando se casó con el bailío de Pittenween una dote de quinientas buenas libras en plata de Escocia.

Mientras Alberto buscaba una respuesta, cruzó el sendero un venado; inmediatamente el joven blandió el arco, disparó, y el animal cayó muerto sobre el césped.

—Un venado para la señora Elspeth —dijo Martín—. ¿Quién hubiera creído que en esta estación se acercaran tanto los venados al valle? ¡Es un animal soberbio! ¡Tres pulgadas de grasa sobre el pecho! La suerte os favorece. Si se os antojara, llegaríais a ser uno de los hombres de armas del abad, y tendríais casaca roja como el más bravo

de ellos.

—¡Si llego a servir algún día a alguien, será a la reina! Cuidaos del venado, Martín, pues yo voy a dar una vuelta por el pantano. Tengo aún unas cuantas flechas, y si encuentro algunos patos salvajes…

Dicho esto, Glendinning se alejó precipitadamente, y Martín le siguió con la vista hasta que desapareció a lo lejos.

—Este joven —dijo el anciano— subirá mucho si la ambición no lo pierde. ¡Servir a la reina! Seguramente tiene servidores que no valen tanto. Y, ¿por qué no? Solo los que suben la escalera pueden llegar hasta el último peldaño. Vamos, vuestra señoría —agregó hablando con el venado—; es preciso que lleguéis a Glendearg con mis dos piernas algo más despacio de lo que hubierais podido llegar sobre vuestras cuatro patas. ¡Uf! ¡Pesáis mucho! Me contentaré con llevar primero vuestro cuarto trasero y volveré con un caballo por el resto.

Mientras Martín trasladaba el venado a la torre, Alberto continuaba caminando, respirando con más facilidad desde que se había separado de su compañero.

—¡Criado del arzobispo de San Andrés! —repetía—. ¡Criado de un prelado orgulloso! ¡He ahí lo que se considera el colmo de las esperanzas de un vasallo de la Iglesia! ¡Si no me inspiraran una repugnancia invencible esas rapiñas nocturnas, preferiría cien veces más empuñar la lanza y alistarme como escudero de algún barón! Sin embargo, es preciso adoptar una determinación; no puedo vivir aquí más tiempo, menospreciado, deshonrado, despreciado por el primer extranjero con espuelas doradas que venga del Sur. A ese ser misterioso, espíritu, fantasma o lo que sea, deseo verlo una vez más. Desde que le he hablado y he tocado su mano, se me ocurren pensamientos que no tenía antes. Yo, que encuentro demasiado pequeño para mi ambición el valle en que vivió mi padre, ¿me he de dejar ultrajar en él por un cortesano vano y frívolo, en presencia de María Avenel? ¡No, no lo sufriré!

Discurriendo de este modo, Alberto llegó cerca del agreste retiro llamado Corri-nan-shian. Era el mediodía. Durante algunos instantes contempló el manantial, como si tratara de adivinar la acogida que le iba a dispensar la Dama Blanca. Esta no le había prohibido terminantemente evocarla de nuevo; pero las palabras que pronunció al despedirse de él fueron casi una prohibición de que volviera a llamarla en su ayuda.

Como la determinación constituía el fondo de su carácter, y el cambio que se había aperado recientemente en él la había acrecentado aún más, desechó todo temor, desnudó su espada, se descubrió la pierna derecha y saludó tres veces a la fuente y al secular acebo, y pronunció la fórmula de la evocación:

¡Dama Blanca de Avenel,
a buscaros vengo aquí!
Me habéis hecho una promesa
y os la reclamo. ¡Acudid!

El sol brilla en el espacio,
más su luz se va a extinguir…
Dama Blanca de Avenel,
vengo a buscaros. ¡Salid!

Alberto permaneció con los ojos fijos en el acebo; y, al pronunciar el último verso, advirtió que se agitaba el aire en torno suyo, se condensaba, y, por fin, tomaba el aspecto de una figura humana, pero tan transparente, que podía distinguir las ramas y las hojas del acebo cual si solo hubiera estado separado de ellas por un velo de crespón. La aparición, sin embargo, adquirió poco a poco forma substancial, y la Dama Blanca apareció a sus ojos como ya la había visto, pero en su frente reflejábase una expresión de descontento que Alberto no le había Visto hasta entonces.

—Hoy es cuando las hijas del aire y los espíritus que pueblan los bosques y el mar, lloran su triste destino —dijo la fantástica aparición—. En día semejante al de hoy ejecutaron antaño un sacrificio imponente y sublime, en el que la más augusta víctima devolvió sus antiguos derechos a los mortales, y la virtud fue inmolada por el crimen. ¡Desgraciado! ¡Tres veces desgraciado el atrevido que se presenta ante mí en viernes!

—¡Espíritu! —repuso Alberto audazmente—. Es inútil amenazar a un hombre que desprecia la vida. Tu cólera no puede ocasionarme otro daño que la muerte, y hasta dudo que tu poder llegue a tanto. Mi alma es inaccesible al terror que los seres semejantes a ti ocasionan a los demás hombres. Mi corazón es insensible porque estoy desesperado. Si es verdad que soy, como tus palabras parecen anunciar, de una raza que ha sido objeto particular de la benevolencia del Cielo, a mí es a quien corresponde mandar, y a ti obedecerme, pues mi origen es más noble que el tuyo.

El ser extraordinario a quien el joven se dirigía, lo miraba con enojo y altivez. Era, como siempre, la Dama Blanca; pero su rostro parecía más sombrío y más duro; sus ojos se contraían y parecían despedir rayos de cólera; sus facciones estaban agitadas por ligeras convulsiones, como si se dispusiera a mostrarse bajo forma más espantosa; en una palabra, hubiérase dicho que era una de esas figuras fantásticas y efímeras que se forjan las imaginaciones excitadas de los fumadores de opio, y que, lisonjeras al principio, se convierten horribles y extravagantes.

Sin embargo, apenas Alberto concluyó de hablar, cesó aquella especie de agitación; las facciones de la Dama Blanca palidecieron, adquiriendo el aspecto melancólico que le era habitual. En lugar de mostrarse aterradora a los ojos del joven temerario, le dirigió las palabras siguientes:

—Joven osado, da gracias a tu valor. Si mi aspecto amenazador te hubiera aterrorizado, ¡ay de ti! Aunque estoy formada de polvo, mi ser celeste y deslumbrador de luz, es un cuerpo glorioso, sutil y aéreo, que se alimenta de rocío. Habla. Dios ha concedido al hombre derecho a nuestra obediencia.

—Dime, entonces ¿qué filtro ha operado este cambio que advierto en mi espíritu

y en mis deseos? ¿Por qué no pienso más que en la caza, en mi arco y en mis flechas? ¿Por qué anhelo salir fuera de los límites de este estrecho valle? ¿Por qué mi sangre se inflama al recuerdo del insulto que me ha inferido un hombre a quien hubiera sostenido el estribo hace algunos días, y cuya mirada me hubiera parecido un favor? ¿Por qué deseo elevarme a la alcurnia de caballero, de barón o de grande? ¿Soy el mismo que ayer vivía en una obscuridad, de la que no pensaba salir, y despierta hoy con ambiciones de gloria? Habla; dime, si puedes, ¿qué ha operado este cambio? ¿Acaso he estado hasta ahora, o estoy aun en este momento, bajo la influencia de un encanto? Contesta: ¿es tu poder el que me ha metamorfoseado de este modo?

—En el mundo —respondió la Dama Blanca— reina un ser más poderoso que yo; su imperio se extiende sobre ti, como sobre todas las criaturas. El águila que se cierne en el espacio y el reptil que se arrastra sobre la tierra, están sometidos a sus leyes. Ni el palacio ni la choza están exentos de su poder, y, para cambiar los caracteres, no necesita más que desearlo.

—Háblame con más claridad para que te entienda.

—Interroga a tu corazón, que ocupa por completo la imagen de María. Pregúntale por qué envidia tu orgullo al noble caballero; por qué te es insoportable su presencia; por qué no te contenta nada en este valle en que has nacido; por qué la ambición ha hecho de tu alma un volcán, y tu corazón te responderá que la imagen de María es un talismán poderoso para ti.

—Puesto que me has dicho lo que yo no me atrevía a confesarme —contestó Alberto, enrojeciendo—, dime también de qué modo debo revelarte mis sentimientos.

—¡Ay! —repuso melancólicamente la aparición—. Somos seres imperfectos y no comprendemos las pasiones humanas. Nada, por consiguiente, puedo aconsejarte respecto a este punto.

—Sin embargo, si no se equivocan los hombres, tu destino está unido al de los mortales.

—Efectivamente, nuestro destino está unido al de los mortales. Cuando vino al mundo el primer Avenel, Norman Ulric, brillaba en el cielo un astro luminoso. De su seno desprendiose de pronto una perla, formada por el rocío, y cayó en este manantial, surgió un espíritu, y en el mismo instante tuvo una doble esencia animada.

—Tampoco ahora te he entendido —exclamó Alberto—; háblame con más claridad. ¿Qué lazos te unen a la familia de Avenel? ¿Cuál es el destino de esta casa?

—Contempla este hilo de oro que me sirve de cintura —respondió el espíritu—. Cuando fue creada y recibí este presente era una cadena tan fuerte, que Sansón hubiera intentado inútilmente romperla; pero nada es eterno y debía seguir el destino de la casa de Avenel: la una ha disminuido en gloria y esplendor, y la otra disminuye en fuerza. Cuando este hilo desaparezca, dejará de existir la casa de Avenel, y los elementos reclamarán los principios vitales que me prestaron. No me dirijas más preguntas, porque los astros me prohíben contestar.

—¡Puedes leer en los astros! Dime, al menos, si no debes favorecer mi pasión.

La Dama Blanca exhaló un suspiro y repuso:

—¡Ay! El astro de Avenel, antes tan brillante, se ha eclipsado. Como se apaga la luz de un fanal cuando aparece la aurora, palidece y amenaza extinguirse por completo. Sin duda está sometido a una horrible y funesta influencia, pues su aspecto solo promete infortunio y venganza. Deseo ver en las sombras; pero no distingo más que pasión, odio y rivalidad.

—¡Rivalidad! Mis temores no carecen, por lo tanto, de fundamento. ¿Pero se atreverá esa mariposa procedente de Inglaterra a desafiarme en la casa de mis padres y en presencia de María Avenel? Espíritu, proporcióname los medios de combatirlo, de hacer desaparecer las vanas distinciones de linajes de que se prevalece para negarse a luchar conmigo; colócanos frente a frente, y, digan lo que quieran los astros, la espada de mi padre vencerá su influencia.

—Te advierto —respondió inmediatamente la Dama Blanca— que mis dones son temibles a veces. No te quejes, pues, si por tu desgracia cedo hoy. Nosotras somos extrañas al amor y al odio. Voy a hacerte un presiente que, en tus manos, lo mismo puede ser propicio que contrario a tus deseos. Tu prudencia será la que decida.

—¡Ah! Proporcióname los medios de reparar mi honor, de devolver a mi orgulloso rival los insultos que me ha inferido, y poco me importa el resultado. Si puedo castigar su insolencia, dormiré tranquilo.

La Dama Blanca desprendió una de las agujas de oro que sujetaban su cabellera, y se la entregó a Alberto, diciéndole:

—Si tu rival volviera a ofenderte con su altanero orgullo, muéstrale esta aguja… Pero ya el sol se ha apartado de la fuente y tus deseos están satisfechos. ¡Adiós!

La misteriosa aparición sacudió la cabeza, y su cabellera la envolvió como en un velo. Sus facciones se hicieron menos visibles y su rostro púsose pálido como la luna; su cuerpo se hizo transparente, y, por último, desapareció por completo.

Cuando Alberto se quedó solo al lado de la fuente, experimentó, aunque con menos intensidad, la misma turbación que se había apoderado de él la primera vez que vio desaparecer y desvanecerse a la Dama Blanca.

Una duda, un recelo le acometió entonces: ¿podía, con tranquilidad de conciencia, utilizar la aguja que le había dado aquel ente misterioso que, según confesión propia, no pertenecía a la categoría de los ángeles?

—Consultaré el caso con Eduardo, que conoce la ciencia de los legos, y me dirá qué debo hacer. No, Eduardo es demasiado prudente, demasiado escrupuloso. Ensayaré si Piercie Shafton se atreve a desafiarme de nuevo, y sabré por experiencia propia, si hay algún peligro en seguir los consejos de la Dama Blanca. Regresemos a la torre y pronto sabré si puedo permanecer allí, pues llevando al cinto la espada de mi padre no he de permitir que se me insulte de nuevo, sobre todo en presencia de María.

CAPITULO XVIII

«—Te daré —dijo el rey— dieciocho sueldos diarios y te nombraré jefe de mis guardias en el Norte.

»—Y yo —agregó la reina— te daré trece, que puedes cobrar cuando quieras, capitán».

GUILLERMO DE CLOUDESLEY.

En Glendearg no era permitido a las mujeres en aquellos tiempos tomar parte en la comida servida al prior de Santa María y a su séquito. La señora Elspeth estaba excluida por su condición y por su sexo; pero la regla no fue escrupulosamente observada esta vez, porque el padre Bonifacio dignose invitar a María Avenel y demás señoras de la casa a que permanecieran presentes durante la comida, y hasta les dirigió algunas frases de gratitud por la buena acogida que le habían dispensado.

El venado, humeante y oloroso, estaba sobre la mesa. El padre sumiller había colocado muy respetuosamente una servilleta, blanca como la nieve, al cuello de su superior, y solo esperaba la llegada de *sir* Piercie Shafton para empezar a comer. Al fin, presentose el caballero, que llevaba un jubón de color escarlata de elegante corte, un sombrero ribeteado de oro y una cadena con rubíes y topacios de gran valor al cuello, sin duda para justificar las inquietudes que había experimentado ante el temor de perder su equipaje. La cadena era semejante a la que usaban los caballeros de la más alta nobleza, y sostenía un medallón, que le colgaba sobre el pecho.

—Estamos esperando al caballero *sir* Piercie Shafton para sentarnos a la mesa — dijo el prior arrellanándose en el sillón que el hermano sumiller se apresuró a presentarle.

—Pido perdón a vuestra reverencia, pero me he tomado más tiempo del necesario para cambiar mis vestidos de viaje y ponerme algo más presentable.

—Elogio vuestra galantería y, sobre todo, vuestra prudencia, pues llevando puesta durante el viaje esa cadena, corría el riesgo de no llegar aquí.

—¿Vuestra reverencia se ha fijado en mi cadena? Sobre este jubón parece una bagatela; pero tengo otro negro de terciopelo de Génova sobre el que brillan estos diamantes como estrellas a través de las nubes.

—No lo dudo, *sir* Piercie; pero tomad asiento, os lo suplico.

Sir Piercie estaba en su elemento hablando de sus atavíos, y no era fácil hacerle cambiar de conversación.

—Es posible —prosiguió— que esta cadena, a pesar de ser tan sencilla, hubiera tentado la codicia de Julián… ¡Santa María! —exclamó de pronto, interrumpiéndose —. No había advertido la presencia de mi encantadora Protección, a quien más bien llamaría mi amable Discreción. ¿Es posible que antes de haberos saludado, haya pronunciado algunas frases que saltaran la valla de mi buena educación para pasearse

por el dominio del decoro?

—La indiscreción consiste ahora en dejar enfriar este venado —replicó el abad— Padre Eustaquio, rezad el *Benedicite* y trinchad el venado.

El subprior ejecutó la primera orden; y en cuanto a la segunda, repuso en latín para que el caballero no lo entendiera:

—No olvide vuestra reverencia que hoy es viernes.

—Nosotros somos viajeros —respondiole el abad—, y «*a los viajeros está permitido*…» etc. Ya conocéis el canon. En cualquier casa que entréis, dice San Pablo, comed lo que os dicen. Os dispenso hoy a todos de comer de vigilia, a condición de que vosotros, hermanos míos, recéis esta noche el *Confíteor* después de Completas, y que vos, caballero, hagáis una limosna proporcionada a vuestros medios. Además, todos vosotros os abstendréis de comer carne un día cualquiera del próximo mes.

Y al mismo tiempo que el abad limitaba la dispensa que generosamente ofrecía, engullía la primera magra de venado rociándola con un vaso de vino del Rin.

—Tienen mucha razón los que dicen —agregó, después de servirse una segunda tajada— que la virtud obtiene su recompensa en ella misma. Esta colación es bien humilde; ha sido preparada y servida en una casa muy modesta, pero no he comido jamás con tan buen apetito desde que era simple hermano en el convento de Dundrennan, y pasaba el día cultivando el jardín. Entonces llegaba al refectorio muerto de hambre y con la garganta seca por la sed; pero en cambio, no conocía los males de estómago que me imponen ahora el uso de buenos vinos y carnes escogidas que me faciliten la digestión.

—Quizá —contestó el subprior— unos paseos dados de vez en cuando por los confines de los dominios de Santa María produzcan a vuestra salud el mismo efecto que los aires puros de la abadía de Dundrennan.

—Sí —asintió el abad—, con la bendición de nuestra patrona, quizá tales paseos me prueben bien. Pero será necesario procurar que el venado sea muerto por un cazador hábil y que conozca bien su oficio…

—Si vuestra reverencia me permite hablar —interrumpió el hermano cocinero—, diré, respecto a este importante asunto, que nadie mejor para ese empleo que el hijo mayor de la señora Elspeth Glendinning, aquí presente. Por mi cargo, conozco algo el modo de matar la caza, y os declaro que jamás vi flecha tan certeramente dirigida: se ha clavado en el mismo corazón del venado.

—¡Pura casualidad! —dijo *sir* Piercie Shafton—. Un solo golpe no acredita de buen cazador, como una golondrina no hace verano. Además, he visto al joven campesino de quien habláis, y si su mano es tan hábil para lanzar flechas como su lengua para pronunciar impertinencias, lo declaro desde ahora tan buen arquero como lo fue Robin Hood.

—¡Por Santa María! —exclamó el abad—. Es indispensable aclarar este punto. Acercaos, señora Glendinning, y decidnos, como vuestro superior temporal y

espiritual, sin temor ni parcialidad, pues se trata de un asunto de gran interés, si vuestro hijo maneja tan diestramente el arco como asegura el hermano cocinero.

—¡Ah! —respondió la señora Elspeth, haciendo una profunda reverencia—. Tengo el deber de decir la verdad, puesto que a mi marido, ¡Dios lo tenga en santa gloria!, lo mató una flecha en la batalla de Pinkie, combatiendo en defensa de la Iglesia, como era su deber de vasallo de Santa María. Era un bravo hombre y un hombre bravo; ya lo sabe vuestra reverencia. Le gustaba un trozo de venado, y de vez en cuando daba una vuelta por las fronteras con los merodeadores, pero estos eran sus únicos pecados. Ya he pagado bastantes misas en sufragio de su alma, y aun no estoy segura de que haya salido del Purgatorio.

—Señora Glendinning, si vuestro marido murió defendiendo a la Iglesia, como decís, nuestras oraciones lo han sacado del Purgatorio seguramente, si fue a aquella mansión expiatoria. Pero es de vuestro hijo de quien hablamos ahora, y deseo que me digáis si es diestro en el manejo del arco; ¿si o no?

—¡Ojalá lo fuera menos! Mis tierras estarían mejor cultivadas. Realmente, tan hábil es en el manejo del arco como en el del arcabuz, y si el honorable caballero que nos escucha le sostiene su sombrero a cien pasos, lo verá atravesado por una flecha, una saeta o una bala, a su elección, sin tocar una de sus cintas, con tal que al señor no le tiemble la mano con que lo sujete. Más de una vez he visto al anciano Martín tenerle su gorro; y el reverendo padre subprior, si lo recuerda, lo ha presenciado.

—No lo olvidaré nunca, señora Elspeth —confirmó el padre Eustaquio— pues no sabía qué admirar más, si la sangre fría del joven o la tranquilidad del anciano. Sin embargo, no aconsejaré a *sir* Piercie Shafton que exponga a tal peligro su hermoso sombrero, y menos todavía su preciosa persona, a no ser que tenga capricho de ello.

—De ningún modo —replicó vivamente el caballero—. No niego al joven campesino la habilidad que vuestra reverencia le atribuye; pero un hombre no es más que un hombre: los dedos pueden resbalarse sobre la cuerda, la vista puede nublarse y el más experto cazador errar la puntería. Así, pues, no haré esa prueba peligrosa, cuyo resultado más feliz sería la pérdida de mi sombrero, un sombrero que…

—Como gustéis, caballero —interrumpió el abad—. El testimonio de nuestro leal consejero el padre subprior nos basta para formar juicio respecto al asunto, por lo que nombraremos a ese joven subguarda de los bosques que el rey David concedió a esta abadía.

—¡Arrodillaos, señora, arrodillaos! —exclamaron al mismo tiempo el cocinero y el sumiller—. Dad las gracias a su reverencia por la merced que acaba de otorgar a vuestro hijo, y besadle la mano.

Y como si entonaran alternativamente los versos de un salmo, enumeraron a dúo todas las ventajas que el empleo proporcionaba a su hijo.

—Cuatro marcos de plata cada año, por la Candelaria —decía el padre sumiller.

—Una casaca y unos calzones de caza por Pentecostés —agregó el padre cocinero.

—Un tonel de cerveza doble por San Martín —prosiguió el primero— y cerveza sencilla a discreción, si se entiende con el padre despensero…

—Varón muy prudente —interrumpió el prior— que sabrá estimular el celo de un activo servidor del convento.

—Una cazuela de sopa y una buena ración de buey o de camero, en todas las fiestas solemnes —continuó el padre cocinero.

—Derecho de pastoreo para dos vacas y un caballo en los prados de Santa María —agregó el sumiller.

—Una piel de buey cada año, para hacerse botas —agregó el cocinero.

—Y otras ventajas que ahora no hemos de detallar —terminó el abad.

La señora Elspeth, que continuaba arrodillada entre los dos frailes, movía maquinalmente la cabeza a un lado y a otro, como una autómata, al oír aquella enumeración.

Cuando los hermanos concluyeron de hablar, besó devotamente la mano del abad; pero, conociendo el carácter de Alberto, después de dar al abad reiteradas gracias, agregó que esperaba que su hijo, comprendiendo la importancia del empleo, no lo rehusaría.

—¡Rehusarlo! —exclamó el abad arrugando el entrecejo—. ¿Acaso ese joven ha perdido el juicio?

La viuda, aturdida por la aspereza con que el abad le hizo esta pregunta, no supo qué responder; mas cuando estuvo en estado de hacerlo, apenas se le escuchó, pues los dos frailes reanudaron, llenos de asombro, su letanía.

—¡Rehusarlo! —exclamó el padre sumiller.

—¡Rehusarlo! —repitió el hermano cocinero.

—¡Rehusar cuatro marcos de plata al año! —agregó el primero.

—¡Y cerveza, sopa, carnero, piel, derecho de pastoreo!… —prosiguió el segundo.

—¡Casaca y calzones! —replicó el otro.

—Hermanos míos, —dijo, interviniendo, el subprior—, tengan paciencia. No nos apresuremos a admiramos antes de que haya motivo. Esta señora debe conocer bien el carácter y aspiraciones de su hijo, que no tiene, por cierto, inclinación a las ciencias, en las que he tratado inútilmente de iniciarlo; pero, según mi pobre juicio, es de esos hombres a quienes Dios presenta a los pueblos cuando estos quieren redimirse por la fuerza de brazos y la firmeza de almas; hombres que suelen tener un carácter extraño y obstinado que los hace parecer estúpidos e intratables, hasta que se les presenta la ocasión propicia de convertirse en instrumentos de grandes cosas.

—Tenéis razón, padre Eustaquio —asintió el abad—; veremos a ese joven antes de resolver. ¿Qué decís vos, caballero? ¿No se acostumbra en la corte buscar al hombre que conviene al cargo, mejor que el cargo que conviene al hombre?

—En principio, acepto las sabias reflexiones que vuestra reverencia acaba de hacer —respondió *sir* Piercie Shafton—; pero, con todo el respeto que debo al venerable subprior, dudo que haya en las cabañas de los humildes aldeanos jefes ni

libertadores de los pueblos. Si ese joven posee rasgos marciales, cosa que no niego, aunque no suelen ir juntas la presunción y la arrogancia y la verdadera bravura, solo le servirán para distinguirse en su obscura esfera; y, lo mismo que el gusano de luz que tanto brilla en la pradera, dejará de lucir en el momento que te coloquen a una altura para servir de faro…

—Aquí llega el joven cazador, y él hablará por sí mismo —dijo el padre Eustaquio, que, colocado frente a una ventana, acababa de ver a Alberto encaminándose al castillo.

—Rogadle que venga a nuestra presencia —ordenó el abad.

Los dos frailes, disputándose el cumplimiento de aquella orden, salieron a su encuentro, seguidos de la señora Elspeth, que iba a buscar a su hijo, tanto para recomendarle sumisión a la voluntad del abad, cuanto para hacerle variar de traje antes de que se presentara en la sala; pero, cuando la viuda llegó, los dos frailes lo habían cogido ya cada uno de un brazo y lo llevaban en triunfo.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! —exclamó la madre—. ¡Si al menos llevara su traje del domingo!

Por muy modesto que fuera este deseo, fue imposible cumplirlo, y Glendinning presentose ante el abad sin recibir ninguna explicación previa y sin que le dejaran ponerse sus calzas de los días festivos.

Presentado bruscamente en medio de los huéspedes, Alberto tenía en su porte algo que infundía respeto; pero la mayoría de los extraños a la casa estaban dispuestos a tratarlo con altanería o con desdén absoluto.

Su entrada, y la acogida que recibió, bien merecen capítulo aparte.

CAPÍTULO XIX

> «Tú eres quien debes manifestar cuáles son la riqueza y el honor a que aspiras. Si el oro puede darte la felicidad, toma oro. Así podrás divertirte en la juventud, trabajar en la edad madura, y descansar en la vejez, pero, si tienes dinero, ¡adiós ambición!, no saldrás de tu estado, y vivirás confundido entre la multitud grosera de los obscuros aldeanos que labran la tierra».
>
> *(Comedia antigua).*

Antes de referir la entrevista de Alberto Glendinning con el abad de Santa María, que en aquellos momentos de crisis debían decidir de su suerte, conviene que el lector conozca mejor a este joven singular.

Alberto tenía diecinueve años; más alto y más activo que robusto, vigorosamente constituido, estaba perfectamente bien formado, y poseía una gracia y una soltura naturales que no permitían fijar en su estatura gran atención. Solo comparándola con la de las personas, que se encontraban a su lado, podía notarse que tenía más de seis pies de estatura. En su aspecto exterior, Glendinning era superior a Piercie Shafton, más pequeño y menos proporcionado que él, aunque el caballero tenía unos rasgos más regulares, figura más graciosa y epidermis más blanca.

El rostro del joven escocés era menos bello, pero de facciones más pronunciadas, y la influencia del sol, al que estaba expuesto constantemente, había tostado su tez borrándole el lirio y las rosas. Sus ojos negros brillaban de tal manera, sobre todo cuando se animaba, que parecían lanzar chispas, y sus cabellos, negros también y naturalmente ensortijados, completaban un conjunto que revelaba más osadía y orgullo que lo que de su posición social podía esperarse.

Sus vestidos no eran muy a propósito para realzar su persona, pues consistían en chupa y pantalón de caza de paño verde muy grueso, gorro de la misma tela, cinturón de cuero que le servía para sujetar la espada, cinco o seis flechas, puñal con mango de cuerno y un par de botas de piel de gamo, que podían subirse hasta las rodillas o volverse sobre la pantorrilla, como las llevaban en aquella época los que por gusto o necesidad recorrían frecuentemente los bosques, para poder desafiar sin peligro las rozaduras de las zarzas y de las espinas.

Así se presentó Alberto ante el abad Bonifacio y su séquito; pero sería difícil describir su aspecto y la expresión de sus ojos, espejo fiel del alma, al verse en compañía de personas a quienes, desde niño, había mirado siempre con gran respeto y veneración. La cortedad que parecía experimentar no tenía nada de humillante ni de servil: era la de un joven apasionado e ingenuo, pero sin experiencia, que por primera vez se ve obligado a hablar y obrar en circunstancias imprevistas. Un amigo

verdadero no hubiera suprimido nada de su timidez, ni añadido tampoco nada a su atrevimiento.

Después de besar la mano del prior, retrocedió algunos pasos para saludar a los demás concurrentes, de los que no conocía más que al subprior; se ruborizó al mirar a María Avenel, que esperaba con inquietud la especie de prueba a que iban a someterle, y, repuesto de su pasajera turbación, esperó, tranquilo, que el prior le dirigiera la palabra.

La expresión ingenua de su fisonomía, su aspecto de nobleza y su apostura graciosa dispusieron a los frailes en su favor. El prior dirigió al padre Eustaquio una mirada de aprobación, aunque estaba dispuesto a resolver sin pedirle consejo la cuestión del nombramiento de guardabosque.

El subprior disfrutaba del placer que generalmente experimenta todo buen corazón cuando se concede una gracia a alguien que la merece. Como no había visto a Alberto desde que este se había metamorfoseado, no dudaba de que, a pesar de la incertidumbre manifestada por Elspeth, el cargo en cuestión convenía al joven, que era amigo de la caza e incapaz de someterse a una ocupación regular o sedentaria.

Los hermanos cocinero y sumiller fueron los que más encantados quedaron del aspecto de Alberto, a quien juzgaron merecedor de los cuatro marcos de plata, de la sopa, del carnero, de la cerveza, del derecho de pastoreo, del jubón, etc., etc.

Sir Piercie Shafton, sea porque estaba muy preocupado, o porque el asunto que se trataba le pareciera indigno de su atención, parecía completamente extraño a lo que pasaba en torno suyo. De vez en cuando cambiaba de actitud para desplegar sucesivamente todas sus gracias y dirigía una mirada al sexo femenino allí presente para observar si había merecido su aprobación. Desgraciadamente para él, la hija del molinero era la única que advirtió aquel juego, pues María Avenel y la señora Glendinning, temiendo que Alberto pudiera contestar con excesiva vivacidad, no prestaban al caballero la menor atención.

La conducta de Eduardo era, tratándose de un joven tan reservado, respetuoso y hasta tímido como él, noble y afectuosa. Retirado en un rincón, desde que el prior, accediendo al ruego del padre Eustaquio, le había dirigido algunas preguntas acerca de sus progresos en el Donat y en el *Promptuarium Parvulorum*, cuyas respuestas no escuchó, fue al lado de su hermano, pasole la mano derecha por debajo de su brazo izquierdo, y estrechándoselo suavemente, le demostró el interés que le inspiraba su situación, y la resolución que había formado de participar de su suerte.

Después de dos o tres minutos, que el padre Bonifacio empleó en beberse a pequeños sorbos un vaso de vino, para hacer su ofrecimiento con toda la dignidad que el caso requería, dijo a Alberto:

—Hijo mío, nos, vuestro superior legítimo, abad por la gracia de Dios del monasterio de Santa María, hemos oído encomiar las varias aptitudes de que el Cielo os ha dotado, y particularmente vuestra destreza en la caza, y la habilidad con que matáis los gamos, como buen cazador que no abusa de los dones de Dios destrozando

la carne de los animales de que nos permite alimentarnos, cosa que hacen con demasiada frecuencia los guardas negligentes o torpes.

Al llegar a este punto, hizo una pausa el abad y viendo que Glendinning no contestaba a este cumplido más que con una inclinación de cabeza prosiguió:

—Apruebo vuestra modestia, hijo mío, pues no está bien que un joven se alabe a sí mismo. Vuestra conducta me confirma en la resolución que había formado de nombraros guarda segundo de los bosques de los dominios de Santa María. Arrodillaos, hijo mío, a fin de que inmediatamente os confiemos este puesto importante.

—¡De rodillas! —insistió el hermano sumiller, que se encontraba a su izquierda.

—¡De rodillas! —repitió el hermano cocinero, colocado a su derecha.

Pero Alberto no se arrodilló.

—No podré —dijo— arrodillarme bastante profundamente ante vuestra reverencia, ni permanecer arrodillado todo el tiempo necesario para probaros mi agradecimiento por el beneficio que me ofrecéis… Y no puedo doblar la rodilla para recibir la merced que vuestra generosidad me otorga, porque estoy decidido a buscar fortuna por otros medios.

—¿Qué significa esto? —interrogó el abad arrugando el entrecejo—. ¿Sois vos vasallo de la abadía, y cuando os doy una prueba de bondad os proponéis dejar su servicio?

—Me aflige —contestó Alberto— que vuestra reverencia crea que no agradezco infinito sus bondades; pero esa oferta generosa acelera la ejecución de un proyecto que había formado hace tiempo.

—Habéis aprendido temprano a formar proyectos sin consultar a vuestros superiores. ¿Puede saberse cuáles son esos proyectos?

—Dejaré a mi hermano y a mi madre la parte que me corresponda en el feudo de Glendearg, de que fue poseedor mi padre, y, después de suplicar a vuestra reverencia que continúe siendo para ellos un padre tan bondadoso y tan generoso como lo fuisteis siempre, iré a buscar fortuna a otra parte.

La señora Elspeth, no pudiendo contenerse más, exclamó:

—¡Oh, hijo mío! ¡Hijo mío!

—¡Hermano mío! ¡Hermano mío! —dijo al mismo tiempo Eduardo al oído de Alberto.

El subprior, sabiendo que la amistad que siempre había manifestado a la familia Glendinning le autorizaba a reprender a Alberto, le dijo:

—Joven insensato, ¿qué locura es la que os hace rechazar la mano protectora que se extiende para protegeros? ¿Acaso vuestras ideas visionarias os conducirán a un fin que os indemnice de la situación honrada e independiente que sacrificáis?

—¡Cuatro marcos de plata al año, bien y debidamente pagados! —repitió por vigésima vez el hermano sumiller.

—El derecho de pastoreo —coreó el hermano cocinero—, un tonel de cerveza

doble…

—Paz, hermanos —interrumpió el subprior—. ¿Concederá vuestra reverencia, si os lo ruego, a ese joven mal inspirado veinticuatro horas para reflexionar? Le haré comprender lo que os debe, lo que debe a su familia, y lo que se debe a sí mismo.

—Estoy profundamente agradecido a vuestra reverencia —dijo Alberto—; vuestra bondad de ahora es la continuación de los favores que me habéis concedido, y que jamás olvidaré. Culpa mía es, y no vuestra, si no la he aprovechado mejor; pero mi resolución es firme e invariable. No puedo aceptar el ofrecimiento bondadoso del reverendo abad, porque mi destino me llama a otra parte.

—¡Virgen Santa! —exclamó el abad—. ¡Este joven se ha vuelto loco! No os habíais equivocado, *sir* Piercie, pues me habíais dado a entender que no aceptaría la plaza que le destinaba. ¿Conocíais su carácter?

—Os juro que no —contestó el caballero con la indiferencia que le era peculiar —; pero he tenido en cuenta su nacimiento y su educación. El noble halcón no sale de un huevo de gavilán.

—El único gavilán que hay aquí sois vos —contestó vivamente Alberto.

—¿Cómo habláis así en nuestra presencia a un hombre de distinción? —exclamó el abad, colérico.

—Sí; en presencia de vuestra reverencia rechazo la afrenta que ese fatuo se ha atrevido a hacerme. Es justicia que debo a mi padre, muerto con las armas en la mano en defensa de su patria.

—¡Joven mal educado! —exclamó el abad.

—Perdóneme vuestra reverencia si le interrumpo —dijo el inglés con Ja mayor sangre fría—; pero os ruego que no os encolericéis contra este joven aldeano. Creedme, el viento del Norte arrancará de su base una de vuestras rocas antes de que a Piercie Shafton le conmuevan las groserías de un campesino mal educado.

—Por orgulloso que estéis de vuestra pretendida superioridad, caballero, no siempre podréis conservar vuestra sangre fría.

—¡No seréis vos quien me la haga perder!

—Pues bien, ¿conocéis esto? —preguntó Alberto mostrando a su antagonista la aguja de oro que le había entregado la Dama Blanca.

Sir Piercie, al verla, se puso furioso; todos sus miembros se estremecieron; su rostro adquirió el color de la escarlata; sus rasgos, desfigurados por las convulsiones, asemejábanse a las de un endemoniado; apretó los puños y los dirigió amenazadores hacia Glendinning, a quien sorprendió extraordinariamente el furor que había provocado. El caballero se golpeó la frente y abandonó la estancia en un estado de agitación indecible, sin que nadie tuviera tiempo de intervenir.

La sorpresa enmudeció a todos; pero, pasados los primeros momentos, los concurrentes rogaron a Alberto que explicara cómo había logrado que el caballero inglés se transformara tan radicalmente.

—No he hecho más que lo que habéis visto —contestó—. ¿Acaso soy

responsable de su amor caprichoso?

—Joven —dijo el abad autoritariamente—, esos subterfugios son inútiles; *sir* Piercie no es hombre que se altere sin razones poderosas; vos las conocéis y es preciso que nos las expliquéis. Os mando, pues, si no queréis que emplee medidas más severas, que me reveléis la causa de la salida precipitada de *sir* Piercie Shafton.

—No he hecho más que mostrarle esto —contestó Alberto, entregando al abad la misteriosa aguja de oro.

El padre Bonifacio examinó con mucho detenimiento la aguja, movió la cabeza, y sin pronunciar una sola palabra la entregó al superior, que la miró con la misma atención, y dijo a Glendinning severamente:

—Joven, si no queréis inspiramos sospechas, decidnos inmediatamente la procedencia de esta aguja, y por qué ejerce tan gran influencia sobre *sir* Piercie Shafton.

Sir Piercie, que entró nuevamente en la sala a tiempo de oír la pregunta del subprior, acercóse a Alberto, y le dijo:

—¡Silencio! Tendréis la satisfacción que deseáis.

El caballero volvió a ocupar su puesto en la mesa, y recobrando toda su sangre fría, dirigió una mirada en torno suyo, y rogó a los concurrentes que le dispensaran su comportamiento, que atribuyó a una violenta y súbita indisposición. Aunque las personas allí presentes callaban, se miraron sorprendidas.

El abad ordenó entonces que todos se retiraran, menos *sir* Piercie y el subprior, añadiendo:

—Que se vigile a ese joven audaz. Si ha empleado un maleficio contra el honorable caballero, recibirá un castigo ejemplar.

—Vuestra reverencia puede estar tranquilo —dijo Alberto—; esperaré su sentencia sin inquietarme. Espero que el caballero explicará la causa de su agitación, y la poca parte que he tenido en ella.

—Estad seguro —replicó *sir* Piercie, sin mirar a Alberto— que daré completa satisfacción al reverendo padre.

Cuando el abad, el subprior y el caballero inglés quedaron solos, el padre Eustaquio, volviendo a su antigua costumbre, tomó él primero la palabra.

—Noble caballero —dijo—, explicadnos por qué misterio esta aguja de oro ha excitado vuestra cólera y os ha ocasionado tanta agitación cuando un momento antes oíais con gran indiferencia las provocaciones de ese joven extravagante y temerario.

Sir Piercie cogió la aguja que tenía aún en las manos el fraile, Je dio vueltas en todos sentidos con la mayor indiferencia, y, después de haberla examinado, la devolvió al subprior diciendo:

—Reverendo padre, me sorprende que con la sabiduría que revelan vuestros cabellos blancos y el puesto distinguido que ocupáis en vuestra Orden, hayáis sufrido tan lamentable equivocación. Sería preciso que me conmoviera con más facilidad que las hojas del álamo blanco, que se agitan al menor soplo de viento, para que

semejante fruslería me produjera el efecto de que acabáis de ser testigo. El hecho es que desde mi juventud sufro ataques de una enfermedad cruel, de la que acabáis de presenciar un acceso. Es un dolor inaudito que me desgarra los nervios, que penetra hasta los tuétanos de los huesos, y que me sume en terribles convulsiones. Cuando es violento el ataque, dura muy poco, como acabáis de ver.

—Eso no explica por qué este joven fogoso os ha enseñado lo que llamáis una fruslería. Indudablemente ese objeto despierta en vos algún recuerdo poco agradable.

—Vuestra reverencia puede suponer lo que le plazca; pero estáis completamente equivocado, y no tengo obligación alguna de daros cuenta de los motivos que hayan impulsado a un joven extravagante a hacer lo que ha hecho.

—Seguramente, y no llevaremos más lejos las averiguaciones que parecen desagradaros. Sea lo que quiera, ¿este acontecimiento os liará modificar el proyecto que habíais formado de pasar algún tiempo en esta torre, cuya situación retirada y solitaria os ofrecía asilo seguro, tan necesario en vuestra posición?

—¿Por qué he de modificar nada?

—No existe otro refugio mejor en todos los dominios de Santa María —repuso vivamente el abad—; pero no me atrevo a obligaros a que os quedéis en él después de la insolencia de ese joven mal educado.

—Reverendos padres, ¿por quién me tomáis? Os respondo que, si pudiera escoger, escogería esta casa con preferencia a cualquiera otra. No me enoja ver la vivacidad de un joven, aunque una chispa de su cólera me hiera la cabeza. Quiero quedarme aquí y conquistar la amistad de este buen aldeano. Cazaremos juntos, pues quiero convencerme de si es tan buen tirador como se pretende. Os respondo, venerable abad, que muy pronto os enviaremos un gamo muerto con la destreza necesaria para dar satisfacción al digno hermano cocinero.

El caballero hablaba con tal soltura y aparente buen humor tan grande, que el abad no insistió en sus observaciones, y se puso a enumerar los efectos y víveres que pensaba mandarle desde el monasterio para que le fuera más agradable su residencia en Glendearg. Este discurso y algunos vasos de vino les distrajeron hasta que el abad dio orden de partir.

—Como en este penoso viaje —dijo a sus frailes el bondadoso, padre Bonifacio antes de emprender la marcha— hemos perdido nuestra siesta, doy permiso a los que se encuentren cansados, para asistir esta noche a Prima en forma de misericordia.

Y, después de bendecir las personas de la casa allí reunidas, presentó a Elspeth su mano para que la besara; besó en las mejillas a María Avenel y a Mysie Happer, que se acercaba para cumplir el mismo ceremonial; recomendó a Alberto que refrenara sus ímpetus en adelante, y que rindiera obediencia y respeto al caballero inglés; dijo a Eduardo que continuara siendo un discípulo aplicado, y aconsejó a *sir* Piercie que se mostrara lo menos posible, para evitar que los merodeadores ingleses lo apresaran.

Cumplidos estos diversos deberes de cortesía, salió al patio con todo su cortejo, y allí, exhalando un suspiro, que muy bien podía pasar por gemido, el venerable padre

montó sobre su pacífica cabalgadura, cuyas ancas estaban cubiertas con una larga gualdrapa color rojo obscuro que colgaba hasta el suelo; y, muy satisfecho de que los caracoleos del caballo de *sir* Piercie no comprometieran la calma habitual del suyo, se encaminó al monasterio.

Cuando el subprior estuvo sentado sobre su cabalgadura, buscó con la vista a Alberto. Este estaba medio oculto detrás de uno de los muros de la torre contemplando la cabalgata, dispuesta ya para partir, y al grupo que la rodeaba.

Poco satisfecho de las explicaciones que el joven había dado de la aguja misteriosa, experimentaba el deseo de interrogarle de nuevo tan pronto como se le presentara ocasión. Por fin, habiéndole descubierto, se despidió de él con una inclinación de cabeza, recomendole por señas que tuviera prudencia, y alejose con el resto de la cabalgadura al lado de su superior.

CAPÍTULO XX

> «Vais a mostrarme vuestros títulos de nobleza, y, espada en mano, os rendiré pleitesía, como corresponde a personas de honor y de renombre. Mi petición os parecerá razonable. Seguidme, si os place, porque el momento es propicio».
>
> *(Peregrinación del Amor).*

La mirada que el subprior dirigió, al marcharse, a Alberto Glendinning y el consejo que le había dado por señas, impresionaron y profundamente al joven, pues, aunque menos aplicado y menos aprovechado que Eduardo, lo amaba y lo respetaba, y el escaso tiempo que pudo reflexionar bastó para hacerle comprender que acababa de emprender una aventura peligrosa. No podía apreciar la importancia de la ofensa que había inferido a *sir* Piercie Shafton; pero comprendía que esta era grave y estaba obligado a arrostrar las consecuencias.

A fin de tranquilizarse, resolvió dar un paseo por los alrededores, lo que le permitía reflexionar respecto a la forma en que debía abordar al orgulloso extranjero. El momento era favorable para ejecutar este proyecto, sin parecer que huía de *sir* Piercie, pues todos los miembros de la familia se habían ya dispersado, unos para reanudar sus ocupaciones interrumpidas por la visita de los benedictinos, otros para ordenar lo que se había desarreglado para recibirlos. Saliendo, pues, de la torre sin ser visto, según creía, bajó la pequeña colina y se dirigió hacia una pradera que se extendía hasta el primer recodo que formaba el río, con el propósito de llegar hasta el grupo de árboles que le ocultara a los ojos de todos; pero tan pronto como llegó allí, una mano le tocó en el hombro, volvió él la cabeza y reconoció a *sir* Piercie Shafton que le había seguido.

Cuando no se confía en la justicia de nuestra causa o algún otro motivo hace vacilar nuestro valor, desconcierta encontrarse con el contrincante antes de lo que se había previsto.

Alberto Glendinning, aunque intrépido por naturaleza, se inquietó al ver al extranjero, cuyo resentimiento había provocado. Su corazón latió algo más aprisa que de costumbre; pero su orgullo le impidió exteriorizar su emoción.

—¿Qué deseáis de mí caballero? —preguntóle sin desconcertarse al advertir el aspecto amenazador de su adversario.

—¿Qué deseo de vos? —repitió *sir* Piercie—. La pregunta es graciosa después de vuestro comportamiento conmigo… Joven, ignoro qué os ha podido inducir a colocaros con tanta insolencia en oposición con una persona que recibe hospitalidad de vuestro señor el abad de Santa María, y que, hasta por la sola razón de encontrarse bajo el mismo tedio que vuestra madre, debía ser respetado. No os pregunto, pues me importa poco saberlo, por qué medio habéis podido conocer el fatal secreto que puede

deshonrarme; pero ese descubrimiento ha de costaros la vida.

—Opino lo contrario, si mi brazo y mi espada pueden defenderla —contestó Alberto osadamente.

—No os privaré de medios de defensa; pero, siendo vos un joven sin experiencia, no os será de gran utilidad, y debo preveniros que combatiremos hasta que uno de los dos muera.

—Tened seguridad de que no he de humillarme pidiéndoos cuartel. Habláis como si ya hubiera caído bajo vuestros golpes. Ignoro cuál será mi suerte; pero os prometo que, si muero, lo haré con dignidad.

—¿Acaso abrigáis el propósito de no hacer nada para cambiar la suerte que os amenaza?

—¿Y qué podría hacer? —preguntó Alberto, deseando conocer el pensamiento del caballero.

—Explicadme en seguida, sin subterfugios, por qué medios os habéis colocado en situación de poder inferir una herida tan profunda a mi honor; y si podéis designarme un enemigo más digno de mi cólera que vos, quizá permita a vuestra obscura nulidad que disculpe vuestra insolente conducta.

—Eso es subirse a la parra —contestó Glendinning con firmeza—, y vuestra presunción merece un correctivo. Habéis llegado a casa de mi madre desterrado, fugitivo, y os habéis mostrado orgulloso y tratándonos con desdén. Vuestra conciencia es la que debe deciros de qué medios me he valido para poder devolveros desprecio por desprecio. Me basta reclamar el privilegio de escocés libre, que jamás ha sufrido una injuria impunemente ni un ultraje sin tomar venganza de él.

—Basta. Mañana temprano arreglaremos este asunto con las armas en la mano. Vos designaréis el lugar del combate; saldremos como si fuéramos de caza.

—Conforme. Os conduciré a un sitio en que podrían batirse y perecer cien hombres sin que nadie los interrumpiera.

—Perfectamente. Ahora, separémonos. Muchos creerían rebajarse batiéndose con el hijo de un vasallo de la Iglesia; pero ninguna consideración puede impedirme castigar el insulto que me habéis hecho. No olvidéis que ante los moradores del castillo debemos ocultar nuestros mutuos resentimientos. Basta que mañana pensemos en ellos.

Y, dicho esto, el caballero regresó a la torre.

Durante esta conversación, *sir* Piercie se abstuvo de emplear el lenguaje ampuloso con que solía expresarse. La afrenta que había recibido y el deseo de vengarse le preocupaban, sin duda demasiado, impidiéndole pensar en su ridícula afectación. Animado de una energía de la que no había aún dado pruebas desde su llegada a Glendearg, el caballero inglés nunca había parecido a su joven antagonista merecedor de tanta estima y respeto como durante esta breve conferencia; y Alberto, al volver con paso lento a su hogar, reconoció que si su adversario se hubiera conducido siempre como entonces, no le hubieran ofendido sus discursos. Fuera lo

que quisiera, la cuestión era grave y debía resolverse por medio de las armas.

La familia de Alberto estaba reunida para cenar, y *sir* Piercie Shafton se dignó conversar con ella. La mayor parte de sus atenciones fueron prodigadas, como es de suponer, a su inimitable y divina Discreción, como llamaba a María Avenel; pero dirigió también algunos cumplimientos elegantemente expresados a la linda molinera, a quien daba el nombre de Amable Damisela, y hasta a la dueña de la casa. Temiendo que los encantos de sus frases no fueran suficientes para despertar la admiración del auditorio, añadió los de su voz; y, sin esperar a que se lo pidiesen; obsequió a la concurrencia con una canción compuesta, según decía, por el inimitable Astrofel, más conocido por el nombre de Felipe Sidney.

—Estos versos —decía— se publicarán algún día en esa incomparable obra maestra del espíritu humano que ha dedicado a su hermana, la admirable Parténope, a quien llaman la condesa de Pembroke. Por amistad, me ha dado a conocer esta producción y puedo decir que todo cuanto en ella hay de melancólico está endulzado por brillantes imágenes, delicadas descripciones, deliciosos versos, e intermedios tan seductores, que se parece a las estrellas que adornan el manto negro de la noche. Sus cantos exquisitos van a sufrir mucho en mi boca; intentaré daros gusto anticipándoos la encantadora poesía del inimitable Astrofel.

Y, hecho este elogio, cantó, sin piedad ni remordimiento, quinientos versos, de los que hacemos gracia al lector para no aburrirle, como el caballero inglés aburrió a sus oyentes.

Como *sir* Piercie Shafton acostumbraba cantar con los ojos entornados, hasta que no hubo concluido su último verso, no miró en torno suyo y vio que la mayor parte de su auditorio estaba profundamente dormido. María Avenel, por cortesía, luchaba con el sueño, abriendo de vez en cuando los ojos, pero Mysie estaba transportada mentalmente al molino de su padre, y dormía entre los sacos de harina. Eduardo, que al principio había escuchado muy atentamente, sucumbía a la influencia soporífica de la poesía del inimitable Astrofel, y la señora Glendinning roncaba que era un encanto.

Solo Alberto tenía los ojos fijos en el caballero, no porque encontrara en los versos mayor placer que el resto de la concurrencia, sino porque admiraba y, tal vez, envidiaba la tranquilidad de aquel hombre que a la mañana siguiente debía batirse a muerte. Hasta pudo observar que *sir* Piercie le dirigía de vez en cuando miradas a hurtadillas, sin duda para ver el efecto que producía a su adversario su sangre fría y su serenidad.

—No verá en mí nada que le haga suponer que estoy más inquieto ni más agitado que él —pensó el valeroso Glendinning; y se puso a preparar sus sedales para la pesca, demostrando a su adversario toda su indiferencia ante los acontecimientos del día siguiente.

Era ya bastante tarde cuando *sir* Piercie concluyó de cantar las inacabables estrofas del divino Astrofel, y los oyentes se levantaron de la mesa para irse a dormir más cómodamente en su lecho respectivo. Entonces el caballero se acercó a la señora

Glendinning, y le dijo que había propuesto a su hijo Alberto…

—¡Alberto! —interrumpió Elspeth con orgullo— Alberto, como su abuelo, Alberto Brydone.

—Pues bien —prosiguió—, he propuesto a vuestro hijo Alberto que madrugue para ir a acosar un gamo. Quiero convencerme *de visu* de que es tan diestro como se pretende.

—¡Caballero —contestó Elspeth—, es demasiado madrugador, y no os extrañe, pues siempre tiene en las manos algún arma mortífera! Además, está a vuestra completa disposición; y confío que le haréis comprender que debe obediencia a nuestro venerable señor el abad de Santa María, y que le decidiréis a aceptar el puesto ventajoso que se le ha ofrecido.

—Tened confianza en mí, señora. Me propongo aleccionarle de tal modo que no falte nunca al respeto y sumisión que debe a todos los que ocupan una posición más elevada que la suya.

Y volviéndose hada Alberto, agregó:

—Nos encontraremos al final de la pradera entre el grupo de árboles.

Alberto contestó con una señal afirmativa.

—Ahora —prosiguió el caballero—, después de desear a mi adorable Discreción la compañía de los agradables ensueños que revolotean en torno del lecho de la belleza, los favores de Morfeo a la Amable Damisela, y una buena noche a todos, os pido permiso para ir a descansar.

Y, dicho esto, salió de la estancia sin escuchar a la viuda de Glendinning, que le aseguraba encontraría un lecho muy mullido, y que podía reposar en él mucho mejor de lo que creía, pues acababan de llevar de la abadía de Santa María, entre otras cosas, un excelente colchón de plumas y colchas de plumón.

—Es muy amable, aunque algo fatuo —dijo Elspeth cuando se hubo alejado—, y sabe cantar lindas canciones. Su compañía es muy agradable; pero quisiera saber cuándo se va a marchar.

Inmediatamente se retiró, no sin haber recomendado a Alberto que no olvidara su cita con *sir* Piercie Shafton al día siguiente.

Alberto, que dormía en la misma habitación que su hermano, envidió el sueño que cerró los párpados dé este. Comprendía Alberto, por habérselo advertido el espíritu misterioso cuando accedió a su imprudente ruego, que probablemente resultaría una desgracia, y se daba cuenta de todos los peligros y de todas las penalidades de que su familia se iba a ver amenazada, cualquiera que fuera el resultado de ese fatal duelo. Si él perecía, sumiría en el mayor desconsuelo a su madre y a su hermano, idea que contribuía a hacerle ver la imagen de la muerte en toda su terrible realidad; y el enojo del abad de Santa María recaería sobre toda su familia, a no ser que la generosidad del vencedor lo impidiese. ¿Y María Avenel?… Quedaría envuelta en la ruina de su casa, sin que él pudiera socorrerla.

La perspectiva era más sombría aún si la suerte le daba la victoria. ¿Qué ganaría?

¡La vida y la satisfacción de su amor propio! Pero infaliblemente las consecuencias de su triunfo serían más funestas a su madre, a su hermano y a María Avenel que las de su derrota y su muerte. Si la suerte favorecía al caballero inglés, este, por generosidad, les protegería; pero, en caso contrario, ¿quién los pondría al abrigo de la cólera del abad, enojado por la muerte de su huésped a las manos de un vasallo, en cuya casa lo había alojado? Por más vueltas que daba al asunto, no veía en el porvenir más que la ruina de las personas amadas, ruina que él habría provocado. Tales reflexiones turbaban el espíritu de Alberto y alejaban el sueño de sus ojos.

Pero ¿podía acaso someterse a una humillación que tampoco le ponía fuera de peligro? Su orgullo se sublevaba ante la idea de confesar al caballero cómo había llegado a su poder la aguja misteriosa, pues, al degradarse así, cometería una bajeza inútil.

—Si refiriese el suceso extraordinario —decíase—, ¿no sería despreciado como impostor o castigado como hechicero? Si el caballero inglés fuera generoso, noble, magnánimo, como los campeones de que hablan las novelas, me oiría y me sacaría de la penosa situación en que me encuentro; pero es, o al menos parece serlo, un fatuo, presumido y vanidoso, ante quien me humillaría inútilmente. ¡Humillarme! No, no haré semejante cosa.

En una especie de acceso frenético, empuñó su espada, que estaba al lado de la cama, la desenvainó e, incorporándose, la blandió en el aire con violencia. Los rayos de una espléndida luna llena que en aquel momento penetraban por una estrecha ventana abierta en el grueso muro de la torre, trazaban en la estancia una línea luminosa, y ¡cuáles no serían su sorpresa y terror, al ver ante sí la forma aérea y transparente de la Dama Blanca!

Jamás aquel ser misterioso le había inspirado emoción tan profunda. Al evocarla en otras ocasiones, sabía que iba a aparecer y estaba resuelto a arrostrar las consecuencias; pero esta vez la Dama Blanca se presentaba sin que la llamasen y el joven tomaba esta aparición como presagio de alguna desgracia, y le atemorizó aquella especie de inteligencia con un espíritu infernal cuyo poder e intenciones le eran completamente desconocidos. Así, pues, creyó morirse de espanto cuando le oyó decir:

—El que experimenta deseos de venganza debe estar dispuesto a derramar su sangre sin temblar. Quien siembra viento, solo recoge tempestades.

—¡Retiraos, espíritu del mal! —exclamó Alberto—. Demasiado me cuestan ya vuestras profecías. ¡Retiraos, en nombre de Dios!

La Dama Blanca se sonrió desdeñosamente y repuso:

—Me llamaste dos veces, y aunque no deseaba verte, acudí a tu llamamiento. Hoy me presento ante ti por vez tercera, aunque mi presencia te cause enojo.

Y Glendinning, cediendo a un invencible terror, llamó a su hermano en voz alta:

—¡Eduardo! ¡Eduardo! ¡Por la Virgen Santa, despertaos!

Eduardo entreabrió los ojos y le preguntó qué deseaba.

—¡Mirad, mirad bien! ¿No veis nada en la habitación?

—No; os aseguro que no —contestó, mirando a todas partes.

—¡Cómo! ¿No veis nada, a la claridad de la luna, allí junto a la ventana?

—Absolutamente nada; no veo más que a mi hermano con la espada en la mano, como si tuviera que defenderse de una legión de enemigos. En las armas espirituales, Alberto, deberíais tener confianza. Más de una vez habéis soñado con apariciones y combates, y en este momento soñáis despierto. Creedme, rezad y, al amparo de Dios, dormiréis y os despertaréis tranquilamente.

—Quizá tengáis razón —respondió Alberto con los ojos fijos en la Dama Blanca, que para él no había desaparecido aún—. Pero, querido Eduardo, ¿es posible que no veáis a nadie en la habitación?

—A nadie ni nada —repitió Eduardo incorporándose y mirando a todos lados—. Dejad vuestra espada, hermano; rezad una oración y procurad dormiros.

La aparición dirigió entonces una mirada despectiva a Alberto y desapareció.

—¡Que Dios me conserve el juicio! —exclamó el mayor de los Glendinning; y poniendo la espada en el sitio de donde la había cogido, se acostó.

—¡Amén, hermano! Si invocamos a Dios en nuestras aflicciones, no provoquemos su cólera a sabiendas. No os enojéis, Alberto, por lo que voy a deciros. Ignoro por qué os alejáis tanto de mí desde hace algún tiempo; pero creedme, he llorado muchas veces en secreto, y no he querido molestaros en vuestros paseos solitarios, aunque antes estábamos casi siempre juntos. Es verdad que no tengo vuestra fuerza ni vuestro arrojo; pero, si no podía cazar con tanta destreza como vos, cuando descansábamos en el borde de un arroyo o debajo de un árbol, escuchabais con agrado las historias que os contaba. ¿Es que he perdido vuestro afecto? ¿Tenéis algún pesar que no os atrevéis a confiarme?

—No, Eduardo, no; vuestros temores carecen de fundamento, vuestras inquietudes son injustificadas.

—Escuchadme, hermano: las palabras que pronunciáis durmiendo y los ensueños que tenéis despierto revelan que padecéis una obsesión creyendo ver doquiera fantasmas y seres sobrenaturales. Nuestro buen padre Eustaquio nos ha dicho que aunque no haya que dar crédito ligeramente a la existencia de tales espíritus, las Santas Escrituras nos autorizan a creer que hay seres de naturaleza diferente de la nuestra, seres que frecuentan los parajes desiertos, y bromean o juegan con las personas. Sabéis que ciertos parajes del valle no gozan de buena reputación, y no debéis volver a ellos a menos que permitáis que os acompañe, pues para hacer frente a un peligro de esta índole la presencia de ánimo vale más que la fortaleza y robustez del cuerpo. No es que tenga pretensiones de gran sabiduría, pero creo que puedo juzgar mejor que vos ciertas cosas.

Mientras escuchaba, Alberto, había experimentado deseos de abrir su corazón a Eduardo y de confesarle la causa de su aflicción; pero, como su hermano añadiera que el día siguiente era víspera de una gran fiesta, y que cuando hubiera concluido

todo lo que tenía que hacer iría al monasterio para confesarse con el padre Eustaquio, guardó silencio.

—No puedo revelar la verdad —pensó—; me tomarían por un impostor. Me batiré, pues, con ese inglés, y veré si su espada está mejor templada y su brazo es más fuerte que el mío.

El orgullo que, según dicen, ha salvado al hombre y hasta a la mujer de más de una caída, no ejerce nunca influencia sobre el espíritu si este no encierra la causa de la pasión.

Adoptada esta decisión, aunque no era la más prudente, Alberto se durmió al fin y no despertó hasta el día siguiente cuando empezaba a alborear.

CAPÍTULO XXI

> «Se bate bastante bien; pero se advierte que le faltan conocimientos y le sobra coraje. Un rústico puede, sin embargo, aventajar a un maestro de esgrima».
>
> *(Comedia antigua).*

La incierta luz del alba lanzaba sus primeros destellos cuando Alberto Glendinning abandonó el lecho; vistióse apresuradamente, ciñose la espada y tomó una ballesta como si fuera de caza; bajó a tientas la escalera de caracol, y abrió la puerta con el menor ruido posible. Al llegar al patio, contempló la torre en que su familia reposaba tranquila, y vio una mano que le hacía señales con un pañuelo.

Suponiendo que fuera su antagonista que le invitaba a esperarle, se detuvo; pero quedó extraordinariamente sorprendido al ver aparecer a María Avenel. Se conmovió como un culpable sorprendido en flagrante delito, y, por primera vez, la presencia de María le fue enojosa.

María Avenel preguntó a Glendinning a dónde iba, y el joven le mostró su arco.

—No, Alberto, no —protestó María—. Este subterfugio es indigno de vos, que no habéis mentido hasta ahora. Vais a batiros con el extranjero.

—Y ¿por qué había de batirme con nuestro huésped? —contestó ruborizándose.

—No debéis hacerlo, pero eso es lo que pensáis en este momento.

—¿Qué os ha sugerido esa idea, María? —contestó Alberto tratando de ocultar su emoción—. *Sir* Piercie Shafton es el huésped de mi madre y el protegido del abad de Santa María, nuestro señor temporal; su nacimiento es ilustre; ¿por qué suponéis que me hayan molestado las palabras inconscientes que me ha dirigido, más con la intención de mostrarme su gracia que por malicia?

—Vuestra pregunta no me permite ya dudar, Alberto. Desde vuestra infancia, os habéis mostrado emprendedor, amigo del peligro, aventurero y dispuesto a aprovechar la menor ocasión de demostrar vuestro coraje. El temor no os hará desistir de vuestra resolución; pero que sea la piedad, Alberto, la piedad a vuestra madre, a quien la muerte o la victoria de su hijo va a privar de su consuelo y de su sostén durante sus últimos años.

—Le quedaría mi hermano —dijo Alberto volviendo la cabeza.

—Sí, le quedaría el bueno, el sensato, el prudente Eduardo, a quien tampoco falta valor, Alberto; pero, sin tener vuestro ímpetu, está, como vos, animado de un noble orgullo, acompañado de suma prudencia. No sería a él, ciertamente, a quien su madre ni su hermana adoptiva suplicarían inútilmente que no corriera a su perdición y no les arrebatara toda esperanza de dicha, toda seguridad de protección.

Este reproche sublevó nuevamente el orgullo de Alberto.

—Pues bien —replicó—, ¿qué os importa de mí, si tenéis un protector más

sensato, más prudente, y tan bravo como yo? ¿Qué más podéis desear? ¡Yo no os sirvo para nada!

Alberto disponíase ya a retirarse, cuando María le puso una mano sobre el hombro con tanta dulzura que apenas la sintió; pero este suave contacto le impidió dar un paso. Con un pie en el umbral, quedóse inmóvil como por un encanto invencible. La joven quiso aprovechar este momento de duda, y dijo:

—Escuchadme, Alberto: yo, huérfana, he sido la compañera de vuestra infancia; pero, si vos no queréis escuchar mi tímido ruego, ¿a quién se atreverá María Avenel a dirigir otro?

—Os escucho, querida María; pero apresuraos. Os equivocáis respecto a la causa que me impulsa a salir; no se trata más que de una partida de caza, y…

—No habléis de ese modo. Podéis engañar a los demás; pero a mí no me engañaréis nunca. Desde mi más tierna infancia poseo un no sé qué que me hace descubrir la mentira. Ignoro por qué el destino me ha concedido tal privilegio; pero aunque ignorante, mis ojos ven a veces lo que los hombres se esfuerzan en ocultarme: descubro el sombrío proyecto envuelto en un sonrisa, y una mirada me dice más que todos los juramentos y protestas.

—Perfectamente. Puesto que el corazón humano no tiene nada oculto para vos, decidme, querida María, qué veis en el mío, y decidme que lo que leéis no os ofende. No digáis más que eso, y seréis el guía de mis acciones; no haré más que lo que me ordenéis, y depositaré mi honor en vuestras manos.

Al oír esto María, subiole el rostro un vivo rubor seguido de una palidez súbita; pero, cuando Alberto levantó la vista hacia ella y quiso cogerla la mano, la joven se la retiró con dulzura y contestó:

—Si leyera en vuestro corazón, Alberto, no quisiera ver en él más que lo que pudiéramos confesarnos mutuamente. En cuanto a los demás, todo lo que puedo hacer es juzgar por signos exteriores, por las palabras y por las acciones, aunque con más certeza que nadie; lo mismo que mis ojos, como sabéis, han visto a veces cosas que permanecían invisibles para los demás…

—¡Pues que vean lo que no volverán a ver más! —exclamó Glendinning y se precipitó fuera del patio sin volver la vista atrás.

María Avenel exhaló un grito y cubriose el rosto con las manos.

Hacía un minuto aproximadamente que permanecía en esta actitud, cuando oyó detrás de ella una voz que le decía:

—Sois muy generosa, clemente Discreción al ocultar esos ojos brillantes que eclipsarían a los rayos, que empiezan a inundar de luz el horizonte. Probablemente Febo, temiendo el peligro de semejante encuentro, haría retroceder su carro, dejando al mundo sumido en profundas tinieblas, si vos no velarais con vuestros dedos de nácar los soles de vuestro rostro peregrino. Creedme, amable Discreción.

Sir Piercie Shafton, a quien, el lector, sin duda, le ha reconocido por lo florido de su lenguaje, quiso coger la mano de María, probablemente para que su discurso

produjera más impresión; pero la joven, retirándola vivamente, le dirigió una mirada de terror, y entró precipitadamente en la torre.

El caballero la siguió con la vista haciendo un gesto de contrariedad.

—¡Por mi honor! —exclamó—. He pronunciado a esta rústica un discurso que la más orgullosa beldad de la corte de Inglaterra hubiera querido oír, y he perdido el tiempo. El destino, que te ha enviado a estos lugares salvajes, pobre Piercie Shafton, es muy cruel e inexorable contigo, puesto que te ha reducido a no mostrarte más que en presencia de campesinas tontas, y a demostrar tu valor luchando solo contra groseros aldeanos. Pero este insulto, esta afrenta tendrá que pagarla con su vida ese ignorante. La enormidad del crimen debe hacer olvidar la desigualdad del linaje.

Y, discurriendo de esta suerte, encaminóse al lugar de la cita, donde ya lo esperaba su adversario.

Después de saludar a Glendinning cortésmente, le dijo:

—Os ruego que observéis que puedo quitarme el sombrero ante vos sin descender de mi alcurnia a pesar de su inmensa superioridad sobre la vuestra, puesto que al dispensaros el honor de batirme con vos os he elevado, según la opinión de los mejores caballeros, hasta mi mismo nivel, honor que no os parecerá muy caro, aunque lo paguéis con vuestra vida.

—Eso será —contestó Alberto— una condescendencia que deberé a la aguja que os he mostrado.

El caballero varió de color y rechinó los dientes de rabia.

—¡Desnudad vuestra espada! —exclamó.

—Aquí no; podíamos ser interrumpidos. Os conduciré a un sitio donde no correremos tal riesgo.

Glendinning había resuelto batirse a la entrada de Corri-nan-shian, no solo porque a aquel retiro, por su reputación de ser la morada de las hadas, nadie se atrevía a acercarse, sino también porque creía que el paraje debía ejercer cierta influencia en su destino y quería que fuera testigo de su victoria o de su derrota.

Los duelistas caminaron durante algún tiempo al lado uno del otro sin hablarse, como enemigos generosos que, no teniendo nada que comunicarse amistosamente, se abstienen de pronunciar vanas palabras. Como el silencio era para *sir* Piercie Shafton un sufrimiento penoso y la cólera le pasaba pronto, empezó a dirigir a Glendinning cumplimientos por su destreza y actividad en medio de los obstáculos que embarazaban el camino.

—Creedme, digno aldeano —decía, no andamos con más seguridad en nuestras fiestas de la corte, y si un pantalón de seda realzara vuestra pierna, podíais mostrarla con bastante ventaja en una danza. Pero, hablemos del objeto de nuestra cita; supongo que conoceréis el arte de la esgrima.

—Sé lo que me ha enseñado un viejo pastor llamado Martín, que ejerció la noble profesión de las armas en tiempos de mi padre; he recibido algunas lecciones de Cristián de Clint-hill y cuento con una buena espada, un brazo vigoroso y un corazón

firme.

—¡Virgen Santísima! Me encanta que estéis bien instruido, joven Audacia, pues os daré este nombre mientras nos encontremos juntos y os permitiré que me llaméis Condescendencia. Sí; estoy en contacto con vuestra ignorancia. Nosotros los favoritos de Marte, castigamos a nuestros adversarios según el tiempo que nos hacen perder y el riesgo que nos obligan a correr. Puesto que no sois más que un novicio, os castigaré con la pérdida de una oreja, de un ojo o de un dedo, y una buena estocada en las carnes, proporcionada a la falta que habéis cometido. Si, por lo contrario, hubiereis podido oponerme mayor resistencia, no sé si vuestra muerte sería suficiente castigo a vuestra temeridad y a vuestra presunción.

¡Por Dios y por Nuestra Señora! —exclamó Alberto, no pudiendo contenerse por más tiempo—. Es preciso que seáis muy presuntuoso para hablar así del desenlace de un combate que no ha empezado todavía. ¿Acaso sois Dios para disponer de tal suerte de mi vida y de mis miembros? ¿Sois un juez que ordena cómo se ha de disponer de la cabeza y del tronco de un criminal condenado a muerte?

—No, joven Audacia; no soy ni Dios para saber previamente el desenlace de un duelo, ni juez para disponer a mi capricho de los miembros de un sentenciado; pero soy bastante buen maestro de armas, el mejor discípulo del mejor maestro de la mejor escuela de esgrima de Inglaterra, del admirable y sabio Vintencio Saviola, que me ha enseñado a tener firmeza en las corvas, seguridad en la vista, ligereza en la mano y otras cualidades que os demostraré, rústica Audacia, tan pronto como estemos en terreno a propósito para hacer tales experiencias.

Precisamente en aquel momento entraban en la garganta del desfiladero que conducía a Corri-nan-shian, donde Glendinning tuvo al principio la intención de celebrar el combate; pero, como viera que el terreno era bastante desigual y estaba rodeado de rocas, y la agilidad era el único recurso que podía suplir su desconocimiento de la esgrima, decidió buscar un sitio más favorable, por lo que continuó avanzando hasta la fuente.

Entre la fuente y la roca que se elevaba frente a ella había un terraplén bien nivelado y cubierto de césped, que, aunque algo estrecho, era suficiente para batirse.

En aquel lugar, cuya situación retirada y aspecto salvaje eran muy adecuados para batirse a muerte, vieron, con gran sorpresa, un hoyo cavado al pie de la roca. La hierba había sido colocada en cuadros muy regulares a un lado, y la tierra al otro, y junto al hoyo había un azadón y una pala.

Sir Piercie, al ver aquellos fúnebres preparativos, se puso serio, arrugó el entrecejo, y, mirando a Alberto con fijeza, preguntó:

—¿Qué significa esto, joven? ¿Acaso habéis pensado hacerme traición? ¿O me habéis traído a alguna emboscada?

—¡No, a fe mía! No he informado a nadie de nuestro proyecto, y ni por el trono de Escocia me batiría con ventaja con nadie.

—Quiero creeros, mi Audacia —contestó el caballero recobrando el tono afectado

que en él constituía una segunda naturaleza—. Además, este hoyo está admirablemente cavado, es la obra maestra de un sepulturero. Así, pues, demos gracias a la suerte o al amigo desconocido que ha preparado para uno de nosotros una sepultura decente, y veamos cuál gozará desde hoy de un reposo eterno.

Dicho esto, quitose la capa, la dobló cuidadosamente y la colocó sobre una piedra grande. Después hizo lo mismo con su casaca, y Alberto le imitó, no sin experimentar alguna emoción.

Sin embargo, el paraje donde se encontraba había sugerido algunas conjeturas a Glendinning.

—Esta sepultura preparada tan oportunamente debe ser obra de la Dama Blanca —pensó—; el espíritu ha previsto el resultado del combate. Aquí quedaré muerto o convertido en homicida.

Pero era ya demasiado tarde para retroceder; toda eventualidad de salir honrosamente del paso sin perder la vida o sin arrebatársela a su adversario, parecía descartada en absoluto. Después de un momento de reflexión, esta situación desesperada infundió a Alberto nuevo valor, puesto que no tenía otra alternativa que vencer o morir.

—Como carecemos de testigos —dijo *sir* Piercie—, me parece conveniente que paséis vuestra mano sobre mi cuerpo, como yo haré después con vos. No es porque os crea capaz de haberos provisto secretamente de una armadura defensiva, sino por seguir la antigua y laudable costumbre adoptada en análogas circunstancias.

Mientras Glendinning, por complacer a su adversario, cumplía este requisito, *sir* Piercie no quiso perder la ocasión de hacer gala de la finura de su camisa.

—Es —dijo— la que llevaba en el torneo de que el divino Astrofel, es decir, nuestro incomparable Sidney, y lord Oxford fueron mantenedores, y en el que figuré a la cabeza de la hueste que obtuvo la victoria en el combate general con que finalizó la fiesta. Todas las bellezas de nuestra querida Inglaterra se encontraban en las tribunas animando a los combatientes, con sus pañuelos y con sus aclamaciones. Terminada aquella justa fuimos obsequiados con un suculento banquete; y la noble Urania, que aquel día, era la condesa de Pembroke, me prestó su propio abanico para refrescar mi rostro acalorado. En agradecimiento a aquella cortesía, le dije: «¡Oh divina Urania! Recoged este fatal abanico, pues se parece menos el céfiro cuyo aliento es dulce y fresco, que al ardiente siroco que enciende más aún lo que está ya inflamado». La noble Urania, al oír esta frase, me miró afectando una actitud despectiva, a través de la cual un cortesano experimentado no podía menos de ver una forma tierna de aprobación…

—Caballero —contestó Alberto, después de haber escuchado algún tiempo con paciencia—, todo eso no tiene la menor relación con el asunto que nos ha traído aquí, y en el que vamos a ocupamos, si os parece bien.

—Tenéis razón, mi rústica Audacia, pero todo lo olvido cuando los recuerdos de la divina corte inglesa acuden a mi memoria, como un santo queda deslumbrado

cuando la visión que ha tenido desaparece. ¡Ah, corte celestial, o, mejor dicho, cielo de las cortes, embellecida por los bailes y encantada por la música, en cuyos torneos brillan entre sedas, terciopelos y las telas más ricas los diamantes, los rubíes, y las piedras más preciosas, cuyo resplandor semeja…!

—¡La aguja, caballero! ¡Pensad en Ja aguja! —exclamó Glendinning, que cansado de aquella interminable charla, creyó que el mejor medio de obligar a su adversario a ocuparse en el objeto de aquel paseo era recordarle el motivo de su querella.

No se había equivocado Alberto, pues tan pronto como él pronunció estas palabras, *sir* Piercie, dirigiéndole una furiosa mirada, dijo:

—Tenéis razón; ha sonado ya la hora de vuestra muerte. ¡En guardia, pues!

Y las espadas de ambos salieron a un tiempo de sus vainas.

Como Alberto había previsto, el caballero no se había vanagloriado al considerarse diestro en el manejo de esta arma, de la que conocía todo cuanto los maestros de esgrima italiana habían puesto en uso en aquellos tiempos. Glendinning no era tampoco completamente novicio en el arte, según el método escocés antiguo, y poseía, además, una sangre fría imperturbable, cualidad muy necesaria para batirse en duelo.

Al principio, para apreciar las fuerzas del caballero y conocer su juego, se mantuvo a la defensiva, con los pies, la vista, la mano y todo el cuerpo en perfecta posición y manteniendo constantemente la espada dirigida hacia su adversario, lo que obligó a *sir* Piercie, después de varias paradas, a ensayar algunos ataques muy diestros; pero Alberto frustró hábilmente los ataques de su adversario.

Extrañado de semejante sistema de defensa, el caballero adoptó la misma actitud por temor de dar alguna ventaja a Glendinning acosándolo de cerca; pero este era demasiado prudente para estrechar mucho a un adversario cuya destreza le habían puesto ya más de una vez a dos dedos de la muerte, cosa que solo pudo evitar merced a su buen golpe de vista y a su gran agilidad. Al fin, y como si se hubieran puesto de acuerdo, cesaron de combatir bajando ambos al mismo tiempo la punta de la espada, y contemplándose en silencio.

Glendinning, que a pesar de su valor, empezaba a inquietarse por su familia, no pudo por menos de decir:

—Caballero, ¿acaso el motivo de nuestra querella es tan grave que exige que uno de los dos ocupe esta sepultura? ¿No podríamos envainar con honor nuestras espadas y retiramos?

—Valiente y rústica Audacia —contestó el caballero del Sur—, no podíais dirigir esa pregunta a una persona más competente que yo. Suspendamos el combate hasta que os haya dado mi opinión, pues los hombres razonables no deben correr a su perdición como bestias terribles y fieras salvajes, sino matarse a sabiendas, con sangre fría y reflexión. Examinaremos el estado de las cosas, pues nos está permitido dudar que las tres Parcas, puestas de acuerdo, hayan decidido que uno de nosotros

perezca en este momento. ¿Me habéis comprendido?

—Sí —contestó Alberto después de un instante de reflexión—. He oído al padre Eustaquio hablar de tres Furias que poseen el hilo y las tijeras…

—¡Basta! ¡Basta! —exclamó *sir* Piercie, víctima de un nuevo acceso de cólera—. El hilo de vuestra existencia va a ser cortado.

Y atacó con furia al escocés, que no tuvo más que el tiempo indispensable para ponerse en guardia.

Pero, como ocurre frecuentemente, el ciego ímpetu de *sir* Piercie Shafton le fue fatal, olvidando toda precaución, dejó su pecho al descubierto, y la espada de Alberto penetrole hasta la guarnición.

Sir Piercie Shafton cayó con el cuerpo atravesado por la espada de su adversario.

CAPÍTULO XXII

> «Sí; su vida se extinguió para siempre. Su cuerpo, pálido y ensangrentado, no volverá a ser objeto de amor ni de odio, y su corazón no será víctima de las pasiones. Mi mano ha sido la que ha hecho de este ser un montón de carne, de sangre, de podredumbre, en la que se cebarán los gusanos».
>
> *(Comedia antigua).*

Entre los duelistas, hay muy pocos que pueden ver a su antagonista herido en tierra sin deplorar la imposibilidad en que se encuentran de rescatar, aun a costa de su propia sangre, la que acaban de derramar.

Alberto Glendinning fue presa del mayor espanto y terrible remordimiento al ver a *sir* Piercie Shafton tendido a sus pies sobre el césped y saliéndole del pecho la sangre a borbotones.

Arrojando lejos de sí el arma homicida, se arrodilló ante su infortunado adversario, lo levantó en sus brazos, e intentó inútilmente reanimarle.

El caballero inglés tuvo aún fuerzas para dirigirle algunas palabras, con la afectación que le era habitual y que ni en aquel momento desmintió.

—Joven aldeano —le dijo—: la Fortuna ha vencido a la Ciencia, y la Audacia ha vencido a la Condescendencia, como el gavilán vence a vedes al halcón. Apresuraos a huir. Salvaos. Tomad mi bolsa del bolsillo de mi casaca de seda encamada, os la doy; es merecedora de ser aceptada por un rústico escocés. Enviad mis baúles al monasterio de Santa María. Lego mi casaca de terciopelo azul y bordado con las calzas iguales a… ¡Oh! ¡La salvación de mi alma!

El dolor le impidió seguir hablando, y Alberto, intentando infundirle esperanzas, a las que él mismo no se atrevía a entregarse, le dijo:

—Animaos, pues podéis sanar. ¡Oh! ¡Si hubiéramos traído un cirujano!

—Todos los cirujanos del mundo, mi generosa Audacia, no podrían salvarme la vida que me abandona. Dad recuerdos de mi parte a la ninfa rústica llamada Discreción. Extendedme bien sobre el césped, mi Audacia, vos que habéis nacido para extinguir la luz más brillante de la dichosa corte de Inglaterra. ¡Oh santos y ángeles! ¡Damas y caballeros! ¡Danzas y teatros! ¡Joyas y bordados! ¡Amor, honor y belleza! …

El caballero no pudo continuar; exhaló un sordo gemido; sus miembros se pusieron rígidos; se cerraron sus ojos, y *sir* Piercie quedó inmóvil. El vencedor comenzó a mesarse los cabellos desesperado y precipitose sobre el cuerpo inanimado de su víctima como si pudiera salvarle. El corazón del caballero latía aún; pero, careciendo Alberto de todo recurso, ¿cómo evitar la muerte que se acercaba a pasos agigantados?

—¿Por qué —exclamaba en su inútil arrepentimiento—, por qué le habré provocado? ¡Pluguiera al Cielo que me hubiera resignado a sufrir las más crueles humillaciones, antes de convertirme en instrumento de un acto sanguinario! ¡Maldito, dos veces maldito sea este lugar funesto que escogí para teatro del duelo, sabiendo que era la guarida de brujas o de demonios! En cualquier otro sitio hubiera podido socorrerle, habría corrido a demandar auxilio a voces. Pero aquí, ¿dónde encontrarlo? ¿Quién me oirá, si no es el genio del mal que en este lugar reside? Aunque es esta la hora de aparecerse, lo llamaré, y si está en su poder prestarme auxilio, tendrá que acudir en su ayuda, pues, en caso contrario, verá de lo que es capaz un hombre arrastrado por la desesperación, aun contra los seres de otro mundo.

Alberto evocó efectivamente a la Dama Blanca; pero esta no se presentó ni se dejó oír.

Fuera de juicio, y con el atrevimiento que constituía el fondo de su carácter, exclamó al fin:

—Bruja, espíritu, demonio, ¿acaso ensordecéis cuando os imploran socorro? Cuando os pedí un medio de satisfacer mi venganza, bien pronto acudisteis. Apareceos, responded, o cegaré vuestra fuente, arrancaré vuestro viejo acebo, y haré en este funesto paraje tantos estragos como vuestros pérfidos consejos han producido en mi corazón.

Estas amenazas, dictadas por la desesperación, fueron interrumpidas por un grito lejano que parecía salir del fondo del barranco.

—¡Alabada sea la Virgen María! —exclamó Alberto, creyendo reconocer una voz humana—. Es un hombre, que tal vez pueda ayudarme y darme consejos.

Y, exhalando con grito, precipitose con la ligereza de un gamo perseguido por los cazadores, como si su suerte o su desgracia eterna dependieran de la rapidez de su carrera, llegando en pocos instantes al extremo del pequeño desfiladero, en el sitio en que el arroyo se precipita en el río que baña el valle.

Allí se detuvo, miró en todas direcciones, pero no vio a nadie. Su corazón cesó de latir.

Como las sinuosidades del terreno le impedían ver más allá y la persona a quien había oído podía muy bien encontrarse a poca distancia, aunque oculta a sus ojos, subiose a un roble, desde donde saltó sobre el saliente de la roca y se encontró a suficiente altura para abarcar con la vista todos los alrededores.

Un hombre bajaba al valle; pero no era ni un pastor ni un cazador, únicos seres que podían encontrarse en aquellas soledades, sobre todo hacia el lado del Norte, donde se extendía el pantano en que el río tenía su nacimiento.

Sin pensar, en quién pudiera ser aquel hombre, ni cuál el fin de su viaje, Glendinning bajó de la roca, no sin gran peligro, aunque sin tropiezo, con el propósito de ir a implorar sus auxilios y sus consejos, y corrió precipitadamente al sitio donde lo había visto, pero sin poder alcanzarle ni distinguirle.

Alberto empezaba ya a temer que algún fantasma, creación de su fantasía o de los

espíritus que se suponía que habitaban el valle, hubiera fascinado sus sentidos, cuando al rodear una roca enorme vio a poca distancia suya a un hombre en hábito de peregrino. ¡Su alegría fue inmensa!

El desconocido parecía ya anciano, tenía la barba muy larga y llevaba un sombrero de alas muy anchas y una especie de doble túnica de jerga negra, cuya parte superior le bajaba sobre los brazos. Un saco sujeto con una cuerda a la espalda, una vasija de cuero suspendida al costado y un grueso cayado en la mano, completaban su equipo. Andaba con lentitud, como si estuviera muy cansado.

—Glendinning no tardó en alcanzarlo.

—¡Dios os guarde, padre! —le dijo—. El Cielo os envía en mi ayuda.

—¿En qué, hijo mío, puede seros útil una criatura tan débil? —preguntóle el anciano, sorprendido al verse abordado de aquella manera por un joven vigoroso con el rostro descompuesto y lleno de inquietud, los ojos extraviados, la frente sudorosa y las manos ensangrentadas.

—En este valle, y a dos pasos de aquí, hay un hombre herido y sobre un charco de sangre. Venid conmigo; venid, anciano; vos debéis tener experiencia, o al menos estáis en posesión de vuestros sentidos; los míos casi me han abandonado.

—¡Un hombre sobre un charco de sangre! ¡En este paraje tan desierto!

—Sí, padre mío, sí; pero no es este el momento de interrogarme. Venid a socorrerle. Seguidme.

—Hijo mío, no se sigue a ciegas al primero que le sale a uno al paso en un lugar desierto. Antes de seguiros, quiero que me expliquéis…

—¡No hay tiempo para explicaciones! —exclamó Alberto—. Se trata de la vida de un hombre; y, si no me seguís por voluntad, me seguiréis por fuerza.

—Si lo que me decís es cierto, os seguiré de buen grado, y con mayor motivo, puesto que tengo algunos conocimientos de cirugía y llevo en el morral algunos medicamentos. Andad más despacio, os lo ruego, pues sucumbo al cansancio.

Glendinning, con la impaciencia de un corcel fogoso a quien su jinete obliga a acomodarse a la marcha de un mal rocín, refrenó su paso, devorado por una inquietud que se esforzaba en disimular para no alarmar al extranjero, que no parecía tener mucha confianza en él. Al llegar al sitio que debían bordear para ganar el barranco que conducía al Corri-nan-shian, el anciano se detuvo ante el aspecto aun más agreste del camino.

—Joven —dijo—, si meditáis alguna traición contra mí, poca cosa ganaréis, pues no poseo tesoros que puedan despertar la avaricia del ladrón o del asesino.

—No soy una cosa ni otra; pero puedo llegar a ser asesino si tardáis en socorrer a un desgraciado.

—¿Será cierto? ¿Pueden las pasiones humanas turbar la naturaleza hasta en sus más profundas soledades? Pero ¿por qué he de extrañarme de que donde falta el temor de Dios, se cometen actos de inhumanidad? El árbol se conoce por sus frutos. Andad, desgraciado joven; os seguiré.

Y, pareciendo olvidar su cansancio, el extranjero hizo los mayores esfuerzos para avanzar a medida del deseo de la impaciencia de su guía.

Pero ¡cuál no sería el asombro de Alberto cuando, al llegar al lugar del duelo, vio que *sir* Piercie Shafton había desaparecido! Solo su casaca se encontraba aún en el mismo sitio en que la había depositado. La hierba pisoteada conservaba aún las señales del combate, y el lugar en que había caído el caballero estaba cubierto de sangre.

Mirando en torno suyo, con terror y sorpresa, vio cerrada la sepultura que pocos momentos antes parecía esperar su presa. La víctima debía haber sido sepultada, pues la tierra estaba amontonada, formando una especie de túmulo recubierto de césped con el mayor cuidado.

Glendinning se quedó atónito. La mano que había cavado la fosa no había querido dejar su trabajo incompleto: ¿cuál podía ser esa mano, sino la del ser misterioso a quien él había invocado temerariamente y a quien había permitido ejercer una especie de ascendiente sobre su destino?

Retorciéndose las manos, alzando los ojos al Cielo y maldiciendo su vehemencia, entregábase a las más sombrías reflexiones, cuando la voz del extranjero, nuevamente desconfiado, le volvió a la realidad.

—¡Joven insensato! —decíale—. ¡Me habéis atraído a una emboscada para abreviar el curso de mis días!

—Os juro, por…

—No juréis por el Cielo, que es trono de Dios; ni por la tierra, que es su escabel; ni por las criaturas, que son obra suya. Decid sí o no, pero la verdad. ¿Qué motivo os ha impulsado a inventar una fábula para conducir a este sitio agreste a un viajero ya extraviado?

—Tan verdad como soy cristiano, que aquí he dejado a un caballero inglés bañado en su propia sangre. Al no verlo ahora aquí, sospecho que bajo este montículo reposan sus despojos mortales.

—¿Y cómo se llama ese hombre cuyo destino tanto os preocupa? ¿Cómo es posible que lo hayan transportado ya lejos o que le hayan dado sepultura?

—¿Cómo se llama?… Su nombre es Piercie Shafton. Aquí lo he dejado ensangrentado, aquí están las señales de su sangre, esta es su casaca. ¿Cómo no se encuentra ya aquí? Lo ignoro en absoluto.

—¡Piercie Shafton! ¿*Sir* Piercie Shafton de Wilverton, pariente, según se dice, de Piercie, conde de Northumberland? Si realmente le habéis dado muerte, permanecer en los dominios de Santa María es entregaros al verdugo. Seguidme, joven, y procurad evitar las consecuencias enojosas de vuestro crimen. Conducidme al castillo de Avenel, donde encontraréis seguridad y protección.

Antes de aceptar esta proposición, Alberto quiso reflexionar. Sin duda el abad desearía castigar de un modo ejemplar la muerte de *sir* Piercie Shafton, su amigo y huésped; y, aunque Alberto, antes del duelo, creyó que había apreciado bien las

consecuencias del hecho desde todos sus puntos de vista, se olvidó una de extrema importancia, y era la resolución que debía adoptar en el caso de que Piercie sucumbiera. Volver a Glendearg era atraer sobre su familia, y hasta sobre María Avenel, el enojo del abad y de toda la comunidad, y huir era confesarse autor de la muerte del caballero, y toda la cólera del abad recaería sobre él.

Pero la amistad que el subprior profesaba a Eduardo le inducían a esperar la protección del religioso, y, tal vez, confesándole todo lo ocurrido, intervendría eficazmente en favor de su familia.

Todos estos pensamientos pasaron rápidamente por su imaginación, y al fin, se decidió por la fuga, aceptando la proposición del extranjero; aunque dudaba que el castillo de Avenel fuera para él un asilo seguro, después de haberlo sido del caballero inglés.

—Bondadoso padre —dijo—, temo mucho que no conozcáis bien al hombre cuya protección me prometéis. En casa del barón Julián estuvo refugiado *sir* Piercie cuando llegó a Escocia, y Cristián de Clint-hill, jefe de sus soldados, lo condujo a Glendearg.

—Estoy enterado de todo eso, y sé que *sir* Piercie Shafton, instrumento ciego en manos de traidores, ha sido sacrificado por los mismos a quienes servía. Era un niño que ha servido de testaferro a gentes más hábiles en política y tan intrigantes como faltas de valor personal para llevar a cabo las conspiraciones que fraguan. Esto no obstante, si queréis depositar en mí la confianza que he tenido en vos, os garantizo que encontraréis en casa de Julián Avenel buena acogida, o al menos, protección.

—Padre mío, es bastante difícil conciliar vuestra promesa con la conducta ordinaria de Julián Avenel; pero, como me importa muy poco la seguridad de un miserable como yo, perdido y sin recursos y, a la vez, veo en vuestras palabras reflejarse la sinceridad, me creo en la obligación de corresponder a la confianza que os inspiro. Por lo tanto, os acompañaré al castillo de dicho barón, guiándoos por un camino bastante corto, que jamás hubieseis encontrado sin mi concurso.

Dicho esto, Alberto abrió la marcha seguido del extranjero, que caminaba en silencio.

CAPÍTULO XXIII

> «Cuando se calma el ardor del guerrero es cuando advierte que la herida le duele; y cuando cesa la fiebre de sus sentidos, le acusa la conciencia».
>
> *(Comedia antigua).*

Aunque en aquella época la vida de un hombre no tenía gran importancia, Alberto Glendinning experimentaba pesares más amargos de los que hubiera experimentado cualquiera otro en su caso. Sus remordimientos no tenían aquella intensidad que suele residir únicamente en las almas guiadas por los severos principios de una religión más perfecta. Sin embargo eran vivos y agudos, tanto más cuanto que iban unidos al sentimiento de verse precisado a alejarse de María Avenel y de la torre de sus mayores.

Su anciano compañero de viaje, después de haber caminado algún tiempo en silencio a su lado, no pudo por menos de preguntarle por qué se encontraba tan abatido.

—Hijo mío —le dijo—, se asegura que el dolor no puede permanecer mudo y que necesita hablar o matar. Decidme, ¿por qué ese abatimiento tan profundo? Referid vuestras desdichas; quizá mi experiencia podrá dar algunos consejos a vuestra fogosa juventud.

—¡Ay! —contestó Alberto—. La consternación en que estoy sumido no debe asombraros. Abandono el hogar paterno, me alejo de mis amigos, y estoy manchado con sangre de un hombre que solo me ofendió muy levemente. El corazón me acusa, y sería más duro que una roca, si pudiera soportar la penosa idea de que la víctima de mi furor ha ido a rendir una cuenta terrible sin estar debidamente preparada para ello.

—Basta, hijo mío. El hecho de no haber respetado la imagen de

Dios en la persona de vuestro prójimo, de haberos dejado arrastrar por el furor o por el orgullo, hasta el punto de derramar sangre humana, es, indudablemente, un pecado horrendo, y el no haber dejado al pecador tiempo para arrepentirse es más horrible aún; pero existe un bálsamo en Galaad.

—No os entiendo, padre mío —contestó Glendinning asombrado de la solemnidad con que le hablaba el anciano.

—Si habéis matado a vuestro enemigo —prosiguió el anciano—, habéis cometido una acción bárbara; pero, si lo habéis matado cuando no estaba en estado de gracia, es más criminal aún. Seguid mis consejos, y, si habéis entregado un alma a Satanás, esforzaos por arrancarle, al menos, otra.

—Ya os comprendo. Queréis que, para expiar mi crimen, procure la salvación del alma de mi adversario. Pero ¿cómo? No tengo dinero para pagarle misas. De buena gana iría descalzo a Tierra Santa para librar su alma del purgatorio, si no temiera…

—Hijo mío, el pecador por cuya salvación os conjuro a que trabajéis no ha muerto; no es por el alma de vuestro enemigo por la que os exhorto a orar: un juez, tan misericordioso como justo, lo ha sentenciado ya, y aunque convirtierais esta roca en ducados y los emplearais en rezarle misas, no le serían de ningún provecho. El árbol en el sitio en que cae, y el brote lleno de savia y de vida recibe la dirección que se le quiere dar.

—¿Acaso sois sacerdote, padre? ¿Quién os ha conferido el derecho de hablar de cosas tan elevadas?

—El Todopoderoso, mi Señor, bajo cuya bandera milito.

En cuestiones religiosas, Alberto solo conocía el catecismo del arzobispo de San Andrés, pues sus estudios de teología no habían ido más allá; pero, aunque poco versado en esta ciencia, empezó a sospechar que su compañero de viaje era uno de tantos herejes cuya influencia conmovía entonces la antigua religión hasta en sus fundamentos. Educado, desde su infancia, en un santo horror a esos formidables sectarios, no pudo reprimir la indignación que debía experimentar todo vasallo de la Iglesia en análogas circunstancias.

—¡Anciano! —exclamó—. Si vuestra mano fuera capaz de sostener lo que vuestra boca ha dicho contra nuestra santa madre la Iglesia, veríamos ahora mismo cuál de nuestras respectivas religiones tiene mejor defensor.

—Oídme, hijo mío —prosiguió el viajero sin alterarse—. Os he indicado los medios de reconciliaros con el Cielo, y habéis rechazado mi ofrecimiento; ahora voy a indicaros cómo os podéis reconciliar con el mundo. Separad esta cabeza debilitada por la vejez, del frágil cuerpo que la sostiene y presentadla al orgulloso abad Bonifacio. Confesadle que habéis dado muerte a Piercie Shafton, y, cuando veáis que su furor ha llegado a paroxismo, arrojad a sus pies la cabeza de Enrique Warden, y seréis colmado de elogios en vez de ser castigado.

Glendinning retrocedió, lleno de sorpresa.

—¡Cómo! ¿Sois vos Enrique Warden, tan célebre entre los herejes, y cuyo nombre es pronunciado entre ellos más aún que el de Juan Knox? Si sois vos, ¿cómo os atrevéis a acercaros al monasterio de Santa María?

—Sí; yo soy Enrique Warden, indigno, sin duda de ser comparado con Juan Knox, el gran reformador, que estoy dispuesto a arrostrar todos los peligros por la causa de mi Maestro.

—Escuchadme. Inmolaros, sería una cobardía, y no tengo valor para haceros prisionero, pues vuestra sangre recaería sobre mi cabeza, y abandonaros solo y sin guía por estos desiertos sería inhumano. Voy, pues, a conduciros, como os he prometido, al castillo de Avenel; pero no me habléis una palabra más durante el camino, ni una sola, contra las doctrinas de la Santa Iglesia, a que me vanaglorio de pertenecer, por indigno que de ella sea. Cuando hayáis llegado, cuidad de no cometer ninguna imprudencia. El que entregue vuestra cabeza será espléndidamente recompensado, y a Julián Avenel le gustan las monedas de oro.

—¿Creéis que por el vil interés fuera capaz de vender la sangre de su huésped?

—No, si habéis sido invitado por él, pues por depravado que sea Julián, no se atrevería a violar las leyes de la hospitalidad. Aunque los escoceses no podamos sufrir la menor violencia, estas leyes son sagradas, y nuestro respeto a ellas llega hasta la adoración. Si alguno faltara, los parientes del culpable lavarían con su sangre la afrenta inferida a su familia y vengarían su honor. Pero, si vais a su castillo sin ser llamado, si no os ha hecho ningún ofrecimiento, corréis el riesgo de ser asesinado.

—Estoy en las manos de Dios; por su voluntad atravieso estas soledades arrostrando toda clase de peligros. Mientras pueda servir a mi Maestro, nada podrá detenerme; y, cuando, semejante a la higuera estéril, deje de producir frutos, ¿qué importa que se dé el primer golpe de hacha a un tronco inútil?

—Vuestro valor y vuestra abnegación son dignos de mejor causa.

—No hay causa mejor que la mía.

Los viajeros continuaron caminando en silencio. Alberto se orientaba bien entre las rocas y los pantanos que separaban el dominio de Santa María de la baronía de Avenel; pero, de vez en cuando, veíase obligado a detenerse para evitar a su compañero a atravesar los pantanos, en los que este se hundía a cada paso.

—¡Valor, anciano! —le decía al verle casi extenuado de fatiga—. No tardaremos en llegar a terreno más firme. ¿Creeréis que aquí mismo he visto al alegre halconero correr con la velocidad de un gamo, persiguiendo a su presa?

—Es verdad, hijo mío, pues seguiré dándoos este nombre, aunque hayáis dejado de llamarme padre. Así es como la juventud indiferente sigue el curso de sus diversiones frívolas, sin meditar en los peligros que ocultan los senderos en que se precipita a ciegas.

—Ya os he dicho —contestó Alberto con firmeza— que no quiero oír nada que me recuerde vuestra religión.

—Vuestro padre espiritual no os hubiera hablado de otro modo, hijo mío, y tengo la seguridad de que me aprobaría.

—Ya sé que acostumbráis atraernos con palabras halagüeñas y a presentaros como ángeles de luz para extender más fácilmente el imperio de las tinieblas.

—¡Dios tenga piedad de los que calumnian a sus fieles servidores! No os ofenderé, hijo mío, tratando de convenceros en el acto, pues no hacéis más que repetir lo que os han enseñado. Sin embargo, confío en que algún día un buen corazón como el vuestro, se salvará como un ascua sacada de entre las llamas.

Los viajeros habían salido de los pantanos, y descendían por un sendero. Encontrábanse en el Greenward, cuya línea estrecha y verde, que se divisaba a alguna distancia, contrastaba con los arbustos de color obscuro que la atravesaban, aunque esta distinción no fuera apreciada cuando se le recorría.

El anciano pudo desde entonces continuar su camino con más comodidad; y, no queriendo enojar nuevamente a su joven compañero, hablándole de religión, cambió de conversación, que era grave e instructiva, pues, habiendo viajado mucho, conocía

la lengua y las costumbres de diversos países.

Alberto Glendinning, que ya temía verse obligado a salir de Escocia, lo escuchaba ansiosamente, dirigiéndole mil preguntas, a que su interlocutor se apresuraba a contestar. Por último, la conversación del anciano llegó a parecerle tan interesante que se olvidaba de que quien así discurría era un hereje, y volvió a llamarle «padre mío».

Al fin, las torres del castillo de Avenel se divisaron a lo lejos.

La situación de esta antigua fortaleza era notable; la ingente fábrica elevábase sobre una pequeña península en medio de un lago rodeado de montañas.

El lago tenía aproximadamente una milla de circunferencia, y estaba, como hemos dicho, circundado de rocas de prodigiosa altura; algunos matorrales y unos cuantos viejos árboles llenaban los barrancos que separaban una de otra. Lo más notable era aquella gran extensión de agua en medio de las montañas áridas y quebradas, cuya perspectiva, más bien salvaje que romántica o sublime, no estaba desprovista de encantos.

Durante el estío la superficie tersa y azulada del lago ofrecía un agradable golpe de vista, que inspiraba un sentimiento delicioso de paz y sosiego. En el invierno, cuando la nieve que coronaba las montañas parecía elevarse hasta las nubes, el lago, tranquilo e inmóvil, semejaba un vasto espejo en torno de la agreste península y de los muros seculares del antiguo castillo.

Como el castillo y sus dependencias ocupaban todos los puntos salientes de la roca que le servía de asiento, parecía estar completamente rodeado de agua, excepto una pequeña lengua de tierra que unía la isla a la orilla.

El castillo parecía más grande de lo que era realmente, y la mayor parte del edificio estaba ruinoso y no podía ser habitado.

En la época de prosperidad y de grandeza de la familia de Avenel, una buena parte del castillo se destinaba al alojamiento de los vasallos y de la guarnición, bastante numerosa; pero después quedó en parte abandonado.

Julián Avenel habría seguramente fijado su residencia en una morada más en armonía con su humilde fortuna, si no hubiera tenido en cuenta las grandes ventajas que el viejo castillo ofrecía a quien, como él, estaba siempre obligado a resguardarse.

No había paraje más apropiado para este objeto, puesto que era muy fácil convertir el castillo en plaza inexpugnable. La lengua de tierra que lo unía con la orilla era muy estrecha y estaba dividida por dos quebraduras, una a mitad del camino, y otra debajo de la puerta exterior. Cada una de estas quebraduras estaba defendida por un puente levadizo, y el más próximo al castillo encontrábase siempre levantado durante el día, y los otros dos solo durante la noche[17].

La seguridad de Julián Avenel, que estaba constantemente en guerra con los señores de las cercanías y que tomaba parte en todas las empresas misteriosas, llevadas a cabo en aquella frontera salvaje, exigía que adoptara grandes precauciones, Su idiosincrasia le exponía también a numerosos peligros, pues tan pronto adulaba a

uno como a otro de los partidos que dividían el Estado, a los que defendía o combatía, según las circunstancias, por lo que nunca tenía fieles aliados ni celosos protectores.

Su vida era un estado continuo de zozobras y de peligros. Obligado constantemente a recurrir a expedientes para resolver las situaciones difíciles, daba todos los rodeos que le sugería su versatilidad; pero, una vez puesto en camino, se extralimitaba con frecuencia, mientras que, siguiendo una vía más directa, las hubiera salvado más fácilmente.

CAPÍTULO XXIV

> «Avanzaré con precaución porque sé que debo revestirme de prudencia y de valor, como si provocara a un león que se considera seguro en su madriguera».
>
> *(Comedia antigua).*

Al salir del desfiladero que conducía a la orilla del lago, los viajeros divisaron el antiguo castillo de Avenel.

El anciano se detuvo, apoyó el brazo sobre su cayado, y contempló atentamente el espectáculo que tenía ante su vista.

El castillo, como hemos dicho, estaba casi en ruinas en muchos sitios; pero en otros parecía bastante sólido. Una columna de humo que salía de la chimenea, formando en el aire caprichosas espirales, revelaba que estaba habitado; pero no se veía ninguno de esos prados que ordinariamente hay cerca de las moradas de los nobles, aunque estos pertenezcan a una clase inferior. Ni cabañas, ni jardines, ni Iglesia, ni ganado en el valle, ni sobre las colinas señal de cultivo en el llano, ni trazas de faenas agrícolas, fruto de la industria y de la paz, se veían en parte alguna de la isla. Era evidente que los moradores del castillo feudal, cualquiera que fuese su número, debían considerarse como guarnición del castillo, y que sus medios de subsistencia no eran los que se usaban en tiempos apacibles.

Sin duda esta convicción hizo pronunciar al anciano estas palabras: *Lapis offensionis et petra scandali!* Y, después, dirigiéndose a Alberto, añadió:

Podemos decir lo mismo que el rey Jacobo dijo de otra fortaleza de esta provincia: *El que la ha construido debe ser un bribón*[18].

—No —contestó Glendinning—, este castillo fue construido por los antiguos señores de Avenel, que fueron muy amados, en tiempos de paz como en los de guerra. Ellos levantaban las murallas de las fronteras y protegían a los habitantes contra toda opresión. El que ha usurpado sus títulos y sus bienes tiene tanto parecido a ellos como el búho al halcón que habita en la misma roca.

—¿Julián Avenel no es entonces muy estimado por sus vecinos?

—Excepción hecha de sus soldados, que son muy numerosos, nadie desea vivir a su lado. Lo han declarado fuera de la ley lo mismo en Inglaterra que en Escocia muchas veces; sus bienes han sido confiscados y su cabeza puesta a precio; pero un hombre tan emprendedor como Julián tiene siempre algunos amigos dispuestos a protegerle contra la ley, a cambio de algunos favores secretos.

—Me estáis describiendo un hombre muy peligroso.

—Os convenceréis de ello si no tenéis más astucia que él; sin embargo, es posible que se haya separado de la comunión de la Iglesia para seguir la senda de la herejía.

—La senda de la herejía —contestó Warden— es, efectivamente, muy estrecha, y

el que la sigue no se aparta de ella ni por los intereses del mundo, ni para escuchar las pasiones humanas. No conozco personalmente a este barón, de Avenel, que no es de nuestra congregación; pero traigo para él cartas escritas por personas a quienes debe temer, si no las respeta, y, en esta confianza no temo presentarme en su castillo.

—Permitidme, sin embargo, que os dé algunos consejos que creo útiles para vuestro gobierno, pues conozco bien el país y a sus moradores. Si podéis asilaros en otra parte, no entréis en el castillo de Avenel; pero si estáis decidido a presentaros en él, procurad, al menos, que Julián os entregue un salvoconducto, y hacedle jurar sobre la *cruz negra*. Observad también si se sienta a la mesa con vos y si lleva a sus labios la copa de la hospitalidad antes de ofrecérosla, y, si así no lo hace, desconfiad de sus intenciones.

—¡Ay! Este castillo es el único lugar donde por el momento puedo encontrar asilo; pero vos mismo, joven, ¿no teméis penetrar en ese antro peligroso?

—No corro ningún riesgo. Soy bien conocido de Cristián de Clint-hill, jefe de los hombres de armas de Julián Avenel; pero me tranquiliza más aún el no poseer nada que pueda excitar envidia.

En aquel momento oyéronse detrás de los viajeros los pasos de un caballo; el joven y el anciano se volvieron y vieron acercarse rápidamente hacia ellos a un caballero en quien Alberto reconoció a Cristián de Clint-hill.

—¡Ah! ¡Ah! Joven amigo —dijo Cristián, acercándose a Glendinning—, ¿por fin habéis venido aquí? Ya os anuncié que acabaríais por ello. Venís a alistaros bajo las banderas de mi noble señor, ¿no es cierto? ¡Pues hacéis muy bien! Tendréis en mí un amigo que bien vale otro, y antes de un mes conoceréis el oficio como si hubierais nacido vestido con una casaca y con una lanza en la mano. ¿Quién es ese búho que os acompaña? No es del monasterio de Santa María, pues no lleva sobre la espalda el sello de ese ganado negro.

—Es un viajero que desea hablar con Julián Avenel. Yo voy a Edimburgo, pues quiero ver a la reina y la corte, y, cuando regrese, hablaremos del ofrecimiento que acabáis de hacerme. Ahora, como me habéis invitado muchas veces a visitar el castillo, vengo a reclamar hospitalidad por esta noche, para mí y para mi compañero.

—Para vos, con mucho gusto, joven amigo; pero no recibimos a los peregrinos, ni a nadie que se les parezca.

—Permitidme que os advierta —dijo Warden— que traigo cartas de recomendación para vuestro amo. Me han sido entregadas por un amigo seguro a quien de buen grado prestaría un servicio más grande que el de concederme su protección durante corto tiempo. Además, no soy un peregrino, y desprecio la superstición que inspira a los que adoptan ese título.

Y, dicho esto, presentó sus cartas a Cristián.

Este movió la cabeza y, al devolvérselas, dijo:

—¡Bueno! ¡Bueno! Mi amo es quien tiene que leer esto, y será todo lo que haga. Para mí la lanza es mi único libro, pues no he tenido otros desde la edad de doce

años. Voy a conduciros al castillo y el barón de Avenel decidirá lo que deba hacer en vuestro favor.

Al llegar ante el puente levadizo, Cristián lanzó un agudo silbido para darse a conocer de los guardias, y el puente fue bajado inmediatamente. El caballero lo atravesó el primero y no tardó en desaparecer bajo la obscura bóveda que conducía al castillo.

Glendinning y su compañero lo siguieron a distancia, deteniéndose un momento en la entrada, sobre la que se distinguían aún las armas de la casa de Avenel, grabadas sobre una piedra rojiza. Estas representaban una mujer con velo que ocupaba todo el campo del escudo, y, según se decía, era la imagen de la misteriosa Dama Blanca[19]. Estas armas, ya casi borradas por el tiempo, recordaron a Alberto las extrañas circunstancias que habían unido su destino al de María, y que le hicieron entablar relaciones con el espíritu protector de la familia de la joven huérfana. Esta imagen habíala visto ya grabada en el sello de Gualterio, salvado del saqueo y llevado a Glendearg cuando Alicia se vio obligada a abandonar su morada.

—Estáis suspirando, hijo mío —le dijo el anciano al advertir la penosa impresión que experimentaba Alberto, pero equivocando la causa que la había producido—; si teméis entrar, podemos volver sobre nuestros pasos.

—No, no, ya no es tiempo —dijo Cristián de Clint-hill, que entraba en aquel momento bajo la bóveda por una puerta lateral—. Volveos y mirad si os conviene atravesar el río a nado como los patos, o surcar el aire como los chorlitos.

Miraron, y vieron efectivamente que el puente levadizo, sobre el que acababan de pasar, había sido levantado de nuevo. Cristián echose a reír y les invitó a seguirle.

—A cualquier pregunta que os dirija el barón —aconsejó en voz baja a Alberto—, respondedle resueltamente y sin temor. No vayáis a escoger las palabras, y, sobre todo, no os amedrentéis. El diablo no es tan negro como lo pintan.

Después los hizo entrar en una espaciosa antesala que servía de comedor, donde ardía un buen fuego y había una larga mesa de roble, en medio de la habitación, preparada ya para la comida del barón y de sus principales vasallos. Entre estos había cinco o seis de corpulencia y musculatura prodigiosas que se paseaban en un extremo de la sala, produciendo con sus gruesas botas y sus largas espadas, que arrastraban por el suelo, un ruido poco grato al oído.

Jubones de búfalo cubiertos de hierro constituían la parte principal de su indumentaria, y sobre la cabeza llevaban un casco o un gran sombrero con las alas caídas y adornado con plumas de varios colores.

El varón de Avenel tenía formas atléticas y aspecto belicoso, digno del pincel de Salvador Rosa. Una capa ricamente bordada a la que el uso constante había quitado el brillo y color primitivos, puesta negligentemente sobre los hombros no dejaba ver más que parte de su jubón de búfalo, debajo del que se distinguía un fina cota de malla, llamada *secreto*, porque sin tener ostensible apariencia de armadura, servía de resguardo contra las tentativas criminales. Un cinturón de cuero sujetaba, por un lado,

una larga y pesada espada, y por otro el rico puñal que había pertenecido a *sir* Piercie Shafton, pero cuya empuñadura estaba ya enmohecida por abandono o por el uso frecuente que de él había hecho su nuevo propietario. A pesar de la singularidad de este traje, Julián tenía una presencia noble y modales que lo diferenciaban de sus satélites. Representaba cincuenta años aproximadamente; pero la edad no había debilitado el fuego de su mirada, ni refrenado su carácter. Su rostro era agraciado, pues la belleza era hereditaria en la familia Avenel; pero las fatigas y la violencia de sus pasiones marcaron en sus rasgos una expresión de dureza que no le era natural.

Al entrar los viajeros parecía absorto en profundas reflexiones, paseándose a grandes pasos a alguna distancia de lo que hubiera podido llamarse su pequeña corte, y deteniéndose de vez en cuando para acariciar un hermoso halcón, que sostenía sobre su brazo. El pájaro no parecía insensible a aquellas caricias, pues respondía a ellas agitando sus alas y picoteando la mano de su amo; el barón sonreía entonces, pero volvía en seguida a sus sombrías meditaciones, sin dignarse siquiera mirar a una mujer de belleza incomparable, vestida con más elegancia que riqueza, que estaba sentada al lado de la chimenea.

Las pulseras que adornaban el brazo de esta, la cadena de oro que caía en torno de su cuello, su vestido verde de larga cola, la cintura bordada de plata, de la que pendía un manojo de llaves, orgullo de toda buena ama de casa, la cofia de seda amarilla que cubría su hermosa cabellera negra y, sobre todo, su cintura, extremadamente breve, circunstancia de que con tanta delicadeza nos habla la balada, y su vestido demasiado estrecho, revelaban claramente que la dama era la esposa del barón; pero el humilde asiento que ocupaba, la expresión de profunda melancolía que había en su rostro, tímidamente sonriente cuando creía encontrarse con la mirada de Julián Avenel, su dolor mudo y su abatimiento al verse completamente olvidada, eran atributos de una esposa abandonada o muy desgraciada.

Julián Avenel continuaba paseándose por la sala sin dirigirle ninguna de las atenciones mudas a que toda mujer tiene derecho, y que la galantería impone como un deber; ni siquiera parecía advertir su presencia más que la de sus amigos, y cuando salía de sus ensueños era para ocuparse en el halcón.

La dama no cesaba de contemplarlo, como si deseara encontrar ocasión para hablarle, o buscara la solución de un problema en las manifestaciones que hacía al halcón o en las palabras que le dirigía.

Los dos viajeros tuvieron tiempo suficiente para hacer estas observaciones, pues, apenas entraron en la habitación, su introductor, Cristián de Clint-hill, después de haber cambiado una mirada con los demás vasallos, indicó por señas a Alberto y a su compañero que permanecieran de pie junto a la puerta. Él acercóse a la mesa y se colocó en la postura más a propósito para llamar la atención del barón cuando este creyera oportuno mirar en su derredor; pero no se atrevió a interrumpir las reflexiones de su amo.

Naturalmente atrevida y descarada, la mirada de este hombre adquiría una

expresión muy diferente cuando estaba en presencia de Julián como un enorme mastín que, maltratado por su amo, se echa humildemente a sus plantas, esperando con paciencia que le haga caricias de perdón.

A pesar de la singularidad de su situación y de los sentimientos penosos que le inspiraba, Alberto experimentaba vivo interés por la dama, que estaba sentada cerca de la chimenea, y a quien nadie dirigía la palabra. Observaba con atención la tierna solicitud con que escuchaba hasta la menor palabra que salía de la boca de Julián y el temor con que lo contemplaba a hurtadillas, dispuesta a bajar la vista tan pronto como él lo advirtiera.

Mientras tanto, Julián jugaba con su halcón favorito, mostrándole un trozo de carne, que le retiraba luego, para avivarle el deseo antes de satisfacerlo.

—¡Cómo! ¿Otra vez? ¡Ah, bribón, nunca te conformas, siempre quieres más! Sí, enderézate, haz monerías; ¿acaso crees que no te conozco? ¿Crees que ignoro que todas esas caricias no son para agradar a tu amo, sino para sacar de él el mayor partido posible, goloso? Vamos, toma y conténtate; ya estás orgulloso. He aquí cómo se te puede agradar a ti y a todo tu sexo.

Atravesó luego la estancia y, tomando de un plato otro pedazo de carne, se puso a inquietar al pájaro, ofreciéndoselo, pero sin dárselo, para enfurecerlo.

—¡Ah! ¡Ah! Quieres rebelarte, pero no puedes dar picotazos porque estás prisionero. No se te ocurra continuar haciendo locuras, o haré que te corten la cabeza cualquier día de estos. Vamos, toma, bribón; ya sabías que esto iba a acabar así. ¡Eh…, Jenkin! —dijo dirigiéndose a uno de sus hombres—. Tomad, llevádselo; ya me fastidia; haced que lo bañen hoy, pues mañana hemos de verlo volar. ¡Cómo!, Cristián, ¿ya estáis de vuelta?

Cristian acercóse a su amo y le dio cuenta de su viaje, del mismo modo que un oficial de policía transmite un parte a un magistrado, unas veces por señas y otras de viva voz.

—Mi noble señor —dijo el satélite—, el laird de… —no pronunció ningún hombre, pero señaló con el dedo el Sudoeste— me contestó que no podría acompañaros como se proponía el día convenido, porque el gobernador de las fronteras le ha amenazado con…

Cristián pasose entonces la mano por el cuello de un modo muy expresivo.

—¡Miserable, cobarde! —exclamó Julián—. No hay más que cobardes en este mundo, donde ningún hombre de corazón puede vivir ya. Caminaréis un día entero sin ver un solo penacho ni oír relinchar un caballo. El ardor de nuestros antepasados se ha extinguido en nosotros. ¡Hasta los brutos han degenerado! El ganado que arrebatamos con riesgo de nuestras vidas solo tiene huesos y pellejo; los halcones no cogen ya su presa más que por las plumas; los perros son mozos de cocina; los hombres son mujeres, y las mujeres son…

Por primera vez miró en aquel momento a la dama y no concluyó la frase; pero en la mirada desdeñosa y despectiva que le dirigió era fácil adivinar que quería decir:

«He ahí lo que son nuestras mujeres».

Sin embargo no pronunció la frase.

La dama, deseando llamarle la atención por cualquier medio, se levantó y dirigiose hacia él; pero la alegría que afectaba, ocultaba mal su terror.

—¿Qué somos las mujeres, Julián? ¿Qué ibais a decir de ellas?

—Que son buenas muchachas como tú, Catalina.

La dama se ruborizó y volvió nuevamente al sitio que antes ocupaba al lado de la chimenea.

—Cristián —añadió—, ¿quiénes son esos dos extranjeros que parecen estatuas?

—El más alto, Alberto Glendinning; es el hijo mayor de la señora Elspeth de Glendearg.

—¿Qué viene a buscar aquí? ¿Acaso trae algún mensaje de María Avenel?

—No; según creo, va merodeando por el país sin saber lo que hace ni a dónde va. Ese joven ha tenido siempre un carácter muy extraordinario. Su placer consiste en correr por bosques y llanuras. Cuando lo conocí, no era más alto que mi espada.

—¿Sirve para algo?

—¡Ya lo creo! Sabe matar un gamo, perseguir un corzo, hacer volar un halcón, conducir los perros. No hay mejor arquero en toda Escocia, y maneja la lanza y la espada casi tan bien como yo; no creo que necesite saber más para ser un bravo.

—Y ese anciano que se encuentra a su lado, ¿quién es?

—Supongo que un religioso. Dice que trae cartas que entregaros.

—Ordenadles que se acerquen.

Los recién llegados se aproximaron al barón, a quien sorprendieron la estatura y corpulencia de Alberto Glendinning.

—Joven —dijo a este el barón—, he sabido que andáis por el mundo buscando fortuna. Si queréis entrar al servicio de Julián Avenel, no necesitáis ir más lejos para encontrarla.

—Perdonadme —contestó Glendinning—, pero tengo mis razones para salir inmediatamente de esta comarca. Me dirijo a Edimburgo.

—¡Cómo! ¿Habéis matado algún gamo de Su Majestad, o habéis hecho tomar una dirección oblicua a algunos ganados que pastaban en las praderas del monasterio?

—No, señor; se trata de asunto muy diferente.

—Entonces habéis enviado al otro mundo a algún aldeano que se atrevió a disputaros el objeto de vuestro amor. ¡Sois bastante gallardo para no tolerar semejante ofensa!

Contrariado, Alberto Glendinning no contestó, preguntándose qué hubiera dicho Julián Avenel al saber que su sobrina había sido la causa de la querella de que hablaba.

—Pero cualquiera que sea el motivo que os obliga a huir —añadió Julián—, ¿creéis que la ley y sus emisarios pueden perseguiros hasta esta isla y prenderos encontrándoos bajo la protección de Avenel? Examinad la profundidad del lago y el

espesor de estas murallas. Además, ¿creéis que mis hombres iban a permitir que nadie pusiera la mano sobre un camarada? ¿Creéis que yo abandonaría a un fiel servidor? El día en que os cobijen mis coloras, la justicia dejará de pensar en vos. Hasta podréis pasar al lado del gobernador de las fronteras sin que su perro se atreva a ladraros.

—Os agradezco mucho vuestros ofrecimientos, pero no puedo aceptarlos. Pienso hacer fortuna en otra parte.

—¡Loco! —exclamó Julián volviéndole la espalda y haciendo a Cristián señal de que se acercara para hablarle al oído:

—El pícaro promete, Cristián; es preciso que se quede con nosotros. Los hombres de su temple tienen mucho mérito. Desde hace algún tiempo no me traes más que desperdicios del género humano, miserables que no valen la flecha que se emplearía en matarlos. Este joven vale tanto como el mismísimo San Jorge. Hacedle beber mucho vino, y que las mujeres tiendan sus redes en torno suyo, como arañas.

Cristián hizo un signo expresivo y se retiró a respetuosa distancia.

—Y vos, anciano —dijo el barón dirigiéndose a Enrique Warden—, ¿también vais corriendo en pos de la fortuna? ¿No la habéis encontrado aún?

—Quizá sería más digno de lástima —contestó el anciano—, si hubiera encontrado esa fortuna tras la que he tenido la locura de correr en mi juventud, como tantos otros.

—Escuchadme, amigo: si vuestro sayo de jerga y vuestro pesado cayado satisfacen vuestras aspiraciones, me encanta vuestra pobreza. ¿Qué motivo os ha traído a mi castillo, donde es muy raro encontrar pájaros de vuestro plumaje? Seguramente, seréis un pobre fraile de alguno de los conventos que se han suprimido, y que paga muy caro, en su vejez, la grata ociosidad en que ha pasado su juventud, o tal vez algún peregrino con el saco lleno de embustes traídos de Santiago de Compostela o de Nuestra Señora de Loreto, o algún vendedor de reliquias y de indulgencias que viene de Roma para rescatar nuestros pecados. Adivino por qué os habéis asociado a este muchacho: con el fin de que os lleve el morral y de que mendigue por vos; pero he de frustrar vuestros proyectos, y no permitiré que un excelente joven se olvide de sí hasta el extremo de recorrer el país en compañía de un viejo pecador como vos. Largaos de aquí —añadió con tono de cólera siempre creciente, sin duda para asustar al anciano y obligarle a huir sin replicar—. ¡Largaos de aquí ahora mismo o, por la familia de Avenel, mis perros se encargarán de vos!

Warden esperó tranquilamente que Julián Avenel, asombrado de que sus amenazas y su cólera no le produjeran impresión alguna, refrenara su ímpetu.

—Qué, ¿no me respondéis?

—Cuando hayáis concluido de hablar —dijo el anciano con la mayor sangre fría — os contestaré.

—¡Hablad pronto, por todos los diablos, pero no vengáis a mendigar aquí! Aunque no fuese más que un pedazo del pan despreciado por mis perros, no se lo

daría nunca a un hombre de vuestra especie.

—Si supierais quién soy, quizá me hablaseis de otro modo —contestó Warden fríamente—. No soy fraile ni mendigo, y os aseguro que me alegraría saber qué podéis alegar contra esos impostores, que hacen el mayor daño a la Iglesia.

—En fin, ¿quién sois?

—Predico la palabra de Dios, y esta misiva os explicará por qué estoy en vuestro castillo.

El predicador entregó una carta al barón, quien, después de examinar el sello con gesto de sorpresa, la leyó. El contenido de la epístola pareció sorprenderle más aún.

—¿No os atreveréis a engañarme ni a traicionarme? —preguntó luego al extranjero, mirándolo de un modo amenazador.

—Mi carácter y mi profesión deben ser para vos garantía suficiente.

Julián retirose al alféizar de una ventana para leer nuevamente la carta, dirigiendo frecuente miradas al anciano que se le acababa de entregar. Al fin se decidió a llamar a la joven dama y le dijo:

—Catalina, ves a buscarme la carta que te he recomendado que guardaras en tu arquilla.

Catalina obedeció con la rapidez de quien está muy satisfecha por haber encontrado la ocasión de ser útil; y, cuando volvió, entregó a Julián el objeto pedido.

—Gracias —dijo este—. Me agrada ver con cuánta exactitud desempeñas tus funciones de secretario.

Y leyó este segundo papel; pero siempre dirigiendo de vez en cuando miradas escudriñadoras a Warden. Durante este examen, el anciano conservó la mayor sangre fría y hasta desconcertó al barón con su calma.

Julián dobló las dos cartas y se las guardó en el bolsillo de la capa. Su frente habíase despejado, y, acercándose a la dama, le dijo:

—Catalina, ofendería a ese buen hombre si lo tomara por uno de esos abejorros de Roma. Es un predicador, Catalina, un predicador de la nueva doctrina.

—La doctrina de las Santas Escrituras —contestó Warden—, purificada de todas las falsas interpretaciones.

—Es muy posible. Me la recomiendan porque disipa las vanas quimeras de santos, de ángeles y de diablos, y nos libra, por fin, de la tiranía de esos frailes que, por Dios vivo, no nos tratan con muchos miramientos. No más misas, ni más diezmos, ni ofrendas, ni salmos, ni oraciones, ni bautizos, y, sobre todo, ni casamientos.

—Permitidme que os diga que es la corrupción y no las doctrinas fundamentales de la iglesia lo que deseamos atacar; queremos regenerar y no destruir.

—¡Silencio! A nosotros, los laicos, nos importa poco lo que queréis edificar con tal que derribéis lo que nos estorba. Nuestro oficio es revolucionar el mundo y poner encima lo que hoy está de bajo:

Warden iba a contestar, pero el barón no le dio tiempo.

—¡Vamos, mozos, holgazanes! Servid pronto la comida. ¿No veis que este anciano la espera con impaciencia? ¿No sabéis que un fraile y un predicador suelen hacer cinco comidas al día?

El barón fue obedecido en seguida. Varias fuentes de barro, llenas de enormes trozos de buey cocido y asado, aunque todos condimentados del mismo modo, fueron puestos sobre la mesa. Las legumbres y el pan brillaban por su ausencia.

—Me habéis sido recomendado por una persona a quien respeto muchísimo, señor predicador —dijo Julián a Warden.

Tengo seguridad —contestó el anciano— de que el muy noble lord…

—¡Callad! No necesitáis nombrar a nadie, puesto que nos entendemos. Quería decir que me recomiendan que vele por vos y os guarde todos los miramientos debidos a la misión que desempeñáis. Respecto al primer punto nada tenéis que temer; contemplad mis murallas y el lago que las rodea. En cuanto al trato que os demos aquí, ya es otra cosa, pues carecemos de granos y es muy difícil hacerlos venir del mediodía; tendréis vino del mejor y os sentaréis a la mesa a mi lado. Cristián, encargaos del joven, y ordenad que nos sirvan vino.

El barón se sentó, como tenía por costumbre, en un extremo de la mesa, y Catalina, con mucha dulzura, invitó al extranjero a tomar asiento en el lugar que se le había designado; pero a pesar del cansancio y del apetito que tenía, Enrique Warden permaneció en pie.

CAPÍTULO XXV

«Cuando una mujer amante, luego de haber caído, ve la falsía del hombre…».

A Julián Avenel le sorprendió la conducta del piadoso extranjero.

—¡Dios me salve! —exclamó—. ¿También ayunan estos religiosos? Los antiguos no imponían abstinencias más que a nosotros, los laicos.

—Nosotros no reconocemos semejantes reglas —contestó el predicador—, pues no creemos que la fe consista en privarse de algunos alimentos en días determinados. Desgarramos nuestro corazón, pero no nuestros vestidos.

—Es mejor para nosotros y peor para el sastre. Entonces tomad asiento o si queréis damos una prueba de vuestra nueva doctrina, empezad la plática.

—Señor barón, me encuentro en tierra extraña donde ni mi misión, ni mi doctrina son conocidas, y donde ambas cosas son mal interpretadas. Mi deber es no hacer nada que pueda comprometer la dignidad de mi Maestro y no autorizar el pecado.

—Recordad que os han enviado aquí por vuestra seguridad y no para pronunciar sermones que me fastidian. Vamos, ¿qué queréis? Tened en cuenta que habláis con un hombre que tiene muy poca paciencia.

—Pues bien —dijo Enrique Warden—, esta señora…

—¿Cómo? ¡Esta dama! ¿Qué tenéis que decir de ella? —exclamó el barón encolerizado.

—¿Es vuestra compañera? —preguntó el predicador después de haber pensado la mejor manera de manifestar lo que tenía que decir—. En una palabra, ¿es vuestra esposa?

La desdichada señora ocultose el rostro entre las manos; pero el rubor que encendía su rostro, las lágrimas que se abrían paso a través de sus dedos, revelaban su dolor y su confusión a un mismo tiempo.

—¡Por mi padre! —exclamó el barón poniéndose de pie y empujando su asiento con tanta violencia que fue a dar contra el muro a que volvía la espalda; pero, reprimiéndose de pronto, pensó—: ¡Bueno fuera que hiciese caso de un necio!, y sentóse de nuevo para contestar fría y desdeñosamente:

—No, señor; Catalina no es mi esposa. ¡No llores, locuela! No es mi esposa; pero nuestras manos están unidas[20], y esto es bastante para que sea una mujer honrada.

—¿Vuestras manos están unidas? —repitió Enrique Warden.

—¿No conocéis la costumbre? —preguntó Avenel, burlándose—. Voy a explicárosla. Los habitantes de las fronteras somos más prudentes que vuestros campesinos de los condados de Fife y de Lothian, pues no saltamos la zanja a ojos cerrados. Antes de amarramos con la cadena, queremos convencemos de que no nos ha de pesar demasiado y tomamos las mujeres y los caballos a prueba. Al unirse nuestras manos nos convertimos en marido y mujer por un año y un día, y al cabo de

este tiempo podemos hacer otra unión o llamar a un sacerdote para consumar definitivamente el matrimonio. A esto se llama unir las manos.

—Pues bien, os diré, en interés de la salvación de vuestra alma, que es una costumbre perniciosa, impuesta por la licencia y la mala vida. Os entrega a la desdichada que deseáis, y os libra de vuestros juramentos cuando más derecho tiene a vuestra piedad; todo lo sacrificáis a la sensualidad y prescindís de todo sentimiento noble y generoso. Sí; no tengo temor de deciros que el que es capaz de romper semejante juramento, de abandonar a la infortunada a que había unido su suerte, a la que, acaso, ha hecho madre, es más bárbaro y más feroz que las aves de rapiña; porque estas no abandonan a sus compañeras hasta que sus polluelos pueden emprender el vuelo. Este uso es, ante todo, contrarío al cristianismo, que da la mujer al hombre para participar de sus trabajos, endulzar sus pesares, aumentar sus placeres y embellecer su vida, y no para que le sirva de juguete que distraiga sus momentos de ocio, ni como flor que pueda arrojar después de poseerla si deja de agradarle.

—Es un sermón muy edificante, y, sobre todo, el predicador ha escogido bien su auditorio. ¿Acaso creéis habéroslas con un necio? ¿Acaso no se sabe que vuestra secta la fundó el obeso Enrique Tudor, porque le prestasteis vuestro concurso para cambiar su Catalina? ¿Por qué no había yo de tener derecho de hacer lo mismo con la mía? ¡Callad, amigo! Bendecid la comida que os dan, y no os metáis en lo que no os importa. Julián Avenel no es un cándido.

—Se ha engañado a sí mismo. Aunque quisiera reparar los perjuicios que ha ocasionado, ¿puede devolver a su desgraciada víctima la honra y la dignidad? ¿Dejará por esto de ser su hijo el fruto de un amor culpable? Sin duda, podrá dar a los dos el título de esposa y de hijos legítimos, respectivamente; pero ante la opinión pública sus nombres están mancillados y sus esfuerzos posteriores no podrán lavarlos. Sin embargo, barón de Avenel, hacedles esta justicia; permitidme que os una para siempre y celebrad el día de vuestra legítima unión con lágrimas de arrepentimiento y con la firme resolución de empezar una vida nueva. Si así lo hacéis, bendeciré la desgracia que me ha traído a este castillo.

Enrique Warden hablaba con tanto ardor y entusiasmo, que el barón, aunque muy acostumbrado a no admitir ninguna clase de freno, experimentó, por vez primera en su vida, el ascendiente de un espíritu superior. Permanecía silencioso luchando con la vergüenza y con la cólera, pero impresionado por estas enérgicas recriminaciones.

A Catalina parecíanle una buena señal el silencio y el aspecto pensativo del tirano, y ahogaba su temor y su confusión con la esperanza de que Avenel se enterneciera. Dirigiéndole una mirada suplicante, acercóse poco a poco a su asiento, hasta que posando su mano temblorosa sobre el hombro de Avenel, se atrevió a decirle:

—¡Oh noble Julián, escuchad, escuchad a ese hombre!

La ocasión era poco propicia, y estas palabras produjeron un efecto completamente contrario al que Catalina esperaba obtener, pues Julián se levantó

furioso exclamando:

—¡Desgraciada! ¿Aplaudes a este vagabundo que me desafía en mi propio castillo? Aléjate inmediatamente y no olvides que conozco la hipocresía de tu sexo tanto como la del mío.

La pobre joven se estremeció, deslumbrada por las centellas que despedían los ojos del barón. Pálida, y obligada a obedecer, dio algunos pasos hacia la puerta, pero sus fuerzas la abandonaron y cayó al suelo hiriéndose en la frente. El estado en que se encontraba daba a la caída mayor gravedad.

Alberto Glendinning, no pudiendo soportar durante más tiempo aquel horrible espectáculo, lanzó un grito y se levantó precipitadamente llevando su mano a la espada con propósito de atravesar al cruel Julián; pero Cristián de Clint-hill, adivinando su proyecto, le echó los brazos alrededor del cuerpo y frustró su intento.

Avenel estaba demasiado agitado y no vio esta escena. Pesaroso, ante los funestos efectos de su violencia, sostenía en sus brazos la cabeza de Catalina, cuyo dolor intentaba calmar a su manera.

—Vamos, vamos, Catalina, tranquilízate. Aunque me niegue a escuchar los sermones de este viejo chocho, no he dicho lo que podía ocurrir si me dieras un hermoso hijo, robusto y vigoroso. Vaya, no llores y llama a tus camareras. ¡Cristián! ¡Rowley! ¡Hutcheon! ¡Ved dónde están y que acudan!

Seis mujeres, descompuestas y con la mirada extraviada, entraron precipitadamente en la sala para llevarse a la que consideraban como ama y como compañera. Estas advirtieron que Catalina vivía aún por los imperceptibles gemidos que brotaban de sus labios y por la mano que apretaba sobre su corazón.

Apenas desaparecieron las mujeres, cerrando tras sí la puerta, el barón acercóse a la mesa, llenó una copa de vino y la vació de un sorbo; después yendo hacia el predicador, a quien la escena que acababa de presenciar había horrorizado, dijo:

—Nos habéis tratado muy duramente; pero, por la forma en que me habéis sido recomendado, creo que vuestras intenciones sean buenas. Escuchad mis consejos. No excitéis demasiado al caballo fogoso, ni hundáis con exceso la reja del arado en una tierra nueva; predicadnos la libertad espiritual, y os escucharemos; pero no nos habléis de esclavitud. Vamos, tomad asiento, bebamos y hablemos de otra cosa.

—Precisamente —contestó el predicador en el mismo tono—, vengo a libraros de la esclavitud espiritual, de esa esclavitud de vuestras funestas pasiones.

—Tomad asiento —repitió Julián altivamente—; tomad asiento y no me irritéis más, si no, por la cimera de mi padre y por el honor de mi madre, os juro…

—Ahora —dijo Cristián de Clint-hill al oído de Alberto—, no daría un cuarto por su cabeza si se niega a sentarse.

—¿Creéis que las amenazas me asustan? —contestó con frialdad Warden—; entre faltar a mi deber o perder la vida, mi elección no es dudosa. Sí; os contestaré lo que San Juan Bautista decía a Herodes: «No es permitido vivir con esta mujer»; os lo diré, aunque me cueste la vida. La vida no es nada en comparación con los deberes de

mi ministerio.

Indignado, Avenel arrojó violentamente la copa que tenía en su mano e hizo un movimiento como para sacar su puñal; pero, cambiando de pensamiento, exclamó:

—¡Encerrad a este hipócrita en la torre y que no me hable nadie en favor suyo, si no quiere tener que sentir!

Enrique Warden siguió sin temor alguno a dos de los satélites del barón, y este comenzó a pasearse en silencio. Por fin, llamó a Cristián, encargándole en voz baja que se informara de la salud de la desgraciada Catalina.

Después exclamó con voz de trueno:

—¡Estos sacerdotes! En todo han de meterse para hacemos peores de lo que seríamos sin ellos[21].

La respuesta que recibió de Cristián pareció tranquilizarle algo.

Sentóse de nuevo a la mesa y ordenó a su séquito que hiciese lo mismo.

Durante la comida, Cristián intentó en vano entablar conversación con Alberto, que estaba absorto en sus pensamientos; los demás convidados, viendo a su amo triste y taciturno, creyeron deber imitarle. Al fin, el barón pareció salir de su ensueño y, descargando un puñetazo sobre la mesa, exclamó:

—Pero ¡qué es esto! ¿Por ventura, somos frailes o hermanos mendicantes? Si nadie quiere hablar, al menos que cante alguno. Es agradable oír la música mientras se come. Luis —añadió, dirigiéndose al más joven de los que allí estaban—, cántanos algo; muchas veces lo haces, sin que te lo pidan.

Luis miró primero a su amo, después al techo, bebió una copa de cerveza, que tenía delante y, con voz áspera, pero no exenta de armonía, cantó lo siguiente:

I

¡Sus! ¡Marchad Ettrick y Teviotdale!
Vuestras filas formad, y partid,
que los gorros azules de Eskdale
con vosotros irán a la lid.

Tremolad nuestra invicta bandera
que a la patria dará la victoria,
decididos cruzad la frontera
y luchad con valor por la gloria.

II

De la cumbre bajad hasta el valle;
vuestras chozas humildes dejad,

el furor en los pechos estalle,
y grita por doquier: ¡Libertad!

Vuestra lanza homicida blandiendo,
sin temor al peligro partid,
y, exterminio y dolor esparciendo,
a Inglaterra, escoceses, herid.

Este himno guerrero, que en cualquier otra circunstancia hubiera impresionado vivamente a Alberto, demasiado preocupado entonces para apreciar todo su encanto, no le produjo la menor sensación. Por lo contrario, el joven rogó a Cristián que le permitiera retirarse a la habitación que le había sido destinada, a lo que este accedió con tanto mayor gusto, cuanto que veía que su amigo no estaba dispuesto a escucharle, a pesar de haber tomado precauciones para que su presa no pudiera escapársele. Glendinning fue conducido a un aposento que daba sobre el lago, y en la que había una cama con ruedas.

Antes de dejarlo allí, Cristián examinó cuidadosamente los barrotes de hierro colocados por la parte de afuera de la ventana, y al salir no se olvidó de cerrar la puerta y de dar dos vueltas a la llave. Esto convenció al joven de que no debía abrigar esperanza de poder abandonar el castillo de Avenel, cuando se le antojara; pero tuvo la prudencia de reservarse para sí las reflexiones que le sugería lo que acababa de ver.

Al quedarse solo, Glendinning recordó todos los acontecimientos de aquel día, y, con gran sorpresa suya, advirtió que su crítica situación, y hasta la misma muerte de *sir* Piercie Shafton le preocupaban mucho menos que la firmeza de Warden, a cuyos argumentos había, sin embargo, resistido. La Providencia, que acomoda los medios a los fines, había creado para la propagación de la Reforma una legión de predicadores, cuya energía superaba a su ciencia, valientes hasta la audacia y firmes en su fe, que, despreciando todos los obstáculos, desempeñaban su misión yendo por los caminos más penosos, con tal que fueran los más cortos. La brisa puede doblar al sauce, pero se necesita el soplo impetuoso de la tempestad para agitar las ramas del roble.

Sin duda, no era prudente censurar, en semejante lugar y ante tales testigos, sus errores a un barón independiente; pero este ataque tenía algo de noble y sublime. Solo los deberes de su ministerio podían dar a Warden fuerzas para sostenerlo; y Glendinning, a quien había horrorizado la conducta de Avenel, se interesaba por el anciano que había arriesgado la vida antes que transigir con el vicio. Esta virtud le parecía comparable, en asunto de religión, a lo que la caballerosidad exigía a sus hijos: una abnegación absoluta, todas sus facultades y toda su energía para cumplir su deber.

Alberto estaba en la edad feliz en que el corazón se abre fácilmente a todas las emociones generosas y en la que se sabe apreciarlas en los demás. Comprendía que la salvación de aquel hombre le interesaba vivamente, y admiraba su valor. Católico o

hereje, Enrique Warden le parecía digno por sus virtudes de la estimación y del respeto de todos. A este interés uniose el de la curiosidad; y Alberto se preguntaba con sorpresa cuáles eran aquellas doctrinas que ponían, al que las adoptaba, por encima del temor, de las cadenas y de la muerte. Había oído hablar de los santos y de los mártires, que en aras de su fe desafiaban los tormentos y la muerte; pero hacía tiempo que los santos no andaban ya por el mundo. Para reanimar la llama del celo religioso había sido necesario un nuevo impulso, dado en favor de una doctrina más pura, y Alberto veíase por primera vez en comunicación con uno de sus predicadores más ardientes.

El hecho de encontrarse él también prisionero y en poder del barón, no aminoraba el interés que le inspiraba su compañero de esclavitud. Así, pues, adoptó el partido de imitarle, prometiéndose firmemente que ni las amenazas ni los sufrimientos le harían entrar al servicio de semejante amo.

La habitación que ocupaba estaba en el primer piso, y no tan lejos de la roca que servía de base al castillo que un hombre atrevido y emprendedor no pudiera llegar a la punta saliente que se elevaba debajo de la ventana, y desde la que debía ser fácil arrogarse al lago que rodeaba al castillo.

—Si pudiera llegar a esa punta —pensaba Alberto—, Julián Avenel y Cristián no volverían a verme tan pronto.

Hecha esta reflexión, Alberto se puso a examinar la ventana, que era bastante grande para la ejecución de su empresa; pero los barrotes de hierro de que estaba guarnecida parecían oponerle una barrera insuperable. Mientras practicaba este examen, oyó algunos sonidos que parecían subir del piso bajo, y, prestando mayor atención, distinguió la voz del predicador que, sin duda, estaba rezando.

Llamó muy bajo y le contestaron:

—¿Sois vos, hijo mío?

La voz era esta vez mucho más perceptible, pues Warden se había acercado a la pequeña abertura que servía de ventana a su prisión situada precisamente debajo de la ventana de Alberto.

El joven y el anciano encontrábanse bastante cerca para poder hablar en voz baja. Glendinning reveló al predicador su propósito de evadirse, añadiendo que le sería posible lograr su proyecto, sin los barrotes de hierro de su ventana.

—¡En nombre de Dios, hijo mío, emplead todas vuestras fuerzas! —contestó el predicador.

—Alberto obedeció, pero sin la menor esperanza; pero con el mayor asombro y casi hasta con terror vio que el barrote que no estaba empotrado por su parte superior, cedía por un lado, por lo que a fuerza de agitarlo en todas direcciones consiguió desprenderlo por completo. En seguida dijo en voz baja y enérgica:

—La barra se me ha quedado entre las manos.

—Dad gracias al Cielo, hijo mío —contestó Warden.

No necesitó Alberto esforzarse mucho para pasar a través de la abertura, y,

sirviéndose de su cinturón de cuero a guisa de cuerda, lo ató a uno de los barrotes y se dejó escurrir hasta el extremo de la roca sobre la que daba el ventanillo del calabozo en que Warden había sido encerrado; pero era imposible que el predicador pudiera salir por esta abertura que apenas tenía el tamaño de una tronera, y que hasta parecía haber servido de ello.

—¿No podría facilitar vuestra evasión, padre mío? —preguntó el joven.

—No, hijo mío; pero podéis prestarme un gran servicio, y quizá salvarme la vida.

—¡Hablad pronto! ¿Qué debo hacer?

—Encargaos de llevar una carta que voy a escribir. En mi morral tengo cuanto necesito para ello, hasta para procurarme luz. Dirigios en seguida a Edimburgo; encontraréis un cuerpo de caballería que avanza hacia el Sur: entregad la carta al conde de Murray, que manda la tropa, y decidle la situación en que me habéis dejado. Acaso este servicio no quede sin recompensa.

Dos minutos después, Alberto vio lucir una pequeña lámpara al través del ventanillo, y poco después el predicador le presentaba un papel en el extremo de su cayado.

—¡Que Dios os bendiga, hijo mío —dijo el anciano—, y concluya la maravillosa obra que ha empezado!

—Adiós, padre —contestó Alberto.

Antes de emprender la marcha, titubeó, y, luego, decidiéndose de pronto, se arrojó al lago con tanta fuerza, que permaneció casi un minuto en sus profundidades.

Alberto era un nadador tan intrépido como adiestrado, y pudo atravesar fácilmente el lago dirigiéndose hacia el Norte. Llegó a tierra; echó una mirada al castillo, y comprendió que se había dado la señal de alarma, pues veíanse brillar las antorchas en todas las ventanas, y un momento después oyó que bajaban el puente levadizo y que algunos jinetes lo franqueaban.

Sin embargo, poco alarmado de esta persecución en la obscuridad, sacudió el agua que empapaba su ropa, se internó en los pantanos y dirigiose apresuradamente al Noroeste, guiado por la estrella polar.

CAPÍTULO XXVI

«… ¿Qué significa esto? No se comprende nada. ¿Habéis bebido la fatal copa de Circe?».

(Comedia de las equivocaciones).

Mientras Alberto Glendinning caminaba sin más compañía que su valor y confiado en su fortuna, volvamos a la torre de Glendearg, donde ocurrían cosas que el lector debe saber.

Próxima la hora de la comida, Elspeth y Tibb, no teniendo cosa más útil que hacer, se distraían en conversar.

—No nos falta trabajo —decía Elspeth— desde que *sir* Piercie Shafton se encuentra aquí, ¡y Dios sabe cuánto tiempo durará esto!

—Por pronto que se marche, siempre será demasiado tarde —contestó Tibb, pues las personas de su nombre no han traído nada bueno a Escocia. ¡Cuántas viudas y huérfanos han hecho los Piercie de Northumberland! El famoso Hotspur y otros varios de esta raza cruel han pasado muchas veces nuestras fronteras, desde los tiempos del rey Malcolm, según asegura Martín.

—Martín haría bien en guardar silencio, Tibb, y en no tomarse tanta libertad hablando de gentes alojadas en Glendearg. Además, *sir* Piercie Shafton es muy respetado por los frailes que nos tendrán en cuenta cuanto hagamos por él. ¡Es un gran señor el abad!

—Sí; y le gusta sentarse en un almohadón muy blando. He visto a más de un rico sentarse en un banco. Pero, estando vos contenta, yo también lo estoy.

—Aquí llega la joven molinera —dijo Elspeth—. ¿De dónde venís, Mysie? Nada sale bien aquí cuando os alejáis.

—He ido al río, pero sola, porque la señorita Avenel está indispuesta y no ha querido salir.

—Para ver si los jóvenes vuelven de la caza, sin duda.

—Así son las muchachas, Tibb. ¡No piensan más que en divertirse, y dejan todo el trabajo a los demás!

—Se equivoca, señora Elspeth —contestó Mysie remangándose los brazos y mirando en su derredor para ver en qué podía serles útil—; pero he creído que debía ver si llegaban para prepararles la comida.

—¿Los habéis visto?

—Ni las sombras siquiera, a pesar de haberme subido a una colina desde la que hubiera podido ver las plumas blancas del sombrero del caballero inglés.

—Y la cabeza de Alberto más alta que las plumas del caballero, por blancas que sean —añadió Elspeth.

Mysie, sin contestar, púsose a amasar la pasta para una torta, pues había

observado que la víspera le había gustado a *sir* Piercie.

Para colocar en el fuego el molde de hierro destinado a la preparación de este delicado manjar, apartó una cacerola en la que Tibb confeccionaba un guiso de su invención.

Esta murmuró entre dientes:

—¿Es que el caldo de mi niña enferma ha de ceder el sitio a las golosinas de ese endiablado inglés? En los buenos tiempos de Wallace o del rey Roberto, estas gentes del Sur no recibían aquí más que buenas estocadas: pero ya veremos cómo acaba todo esto.

Elspeth no hizo caso a estas manifestaciones de descontento, pero la afectaron penosamente, pues consideraba a Tibb como una especie de autoridad en las cuestiones bélicas y políticas, las que su experiencia, como doncella del castillo de Avenel, la hacían más competente que los apacibles habitantes de los dominios de la comunidad, así es que no volvió a tomar la palabra más que para expresar su sorpresa por el retraso de los cazadores.

—Ellos lo pierden si no vuelven pronto —contestó Tibb—, pues encontrarán el asado quemado. Ved al pobre Simón, que ya no puede dar más vueltas al asador, y que se está derritiendo como la nieve al sol. Id a tomar el aire un momento, hijo mío; yo daré vueltas al asador mientras descansáis.

—Subid a la torre —aconsejó Elspeth—. El aire es allí más fresco que en otro sitio cualquiera, y ved si descubrís a los cazadores en el valle.

Simón se ausentó el tiempo suficiente para que Tibb empezara a arrepentirse de su generosidad, y a convencerse de que el trabajo de dar vueltas al asador era algo molesto.

Al fin, volvió Simón diciendo que no había visto a nadie.

Esta circunstancia no tenía nada de particular en cuanto a Alberto se refería, pues acostumbraba pasar días enteros dedicado a la caza, y no volver hasta la noche, pero no se sabía que *sir* Piercie Shafton fuera un cazador tan apasionado, ni nadie creía posible que un inglés prefiriera cazar a comer.

Después de esperar más de una hora, los moradores de la torre tomaron apresuradamente algunos bocados y aplazaron el resto de la comida hasta el regreso de los jóvenes, suponiendo que el placer de la caza los había llevado demasiado lejos.

Serían aproximadamente las cuatro de la tarde cuando viose llegar a la torre, no a los cazadores esperados, sino al subprior que no se esperaba.

La escena de la víspera habíase grabado en la memoria del padre Eustaquio, que gustaba aclarar todo lo que le parecía misterioso, y como se interesaba por la prosperidad de la familia Glendinning, y la comunidad deseaba que se pusieran en paz *sir* Piercie Shafton y Alberto, el subprior se había impuesto la molestia de volver a Glendearg.

A su llegada, estaba reunida la familia, excepto María Avenel, y se apresuraron a informarle de que Alberto y *sir* Piercie Shafton habían salido al amanecer para ir de

caza, y no habían vuelto aún. Esta circunstancia no produjo al fraile la menor zozobra, pues sabía que los jóvenes y los cazadores no suelen tener horas fijas.

Mientras hablaba con Eduardo de los estudios, oyose un grito en la habitación de María Avenel.

Todos se apresuraron a correr en su ayuda y la encontraron desmayada y sostenida por Martín, que se acusaba de haberla matado.

A primera vista, sus ojos cerrados, su palidez y su inmovilidad le daban el aspecto de un cadáver.

La consternación se apoderó de toda la familia, que se apresuró a transportarla al lado de una ventana con la esperanza de que el aire le hiciera recobrar los sentidos, y el subprior, que tenía algunos conocimientos de medicina, le prestó los auxilios convenientes, mientras las mujeres se estorbaban unas a otras en su deseo de ser útiles.

—Quizá haya algún espíritu —contestó Tibb.

—Es un ataque nervioso como los que padecía su madre —dijo Elspeth.

—Quizá haya visto algún espíritu —contestó Tibb.

—O haya recibido alguna mala noticia —agregó la hija del molinero.

El subprior hacía aspirar a la enferma el humo de unas plumas quemadas, le rociaba el rostro con agua fría y empleaba todos los medios que generalmente se aplican en estos casos a las personas privadas de sentido, pero sin éxito alguno.

Un nuevo espectador, que acababa de entrar sin ser notado, ofreció también sus socorros diciendo:

—¿Qué os pasa, encantadora Discreción? ¿Qué ha podido hacer refluir el río bermejo de vuestra vida a la ciudadela del corazón, abandonando el rostro que debería animar con orgullo? Permitd que me acerque; esta esencia es soberana; ha sido destilada por las preciosas manos de la divina Urania, llamada la condesa de Pembroke, y tiene poder hasta para retener el alma que está a punto de emprender el vuelo.

Sir Piercie Shafton arrodillose ante María y le hizo respirar la esencia que acababa de elogiar, encerrada en un precioso frasquito de plata.

Sir Piercie Shafton tenía las mejillas pálidas y los vestidos en desorden; pero en lo demás parecía el mismo de la víspera.

Cuando María Avenel abrió los ojos y vio al oficioso cortesano, exclamó débilmente:

—¡Prended al asesino!

Al oír esto, todos los presentes se quedaron asombrados; pero nadie se sorprendió tanto como el caballero, acusado de modo tan extraño y repentino por la persona a quien prodigaba sus socorros.

—¡Prended al asesino! —repetía la joven—. ¡Quitadle de mi vista!

—Sin duda —se excusó *sir* Piercie— vuestras facultades mentales, apreciada Discreción, están perturbadas, o vuestros ojos no distinguen que es Piercie Shafton,

vuestra Afabilidad, quien se encuentra ante vos, y que es inocente en absoluto. Hoy no se ha cometido otro asesinato, desdeñosa Discreción, que el de que se hacen culpables las miradas irritadas que me dirigís.

El subprior, que había conferenciado aparte con Martín mientras *sir* Piercie pronunciaba este discurso, pudo enterarse de la noticia que se le comunicó a María Avenel sin ninguna precaución y que provocó el estado en que se encontraba.

—Señor —dijo gravemente el subprior—, acaban de decirme cosas tan extraordinarias, que, aunque me repugne hablar con tono autoritario, me obligan a pediros explicaciones: salisteis de esta torre al amanecer, acompañado del hijo mayor de la señora Glendinning y volvéis solo.

¿Dónde y a que hora lo habéis dejado?

El caballero, después de reflexionar un momento, contestó:

—He dejado a Alberto Glendinning una hora o dos después de haber amanecido.

—¿Pero dónde lo dejasteis?

—En una barranca profunda, en que hay una fuente frente a una roca soberbia, cual un Titán, hijo de la tierra, y que levanta su cumbre calva lo mismo que…

—No hagáis comparaciones, conocemos el sitio. Ese joven no ha vuelto, y es preciso que nos expliquéis su ausencia.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —exclamó Elspeth alarmada—. Sí, reverendo padre, tiene que darnos cuenta de Alberto.

—Os juro, buena señora, por el pan, que es el sostén de la vida corpórea, que…

¡Jurad por el vino y la buena comida que sostienen vuestra vida, inglés glotón! —exclamó Elspeth—. Un miserable, cuyo dios es su vientre y que viene aquí a comerse lo mejor que tenemos y luego mata a los que le salvan la vida.

—Os juro, señora, que fui a cazar con vuestro hijo.

—¡Caza en la que habéis dado muerte al joven! —exclamó Tibb—. Ya lo había previsto, al ver vuestro rostro de inglés. Los Piercie siempre han hecho daño a Escocia.

—¡Silencio! —ordenó el padre Eustaquio—. No quiero que se insulte a este caballero, en contra del cual no hay más que presunciones.

—Hemos de arrancarle el corazón —exclamó Elspeth, abalanzándose, lo mismo que Tibb, sobre el caballero, quien habría salido mal parado de tan brusca acometida si el subprior y Mysie no se hubieran apresurado a protegerle contra tan impetuosa acometida.

Eduardo, que había salido, volvió en aquel momento con una espada en la mano, seguido de Martín y Jasper, armados de una jabalina de caza, y con una ballesta, respectivamente.

—Guardad la puerta —les dijo—, y, si intenta salir, dadle muerte.

—¿Qué es eso, Eduardo? —exclamó el subprior—. ¿Olvidáis vuestros deberes hasta el extremo de intentar cometer un acto de violencia contra un huésped del monasterio, en mi presencia, ante el representante de vuestro Señor?

—Perdón, reverendo padre; pero la voz de la sangre habla más alto que la vuestra. Pregunto a este hombre qué ha hecho de mi hermano, el heredero de nuestro nombre; si se niega a contestarme, puede ponerse en guardia, pues no respetaré nada para vengar a un inocente.

Sir Piercie, sin amedrentarse, dijo con su natural altivez:

—Joven, envainad vuestra espada; *sir* Piercie Shafton no puede batirse en el mismo día con dos campesinos.

—¿Habéis oído, reverendo padre? —exclamó Eduardo—. Confiesa el hecho.

—¡Tened paciencia, hijo mío! —contestó el subprior esforzándose por apaciguar a Eduardo—. ¡Paciencia, y confiad en mí para obtener justicia! Así la obtendréis más fácilmente que por la violencia. Y vosotras, mujeres, callaos, o mejor, retiraos.

Tibb y las demás mujeres de la casa llevaron a la desgraciada madre de Alberto y a María Avenel a otra habitación. Eduardo, con la espada desnuda, se paseaba a lo largo de la estancia, sin dejar de vigilar a *sir* Piercie. El subprior instó nuevamente al caballero a que le informara de lo que había ocurrido a Alberto mientras había estado en su compañía.

Sir Piercie veíase cada vez en situación más crítica. Su amor propio se sublevaba ante la idea de confesar el resultado de su encuentro con Glendinning, y se resistía a sufrir esa humillación. Además, tampoco podía decir qué había sido de su adversario, puesto que él mismo lo ignoraba. Sin embargo, como el padre Eustaquio le apremiaba con sus preguntas, haciéndole observar que, si se negaba a referir lo ocurrido entre él y Alberto, hacía más verosímiles las sospechas que se tenían de él, viose obligado a contestar.

—Es innegable —le dijo el padre Eustaquio— que ayer os encolerizasteis contra ese desgraciado joven; y vuestro resentimiento se calmó tan de repente, que todos nos quedamos sorprendidos. Anoche le propusisteis una partida de caza para hoy, y habéis salido al amanecer. Confesáis que lo habéis dejado una hora o dos después de la salida del sol, cerca de la fuente que nos habéis indicado, y parece que, antes de vuestra separación, tuvisteis una querella.

—No he dicho eso —contestó el caballero—, ni comprendo por qué se interesan tanto por un vasallo que probablemente habrá ido a unirse a alguna cuadrilla de merodeadores. ¿Es a mí, a un caballero de la sangre de los Piercie a quien pedís cuenta de un fugitivo? ¿Qué precio fijáis a su cabeza? Se la pagaré al convento.

—¡Confesáis, entonces, que habéis dado muerte a mi hermano! —exclamó Eduardo—. ¡Pues bien! Os diré el precio que los escoceses damos a la sangre de nuestras familias.

—¡Callaos, Eduardo, callaos! —ordenó el subprior—. Os lo ruego, os lo mando. En cuanto a vos, señor, no creáis que se puede derramar la sangre escocesa sin correr más riesgo que el de pagarla, como se paga el vino derramado en una orgía. Además, el joven Glendinning no era un siervo. En vuestro país no os atreveríais a levantar el brazo contra un súbdito inglés, pues las leyes os castigarían por dar muerte a un

ciudadano, aunque este fuera el más infeliz del reino. Aquí ocurre lo mismo, y estáis equivocado si creéis otra cosa.

—¡Vais a conseguir que se agote mi paciencia! —exclamó *sir* Piercie Shafton—. Ignoro en absoluto qué ha sido de ese joven rústico que me abandonó dos horas después de la salida del sol.

—En ese caso, debéis explicar por qué, cómo y en qué circunstancias os ha dejado.

—¡Maldito sea el diablo! ¿Qué queréis que os explique? Protesto contra la violencia que estáis ejerciendo sobre mí, porque es indigna y contraria a las leyes de la hospitalidad; y deseo poner término a este interrogatorio, si las palabras bastan para dar fin a la discusión.

—Si las palabras no bastan —replicó Eduardo—, mi brazo bastará.

—¡Callad! —dijo imperiosamente el subprior—. Y vos, *sir* Piercie Shafton, decidme por qué la hierba se encuentra enrojecida en el Corri-nan-shian, cerca de la fuente, en el mismo sitio en que os habéis separado, según confesáis.

No queriendo confesar su derrota, el caballero contestó que no era extraño encontrar sangre en el lugar en que los cazadores habían matado un gamo.

—No os habéis contentado con darle muerte, sino que también lo habéis enterrado —contestó el padre Eustaquio—. Tenéis que decimos de quién es el cuerpo que cubre la tierra recientemente removida al pie de la roca, a pocos pasos de la fuente y cerca de la hierba teñida aún de sangre. Ya veis que es imposible negar; hablad, pues, francamente, y confesad que el cuerpo del desgraciado joven está allí sepultado.

—Si eso es verdad, lo habrán enterrado vivo; pues os juro, reverendo padre, que ese aldeano se ha alejado de mí sin el menor rasguño. Además, que se abra el hoyo; y si el cuerpo del joven se encuentra dentro, aceptaré la pena que se me imponga.

—No soy yo a quien corresponde resolver este asunto, sino a nuestro reverendo abad y a su cabildo. Trato únicamente de cumplir mi deber reuniendo los informes necesarios para hacer justicia.

—Si no fuera una indiscreción, reverendo padre, quisiera saber quién ha podido, con su testimonio, hacer recaer contra mí sospechas tan mal fundadas.

—Esto es muy fácil, y no tengo por qué ocultároslo. La señorita Avenel, temiendo que con el pretexto de una cita amistosa encubrieseis algún proyecto criminal contra su hermano adoptivo, encargó a Martín que os siguiera y evitase una desgracia. Vuestro odio burló sin duda todas las precauciones adoptadas, y Martín, después de buscaros por todo el valle, llegó al Corri-nan-shian, donde vio la hierba ensangrentada y un montón de tierra que parecía cubrir un hoyo reciente, lo que ha referido a quien lo había enviado.

—¿Acaso no vio allí mi casaca? Pues, cuando recobré los sentidos me faltaba la casaca como podéis ver.

Y *sir* Piercie Shafton separó su capa sin advertir que mostraba la camisa

ensangrentada.

—¡Bárbaro! —exclamó el subprior al ver confirmadas sus sospechas—. ¿Negaréis aún vuestro crimen, cuando sobre vos lleváis la sangre que habéis derramado? ¿Negaréis que habéis privado a una madre de su hijo, a nuestra comunidad de uno de sus vasallos, y a la reina de Escocia de uno de sus súbditos? ¿Qué podéis esperar ya? Lo menos que podemos hacer es entregaros a Inglaterra como indigno de nuestra protección.

—¡Por todos los santos! —exclamó el caballero fuera de sí—. Si esta sangre es un testimonio contra mí, es una sangre rebelde, pues, a la salida del sol, circulaba aún por mis venas.

—¿Cómo es eso, *sir* Piercie? No os veo ninguna herida.

—¡Ese es el misterio! ¡Pero ved!

Y, abriendo sus vestidos, mostró su pecho y señaló el sitio en que había entrado la espada de Alberto; pero la herida, ya cicatrizada, parecía estar cerrada desde ya hacía algún tiempo.

—¡Estáis abusando de mi paciencia, caballero! —exclamó el subprior—. Eso es coronar con un insulto un acto de violencia. ¿Acaso me tomáis por un niño, o por un necio, cuando pretendéis hacerme creer que la sangre, fresca aún de que vuestra ropa está manchada, es la de una herida curada hace ya mucho tiempo? Esa sangre es de vuestra desgraciada víctima.

—Reverendo padre —contestó el caballero después de reflexionar un momento —, no he de ocultaros nada; pero ordenad que se retire todo el mundo y os explicaré este misterioso asunto. No os extrañéis, sin embargo, si os parece inexplicable; pues yo tampoco comprendo nada.

El padre Eustaquio mandó a todos que se retiraran, añadiendo que su conferencia con *sir* Piercie no sería muy larga y permitiéndoles guardar la puerta de la habitación por la parte de fuera, sin lo cual le hubiera sido difícil hacerlos salir.

En cuanto Eduardo hubo salido y puesto a Martín y a Jasper de centinela ante la puerta, envió emisarios a las familias de la vecindad, con quienes estaba particularmente relacionado, para informarlas de que Alberto Glendinning acababa de ser asesinado por un inglés, y rogarles que vinieran inmediatamente en su ayuda a la torre de Glendearg.

En tales casos la venganza se consideraba en Escocia un deber tan sagrado, que Eduardo no dudaba que llegaría gente suficiente para asegurar la detención del prisionero. Después cerró todas las puertas de la torre, y, tomadas estas precauciones, reuniose de nuevo con su desolada familia para consolarla, asegurando que la muerte de su hermano no quedaría impune.

CAPÍTULO XXVII

> «El fallo es severo. A pesar de correr por mis venas la sangre ennoblecida por ilustres antepasados, voy a ser encerrado en esta fortaleza, para responder de un siervo vil que no posee ni medio escudo».
>
> *(Comedia antigua).*

Mientras Eduardo, ardiendo en deseos de venganza, tomaba sus medidas para asegurar el castigo del supuesto asesino de su hermano, *sir* Piercie se confesaba, a pesar suyo, al padre Eustaquio, que le escuchaba atentamente.

La narración del caballero no era muy clara, pues el amor propio de este le inducía a suprimir o abreviar algunos detalles que hubieran sido indispensables para el esclarecimiento de los hechos.

—Sabéis, reverendo padre —dijo—, que ese joven rústico, en presencia vuestra, en la del reverendo abad, en la de la señorita Avenel, a quien llamo mi Discreción, y en la de otras varias personas, se atrevió a insultarme gravemente, por lo que mi enojo superó a mi orgullo, y le concedí el honor de batirme con él.

—Pero, caballero, omitís dos puntos muy importantes: primero, ¿por qué la vista del objeto que os mostró Alberto os ofendió tan profundamente, como todos notamos? Y, segundo, ¿cómo este joven, que no os conocía más que desde la víspera, ha podido encontrar el medio de impresionaros tanto?

—Perdonadme, reverendo padre —contestó el caballero ruborizándose— que no responda a la primera pregunta, porque no tiene relación alguna con lo que nos interesa ni con la acusación que se me hace; cu cuanto a la segunda, no estoy mejor enterado que vos, pero supongo que ese joven aldeano ha hecho un pacto con Satanás. Os decía, pues, que aquella tarde oculté mis proyectos afectando serenidad, como hacen los hijos de Marte, cuyo rostro no revela hostilidad hasta que sus manos no empuñan las armas. Divertí a mi bella Discreción con canciones y otras fruslerías, que forzosamente habían de agradarle, y esta mañana me levanté muy temprano y fui a reunirme con mi antagonista, que se ha portado bravamente. En fin, llegados al lugar del combate, le he dirigido media docena de ataques, cualquiera de los cuales lo habría podido enviar al otro mundo, si la repugnancia a aprovecharme de su inexperiencia no me lo hubiera impedido, pues había resuelto no hacerle más que una herida sin importancia. Inspirado, sin duda, por el diablo, mi adversario me ofendió de nuevo, y, dejando de tenerle consideraciones, le asesté un golpe de tizona que debía partirlo en dos; pero se me escurrió el pie al mismo tiempo, y él, con su espada, me atravesó el pecho. El aldeano, asustado de un éxito tan inesperado como poco merecido, emprendió la fuga, me abandonó, y perdí el conocimiento a causa de la sangre que había derramado. Cuando volví en mí, me pareció despertar de un sueño

profundo: estaba envuelto en mi capa, que me había quitado al mismo tiempo que mi jubón, y me encontraba en medio de un macizo de álamos a cien pasos del sitio en que nos habíamos batido. Sorprendido de no experimentar más que debilidad sin ningún dolor, apliqué mi mano a la herida, y la encontré curada y cicatrizada, como acabáis de ver. Me levanté como pude y regresé aquí, donde, al llegar, he visto que mi bella Discreción era víctima de una enfermedad repentina.

—Caballero —repuso el padre Eustaquio—, es imposible que sir Piercie Shafton pretenda hacerme creer semejante patraña. Una querella, cuyo motivo ocultáis; una herida recibida por la mañana y perfectamente cicatrizada por la noche; una sepultura en la que no ha sido enterrado nadie; el vencido vivo y con salud; el vencedor desaparecido y sin que se sepa qué ha sido de él; todas estas circunstancias juntas no pueden ser creídas.

—Tened en cuenta, reverendo padre, que si he accedido a daros la explicación que deseabais, solo ha sido por deferencia a vuestro hábito, y que, excepción hecha de un sacerdote, de una dama o de un soberano, a nadie doy pruebas de lo que digo más que con la punta de la espada. Después de haceros esta declaración, os juro por mi honor y por mi religión, que todo cuanto acabo de referir es la pura verdad.

—Esa afirmación parece sincera, caballero; pero no es más que una afirmación, y no podéis hacerme creer cosas contrarias a la naturaleza y a la razón. ¿La sepultura que hay en el sitio del combate estaba abierta o cerrada cuando llegasteis?

—No os ocultaré nada, reverendo padre; deseo dejaros ver el fondo de mi corazón, como una fuente pura muestra a través de sus aguas límpidas el pequeño pedernal que se encuentra en su fondo…

—Hablad claramente y sin anfibologías, pues el lenguaje afectado no es a propósito para tratar asuntos graves. ¿Estaba abierta la sepultura antes del combate?

—Sí, reverendo padre.

—Hijo mío, escuchadme. Anoche no había ninguna sepultura abierta en aquel sitio, pues el viejo Martín pasó por allí a buscar unos ganados extraviados, y no la vio; se sostiene un combate cerca de ella; uno solo de los combatientes aparece lleno de sangre, aunque sin herida aparente; la sepultura está cerrada y cubierta de tierra. ¿Es extraño que se crea que encierra el cadáver de la víctima?

—Es imposible —exclamó el caballero—, si el joven aldeano no se ha matado y enterrado él mismo para perjudicarme.

—La sepultura se abrirá mañana temprano —dijo el subprior— y presenciaré la operación.

—Os declaro, reverendo padre, que protesto contra todas las suposiciones que puedan hacerse de mí, acerca del resultado. ¿El diablo no es capaz de tomar la forma de Alberto Glendinning para meterme en un nuevo aprieto? Desde que estoy en este país solo me ocurren diabluras. Yo, a quien Vincentio Saviola citaba como el más ágil y el más diestro de sus discípulos, recibo de un joven vaquero, que desconoce los principios de la esgrima, una estocada que me atraviesa el cuerpo. Vuelvo en mí, y mi

herida está cerrada, faltándome solo el jubón, que deseo que se busque cuidadosamente, pues está forrado de raso, y me lo puse por primera vez el día de la fiesta que dio la reina en Southwark.

—Os apartáis de la cuestión, caballero. Os interrogo acerca de la vida de un hombre, ¡y me contestáis hablándome de un jubón viejo!

—¡Viejo! ¡Solo lo he lucido tres veces, y en toda la corte de Inglaterra existe otro más elegante, más rico y mejor cortado!

Por extraña que fuera la aventura, el recuerdo de la que le había ocurrido a él y la del padre sacristán algunos años antes, hizo que el subprior no supiera a ciencia cierta a qué atenerse, por lo que preguntó al caballero si tenía otros motivos que le indujeran a creer que el diablo había intervenido en ella.

—Me falta referiros —contestó— una circunstancia más extraordinaria, un hecho que bastaría para demostrar que estoy bajo la influencia de un poderoso hechizo. No acostumbro vanagloriarme de los favores que recibo de las damas, y mi reputación está muy bien sentada en este concepto, pues una de las más brillantes constelaciones de la corte, me llamaba su Taciturnidad; y, sin embargo, el señor subprior, habiendo encontrado en estos lugares agrestes a una joven a quien su nacimiento me permite galantear, y hasta habiéndome dignado llamarla mi Discreción, por condescendencia más que por su propio mérito verdadero, como le ocurre al cazador que por no encontrar caza dispara sobre un cuervo para no volver a su casa sin descargar la escopeta…

—La señorita Avenel os debe estar muy agradecida; pero ¿a qué vienen esos detalles de vuestras galanterías pasadas y presentes?

—A demostraros que ella o yo estamos hechizados, puesto que en vez de escuchar con gusto y agradecimiento unas cortesías que hubieran hecho estremecer el corazón de las bellas más orgullosas de la corte de Inglaterra, María las oye como quien oye llover. Hoy mismo, mientras me arrodillaba ante ella y le prodigaba el socorro de una esencia admirable, me ha rechazado como si fuera un objeto desagradable y repulsivo. Estos hechos no ocurren en el curso natural y ordinario de las cosas, y no se pueden explicar más que atribuyéndolos a la magia y al sortilegio. Ahora que he dado a vuestra reverencia cuenta sencilla, y verdadera de cuanto ha sucedido, le permito deducir cuanto crea oportuno; pero, de todos modos, estoy resuelto a marcharme a Edimburgo mañana tan pronto como amanezca.

—Sentiría mucho poner obstáculos a vuestros proyectos, caballero; pero ese viaje me parece difícil.

—¡Difícil, reverendo padre! Sin embargo, lo he resuelto.

—Sir Piercie, os es imposible marchar hasta que su reverencia el abad de Santa María me comunique su decisión.

—Respeto muchísimo a vuestro abad —repuso el caballero, irguiéndose—, y le estoy muy reconocido; pero en esta ocasión, será mi parecer el que seguiré y no el de su reverencia.

—Perdonad, caballero; pero en este asunto el abad tiene autoridad.

Las pálidas mejillas de sir Piercie fueron coloreándose cada vez más.

—Gran sorpresa —dijo— me produce oíros. ¿Acaso os atreveríais a atentar a la libertad de un miembro de la familia de los Piercie?

—Ni vuestra cólera, ni vuestro linaje, caballero, os servirán de nada en esta ocasión. No se dirá que un hombre que ha venido a buscar asilo en el territorio de Santa María ha derramado impunemente sangre escocesa.

—Os repito que la sangre derramada es la mía.

—Es lo que se trata de probar. Nosotros, los miembros de la comunidad de Santa María, no aceptamos un cuento de hadas en pago de la vida de uno de nuestros vasallos.

—Y nosotros, los miembros de la casa de Piercie, no cedemos a las amenazas ni a la violencia. Partiré mañana por la mañana.

—Caballero, vuestro viaje no podrá efectuarse tan pronto.

—¿Quién se atreverá a oponerse?

—¿Acaso creéis que en los dominios de Santa María no hay fuerzas suficientes para impediros marchar?

—¿Y vos creéis que mi primo, el conde de Northumberland, no se vengará del trato que dais a uno de sus más próximos parientes?

—El abad de Santa María tiene poder temporal y espiritual, y defenderá los derechos de su territorio. Si os hiciéramos conducir mañana ante vuestro primo, ¿podría acaso dejar de prenderos y enviaros a la reina de Inglaterra? Caballero, estáis colocado en un terreno resbaladizo; consentid de buena gana en constituiros en prisión aquí hasta que el abad resuelva. Tenemos hombres suficientes para impedir vuestra evasión. Tened, pues, paciencia y resignación, y someteos a las circunstancias.

El subprior dio entonces algunas palmadas y llamó en voz alta. Eduardo, que había vuelto a ocupar su puesto, entró acompañado de dos jóvenes bien armados.

—Eduardo —le dijo—, tratad a *sir* Piercie Shafton como prisionero confiado a vuestros cuidados por el abad y el capítulo de Santa María. Cuidad que no carezca de nada; tratadlo con igual consideración que hasta ahora, pero no permitáis que salga de esta habitación. Si intentara huir, oponed la fuerza a la fuerza; pero, si se somete, no le toquéis ni un cabello, pues sois responsable.

—Reverendo padre —contestó Eduardo—, a fin de obedeceros, no veré más a este hombre, pues me avergonzaría de no ejecutar vuestras órdenes; pero mi vergüenza sería mayor aun dejando impune la muerte de mi hermano.

Al decir esto, parecía que la sangre abandonaba sus mejillas; sus labios se tomaron lívidos, y ya iba a salir de la estancia, cuando el subprior volvió a llamarle para decirle con tono solemne:

—Eduardo, os conozco desde vuestra infancia y he hecho cuanto he podido por seros útil. No os hablo de lo que me debéis como representante de vuestro señor

temporal y espiritual, ni de la sumisión que un vasallo debe al subprior de Santa María; pero el padre Eustaquio espera que su amado discípulo Eduardo Glendinning no cometerá ningún acto de violencia contrario a sus deberes de cristiano y de súbdito, por muchos motivos que crea tener para ello.

—Lejos de mí, digno y respetable padre, la idea de faltar al respeto que debo a la santa comunidad, que siempre ha protegido a mi familia, y cometer ninguna acción que pueda haceros dudar de mi gratitud; pero la sangre de mi hermano pide venganza, y ya conocéis los principios del país que nos ha visto nacer.

—«Yo soy quien tiene derecho a vengarse» ha dicho el Señor —contestó el padre Eustaquio—. La costumbre que tiene esta comarca de vengar por sí misma la muerte de un pariente o de un amigo, ha hecho derramar en Escocia torrentes de sangre, y sería imposible enumerar sus funestas consecuencias. En la frontera del Este, los Homes combaten contra los Swintons; en la del Mediodía, los Scotts y los Kerrs han derramado más sangre en querellas domésticas de la que hubiera corrido en una batalla librada en Inglaterra; en la del Oeste, los Johnstones han jurado odio mortal a los Maxwells, y los Bells a los Jardines. Nuestra juventud más escogida, que debería ser nuestro amparo contra los enemigos extranjeros, desaparece en combates particulares, cuyo resultado es la devastación del suelo natal. No permitáis, querido Eduardo, que este fatal prejuicio se apodere de vos. No os pido que reflexionéis, como si este asunto no os tocara de cerca, pues sé que es imposible; pero cuanto más dolor os ocasione la muerte, no probada aún, de vuestro hermano, más deseo debéis tener de que la justicia resplandezca. Sir Piercie me ha referido cosas extraordinarias que, ni por un momento, hubiera dejado de rechazar como por absurdas si no recordara una aventura que a mí mismo me ocurrió en este valle; pero este no es el momento de hablar de ello. Baste deciros que por inverosímiles que parezcan los hechos, cuyo relato acabo de oír, mi experiencia me prohíbe declararlos imposibles.

—Padre —repuso Eduardo, observando que el subprior se abstenía de explicar los motivos que le hacían considerar probable la historia de sir Piercie Shafton—, padre, pues para mí habéis sido un padre verdadero, ya sabéis que mi mano ha cogido siempre con más gusto un libro que un sable, y que no poseo el espíritu belicoso y emprendedor de…

Al llegar aquí, le faltó la voz; pero, después de un intervalo de algunos instantes, añadió con vivacidad:

—Todo ha cambiado. Ahora soy el representante de mi hermano y de mi padre, y estoy obligado a obrar como hubieran obrado ellos. Por este motivo os declaro, padre mío, respetuosa pero firmemente, que la sangre de este hombre ha de pagar la de mi hermano, si la ha derramado él. Esperaré con paciencia el fallo que pronuncien el abad y su cabildo contra el asesino de uno de sus antiguos vasallos. Si hacen justicia a mi hermano, ¡alabado sea Dios!; pero si el linaje de este hombre impide a los monjes de Santa María castigarlo, mi brazo lo castigará. El que recoge la sucesión de su hermano, debe vengarle.

—El subprior veía con sorpresa que Eduardo, a pesar de su humildad habitual, sostenía los principios erróneos de sus antepasados y de las gentes que le rodeaban. Sus ojos lanzaban chispas, sus miembros temblaban, y hubiera podido creerse, por la expresión que animaba su rostro, que estaba sediento de venganza.

—¡Que Dios nos ampare! —exclamó—. ¡Qué débiles somos! ¡Qué difícil es para nosotros resistir las tentaciones! Eduardo, prometed no hacer nada con temeraria precipitación. En ello confío.

—Ya os he prometido, padre, esperar el fallo del abad de Santa María. Pero la sangre de mi hermano, las lágrimas de mi madre y las de María Avenel, no se habrán derramado impunemente. No os engañaré, padre; si Piercie Shafton ha dado muerte a mi hermano, morirá, ¡aunque toda la sangre de los Piercie circulara por sus venas!

El tono y la firmeza con que Eduardo pronunció estas palabras, revelaban un propósito solemne y una resolución inquebrantable. El padre Eustaquio suspiró, y, cediendo a las circunstancias, ordenó que le llevaran luces y comenzó a pasear por la estancia.

Las ideas se sucedían tumultuosamente en su cerebro. Su razón se negaba a dar crédito al relato que sir Piercie Shafton le había hecho de la curación de su herida; pero lo que le había acontecido a él y la aventura del padre sacristán en aquel mismo valle, no le permitía calificar de impostor a sir Piercie.

Tampoco sabía cómo contener en su justo límite el cariño fraternal de Eduardo, respecto del cual estaba en la misma situación que el guardián de una fiera, un león o un tigre domesticado en su infancia, y al que alguna circunstancia imprevista devuelve su natural ferocidad, en cuya circunstancia no escucha ya la voz de su amo y amenaza a quien le da el alimento. ¿Cómo calmar esta sed de venganza que el ejemplo y las costumbres del país fomentaban?

El subprior tema que tener también en cuenta la conveniencia de su comunidad, que se vería degradada y deshonrada si dejaba sin castigo el asesinato de uno de sus vasallos; y él no podía menos de calificar de crimen la muerte de un joven que desconocía la ciencia de las armas y había perecido en duelo contra un profesional de la esgrima. Esta debilidad podía, además, sublevar a los vasallos de la abadía, a pretexto de que esta no les garantizaba la existencia. Si se procedía con rigor contra un pariente de la familia de los Piercie, aliada a todas las grandes casas de Northumberland, serían invadidos los dominios de Santa María, y el padre Eustaquio sabía bien que, empezada una guerra de insurrección o de invasión, el asunto no podría resolverse con razones ni por la evidencia de los hechos, pero comprendía que no podría elegir entre dificultades igualmente insuperables.

El subprior era fraile, pero era también hombre y, en este concepto, estaba indignado contra el supuesto asesinato del joven Glendinning cometido por un profesional de la esgrima, ciencia en la que los vasallos de la iglesia no podían ser muy diestros. Además de su justo resentimiento y del pesar que experimentaba por la muerte de un joven a quien conocía desde su infancia, la ofensa inferida a su

comunidad lo sublevaban contra una impunidad deshonrosa. ¿Cómo acogería el asunto la corte de Escocia, aquella corte ligada a la causa de la reforma y aliada a Isabel por la religión y por intereses comunes? El Gobierno aprovecharía aquella ocasión para invadir los dominios de Santa María y apoderarse de las rentas de la Iglesia, objeto de su codicia, pretextando la impunidad del asesino de un escocés.

Por otra parte, entregar a Inglaterra, o lo que era lo mismo, a la corte de Escocia, a un caballero inglés, de la familia de los Piercie, fiel servidor de la Iglesia Católica, que había ido a buscar asilo en las tierras del monasterio, era en el concepto del subprior una acción indigna, que atraería sobre todos los frailes la maldición del Cielo y la cólera de los Northumberland. El gobierno estaba casi por completo en las manos del partido protestante; pero la reina era católica aún y no se sabía si, en los diversos cambios políticos que amenazaban a Escocia, no se encontraría, en el transcurso del tiempo, en situación de proteger a sus fieles súbditos. Además, si la corte y la reina de Inglaterra eran partidarios fervientes del protestantismo, en los condados del Norte, cuya amistad o enemistad tenía gran importancia para la comunidad, había muchos católicos, cuyos jefes podían vengar la ofensa que se infiriera a *sir* Piercie Shafton.

Teniendo en cuenta todas estas consideraciones, el subprior adoptó la resolución de imitar la conducta del valeroso piloto que no abandona el timón durante la tempestad, procurando evitar los escollos contra los que amenaza estrellarse el barco, y abandona todos los demás cuidados al cielo y a su patrona.

Al intentar el padre Eustaquio salir de la habitación, el caballero le llamó para preguntarle cómo debía arreglarse para pernoctar en aquella sala y rogarle que diera órdenes de que le llevaran sus baúles, pues quería cambiar algunas prendas de su vestido[22].

—Sí, sí; os los traerán —contestó el padre Eustaquio—. La contemplación de sus vestidos y de sus joyas —añadió al bajar por la escalera— le consolará de su prisión y hasta quizá se la haga olvidar. Ahora, tengo una tarea mucho más interesante y más difícil que cumplir: la de consolar a una madre que llora la muerte de su primogénito.

Al llegar a la sala en que solía congregarse la familia, supo que María Avenel, gravemente indispuesta, se encontraba en cama. La viuda de Glendinning y Tibb estaban entregadas a su dolor al lado del fuego casi apagado y sin más luz que la de una pequeña lámpara de hierro, escasa de aceite. Elspeth tenía la cabeza cubierta con su delantal, pero oíanse los sollozos y los lamentos que le arrancaba la muerte de su hijo Alberto, imagen viviente de su inolvidable Simón, y sostén y consuelo de su ancianidad.

La fiel Tibb le hacía coro; pero los lamentos de esta eran más ruidosos, y salían mezclados con gritos de venganza.

—Mientras quede en Escocia un hombre en estado de manejar la lanza y una mujer capaz de hilar una cuerda…

La llegada del subprior le impuso silencio, y este, tomando asiento al lado de la

infortunada madre, se esforzó por aliviar su dolor, aunque sin conseguirlo. Sin embargo, cuando le prometió que el monasterio, para indemnizar a la familia de la cruel pérdida que le había ocasionado el huésped, concedería a Eduardo nuevos privilegios al feudo de Glendearg, y que le añadiría nuevas tierras, la viuda le prestó atención. Pero esta tregua a su dolor fue muy rápida y hasta se censuró por haber pensado en los bienes de este mundo cuando su desgraciado hijo Alberto no podía gozarlos ya.

Cuando el subprior advirtió que sus esfuerzos por consolarla eran ineficaces, dejó que el dolor siguiera su curso natural.

CAPÍTULO XXVIII

> «Si está en libertad, solo a mí tiene que agradecerlo. Las leyes pueden castigarme, pero mi nombre vivirá en la memoria de muchas gentes. Moriré mártir, pero el valor no me abandonará jamás».
>
> *(Los dos nobles parientes).*

Al abandonar la estancia que debía servir de prisión a *sir* Piercie Shafton y en la que habían empezado a hacerse los preparativos necesarios para que pudiera pasar en ella la noche, el subprior de Santa María dejaba tras de sí a una persona llena de profunda aflicción.

El aposento de María Avenel se comunicaba con el comedor; pero, como no recibía más luz que la que entraba por un pequeño ventanillo, la joven fue trasladada al lado de una ventana, a donde fue seguida de la familia.

En esta sala fue donde el subprior había interrogado al caballero inglés, y donde había sido encerrado, porque era más fácil vigilarle en ella que en la habitación que ocupaba. La habitación que comunicaba con esta sala, aunque muy reducida, había sido compartida con Mysie Happer, pues antiguamente, y aun en la actualidad, las casas de Escocia eran menos grandes que la hospitalidad de sus propietarios, y cuando a ellas llegaban muchos huéspedes se recurría a todos los medios para alojarlos.

La noticia de la muerte de Alberto Glendinning había revuelto toda la casa. María Avenel, cuyo estado exigía atención inmediata, fue transportada a la habitación que antes ocupaban Alberto y Eduardo, pues este último estaba resuelto a vigilar durante toda la noche al prisionero; pero todos habían olvidado a la pobre Mysie, que estaba en la habitación que le servía de dormitorio, ignorando que el comedor, único camino para entrar o salir, estaría ocupado toda la noche por el caballero inglés.

Las medidas adoptadas para convertir esta pieza en prisión habían sido tomadas tan precipitadamente, que solo se enteró de ello al oír el final de la conversación que el subprior sostuvo con el caballero inglés y Eduardo, y a la que al principio no prestó atención.

La timidez le impidió salir mientras el padre Eustaquio estaba en la sala, temiendo que la acusaran de haberse ocultado para satisfacer su curiosidad; pero, cuando la conferencia hubo terminado, el ruido de la puerta, que oyó cerrar con dos vueltas de llave, le hizo comprender que ya no podía retirarse sin ser vista, y dejó de desearlo.

Mysie vio desde el ventanillo de su aposento llegar a la torre gran número de jóvenes armados, a quienes había invitado Eduardo, y esta circunstancia le sugirió el temor de que la vida de *sir* Piercie Shafton corriera inminente peligro.

La mujer es naturalmente compasiva, sobre todo si la víctima es un joven de buena presencia, y aunque el rostro agraciado, la elegancia y la afectación del lenguaje del caballero inglés no habían producido ninguna impresión en el espíritu noble y elevado de María Avenel, habían deslumbrado a la pobre molinera, produciendo una sensación muy viva en su corazón. *Sir* Piercie lo había advertido y, satisfecho de que se hiciera justicia a su mérito, le había prodigado más cumplimientos de los que tenía derecho a esperar. Mysie, comprendiendo su inferioridad, le estaba agradecida.

Esta gratitud y los temores que la hija de Happer concebía por la seguridad del caballero, produjeron grandes estragos en su joven y tierno corazón.

—Cierto que ha hecho mal en dar muerte a Alberto —pensaba—; pero, después de todo, es hombre de alta alcurnia, militar, y tan dulce y tan cortés, que necesariamente ha sido el joven Glendinning el provocador. Todo el mundo sabe que los dos hermanos están tan enamorados de María que no miran a ninguna otra joven. Alberto era orgulloso y altanero, a pesar de ser un verdadero rústico. ¿Es justo que ese pobre inglés, que viste como un príncipe, que está desterrado de su país, y a quien una mala cabeza ha buscado querella, se vea perseguido y, tal vez, ejecutado por los parientes y amigos del joven rústico?

Esta reflexión hizo derramar a Mysie algunas lágrimas, quien, tomando el partido del extranjero sin defensa, que vestía bien y decía cosas tan bellas, resolvió serle útil en cuanto le fuera posible. Al principio solo pensó en el medio de salir del aposento sin ser vista; pero concluyó por convencerse de que el Cielo la había dejado allí para salvar a un extranjero perseguido. De carácter sencillo y afectuoso, pero vivo y osado, si escuchaba con demasiada complacencia las galanterías y le deslumbraba una persona bien vestida, también estaba dotada de más fuerza y valor que los que de ordinario posee su sexo.

—Lo salvaré —pensaba—, es cosa resuelta, y veremos qué dirá de la pobre hija del molinero, que hará en obsequio suyo lo que no se atreverían a hacer todas las damas de Londres y de Holyrood juntas.

La prudencia decía a Mysie que cuanto mayor y más viva fuese la gratitud de *sir* Piercie Shafton, más riesgo correría su bienhechora; pero, mientras una voz secreta le hacía esta advertencia, la joven molinera dirigió los ojos al pequeño espejo a cuyo lado se encontraba la lámpara, y vio en él un rostro al que era muy difícil dejar de hacer justicia.

—Esta cara, estos ojos y el servicio que voy a prestarle, ¿no disminuirán la distancia que nos separa?

Tal fue la pregunta que hizo la vanidad a la imaginación, y a la que esta no se atrevía a contestar afirmativamente.

—Ayudémosle primero —pensó la joven— y fiemos lo demás a la fortuna.

Desde este momento, Mysie no pensó ya más que en los medios de llevar a cabo su proyecto.

Las dificultades no eran pocas, pues la venganza, sentimiento muy generalizado en Escocia, había adoptado todas las medidas posibles para impedir la evasión del prisionero, y Eduardo, aunque de un carácter dulce y apacible, amaba demasiado a su hermano para dejar de vengar su muerte, según las costumbres del país.

Para salvar al caballero, tenía que abrir la puerta de la sala en que estaba encerrado, las dos puertas de la torre y después la del patio exterior. Hecho esto, necesitaba un guía, pues sin él no podría escapar a sus perseguidores. Pero, cuando una mujer se propone hacer algo, rara vez se detiene ante los obstáculos, por grandes que estos sean.

No hacía mucho que el subprior había salido de la habitación del prisionero cuando Mysie tenía ya trazado un plan, muy atrevido, pero que, hábilmente ejecutado, debía tener éxito. Para ponerlo en práctica, era preciso esperar que todos los habitantes de la torre estuvieran entregados al sueño, excepto los centinelas; y Mysie empleó este tiempo en escuchar lo que hacía el hombre a quien se proponía salvar tan generosamente.

Sir Piercie se paseaba en su habitación, entregado, sin duda, a reflexiones poco agradables respecto a su situación y al destino que le estaba reservado; pero, por el ruido que hizo al abrir sus baúles, comprendió Mysie que iba a cambiar de vestido, o, tal vez, a poner en orden las prendas que contenían.

Poco tiempo después, el ligero crujir de una cama al caer ligeramente sobre ella un cuerpo y la cesación de todo ruido revelaron a la molinera que el caballero inglés se había dormido.

Como aún era temprano para poner en práctica su provecto de dar libertad a *sir* Piercie, Mysie aprovechó el tiempo en madurar su empresa estudiándola en todos sus aspectos. Esta era, sin duda, peligrosa, pero el amor y la piedad le sugirieron la manera de salvar todas las dificultades.

Al sonar la una de la mañana, todos los moradores de la torre dormían profundamente, excepto Eduardo y sus dos amigos, que vigilaban al prisionero.

Acaso la pena impidiera dormir también a Elspeth y a María Avenel, pero a estas su mismo dolor les impedía observar nada. Mysie abrió con mano temblorosa la puerta de la habitación, y estuvo a punto de renunciar a su proyecto cuando se encontró al lado del prisionero. Sin atreverse a mirarle y volviendo la cabeza, le tocó suavemente en el hombro.

Sir Piercie se incorporó y, al reconocer a la linda molinera, lanzó una exclamación de sorpresa, que ahogó Mysie, poniéndole la mano sobre los labios. Después de recomendarle que guardara silencio, le señaló la puerta, para hacerle comprender que estaba guardada.

Sir Piercie Shafton continuaba mirando con extrañeza a la joven y encantadora muchacha, cuyos encantos hacía resaltar la débil claridad de la lámpara que tenía en la mano. Ya el caballero inglés se disponía a dirigirle la palabra, cuando Mysie, sin darle tiempo para ello, dijo:

—Vengo a salvaros vuestra vida porque está en peligro. Si tenéis algo que contestarme, hacedlo en voz baja, pues la puerta está guardada por hombres armados.

—¡Oh amable molinera! —contestó *sir* Piercie—. Recibid las gracias por vuestra cortesía, pero no temáis nada por mí. No he cometido el crimen de que me acusan; no he derramado el vil licor rojo que circula por las venas del joven aldeano; por consiguiente, no debo inquietarme…

—No merezco gratitud, caballero —dijo Mysie en voz tan baja que apenas se la oía—, a menos que no queráis seguir mis consejos. Entre los jóvenes de la vecindad a quienes Eduardo ha hecho venir, he reconocido a Dan de Howlet-hirst y a Adie Aikenshaw, que están armados con arcos y jabalinas, y les he oído asegurar, cuando llegaron, que vengarían la muerte de Alberto, aunque se opusieron todos los capuchones del mundo. Los vasallos hacen ahora lo que quieren, y el abad no se atreve a oponerse por temor a que se hagan herejes o se nieguen al pago del diezmo…

—Quizá a los mismos frailes les complazca el poder deshacerse de mí, y entregarme atado de pies y manos a los gobernadores de la frontera inglesa *sir* Juan Fóster o lord Hunsdon, con lo que harían la paz con sus vasallos y con Inglaterra a expensas mías. Así, pues, linda molinera, estoy dispuesto a obedeceros y, si conseguís sacarme de esta miserable perrera, celebraré vuestros talentos y encantos de tal modo que la panadera de Rafael de Urbino parecerá una egipcia al lado vuestro.

—¡Callaos! Si advierten que estáis despierto, todo va a fracasar. Gracias podemos dar a Dios y a la santa Virgen si no hemos sido descubiertos aún.

—Guardaré silencio como los astros de la noche. Sin embargo, bella molinera, y no menos bondadosa que bella, si vuestro proyecto ha de exponeros a correr el menor riesgo, no puedo aceptar vuestro socorro.

—No os cuidéis de mí, pues nada tengo que temer. Pensaré en mí cuando no corráis ningún peligro. Si queréis llevaros algunas ropas, no perdáis tiempo.

El caballero tardó mucho en resolverse a abandonar o a tomar esta o la otra prenda de su guardarropa, y Mysie hizo también algunos preparativos para la marcha; pero, como *sir* Piercie se entretuviera demasiado, la joven le instó a partir en seguida, asegurándole que de otro modo había que renunciar a la fuga. Acosado de esta suerte, el caballero, algo pesaroso, hizo precipitadamente un paquete con sus joyas y algunos vestidos, y mirando por última vez sus dos arcas con muda expresión de pesar, declaró que se hallaba en disposición de seguir a su amable conductora.

Mysie acercóse entonces a la puerta haciéndole señas de que se ocultara detrás de ella, y, después de apagar la lámpara, golpeó muy despacio dos o tres veces.

Eduardo Glendinning oyó los golpes y preguntó qué se ofrecía.

—Hablad más bajo —respondió Mysie— si no queréis despertar al prisionero.

—Soy yo, Mysie. Deseo salir. Me habéis encerrado aquí y he tenido que esperar a que el inglés estuviera dormido.

—¡Encerrada! —repitió Eduardo lleno de sorpresa.

—Sí —contestó la molinera—; han cerrado esta puerta mientras estaba en el dormitorio de María Avenel.

—Pues bien, quedaos ahí hasta mañana, puesto que así lo ha dispuesto vuestra suerte.

—¡Cómo! —exclamó Mysie considerándose ofendida por esta proposición—. ¡Cómo! ¡Había de quedarme aquí un momento más, cuando puedo salir sin que el extranjero lo advierta siquiera! Por todos los dominios de Santa María no permanecería en una habitación que comunica con la de un hombre. ¿Por quién me tomáis? La hija del molinero Happer no acostumbra poner su reputación en peligro.

—Entonces, salid —dijo Eduardo abriendo la puerta.

La noche era muy obscura, y no había ninguna luz en la escalera, cosa que Mysie había observado mirando antes por el agujero de la cerradura. Al salir de la habitación, cogió el brazo de Eduardo como para apoyarse en él, colocándose de este modo entre él y *sir* Piercie Shafton que la seguía descalzo, pudiendo así llegar muy despacio hasta la escalera.

Mysie preguntó a Eduardo cómo podría proporcionarse una luz.

—No puedo ir a buscarla —respondió—. Me es imposible abandonar mi puesto; pero encontraréis fuego en la sala grande.

—Entonces, me sentaré en el sillón de vuestra madre y allí pasaré la noche.

Y bajando la escalera oyó a Eduardo que cerraba con precaución la puerta del aposento que ya estaba vacío.

Al llegar al piso bajo, Mysie encontró a *sir* Piercie esperando sus instrucciones. La joven le recomendó el mayor silencio, y, por primera vez en su vida, el inglés pareció dispuesto a dejar de hablar.

Luego lo condujo con grandes precauciones al cuarto obscuro que servía para guardar la leña, aconsejándole que se ocultara y que esperase con paciencia su regreso.

Adoptadas todas estas precauciones se dirigió a la sala grande, y, no queriendo que la vieran inactiva, cogió una rueca y se puso a hilar.

De vez en cuando, Mysie asomábase a la ventana espiando la aparición de los primeros rayos de la aurora, cuya claridad era necesaria para completar la ejecución de su proyecto.

Cuando descubrió hacia el oriente una débil claridad, juntó las manos, se arrodilló para dar gracias a Dios e impetrar la protección de la Virgen.

De pronto Mysie se quedó aterrada al sentir que la tocaban en el hombro y oír una voz áspera que le decía:

—¡Cómo! ¡Mysie trabajando ya! ¡Que Dios bendiga esos lindos ojos que se abren tan temprano! Necesito que me deis un beso para estrenarme hoy por la mañana.

El galán que le dirigía este cumplimiento era Dan de Howlet-hirst, y como este unió la acción a las palabras, recibió un buen cachete, que hubiera desconcertado a cualquier galán menos robusto.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó Mysie al mismo tiempo—. ¿Conque venís a atormentar a las muchachas, en lugar de vigilar a vuestro prisionero?

—Os equivocáis, Mysie —contestó Dan—, no ha llegado aún mi tumo. Ahora voy a relevar a Eduardo; y si no fuera vergonzoso dejarle por más tiempo de centinela, no me separaría de vuestro lado.

—Ya tendréis tiempo de verme. Ahora debéis relevar a Eduardo, que ha pasado toda la noche a la puerta del prisionero y necesita descansar.

—Antes quiero que me deis un beso.

Pero Mysie opuso una vigorosa resistencia, y el galán viose obligado a retirarse.

La molinera entonces se escurrió hasta el pie de la escalera y le oyó hablar un momento con Eduardo, quien se retiró después.

Mysie esperaba que amaneciera para poner en práctica la segunda parte del plan que había de libertar al gentil caballero.

Creyendo que era llegado el momento de poner en libertad a *sir* Piercie, dirigiose hacia Dan de Howlet-hirst y le pidió las llaves de las puertas de la torre y la del patio.

—¿Qué vais a hacer?

—Ordeñar las vacas y llevarlas a la pradera. ¿Queréis que estén en el establo toda la mañana? La familia está desolada, y no quedan más que la moza de corral y yo para ocuparnos en todo.

—¿Y dónde está la moza de corral?

—En la cocina me espera.

—Pues bien, tomad las llaves, ingrata Mysie.

—Muchas gracias, bribonazo, contestó la molinera; y, de un salto, bajó la escalera.

Correr al cuarto obscuro y disfrazar al caballero con una falda, un vestido y una cofia, de que había tenido el cuidado de proveerse, fue cosa de un momento. Le mandó luego que la siguiera, y seguidamente abrió las puertas de la torre, teniendo la precaución de volver a cerrarlas por fuera.

Como advirtiera *sir* Piercie que la molinera se dirigía al establo, le preguntó algo inquieto:

—¿No es mejor que abráis la puerta del patio y salgamos de aquí lo antes posible, como una pareja de gaviotas en busca de la roca hospitalaria para ponemos al abrigo de la tempestad?

—Es preciso dejar salir las vacas —contestó Mysie—. No quiero que el ganado de la pobre viuda ayune toda la mañana. He tomado mis medidas para que no puedan perseguirnos tan pronto, y, además, necesitáis vuestro caballo, cuyas piernas nos serán útiles para alejarnos más de prisa, y recobrar el tiempo perdido.

Y, entrando en el establo, hizo salir a las vacas, mientras el caballero ensillaba su cabalgadura; después abrió la puerta del patio con el propósito de ir a buscar su palafrén, mientras el ganado entraba en el valle.

El mido que estas operaciones produjeron llegó a los oídos de Eduardo que

continuaba de vigilancia; se alarmó y, asomándose a una ventana, preguntó a Mysie qué quería.

La molinera contestó que, como era la hora de llevar a pastar las vacas, se disponía a hacerlo.

—Mil gracias, Mysie —le dijo—. ¿Pero quién es esa mujer que está a vuestro lado?

Ya iba a responder la joven, cuando *sir* Piercie, deseando cooperar a la gran obra de su libertad, se apresuró a decir:

—Joven bucólico, soy yo, a quien la digna matrona, vuestra madre, ha confiado el cuidado de su rebaño.

—¡Condenación! —exclamó Eduardo—. ¡Es Piercie Shafton! ¡Traición! ¡Traición! ¡Hola! ¡Martín! ¡Ady! ¡Jasper! ¡El bandido va a escaparse!

—¡A caballo! ¡A caballo! —gritaba al mismo tiempo Mysie, quien de un salto se montó a la grupa detrás del caballero, que ya estaba en la silla.

Eduardo corrió a buscar una ballesta, y disparó una flecha que rozó silbando los oídos de la molinera.

—Aprisa, caballero, más aprisa —exclamó—. La segunda vez no errará el blanco. Si Alberto hubiera disparado la flecha, no habríamos ido más lejos.

Sir Piercie espoleó el caballo y, lanzándose por medio de las vacas, no tardó en encontrarse bajo la colina que servía de asiento a la torre, y poco tiempo después los fugitivos estaban fuera del alcance de sus perseguidores.

A aquella hora, dos hombres, acusados de ser cada cual autor de la muerte del otro, huían por caminos distintos de Escocia.

CAPÍTULO XXIX

> ¡Oh! No es posible que me deje aquí abandonada. Si así lo hiciera, ninguna muchacha tendría en lo sucesivo confianza en los hombres.
>
> *(Los dos nobles parientes).*

Sir Piercie no permitió que su caballo dejara de galopar, hasta que hubo salido del pequeño valle de Glendearg y entrado en el del Tweed.

Al otro lado del río alzábase el monasterio de Santa María, cuyas torres y campanarios reflejaban apenas los primeros rayos del sol naciente.

El caballero dirigiose a la izquierda, costeó el río por la orilla septentrional, y llegó por fin a la esclusa.

Hasta entonces, *sir* Piercie había caminado hacia adelante sin saber a dónde se dirigía, pero la abadía le recordó que se encontraba en un lugar peligroso donde no debía permanecer más tiempo.

En aquel momento oyó sollozar a su libertadora, en quien las angustias de la fuga no le habían permitido pensar hasta entonces, y advirtió que tenía la cabeza apoyada sobre su espalda.

—¿Qué tenéis, generosa molinera? —le preguntó—. ¿Puede Piercie Shafton demostraros de algún modo su gratitud?

Mysie extendió en silencio la mano hacia la otra orilla del Tweed, pero sin atreverse a mirar en aquella dirección.

—Explicaos con más claridad, no sé qué me queréis dar a entender extendiendo vuestro lindo brazo.

—Es la casa de mi padre —dijo con voz entrecortada.

—¡Y con tan poca cortesía iba a llevaros lejos de ella! —exclamó el caballero, equivocando la causa de sus lágrimas—. ¡Maldita sea la hora en que Piercie Shafton, por cuidarse de su salvación, olvidó lo que debe a una mujer, y especialmente a su bienhechora! Bajad, pues, amable molinera, a no ser que prefiráis que os acompañe al molino de vuestro padre, lo que estoy dispuesto a hacer aun a riesgo de provocar la cólera de los frailes.

Mysie ahogó sus sollozos, dándole a entender que preferiría apearse. Campeón demasiado delicado y adicto a las damas para creer que existiera una sola que no mereciese atención y respeto, el caballero saltó de su caballo y recibió en sus brazos a la afligida muchacha, que no cesaba de llorar.

Cuando estuvo Mysie en tierra, se quedó inmóvil y apoyada sobre el brazo del caballero como si no pudiera sostenerse ni supiera qué partido adoptar.

Sir Piercie la condujo cerca de un sauce llorón que crecía en la orilla del río, le hizo tomar asiento sobre el césped y le suplicó que cesara de llorar.

—¡Oh —le dijo— generosa libertadora! Piercie Shafton creería comprar demasiado caro el servicio que le habéis prestado, si hubiera podido imaginarse que había de costaros tantas lágrimas. Reveladme la causa de vuestra aflicción, y, si puedo consolaros, obedeceré vuestras órdenes como las de una reina. Hablad, pues, amable molinera. ¿Qué mandáis al que es vuestro deudor y vuestro campeón? ¡Hablad! ¿Qué me mandáis?

—Que huyáis pronto y os pongáis en salvo —contestó Mysie haciendo un esfuerzo para pronunciar estas breves palabras.

—Me es imposible alejarme sin dejaros alguna prenda que os sirva para que me recordéis.

Si sus lágrimas le hubieran permitido hablar, Mysie habría contestado que no necesitaba ninguna prenda para tenerlo siempre en la memoria.

—Piercie Shafton no es rico —prosiguió el caballero, pero esta cadena puede probaros que no es ingrato a su libertadora.

Y, al decir esto, quitose del cuello la rica cadena que de él llevaba pendiente y la depositó en las manos de la desdichada joven, que ni la aceptaba ni la rehusaba, pues, presa de las sensaciones más penosas, solo obraba instintivamente.

—Ya nos veremos —añadió—; pero no lloréis más, amable molinera, si me amáis.

El caballero había dicho esto sin darle importancia alguna; pero estas palabras tuvieron la virtud de secar las lágrimas de Mysie, y, cuando Piercie se inclinó cortésmente para darle un beso de despedida, ella se levantó para recibirlo en una actitud más respetuosa.

Sir Piercie montó de nuevo sobre su caballo y reanudó la marcha; pero, apenas hubo andado algunos pasos, se volvió y vio a la hija del molinero apoyada en el tronco del árbol, a cuyo lado la había dejado, inmóvil, con los ojos fijos en él y conservando la cadena suspendida de su mano, sin advertir que la tenía.

Entonces, y solo entonces, el caballero concibió grandes sospechas acerca del estado del corazón de Mysie y de los motivos que la habían impulsado a ponerlo en libertad. Los galanes de aquella época, desinteresados, nobles y dotados de un alma elevada, no pensaban todavía en degradarse a sí mismos privando a las beldades rústicas de su inocencia y de su virtud.

El vanidoso *sir* Piercie, flor de las justas de la corte de Inglaterra, no sospechaba que sus gracias y afectado lenguaje hubieran conquistado el corazón de Mysie, como la dama que ocupa uno de los mejores palcos en la Ópera no puede adivinar el estrago que ocasionan sus encantos en el corazón de un escribano modestamente sentado en la platea.

Sir Piercoe volvió sobre sus pasos y no tardó en encontrarse de nuevo al lado de la gentil molinera.

La modestia y timidez de Mysie no le impidieron dar muestras de regocijo al verle volver; pero una chispa de alegría que brilló en sus ojos a través de sus

lágrimas, y una caricia que por un movimiento instintivo hizo al caballo la traicionaron.

—¿Qué más puedo hacer por vos, tierna molinera? —preguntó *sir* Piercie Shafton, titubeando y ruborizándose; pues, digámoslo para gloria del siglo de la reina Isabel, los cortesanos llevaban más acero sobre su pecho que bronce en sus caras, y, a pesar de sus vanidades, conservaban aún la llama agonizante de la antigua caballerosidad que había inspirado antaño el amable caballero de Chaucer.

Mysie se sonrojó y bajó la vista, y sir Piercie se mantuvo indeciso.

—¿Acaso teméis volver sola a vuestra casa? ¿Queréis que os acompañe?

—¡Ay! —contestó, perdiendo las rosas bermejas que adornaban sus mejillas un momento antes—. No puedo volver a ella.

—¡Cómo! ¿Que no tenéis casa? —exclamó Shafton —. ¿Que no tenéis casa, decís, cuando ahí enfrente está la de vuestro padre , y solo nos separa de ella ese liquido cristal?

—No tengo ya padre ni casa. Mi padre es fiel servidor de la abadía, y, como he ofendido al abad, mi padre me mataría si me presentara ante él.

—¡No se atrevería! Si alguien toca a un solo cabello de vuestra cabeza, las tropas de mi primo el conde de Northumberland arrasarán el monasterio. Recobrad, pues, valor, bella Mysie, y recordad que os está obligado un hombre que sabrá protegeros contra cualquier insulto.

Y, apeándose, le cogió la mano y se la estrechó dulcemente sin que ella opusiera la menor resistencia. ¡Pobre caballero! Dos grandes ojos negros lo miraban de un modo tal que un hombre menos convencido de su mérito no habría podido equivocarse; y él no podía ver sin emoción aquellos ojos tiernos, aquellas mejillas, a las que un rayo de esperanza acababa de devolver sus colores, y aquellos labios semejantes a dos capullos de rosas, que dejaban ver dos hileras de perlas del oriente más puro. Sir Piercie Shafton, después de ofrecer nuevamente, pero con menos insistencia, a la bella Mysie llevarla a su casa, concluyó por proponerle que lo siguiera.

—Al menos —decía— hasta que pueda dejaros en un sitio donde no corráis el menor peligro.

Mysie no contestó; pero, sonrojándose, dejó comprender que estaba dispuesta a aceptar esta proposición; y, apretando más el lío de ropa que llevaba debajo del brazo, acercóse al caballo dispuesta a subir sobre él.

—¿Qué queréis que haga yo de esto? —preguntó aludiendo a la cadena que le había regalado el caballero.

—Que la guardéis en recuerdo mío, bella Mysinda, pues este es el nombre que os daré en lo sucesivo —respondió sir Piercie.

—¡Oh, no! —contestó la molinera—. Las muchachas de mi país no aceptan semejantes regalos de quienes se encuentran en posición tan elevada como vos. No necesito nada para conservar el recuerdo de este día.

Sir Piercie insistió para que Mysie aceptara el regalo; pero la joven molinera lo rehusó obstinadamente. Tal vez temiera que, si aceptaba una recompensa por el servicio que acababa de prestarle, sir Piercie supusiera que había obrado impulsada por el interés. Sin embargo, transigió con guardar la cadena en su bolsillo, para que la joya no denunciase al caballero si este la llevaba consigo.

Y continuaron el viaje con gran júbilo de la molinera. Para que este fuera más agradable, sir Piercie Shafton contó a la hija del molinero, en su estilo culterano, anécdotas de la corte de Inglaterra; y aunque no comprendiera la décima parte de lo que le decía, Mysie le escuchaba con suma atención y complacencia.

La molinera admiraba al caballero inglés, y este, que estaba en su elemento, seguro del interés y de la aprobación de su auditorio, soltó las frases más obscuras y más extravagantes de su vasto repertorio.

Al mediodía llegaron los fugitivos a la orilla de un arroyuelo, junto al cual se elevaba un castillo señorial circundado de grandes árboles. A poca distancia había una aldea, en cuyo centro se destacaba la iglesia.

—Conozco esta aldea —dijo Mysie—. Aquí hay dos posadas, la más pequeña será para nosotros la mejor, porque está apartada del resto del pueblo. Además, el amo no me es desconocido, pues ha comprado muchas veces harina a mi padre.

Al caballero, que empezaba a estimar a su compañera de viaje y estaba encantado de ver la atención con que le escuchaba, estas pocas palabras bastaron para recordarle la enojosa circunstancia del linaje de Mysie. Esto no obstante, guardó silencio; pero ¿qué habría podido decir? ¿Acaso no era natural que la hija de un molinero conociera a los posaderos a quienes su padre vendía harina? En todo esto solo era extraño el cúmulo de circunstancias que habían hecho que una joven de tan baja estirpe fuera el guía y la compañera de sir Piercie Shafton, primo del conde de Northumberland, a quien los príncipes y hasta monarcas llamaban primo[23].

El caballero se detuvo ante la puerta de la pequeña posada; pero Mysie, siempre alerta e inteligente, le evitó el sonrojarse, pues saltó vivamente del caballo y, acercándose al dueño que se había presentado a dar la bienvenida a los recién llegados, le refirió un cuento tan singular, que sir Piercie, que no brillaba por su inventiva, no podía volver de su sorpresa.

Díjole que el viajero eran un gran señor inglés que se dirigía desde el monasterio de Santa María a la corte de Escocia, y que ella le servía de guía; que Ball, su palafrén, completamente extenuado, de fatiga, habíase negado a proseguir el viaje, y que lo había dejado en el parque de Tasker, cerca de Cripplecross, por lo que el caballero había tenido la bondad de permitirle que montara en la grupa de su caballo; y que ella lo había conducido a la posada de su antiguo amigo, con preferencia a la de Pedro Peddie, que compraba la cebada en el molino de Mellerstane.

Concluyó su discurso, recomendando al posadero que preparara lo mejor que tuviera en su cocina, y añadiendo que, como el caballero llevaba mucha prisa, ella misma ayudaría a prepararle la comida.

El posadero, que no puso en duda la veracidad de esta historia, hizo conducir el caballo a la cuadra o instaló respetuosamente a su huésped en la mejor habitación que tenía disponible.

Mysie, no menos activa que habilidosa, se ocupó en preparar la comida, poner la mesa, y hacer todos los preparativos que su experiencia le sugería a fin de que nada faltase al caballero. Este hubiera preferido que se abstuviera de ello, porque, aunque le lisonjeaba el apresuramiento con que la molinera lo servía, experimentaba un sentimiento penoso al ver a su Mysinda ocuparse en cuidados tan mezquinos como persona a quien le eran familiares. Sin embargo, la gracia con que Mysie llenaba sus funciones le encantaba, pareciéndole que el cuarto obscuro de aquella miserable posada se metamorfoseaba en un elegante salón donde un hada, o una pastora de la Arcadia, se esforzaba por agradar a un caballero, destinado a unión más brillante.

La gracia y desenvoltura con que Mysie cubrió la mesita redonda con un mantel blanco como la nieve, y colocó sobre ella un capón, asado a toda prisa, y una botella de Burdeos, no eran más que habilidades plebeyas; pero cada mirada que el caballero le dirigía producíale una nueva emoción. Su destreza, su vivacidad, su fino talle, su brazo y su mano de blancura encantadora y sus hermosos ojos la hacían completamente irresistible. En fin, su abnegación y su conducta, juntamente con las pruebas de valor e inteligencia que le había dado, ennoblecían sus servicios y hacían pensar al caballero:

«Que una divina beldad,
por seguirle y por amarle,
disfrazada de plebeya,
se había dignado ampararle».

Además, no se le ocultaba que todas estas atenciones eran más el resultado de la costumbre que inspiradas por el amor; y cuando pensaba en ello, *sir* Piercie dejaba oír los requerimientos del amor que la joven empezaba a inspirarle.

Esto no obstante, el caballero invitó a la joven a sentarse a la mesa en su compañía, esperando que aceptara con timidez, pero con gratitud, por lo que le sorprendió que rehusara respetuosa pero firmemente la distinción que se dignaba otorgarle.

Mysie salió de la habitación, y el caballero intentó distraerse bebiendo algunas copas de vino y canturriando algunas canciones de Sidney; pero ni las libaciones ni los versos del gran poeta pudieron hacerle olvidar a la amable molinera. Felizmente, las costumbres de la época estaban de acuerdo con su generosidad, y hubiera creído pecar mortalmente contra la galantería, la caballerosidad y la moral, recompensar los servicios que había recibido de la pobre muchacha abusando de las ventajas que le daba la confianza puesta en él. Sin embargo, como era fatuo y cortesano, temía exponerse al ridículo viajando con la hija de un molinero, lo que provocaría sin duda

algunas sospechas poco honrosas para ambos, y las burlas nada halagüeñas.

—¡Ay! —exclamaba—. Si esto pudiera hacerse sin perjudicar al sosiego y a la reputación de la molinera, tiraríamos cada uno por nuestro lado, lo mismo que la atrevida fragata parte para lejanos mares, a fuerza de velas, mientras el humilde barco apenas se atreve a separarse de la orilla.

Y, apenas hubo formulado este deseo, cuando lo vio satisfecho, pues el posadero se le presentó diciéndole que su caballo estaba ensillado, embridado y dispuesto para la marcha. El caballero preguntó dónde estaba la… la señorita… es decir, la joven.

—¿Mysie Happer? —repuso el posadero—. Se ha marchado, pero me ha encargado que os manifieste que el camino desde aquí a Edimburgo no tiene pérdida, pues es completamente recto.

Aunque esta separación la había deseado sir Piercie, cuando el posadero le anunció la partida de Mysie, estuvo a punto de lanzar una exclamación de sorpresa y de disgusto; pero la prudencia le contuvo, y se limitó a preguntar con cierta vivacidad qué dirección había tomado.

—¿A dónde se ha dirigido? —repitió el posadero mirándolo con sorpresa—. A casa de su padre, sin duda. Se ha marchado después de dar orden de que ensillaran el caballo de vuestro honor, y después de haberlo visto comer su pienso. Hubiera podido fiarse de mí, pero los molineros creen que los demás son tan ladrones como ellos. Quizá se encuentre ya a tres millas de aquí.

—¡Se ha marchado! —pensó el caballero, paseando por la habitación—. ¡Se ha marchado! Mejor, pues mi compañía podía perjudicar su reputación y la mía. Tal vez esté riéndose con algún rústico a quien haya encontrado en el camino, y mi rica cadena le sirva de dote. ¿Acaso no es justo? Aunque la cadena valiera diez veces más, ¿no la ha merecido? Piercie Shafton, ¿estás pesaroso de haber hecho a tu libertadora un regalo que ha pagado muy caro? ¿Es que el aire de este clima septentrional ha ajado la flor de tu generosidad? Sin embargo, no creía que pudiéramos separarnos tan fácilmente. Vamos, no pensemos más en el asunto.

Sir Piercie puso término a su soliloquio y mandó al posadero que condujera su caballo a la puerta, preguntándole cuánto le debía.

—No debo mentir —dijo el interpelado después de haber sostenido una lucha con su conciencia—. El gasto está pagado; pero si vuestro honor quiere dar alguna propina…

—¡Cómo pagado! ¿Y por quién? ¿Haréis el favor de decírmelo?

—Por Mysie Happer —contestó el honrado posadero, que experimentaba las mismas angustias que si hubiera proferido una mentira—. Me ha pagado con el dinero que el abad le ha remitido para los gastos de vuestro viaje, y yo no quiero abusar de los nobles señores que me dispensan la merced de albergarse en mi casa. Sin embargo, si la generosidad de vuestro honor…

Sir Piercie puso término a esta arenga entregándole una moneda de oro, que probablemente era suficiente para pagar por segunda vez su hospedaje en aquella

posada, pero que no hubiera bastado para satisfacer la estancia en las *Tres Gruyas* o el *Vintry* de Londres. Al posadero impresionó tanto esta liberalidad, que corrió a abrir el mejor tonel de su cueva para obsequiar a su huésped, que le dio las gracias con mucha cortesía.

Sir Piercie montó a caballo y se dirigió hacia el Norte por un camino bastante llano y frecuentado.

—Sin duda sabía —pensaba al caminar— que ya no la necesitaba para indicarme el camino, y se ha decidido a separarse de una manera tan brusca y tan diferente de lo que yo esperaba; pero debo felicitarme por ello. ¿No pedimos a Dios en nuestras oraciones que nos libre de toda tentación? Lo único que me extraña es que haya cometido un error bastante grave, dada nuestra respectiva situación, pagando mi gasto en la posada. Quisiera verla de nuevo, aunque solo fuera un instante, para explicarle el solecismo de que su inexperiencia la ha hecho culpable.

Cuando sir Piercie llegaba a este punto de sus reflexiones, penetraba en terreno pantanoso, cortado por gran número de pequeñas montañas y cubierto de breñas y de grupos de árboles.

—¡Oh! La ayuda de mi bella Ariadna no sería inútil aquí; voy a meterme en un laberinto donde tendré necesidad de un hilo que me sirva de guía.

Momentos después oyó detrás de él el galope de un caballo. Volvió la cabeza y vio a un joven, jinete sobre un pequeño caballo escocés, de color gris, que no tardó en alcanzarle y pasar a su lado.

El joven iba vestido de campesino, pero casi con elegancia. Llevaba casaca de paño gris; calzón de la misma tela, bordado de lana por todas las costuras; botas de piel de gamuza con hermosas espuelas de plata; ancha capa de paño pardo obscuro, que le subía hasta la barbilla, y gorra de terciopelo negro, adornado con una pluma.

Sir Piercie, a quien no le agradaba viajar solo, y deseaba, además, encontrar un guía, entabló conversación con el joven preguntándole de dónde venía y a dónde se encaminaba.

El joven contestó que se dirigía a Edimburgo con el propósito de entrar al servicio de algún gran señor.

—Más bien parece —repuso el caballero— que os habéis fugado de la casa de vuestro amo, pues no os atrevéis a mirarme de frente.

—Os equivocáis —replicó el joven, levantando los ojos para mirarle, pero volviendo a bajarlos de nuevo.

Esta rápida mirada bastó al caballero para conocer al joven. No podía equivocarse; la expresión de aquellos grandes ojos negros y aquellas mejillas sonrosadas eran indudablemente de la linda molinera Mysinda.

Satisfechísimo por volver a ver a su compañera, le preguntó cómo se había proporcionado aquel traje, a lo que contestó la joven que lo había pedido prestado a una señora, amiga suya, que vivía en el pueblo que habían dejado atrás, y que aquel era el vestido de los días de fiesta de su hijo, que acababa de ser llamado al servicio

del señor feudal.

Mysie había pretextado que iba a una mascarada de aldea, para conseguir que la buena mujer la complaciese en su petición.

—¿Y el caballo, ingeniosa molinera? ¿De dónde habéis sacado ese hermoso palafrén?

—Me lo ha prestado el posadero; es decir, me lo ha cambiado por Ball, que mandará a recoger al parque de Tasker en Cripplecross; pero se verá apurado para encontrarlo.

—Entonces el pobre hombre perderá su caballo, maliciosa molinera, objetó sir Piercie, cuyo respeto a los derechos de propiedad se sublevaba ante aquella manera de adquirir las cosas, más acomodaba a las ideas de la hija de un molinero que vivía en un país de merodeadores, que a los principios de un inglés distinguido.

—Si lo perdiera, no sería él el primero a quien ocurre semejante desgracia en nuestras fronteras; pero no sufriría gran perjuicio porque descontaría el precio del dinero que debe a mi padre.

—En ese caso vuestro padre sufrirá la pérdida.

—¡No me habléis de mi padre! —exclamó Mysie con manifiesto mal humor; y, cambiando de tono, añadió esforzándose por contener las lágrimas que estaban a punto de brotar de sus ojos—: ¡Mi padre ha perdido hoy lo que estimaba más que todas las riquezas de la tierra!

Impresionado al oír esto, sir Piercie creyó deber, por su honor y su conciencia, reconvenir a la angustiada molinera, a quien aconsejó que volviera a casa de su padre para no poner en peligro su reputación con el paso que acababa de dar.

Mysie lo escuchó con la cabeza molinada sobre el pecho, como una persona abismada en sus reflexiones o agobiada por el pesar, y, cuando sir Piercie hubo terminado, le respondió con firmeza:

—Si os cansa mi presencia, sir Piercie Shafton, decidlo, y la hija del molinero de Santa María dejará en seguida de molestaros. Aunque vayamos juntos a Edimburgo, no os costaré nada, pues mi orgullo no me permite ser una carga para nadie. Además, no volváis a decirme que regrese a casa de mi padre, pues cuantas reflexiones pudierais hacerme ya me las he hecho yo. No hablemos, pues, más de este asunto. Os he sido de alguna utilidad hasta ahora, y espero tener ocasión de poder prestaros nuevos servicios. No estáis en Inglaterra, donde la justicia es igual para todos; aquí la fuerza supera a la ley, y para defenderse son necesarias la habilidad y la presencia de ánimo. ¡Conozco bien los peligros a que estáis expuesto!

Sir Piercie objetó que le bastaban su brazo y su espada para defenderse.

—No pongo en duda vuestro valor —replicó Mysie tranquilamente—; pero vuestro valor es precisamente lo que puede poneros en peligro.

Sir Piercie guardó silencio; pero creyó que la molinera ocultaba el verdadero motivo que la impulsaba a obrar del modo que lo hacía.

El caballero dirigía de vez en cuando miradas a hurtadillas a su nuevo paje, y

quedaba de él muy satisfecho.

Mysie, educada en el campo, había adquirido la costumbre de montar a caballo, y guiaba su corcel con tanta gracia como habilidad.

Después de caminar durante todo el día, mutuamente satisfechos uno de otro, se detuvieron al anochecer en una posada, donde el noble aspecto del caballero y la rara belleza de su joven paje sedujeron a cuantas personas los vieron.

Mysie Happer anunció a sir Piercie Shafton como su amo y lo sirvió con el celo y el respeto de un criado verdadero, sin permitirse la más ligera familiaridad.

Sir Piercie que, como sabemos, estaba al corriente de las modas, explicó a la molinera, después de comer, los cambios que se proponía introducir en su indumentaria tan pronto como llegasen a Edimburgo, y Mysie lo escuchó con la mayor complacencia; pero, como tocase inadvertidamente el rostro de la joven, al hacerle el elogio práctico de un alzacuello, ella le recordó muy seriamente que se encontraba sola y bajo su protección.

—Ya conocéis el motivo que me ha impulsado a seguiros —le dijo—: tratadme un instante menos respetuosamente que a una princesa, y dejaréis de ver a la hija del molinero, que volará como la paja de la era que el harnero separa del grano.

—¡Oh bella molinera! —protestó sir Piercie—. Estaba muy lejos de…

Pero Mysie no lo oyó porque ya había desaparecido.

—¡Criatura extraña! —exclamó el caballero al verse solo—. ¡Criatura extraordinaria y tan discreta como bella! Es cierto que sería una vergüenza inferir una ofensa a su honor. ¡También se permite hacer comparaciones! Si hubiera leído el *Euphues*[24] y le fuera posible olvidar el maldito molino y cuando con él se relaciona, su conversación sería tan amena como la de una dama de la corte de Inglaterra. Espero que vendrá pronto a hacerme compañía.

Pero *sir* Piercie se engañó, pues no volvió a verla hasta el día siguiente, en el momento de reanudar la marcha con dirección a Edimburgo.

CAPITULO XXX

«Quizá no os equivocáis al llamarle ángel malo; pero me sorprendería que lo fuese, pues jamás demonio alguno ha conducido a nadie por el camino de la felicidad».

(Comedia antigua).

Para que el lector se entere de lo que ocurría entretanto en la torre de Glendearg, es preciso retroceder al momento en que María Avenel era transportada a la habitación que habían ocupado los hermanos Glendinning.

Tibb se esforzó en vano por calmarla, y el celo del padre Eustaquio había sido también ineficaz, pues ni siquiera le había oído.

Libre al fin de entregarse por completo a su dolor, la desconsolada joven sufría los tormentos que suelen sufrir los que, amando por primera vez, pierden el objeto de su amor antes de que el tiempo y las desgracias les hayan enseñado que la vida es una ininterrumpida serie de infortunios.

Comprender semejante dolor es más fácil que describirlo. La situación particular de María Avenel la había persuadido de que era hija del destino, y su carácter melancólico y reflexivo hacía más profunda su aflicción. Una sepultura ensangrentada cubría al joven a quien estaba unida en secreto, y la fuerza y el ardor de Alberto tenía mucha analogía con la energía de que ella misma se consideraba capaz.

Pasada la primera emoción, María abismose en una profunda reflexión para calcular, como hacen los deudores arruinados, toda la extensión de su pérdida, y creyó que todos los lazos que la unían a la tierra acababan de romperse. Nunca había pensado en la posibilidad de una unión con Alberto, y, sin embargo, la supuesta muerte de su amigo le parecía la caída del único árbol que hubiera podido protegerla contra la tormenta. El amor maternal que le profesaba la señora Elspeth, y la ciega ternura de Tibb, eran ya los únicos sentimientos afectuosos que le quedaban en el mundo.

Entonces comprendió María Avenel el vacío que dejaba en su corazón la completa ignorancia en que la Iglesia de Roma tenía a sus hijos. Quiso recurrir a la oración, pero como no estaba acostumbrada a dirigirse mentalmente a Dios, solo pudo repetir algunas plegarias que le habían enseñado en una lengua que le era desconocida y en la que no encontraba alivio ni consuelo.

—¡No existe para mí ningún consuelo sobre la tierra —exclamó; pues hasta ignoro la manera de implorar el del Cielo!

Al decir esto, alzó la vista y distinguió el espíritu misterioso unido al destino de su familia. Ya se le había presentado más de una vez, pero ahora tenía apariencia más corporal. A María le atemorizó su presencia. Deseaba hablarle, pero una antigua

tradición decía que aunque otras personas hubieran visto y hablado a la Dama Blanca, los miembros de la familia de Avenel que se atrevían a dirigirle la palabra fallecían poco tiempo después, y la joven guardó silencio.

Además, la Dama Blanca le indicaba por señas que guardara silencio y escuchara, y poco después dijo con tono de melancolía muy pronunciado:

—Si los seres incorpóreos pudiéramos llorar, mis ojos vertirían en este momento un raudal de lágrimas. En este aposento hay un talismán más poderoso que mis hechizos, y voy a mostrártelo.

Y, dicho esto, la Dama Blanca dio algunos pasos por la habitación y con el pie golpeó el suelo en el sitio en que se detuvo.

—Aquí hay un libro —dijo luego— que puede conducirte a la felicidad. Él te enseñará cómo puedes ser inmortal, si adoptas resueltamente la doctrina que contiene.

La Dama Blanca se indinó y, sin apartar la vista de María, tocó con la mano la tabla que había golpeado con el pie, y desapareció.

María estuvo bajo una impresión de terror durante todo el tiempo que permaneció en la estancia la Dama Blanca; pero, cuando esta se hubo desvanecido, reflexionó en las misteriosas palabras que acababa de oír, hasta que se quedó dormida.

El grito de «¡Traición! ¡Traición!» dado por Eduardo, la despertó sobresaltada. Temiendo alguna nueva desgracia, se vistió apresuradamente y fue a enterarse de lo que ocurría.

Tibb, que corría de una habitación a otra, y cuyos cabellos blancos en desorden, la asemejaban a una sibila, le dijo que el inglés se había escapado y que la muerte de Alberto no sería vengada.

Los jóvenes que habían ido a la torre impulsados por el deseo de venganza, metían un ruido solo comparable al trueno, y se deshacían en imprecaciones contra los fugitivos, a quienes sentían no poder perseguir, gracias a la precaución que Mysie había tomado de cerrar las puertas, cuyas llaves encontraron mucho tiempo después en un rincón del establo.

El subprior, que había pernoctado en Glendearg, hacía esfuerzos inútiles por imponer silencio; y María, comprendiendo que su presencia no podía ser de ninguna utilidad en aquel tumulto, se retiró de nuevo a su habitación.

El resto de la familia habíase congregado en la sala grande para celebrar consejo. Eduardo estaba encolerizado, y el subprior aturdido ante el atrevimiento con que Mysie Happer había concebido el plan y la habilidad que había desplegado en su ejecución; pero ni la cólera ni la indignación podían remediar el mal.

Como las puertas estaban bien cerradas, y todas las ventanas guarnecidas de gruesos barrotes de hierro sólidamente sujetos en los muros, la guarnición no podía salir. Subir a la plataforma de la torre era muy fácil; pero era imposible descender al exterior no teniendo cuerdas ni escaleras. Pedir socorro a los vecinos era también inútil, pues las viviendas más próximas distaban algunas millas. En su consecuencia, decidiose romper las puertas, empleando todas las herramientas que podían ser de

alguna utilidad.

La puerta interior, que era de madera de roble y muy gruesa resistió tres horas los golpes repetidos que se descargaron sobre ella; pero, al fin, cedió. Faltaba, pues, forzar la de hierro que tres o cuatro horas de rudos esfuerzos no pudieron quebrantar.

Mientras tanto, María Avenel ejecutaba lo que la visión le había indicado. Examinó la tabla y observó que esta no estaba muy firme, por lo que era fácil levantarla, como lo hizo en el acto; pero ¡cuál no sería su sorpresa al encontrar allí el libro negro que recordaba haber visto en las manos de su madre! Apoderose de él con tanta alegría como era compatible con la situación en que se encontraba.

María ignoraba lo que el libro contenía; pero, como su madre le había enseñado a venerarlo desde la infancia, la joven se inundó de júbilo al verse en posesión de él. Probablemente la difunta había aplazado el propósito de iniciarla en los misterios de la palabra divina hasta que María estuviera en estado de comprender las lecciones que encerraba y el peligro que corrían los que las estudiaban; pero la muerte había arrebatado a la señora Avenel antes de que llegaran tiempos más propicios para los reformadores y cuando su hija no estaba aun en edad de aprovechar tan importantes lecciones religiosas. Sin embargo, la excelente señora había preparado la obra que con tanto interés persiguió durante su vida, pues en el libro había hojas manuscritas comparando los diversos pasajes de la Santa Escritura y demostrando los errores y las tergiversaciones con que la iglesia de Roma había degradado y desfigurado el sencillo edificio que Dios había transmitido a los hombres.

Estas materias de controversia estaban tratadas con tanta caridad cristiana que hubiera podido servir de ejemplo a los teólogos de este siglo; pero sostenidas franca y claramente con las pruebas y citaciones necesarias.

Otras páginas escritas por la misma mano expresaban la ilusión del alma piadosa que discurría consigo misma. Entre estas había una que, sin duda, había sido más meditada que las demás, y en la que la viuda de Gualterio Avenel había reunido los textos conmovedores a que recurren los corazones afligidos y que nos aseguran la benevolencia y la protección del Cielo. En el estado en que se encontraba María, prefirió a todas las demás estas lecciones, que, trazadas por una mano tan querida, habían llegado a su poder en un momento crítico y de modo tan extraño.

En aquellas páginas leyó esta promesa conmovedora: «No te abandonaré jamás».

Y esta exhortación consoladora: «Invócame en tus días de aflicción, y te consolaré».

Y su espíritu, como el de su madre, sacó esta conclusión: «Sin duda alguna, esta es la Verdadera palabra de Dios».

Hay personas a las que el sentimiento religioso les fue inculcado en el fragor de las tempestades y de las tormentas, y otras a quienes este sentimiento les habló en medio de las vanidades mundanas; también las hay que han oído esta voz celeste en las apacibles horas de la vida campestre; pero, sin duda alguna, producen más impresión en nosotros en los terribles momentos de prueba, cuando las lágrimas son

un rocío benéfico que, fecundando la semilla divina, la hace arraigar en nuestro corazón. Al menos esto fue lo que ocurrió a María Avenel, que permaneció insensible ante el espantoso estrépito que producían abajo con las barras de hierro y ante los golpes de palanca que descargaban los que trataban de forzar las puertas de la torre.

—En mi alma reina la tranquilidad del Cielo —dijo—; el ruido que escucho es la voz de la tierra, la voz de las pasiones humanas.

Al mediodía los moradores de la torre de Glendearg continuaban aun encerrados entre sus muros, cuando recibieron un socorro inesperado en la persona de Cristián de Clint-hill, que llegaba a la cabeza de un pequeño destacamento compuesto de cuatro jinetes, en cuyos birretes veíase el ramo de acebo que distinguía a los hombres de armas al servicio de la casa de Avenel.

—¡Hola! ¡Eh! ¡La puerta! —exclamó—. Os traigo un prisionero.

—Mejor sería que nos pusierais en libertad —le contestó Dan de Howlet-hirst.

—Aunque tuviera que ser ahorcado no podría por menos de reírme al veros detrás de vuestras rejas como ratas dentro de una ratonera —exclamó, advirtiendo lo que ocurría—. ¿Pero quién es esa rata vieja de barba larga que está ahí detrás?

—Hablad con más respeto —repuso Eduardo—. Es el subprior de Santa María; pero no es este el lugar ni la ocasión de decir bromas.

—¿Por qué? —contestó Cristián—. ¿Estáis de mal humor? Pues aunque fuese mi verdadero padre, me reiría. Sin embargo, voy a prestaros ayuda, pues estáis trabajando como unos torpes. Colocad la palanca más cerca de los goznes: así. Pasadme ahora otra a través de los barrotes de vuestra jaula. He forzado tantas puertas de castillos como dientes tenéis en la boca, y sé cómo se practican estas operaciones.

Cristián no había exagerado su habilidad en esta clase de trabajo, y como todos ejecutaran sus órdenes, en menos de media hora la puerta de hierro, que había resistido tan tenazmente hasta entonces, cedió a los esfuerzos mejor combinados.

—Ahora, amigos —exclamó Eduardo—, todos a caballo en persecución del desalmado Shafton.

—¡Alto! —gritó Cristián—. ¿Perseguir a vuestro huésped, amigo de mi señor y mío? ¿Por qué diablo queréis perseguirle?

—Dejadme pasar, nadie podrá detenerme. ¡El maldito ha dado muerte a mi hermano!

—¿Qué dice?… —preguntó Cristián a los otros—. No comprendo…

—El inglés Piercie Shafton —contestó Dan de Howlet-hirst— mató ayer mañana a Alberto Glendinning, y hemos empuñado las armas para vengarle.

—Es preciso que os envíen a todos a un manicomio. Han hecho bien en encerraros en esta torre, para impedir que vengarais un crimen que no se ha cometido.

—Os repito —insistió Eduardo— que mi hermano ha sido asesinado y enterrado ayer mañana por ese maldito inglés.

—Pues yo os digo que anoche he visto vivo y sano a vuestro hermano, quien

quisiera que me enseñara a salir de debajo de tres pies de tierra, cosa más difícil que escaparse del calabozo mejor cerrado.

Los vengadores de Alberto se detuvieron y agruparon alrededor de Cristián, a quien miraban en silencio, cuando el subprior, acercándose a él, le preguntó si era cierto que había visto a Alberto Glendinning la noche anterior.

—Padre —le dijo muy respetuosamente, lo que no dejó de sorprender a los que lo conocían—, confieso que algunas veces me burlo de los frailes; pero esto no me ocurrirá nunca con vos, porque no olvido que os debo la vida. Tan verdad como el sol que nos alumbra, es que Alberto Glendinning comió anoche en la mesa de mi amo el barón de Avenel. Llegó al castillo acompañado de un anciano hablador, de quien os hablaré luego.

—Y, ¿dónde está ahora? —preguntó el subprior.

—Solo el diablo podría contestar a esa pregunta, pues no dudo que toda la familia está poseída del demonio. Parece que, ofendido por algunas palabras que le dirigió el barón, se arrojó al lago como un pato salvaje y ganó la orilla a nado. Robín de Redcastle reventó un caballo en persecución suya.

—¿Y por qué lo perseguía? ¿Qué crimen había cometido Alberto?

—Ninguno; pero esta era la orden del barón, que quería alistarlo a su servicio.

—Entonces, Eduardo, ¿adónde queréis ir ya tan de prisa? —preguntó el subprior.

—Al Corri-nan-shian, padre; quiero abrir la sepultura. Martín, Dan, Ady, amigos míos, coged palas y azadas y seguidme.

—Observad bien cuando allí encontréis —recomendó el padre Eustaquio.

—¡Ya lo creo! Si encontráis algo que se parezca a Alberto —agregó Cristián— me comprometo a comérmelo sin sal. ¡Pero ved cómo el gallardo joven corre cuesta abajo! No se conoce bien a las gentes hasta el momento de obrar. Al verlo sentado en él rincón de la chimenea, distraído con sus libros, sus plumas y otras tonterías, ¿quién hubiera podido creerle dotado de tanta energía? Era un arcabuz cargado, que parece un palo hasta que se aprieta el gatillo y se dispara. Pero se me ha confiado un prisionero y tengo algo que deciros acerca de él, señor subprior.

Y, dicho esto, hizo una seña a su destacamento que continuaba a la puerta del patio, para que introdujeran a Enrique Warden.

El predicador del Evangelio iba atado de pies y manos sobre un caballo.

CAPÍTULO XXXI

> «Érase que se era un antiguo amigo de colegio, joven prudente, aplicado y estudioso. Mientras sus compañeros solo pensaban en el juego, él no cesaba de estudiar, y hasta en el refectorio, pensaba más en el trabajo que en la comida que tenía delante».
>
> *(Comedia antigua).*

El subprior entró en la torre y se dirigió a la sala grande, seguido de Cristián. El merodeador cerró la puerta de la estancia y, acercándose a él con confianza y familiaridad, le dijo:

—Señor subprior, estoy encargado de presentaros los respetos de mi señor, a vos en particular y en especial al señor abad, aunque todo el mundo sabe que sois el alma de la comunidad.

—Si tenéis algo que manifestarme respecto a nuestra casa, os ruego que os dejéis de preámbulos. El tiempo transcurre y estoy muy preocupado por la suerte de Alberto Glendinning.

—Nada tenéis que temer por él, pues está tan vivo como yo.

—¿Deberé comunicar esta buena noticia a su desconsolada madre? —pensó el fraile—. No; más vale esperar el resultado de las investigaciones que Eduardo está practicando. —Y, luego, en voz alta, preguntó—:

—¿Qué mensaje es ese que os ha dado vuestro amo, para mí?

—Mi señor cree que, por informes que le han facilitado amigos oficiosos, a quienes se reserva recompensar oportunamente, lo tenéis por hombre poco adicto a la Santa Iglesia, aliado con herejes, y que está en acecho de los despojos del monasterio de Santa María…

—Abreviad, querido amigo, pues jamás es el diablo más temible que cuando se mete a predicador.

—Mi amo desea recobrar vuestra amistad, y, para confundir las calumnias de los malintencionados, os envía atado de pies y manos a Enrique Warden, cuyos sermones han trastornado tantas cabezas en Escocia, para que lo tratéis conforme a los deseos de la Iglesia y de vuestro abad.

Los ojos del subprior brillaron de alegría al recibir esta noticia, pues hacía mucho tiempo que los frailes deseaban coger al predicador, cuyo celo y entusiasmo habían convertido al protestantismo más prosélitos escoceses que todos los esfuerzos vigorosos del mismo Knox.

El padre Eustaquio tenía, pues, entre sus manos al enemigo más temible de la Iglesia, y veíase obligado a cumplir las promesas que había hecho a los amigos de la fe católica, extinguiendo la herejía en la sangre de su más celoso propagandista; pero,

esto no obstante, el arresto de Enrique Warden le produjo una emoción más bien de tristeza que de regocijo.

—Es una crueldad —se decía— hacer sufrir a un hombre; es terrible hacer derramar sangre; pero el juez a quien se le ha confiado la espada de San Pablo y las llaves de San Pedro no retrocederá ante el cumplimiento de su deber. Nuestras armas herirían nuestro propio pecho si no las esgrimiéramos con mano firme contra los enemigos irreconciliables de la Santa Iglesia; ¡PEREAT ISTE! ¡Que perezca! Es la pena que ha merecido, y, aunque le defendieran todos los herejes de Escocia, su sentencia sería irrevocable.

—Que lo traigan, —prosiguió en voz alta y autoritaria.

Y Warden fue introducido, con las manos atadas, pero con los pies libres.

—Que se retire todo el mundo —ordenó el subprior—, menos un centinela que vigilará al prisionero.

Cristián mandó salir a sus compañeros y, desenvainando su espada, se puso él mismo de centinela delante de la puerta.

El juez y el reo quedaron solos, frente a frente. En el rostro de ambos se reflejaba la confianza de su integridad. El fraile iba a cumplir lo que él consideraba su deber, sin que le preocuparan los peligros que a él o a su convento pudieran seguírseles.

El predicador estaba dispuesto a someterse a todo por amor a Dios y a sellar con su sangre, si era necesario, su misión divina.

Se acercaban uno a otro apercibidos para el combate espiritual, midiéndose con la vista como si esperaran descubrir algún punto débil en la armadura del adversario; pero de pronto, ambos evocaron antiguos recuerdos e hicieron un movimiento de sorpresa al reconocerse mutuamente.

Amigos y condiscípulos en el colegio y en la universidad, no habían vuelto a verse desde entonces hasta aquel momento. Siguiendo la costumbre, el fraile había cambiado de nombre al tomar los hábitos, y el predicador usaba también otro extraño, lo que les impedía reconocerse recíprocamente en la contraria misión que desempeñaban en el gran drama político y religioso.

—¡Enrique Wellwood! —exclamó el subprior.

—¡Guillermo Allan! —dijo el predicador.

Y ambos, conmovidos al pronunciar estos nombres familiares y recordar la amistad que los unió en la juventud, se estrecharon las manos con cariño.

—¡Desatadlo! —ordenó el padre Eustaquio, ayudando él mismo a Cristián a ejecutar esta orden, aunque el prisionero repitiera con entusiasmo que se consideraba dichoso sufriendo aquel oprobio en defensa de la causa que servía. Sin embargo, cuando tuvo libres las manos, manifestó su gratitud respondiendo al amistoso abrazo del subprior y cambiando con él una mirada afectuosa.

Por una y otra parte, aquel saludo fue generoso y franco; pero pronto adoptaron ambos la actitud especial de dos campeones dispuestos para la lucha, demostrando que siguen el impulso del honor y no del odio.

Pensando en la situación en que se encontraban respectivamente sus manos, se separaron como de común acuerdo, y contempláronse con expresión de profunda angustia.

—¡A esto —dijo el subprior de Santa María, interrumpiendo el silencio— han quedado reducidos aquella infatigable actividad de espíritu, aquella sed ardiente de saber que nada podía extinguir, aquel amor al trabajo que ninguna dificultad podía contener! ¡Este es el final de la carrera de Wellwood! ¡Después de habernos conocido, de habernos querido y estimado durante los años más hermosos de nuestra vida, volvemos a encontrarnos en la vejez: yo en calidad de juez, y vos en la de criminal!

—¡Decid más bien de ciego opresor y de víctima abnegada! —rectificó Warden —. Yo también podría exclamar: «¿Qué ha sido de la rica cosecha de esperanzas que prometían los conocimientos clásicos, la razón, la penetración de espíritu y los profundos conocimientos de Guillermo Allan? ¿Ha podido resolverse a vivir en una celda como un abejón, distinguido del resto del enjambre, para la noble misión de descargar las espada vengadora de Roma sobre los que impugnan sus errores?»

—No será a vos ni a ningún otro hombre —contestó el subprior—, a quien daré cuenta del poder de que me ha revestido la Iglesia. Me ha sido confiado para su triunfo y haré uso de él, a pesar de todos los riesgos, sin temor ni parcialidad.

—No esperaba menos de vuestro celo mal encaminado. En mí tenéis la víctima sobre quien podéis ejercer sin temor vuestra autoridad, que desafiará mi alma como desafiamos juntos las nieves del Monte Blanco, arrostrando el calor del sol, en nuestra juventud.

—Os creo; creo que vuestra alma no se doblega ante la fuerza, sino que solo cede a la persuasión. Discutamos estas materias del dogma como antaño, ejercitando nuestras facultades intelectuales. Acaso oigáis la voz del pastor y volváis nuevamente al redil.

—No, Allan; no se trata de cuestiones que puedan discutirse solamente para ejercitar la inteligencia. Los errores que combato son demonios que no pueden ahuyentarse más que por el ayuno y la oración. Vuestra sabiduría es una locura que os hace calificar de dementes a los verdaderos sabios.

—Esa es —exclamó el fraile con severidad— la jerga de un entusiasta ignorante que apela a la ciencia y a la autoridad que Dios nos ha concedido por medio de los concilios y padres de la Iglesia; que apela, repito a una interpretación arbitraria e imprudente de las Escrituras acomodadas a la opinión particular de cada hereje.

—Me abstengo de contestar a esa acusación: la cuestión verdadera es saber si seremos juzgados por las Santas Escrituras o por los prejuicios de los hombres, expuestos al error como nosotros, que han desfigurado nuestra santa religión con vanas prácticas, tributando adoración a ídolos de piedra y de madera e inventando un purgatorio cuya llave han entregado al Papa, juez inicuo que conmuta las penas a cambio del dinero, como si se tratara de…

—¡Silencio, blasfemo, o haré que os pongan una mordaza!

—Sí, la mordaza, el caballete, el hacha del verdugo, he aquí la razón suprema de Roma. Pues sabed, amigo, que la edad no ha cambiado el carácter de vuestro antiguo camarada, que desafía, en defensa de la verdad, todos los tormentos que puedan hacerle sufrir.

—¡Oh! No lo dudo, pues siempre fuisteis el león dispuesto a arrojarse sobre el cazador, y no el ciervo a quien el sonido de la trompa de caza pone en fuga.

Y después de una pequeña pausa, el padre Eustaquio continuó:

—Wellwood, no podemos continuar siendo amigos, pues nuestra fe, nuestra esperanza, nuestra áncora de salvación para el porvenir no son ya los mismos.

—Con dolor profundo os oigo —contestó el apóstol de la reforma—, y Dios es testigo de que daría hasta la última gota de mi sangre por vuestra conversión.

—Eso mismo digo yo. Un brazo como el vuestro solo debería defender las murallas de la Iglesia, en vez de utilizar el ariete para quebrantarlas y abrir la brecha por donde puedan entrar los que, ansiosos de riquezas, desean tener ocasión de entregarse al saqueo. Pero basta de divagaciones y hablemos de lo que interesa: si os envío prisionero a Santa María, pasaréis la noche en un calabozo y mañana os ahorcarán. Si os pongo en libertad, falto a los deberes que me impone la Santa Iglesia, y a los votos solemnes que he hecho. ¿Consentís en quedar prisionero bajo vuestra palabra, suceda lo que suceda? ¿Prometéis solemnemente presentaros ante el abad y el cabildo de Santa María al primer aviso y no alejaros de esta casa más que un cuarto de milla? Tal confianza me inspiran vuestra palabra y buena fe, que os dejaré aquí en relativa libertad, si aceptáis la obligación de comparecer ante nuestro tribunal supremo.

—No acostumbro hipotecar mi libertad ni hacer promesas —repuso Warden—; pero, como estoy en vuestro poder, y tenéis derecho a exigirme una respuesta, os prometo no pasar del límite convenido y de comparecer cuando me manden hacerlo, disponiendo a mi albedrío de la libertad que me queda. Acepto, pues agradecido vuestra oferta, y reconozco honradamente vuestra cortesía.

—¡Ah! —exclamó el subprior—. Olvidaba una condición importante: es preciso que me prometáis también no abusar de la libertad de que vais a disfrutar para predicar y enseñar directa o indirectamente ninguna de vuestras inmundas herejías.

—Entonces no acepto —di jo Warden con firmeza—. ¡Desgraciado de mí si dejo de predicar el Evangelio!

El padre Eustaquio, al oír esta contestación, púsose a pasear de nuevo por la sala, hasta que, al fin, murmuró en voz baja:

—¡Maldita sea vuestra insensata terquedad!, —y después, deteniéndose de pronto, volvió a argumentar:

—Esta negativa es una locura, Wellwood; y para convenceros emplearé vuestro mismo raciocinio. Puedo cargaros de hierros y sepultaros en un calabozo donde nadie podrá escucharos. Por lo tanto, al hacerme la promesa que os exijo, no prometéis más

que lo que os es imposible rehusarme.

—Cierto que podéis encerrarme en un calabozo; pero ¿quién sabe si mi Maestro no me prepara allí una buena cosecha? Las cadenas de los santos han servido más de una vez para romper las del demonio; y dentro de su prisión el beato San Pablo convirtió a su carcelero y a toda su familia.

—Si os comparáis al santo apóstol —replicó el subprior con cólera y desprecio—, pongamos término a nuestra conferencia, y disponeos a sufrir el castigo que merecen vuestra obstinación y vuestra herejía.

Y, luego, dirigiéndose a Cristián, ordenó:

—Atadle.

Aceptando con orgullo su suerte, y mirando al fraile con expresión de superioridad, el predicador presentó sus manos para que se las ataran.

—No temáis lastimarme —dijo al merodeador, que dudaba si debía apretar o no las cuerdas.

El subprior habíase bajado la capucha hasta los ojos como para ocultar la emoción que experimentaba.

Un gran ruido que en aquel momento se produjo a la puerta de la torre distrajo al padre Eustaquio de las reflexiones a que acababa de entregarse, y Eduardo se precipitó en la estancia con el rostro encendido y los ojos animados.

CAPITULO XXXII

> «Vayamos en seguida al monasterio, donde, envuelto en tosco sayal, pueda disfrutar de la paz del alma, lejos de las pompas y vanidades del mundo.
>
> »Si mi memoria evoca allí alguna vez el recuerdo de mi amada, solo será para pedir a Dios que la haga muy feliz».
>
> *(La Cruel Lady de las montañas).*

—¡Mi hermano vive, reverendo padre! —exclamó Eduardo al entrar—. Vive, y volveremos a verlo, pues en el Corri-nan-shian no hay sepultura alguna ni el menor vestigio de ella. La tierra no ha sido removida, y en torno de la fuente el césped está tan verde y tan hermoso como siempre. ¡Loado sea Dios! ¡Mi hermano vive!

La vehemencia del joven, la vivacidad con que se expresaba, sus ojos encendidos, sus ademanes y algunos de sus rasgos, le recordaron a Warden a su guía de la víspera, Alberto Glendinning. Los dos hermanos tenían algún parecido, aunque el mayor fuera más alto, más vigoroso y más ágil que Eduardo, y este tuviera un aspecto más apacible y reflexivo.

—¿De quién habláis, hijo mío? —le preguntó el predicador, tan tranquilamente como si no hubiera de ser enviado a una prisión para subir después al cadalso—. ¿De quién habláis? Si es de un joven de ojos y cabellos negros, de tez algo morena, de aspecto franco y poco más o menos de vuestra edad, pero más vigoroso, quizá pueda daros noticias suyas.

—¡Hablad, pues, hablad pronto! —exclamó Eduardo—. Acabáis de hacer el retrato de mi hermano.

El padre Eustaquio le hizo la misma petición, y Warden les relató cómo había encontrado a Glendinning, a quien describió de tal modo que fue imposible dudar de la identidad de su persona. Cuando habló del lugar agreste y apartado a donde Alberto le había conducido, que no podía ser otro que el Corri-nan-shian, y agregó que había visto la hierba teñida de sangre, y una sepultura recientemente cubierta de tierra, y que el joven se acusaba de haber dado muerte a *sir* Piercie Shafton en singular combate, el subprior miró a Eduardo con sorpresa.

—¿No acabáis de decimos —le preguntó— que en aquel sitio no existe el menor vestigio de sepultura?

—Ni señales siquiera de que la tierra haya sido removida —insistió Eduardo—. Sin embargo —añadió—, el césped parecía estar pisoteado y enrojecido.

—Esas son ilusiones que os ha inspirado el enemigo del género humano —dijo el subprior, haciendo la señal de la cruz.

—Si así fuera —contestó Warden—, los cristianos deberían recurrir a la oración antes que a ese signo vano, que parece cabalístico.

—La señal de nuestra salvación —exclamó el fraile— desarma a todos los espíritus malos.

—Sí —contestó el predicador, siempre dispuesto a la controversia—, pero esa señal debe llevarse sobre el corazón y no trazarla en el aire con la mano. Tan fácil sería encontrar en la atmósfera impasible la impresión de vuestro ademán, como probar que una acción externa basta al falso devoto que sustituye, con inútiles genuflexiones y señales de la cruz, los verdaderos deberes de la fe.

—Os compadezco —contestó el subprior no menos dispuesto a la réplica—, os tengo lástima, Enrique, y no quiero contestaros. Tan difícil es medir el océano con una criba, como determinar el poder de las santas palabras, de los signos y los gestos sin más auxilio que el de vuestra razón.

—¡Dios mío, perdonadlo, que no sabe lo que dice! —exclamó Warden.

Y, volviéndose hacia Eduardo Glendinning, le dijo que ya podía informar a su madre de que su hijo vivía aún.

—Hace ya dos horas que lo podíais haber hecho si hubierais querido creerme —dijo Cristián—; pero, por lo visto, dais más crédito a un viejo que destila el veneno de la herejía, que a un bravo hombre que no emprende ninguna expedición a las fronteras sin rezar antes un padre nuestro.

—Id, pues —insistió el padre Eustaquio a Eduardo—, id a comunicar a vuestra madre que la sepultura le ha devuelto a su hijo, como sucedió en Sarepta con el hijo de una viuda, por la intercesión —añadió mirando a Warden— del beato San Benito, patrón de nuestra Orden, a quien he invocado en su favor.

—Estando vos en el error, no es extraño que intentéis arrastrar a él a los demás —replicó Warden—. No era a un muerto, no era a una criatura de barro a quien invocó el bienaventurado profeta, cuando, conmovido por las dolorosas lamentaciones de la sunamita, pidió al Todopoderoso que el alma del niño volviera a reanimar su cuerpo.

—Sin embargo, por intercesión se hizo el milagro; pues, como dice la *Vulgata*: «El Señor oyó la plegaria de Elías, y el alma del niño volvió a su cuerpo». ¿Creéis, acaso, que la intercesión de un santo que participa de la gloria eterna sea menos poderosa ante Dios que cuando se encuentra en la tierra, y solo se ve por los ojos de la carne?

Eduardo mostrábase cada vez más impaciente y emocionado. Contra su costumbre, interrumpió al padre Eustaquio, a quien no le disgustaba la controversia, para rogarle que le concediera en seguida, y a solas una entrevista.

—Llevaos al prisionero —ordenó el subprior a Cristián—; vigiladlo para que no se fugue; pero que no se le infieran insultos ni malos tratamientos: os hago responsable.

Ejecutada esta orden, Eduardo Glendinning se quedó solo con el fraile, que le dirigió la palabra en los términos siguientes:

—¿Qué tenéis, Eduardo? ¿Por qué me habéis interrumpido en el momento en que iba a confundir a un hereje con mis poderosos argumentos? ¿Por qué, sobre todo, no

os habéis apresurado a ir a enjugar las lágrimas de vuestra afligida madre, notificándole que su hijo vive aún?

—Si ha recobrado un hijo, va a perder otro.

—¿Qué queréis decir, Eduardo? Explicaos.

—Padre —contestó el joven arrodillándose ante él—, os confesaré mi vergüenza y mi pecado, y veréis la penitencia que me he impuesto.

—No os comprendo, hijo mío. ¿Qué podéis haber hecho para acusaros de tal modo? ¿Acaso habéis escuchado al demonio de la herejía, al tentador más peligroso para los que, como el desdichado que acabáis de ver, se distinguen por su amor a la ciencia?

—Nada tengo que reprocharme en ese concepto, padre: no me permito tener en materia de religión opiniones diferentes de las que me habéis enseñado.

—¿Qué es entonces lo que os perturba vuestra conciencia? Decidlo, para que os pueda consolar. La misericordia de la Iglesia es grande para los hijos obedientes que acatan su autoridad.

—Oídme, pues. Mi hermano Alberto, ese hermano tan bravo, tan bueno, tan afectuoso, que no pensaba, hablaba ni obraba más que por cariño a mí, y cuya mano me prestaba ayuda en todas mis dificultades, velando por mí como el águila vela por sus aguiluchos cuando emprenden el vuelo por vez primera, es la causa de mi horrible desesperación. Cuando creí que había muerto, me alegré, y, al saber que vive aún, me he entristecido.

—¿Estáis loco, Eduardo? ¿Qué motivo ha podido induciros a esa ingratitud tan odiosa? Os equivocáis respecto a la naturaleza de vuestros sentimientos. Vaya, hijo mío, rezad vuestras oraciones; procurad calmar vuestra agitación, y volveremos a hablar de esto en otra ocasión.

—No padre, no, exclamó Eduardo con vehemencia. ¡Ahora o nunca domaré este corazón rebelde! ¡Haberme equivocado respecto a la naturaleza de mis sentimientos! No, padre, no se confunde la tristeza con la alegría. Todos estaban desesperados en torno mío: mi madre, los sirvientes y *ella, ella*, la causa de mi crimen; todos lloraban, y yo no podía ocultar mi bárbara alegría bajo la apariencia de una sed de venganza. Hermano, decíame, no puedo darte lágrimas, pero te daré sangre. Sí, padre, yo contaba las horas vigilando al caballero inglés, y cada vez que las oía sonar, pensaba: «¡Una hora más cerca de la felicidad!».

—No os comprendo, Eduardo; no comprendo por qué la supuesta muerte de vuestro hermano haya podido inspiraros una alegría tan contraria a la lev de la Naturaleza. ¿Acaso el deseo de suceder en sus posesiones…?

—¡Desprecio todas las miserables riquezas del mundo! —replicó Eduardo con emoción que iba en aumento—. No, padre, es el amor, el amor a María Avenel, el que me ha inspirado estos sentimientos que me horrorizan.

—¡A María Avenel! ¡A una joven de linaje tan superior al vuestro! ¿Cómo es posible que Alberto, cómo es posible que vos hayáis alzado los ojos hacia ella más

que para honrarla y respetarla?

—El amor no admite las distinciones de casta. Además, María, educada con nosotros en la casa de mi madre, ¿en qué se diferencia de nosotros, si no es por una larga serie de antepasados que ya no existen? En una palabra, la amamos los dos; pero ella prefiere a Alberto. Él no lo sabe, no lo ve; pero yo tengo mejores ojos que mi hermano. María pasaba a solas conmigo horas enteras con la inocencia y simplicidad de una hermana; pero no se atrevía a hacer lo mismo con Alberto, por el temor de dejar adivinar sus sentimientos íntimos. Variaba de color, temblaba cuando mi hermano se aproximaba a ella; y, cuando se alejaba, se ponía triste y pensativa. Yo veía todo esto, padre, y lo soportaba; era testigo de los progresos que hacía cada día en su corazón, y no lo odiaba, no hubiera podido odiarle.

—¿Y qué motivo tenéis para odiarle, joven imprudente? ¡Odiar a vuestro hermano, porque está tan loco como vos!

—El mundo, padre, enaltece vuestra sabiduría y el conocimiento que tenéis del corazón humano; pero la pregunta que me hacéis revela que nunca habéis amado. Haciendo un gran esfuerzo, conseguí no odiar a mi bondadoso y tierno hermano, quien, no sospechando que yo era su rival, me colmaba de afecto. Hasta había momentos en que me creía capaz de corresponder a su ternura, como la última noche que pasé a su lado, a pesar de lo cual no pude por menos de regocijarme cuando supe que no podría ser obstáculo para la realización de mis deseos. Cuando me enteré de que no había muerto…

—¡Que Dios os proteja, hijo mío! ¡Estáis en el mismo estado de ánimo que Caín, cuando levantó la mano sobre su hermano Abel, porque los sacrificios de este eran más agradables al Señor que los suyos!

—Lucharé contra el demonio que me persigue, padre; sí, lucharé contra él y lo venceré; pero no podría soportar la alegría de María Avenel cuando vuelva a ver al amante preferido. Ese espectáculo podría convertirme en un segundo Caín. ¿Acaso sé dónde podría llevarme la desesperación?

—¡Desgraciado! ¡En qué espantoso crimen os atrevéis a pensar!

—Porque me inspira horror, padre, he tomado la determinación de abrazar el estado religioso. Quiero seguiros al monasterio de Santa María, y con la protección de la Virgen Santísima y de San Benito, pediré al abad permiso para pronunciar mis votos.

—Ahora no, hijo mío; en la disposición de ánimo en que estáis, no puedo permitiros que contraigáis lazos indisolubles que después habían de ocasionaros mucho pesar. Es muy laudable sacrificar el mundo para dedicarse a Dios; pero este sacrificio debe hacerse tranquilamente y después de reflexionar mucho, y no en medio de la efervescencia de las pasiones. Si os hablo así, hijo mío, es porque quiero estar seguro de vuestra vocación.

—Hay resoluciones, padre —contestó Eduardo con firmeza—, que necesitan ser ejecutadas tan pronto como se adoptan, y esta es una de ellas. ¡O ahora, o nunca! Mis

ojos no deben presenciar la entrada de Alberto en esta casa. La vergüenza y el remordimiento podrían inducirme a cometer un desatino… Os lo repito, padre, permitidme que os siga.

—Pues bien, hijo mío, seguidme; pero nuestra regla y la razón, exigen que paséis cierto tiempo en calidad de novicio, antes de que os sea permitido pronunciar los votos definitivos, que os separarán para siempre del mundo, consagrándoos al servicio de Dios.

—Y ¿cuándo emprendemos la marcha, padre mío? —preguntó el joven con el mismo apresuramiento que si se tratara de acudir a una fiesta.

—Ahora mismo, si así lo deseáis —contestó el padre Eustaquio—. Id a hacer vuestros preparativos… Pero, esperad un momento —añadió cuando ya Eduardo se disponía a alejarse con gran precipitación—. Acercaos, hijo, y arrodillaos de nuevo.

Eduardo obedeció. Aunque el subprior no tenía un rostro muy imponente, su enérgica y su viva y sincera devoción inspiraban un sentimiento de respeto a todos los que lo tomaban por director espiritual. Su corazón estaba siempre de acuerdo con su deber para desempeñar sus funciones sacerdotales, y quien está profundamente convencido de la importancia de su ministerio, rara vez deja de producir impresión en el ánimo de los que le escuchan. En semejantes ocasiones, la pequeña estatua del padre Eustaquio parecía agigantarse; sus facciones se ennoblecían, su voz, siempre bella y expresiva, parecía inspirada por la Divinidad; y, en fin, toda su persona descubría al ministro de la Iglesia, de quien ha recibido poderes para descargar al pecador del peso de sus culpas.

—Hijo mío —dijo a Eduardo—, ¿me habéis relatado, fielmente, todas las circunstancias que tan de repente os han decidido a abrazar la vida religiosa?

—Os he confesado todas mis faltas, padre mío; pero no os he hablado aún de una aventura muy extraña que ha contribuido mucho a que yo adopte esta determinación.

—Referídmela, pues, para que pueda yo conocer todas las tentaciones que el diablo os sugiere.

—Con repugnancia os la contaré, padre; pues, aunque Dios es testigo de que diré la verdad, estoy tentado de creerla una fábula.

—¡No importa! Explicaos sin reserva. Acaso tenga yo razones para creer verdad lo que a los demás puede parecer impostura.

—Entonces sabed, padre mío, que luchando entre el temor y la esperanza… ¡qué esperanza, gran Dios!, ¡la de encontrar el cuerpo ensangrentado de mi hermano!, me dirigí al lugar llamado el Corri-nan-shian. Como vuestra reverencia sabe, allí Martín había visto una sepultura ayer mañana, no encontró el menor indicio de que la tierra hubiera sido removida. Mis compañeros, al advertir que el testimonio de sus ojos contradecía lo que Martín había manifestado, se asustaron y emprendieron la fuga precipitadamente. Vi frustrada mi cruel esperanza, y quedé en una situación de ánimo que no me permitía temer a los vivos ni a los muertos. Me alejaba, pues, de aquel paraje, entregado a mis sombrías reflexiones, cuando, al volverme a mirar hacia atrás,

vi a una mujer de pie cerca de la fuente.

—Hijo mío, no bromeéis en vuestra situación actual.

—No bromeo, padre mío. Vi, efectivamente, a una mujer vestida de blanco, como representan a la Dama de Avenel. Creedme, padre, pues el Cielo es testigo de que es cierto lo que os digo. La vi con mis ojos.

—Os creo, hijo mío. Proseguid vuestro extraño relato.

—Esa mujer, o mejor dicho, ese espíritu, pronunció algunas palabras con tono melancólico y después desapareció gradualmente confundiéndose con el aire que la rodeaba. Por extraño que pueda pareceros, sus palabras han quedado grabadas en mi memoria con tanta fidelidad como si las hubiera aprendido en mi infancia. Dijo así:

«Una esperanza inhumana, que no te atreves a confesarte, te ha traído al borde de mi fuente; pero tus proyectos se han frustrado, porque tu hermano vive aún. Tú eres el que debe morir para el mundo; ve a ocultar tus dolores al monasterio, y que el ayuno y la oración te curen la pasión insensata que alimentas. Alejado del mundo y sus vanas pompas, encontrarás la paz del espíritu de que tanto has menester».

—Es una aventura verdaderamente singular —dijo el subprior—; pero sea el que quiera el poder sobrenatural a que debamos atribuirla, frustraremos las maquinaciones de Satanás. Vendréis conmigo, puesto que así lo deseáis, Eduardo, y haréis vuestro noviciado en la vida religiosa, a la que desde hace tiempo os creía destinado. Me ayudaréis, a sostener el arca santa que los hombres audaces y temerarios se atreven a profanar con demasiada frecuencia. Id a despediros de vuestra madre.

—¡No quiero ver a nadie! —repuso Eduardo—. No quiero verme expuesto a arrepentirme de mi resolución. Prefiero darles la noticia desde el monasterio de Santa María. Mi feliz hermano, ese hermano a quien deseo la felicidad, a pesar de los sentimientos de envidia que me inspira aún, sabrá, como todos los demás, que Eduardo ha dejado de ser un obstáculo a su dicha. María no tendrá ya necesidad de disimular su amor cuando me encuentre a su lado; podrá…

—Hijo mío —interrumpió el padre Eustaquio—, no es mirando hacia atrás, dirigiendo la vista a las vanidades del mundo y a sus pasiones, como hay que disponerse a cumplir los deberes de la vida religiosa. Mandad que ensillen los caballos, y en el camino os informaré de cómo se puede alcanzar la felicidad en medio del sufrimiento.

CAPÍTULO XXXIII

> «Todo esto es tan confuso, como el ovillo que una calcetera ha dejado caer mientras duerme, y con el que un gato juega en el rincón de la cocina».
>
> *(Comedia antigua).*

Eduardo hizo que ensillasen inmediatamente su caballo y el del subprior, y fue a dar las gracias a sus vecinos por el socorro que le habían prestado, y a notificarles su propósito de ponerse en marcha.

—¡Vaya un modo de cumplir los deberes de la hospitalidad! —dijo Dan de Howlet-hirst a sus compañeros, que habían quedado sorprendidos al oír a Eduardo—. Aunque todos los Glendinning del mundo se mueran y resuciten en un día, no volveré a molestarme por ellos.

Pero Martín los calmó sirviéndoles cerveza y la comida que se les había preparado, a pesar de lo cual se marcharon disgustados.

La noticia de que Alberto no había muerto súpose pronto en toda la casa. La madre lloraba y daba gracias a Dios alternativamente; pero, a medida que se iba tranquilizando, empezó a preocuparse de sus quehaceres domésticos.

—Es preciso componer las puertas —dijo—; en el estado en que se encuentran no sirven para nada.

Tibb declaró que siempre había puesto en duda que sir Piercie hubiese podido matar a un joven tan valiente y tan diestro como Alberto.

—Puede decirse cuanto se quiera de esos ingleses; pero ¿dónde hay uno con bastante valor y fuerza para ponerse enfrente de un buen escocés?

La *resurrección* de Alberto impresionó más profundamente a María Avenel, que, no habiéndose ocupado en toda la mañana más que de su Biblia, había aprendido ya a rezar. Le parecía que sus plegarias habían sido oídas, que Dios se había apiadado de ella y abierto milagrosamente las puertas del sepulcro para que saliera de él el joven por quien tanto había llorado.

Mientras Eduardo se ocupaba en los preparativos de marcha, Cristián de Clint-hill preguntó al subprior qué se debía hacer del predicador hereje; y el padre Eustaquio volvió a pensar en los medios de conciliar sus deberes para con la Iglesia con la compasión que le inspiraba su antiguo amigo, cuya firmeza reconocía y admiraba.

—Si lo conduzco a la abadía —pensaba— su pérdida es segura. Morirá y se perderá su alma. Realmente, es necesario un gran ejemplo, para aterrorizar a los herejes; pero su número es tan considerable, que no se conseguirá más que irritar su furor e inspirarles deseos de venganza. Se niega a prometer no sembrar su cizaña entre nuestro buen grano; pero el terreno es demasiado estéril aquí para que estas semillas perniciosas den fruto. Hubiera podido temer por Eduardo, dada su sed

ardiente de adquirir nuevos conocimientos; pero ese peligro no existe ya, puesto que viene conmigo. Wellwood no podrá derramar aquí sus perniciosas doctrinas; le salvaré la vida; y ¿quién sabe si podré salvarle también el alma? Haré lo posible por desengañarle y volverle el buen camino, pues su arrepentimiento sería mucho más útil a la Iglesia que su muerte.

Hechas estas reflexiones que le habían inspirado sus sentimientos humanitarios y, acaso también su amor propio, el padre Eustaquio mandó que condujeran al prisionero a su presencia.

—Enrique —le dijo—, a pesar de los deberes que me imponen mis creencias y el hábito que visto, no puedo resolverme a conduciros a una muerte segura: nuestra antigua amistad y la caridad cristiana me lo prohíben; pero es necesario que me prometáis permanecer prisionero en esta torre, y presentaros ante mí cuando os requiera.

—¡Oh! —exclamó el predicador. Es un modo de asegurar a vuestro prisionero mucho mejor que con todas las cadenas de que hubieran podido cargarle en las prisiones del convento. No haré nada que os traiga las censuras y los reproches de vuestros superiores. Me quedaré aquí de tanta mejor gana cuanto que abrigo la esperanza de volver a veros y arrancaros de las garras de Satanás.

Al oír estas palabras que le recordaban sus propios sentimientos, el subprior se enardeció y repuso:

—¡Gracias a Dios y a la Santísima Virgen, mi fe ha anclado ya sobre la piedra en que San Pedro fundó su iglesia!

—Aplicáis mal texto —replicó Warden—; incurrís en una paronomasia.

La controversia iba a empezar de nuevo, y tal vez la hubiera terminado una orden de conducir al desdichado predicador al monasterio, si Cristián de Clint-hill no hubiera indicado que el sol estaba próximo a ponerse y que era preciso atravesar el valle, que no gozaba de muy buena fama, por lo que era ya hora de ponerse en marcha. El subprior suspendió la polémica, y se despidió de Enrique Warden, diciéndole que confiaba en su gratitud y en su generosidad.

—Estad seguro —contestó este— de que voluntariamente no he de hacer nada que pueda comprometeros; pero, si mi Maestro me ordena que trabaje en su viña, obedeceré la voz de Dios antes que la de los hombres.

Los adversarios se estrecharon afectuosamente la mano y se despidieron, con la esperanza íntima de convencerse respectivamente de la bondad de las doctrinas que defendía cada cual.

El padre Eustaquio manifestó a la viuda de Glendinning que el extranjero pasaría algunos días en su casa y le encargó que le guardara todas las atenciones que su edad reclamaba; pero prohibiendo a todos los de la casa, bajo la amenaza de censuras espirituales, hablar de asuntos religiosos con él.

—¡Que la Virgen me perdone, reverendo padre! —dijo Elspeth algo desconcertada al oír esta noticia—. Los huéspedes han causado la ruina de más de

una casa, y temo que ocurra lo mismo en la torre de Glendearg. Primero fue lady Avenel. ¡Dios la haya en Gloria! No tenía malas intenciones; pero desde que llegó aquí se habló muchas veces de espíritus y espectros. Después el caballero inglés, que, si no ha matado a mi hijo, ha sido la causa de que huya del hogar, y Dios sabe cuándo le volveré a ver. Ahora vuestra reverencia me deja la carga de un hereje que puede traemos al diablo, que no se contentará con la puerta y las ventanas, sino que se llevará toda la torre. Sin embargo, reverendo padre, haré cuanto ordenéis.

—Vuestras quejas son justas, señora Elspeth. Haced que compongan vuestras puertas, y el convento os pagará los gastos. Cuando se ajusten las cuentas de vuestro feudo, se os concederá una indemnización, y en cuanto a vuestro hijo, haré todo lo posible por encontrarlo.

La viuda de Glendinning hizo una profunda reverencia; y cuando el padre Eustaquio hubo concluido de hablar, le rogó que convenciera al molinero de que ella no tenía la menor culpa de la fuga de Mysie con el caballero inglés.

—Si no vuelve más al molino —añadió—, su padre será el único culpable por haberle permitido recorrer el país a caballo y no tenerla ocupada en su casa, donde pasaba el tiempo preparando golosinas para el halcón…

—Me recordáis otro asunto no menos importante —siguió diciendo el subprior—. Es preciso buscar a sir Piercie Shafton, a fin de explicarle los extraños sucesos que acaban de ocurrir y saber qué ha sido de la joven molinera. Si esta fuga perjudica a su reputación, no me consideraré exento de responsabilidad.

—Si queréis —dijo Cristián—, me encargo de darles caza y traerlos de buen grado o por fuerza, pues no he olvidado que sin vos mi cuello hubiera tenido que soportar el peso del resto de mi cuerpo. Si hay alguien capaz de encontrarlos, soy yo; y os lo diría frente a todos los bravos del condado de Merse y de Teviotdale; pero antes tengo que hablaros de algunos negocios de mi amo, si me permitís acompañaros hasta el valle.

—Querido amigo —contestó el subprior—, bien sabéis que tengo motivos para no desear vuestra compañía en sitio tan solitario.

—Vamos, vamos, y no hablemos más del asunto en el que no desempeñé el mejor papel, merced a no sé qué diablilla blanca: os aseguro que no tengo deseos de volver a empezar. Además, cuando alguien me presta un servicio, no dejo nunca de devolvérselo tarde o temprano, y a vos debo la vida. Desde la aventura que me recordáis, siempre he evitado pasar por ese maldito valle; pero esta tarde, me es forzoso atravesarlo y quiero ir en vuestra compañía, porque si vuestra reverencia toma su rosario y su salterio, y yo llevo mi espada y mi jabalina, podemos desafiar a todos los enemigos de este mundo y del otro.

Eduardo manifestó en aquel momento a su reverencia que los caballos estaban dispuestos.

La viuda de Glendinning, al ver a Eduardo dispuesto a partir, empezó a llorar con gran desconsuelo.

—Señora —dijo el fraile—, olvidé deciros que me llevo a Eduardo al monasterio, y que no debéis esperarlo hasta dentro de algunos días.

—¿Queréis ayudarle a buscar a su hermano? —preguntó Elspeth—. ¡Que todos los santos os lo paguen!

Al fin, el padre Eustaquio, acompañado de Eduardo, emprendió la marcha, incorporándoseles poco después Cristián y sus compañeros, que caminaban a un paso que indicaba claramente su deseo de ser protegido por las armas espirituales. Sin embargo, otro era el motivo que le impulsaba a acompañar al subprior, pues tenía que comunicarle un mensaje de su amo que no había entregado desinteresadamente al hereje Warden.

Cuando Cristián hubo alcanzado al subprior, rogole que se apartara algunos pasos de Eduardo, que seguía a los soldados.

Conseguido esto, Clint-hill dijo al fraile:

—Mi señor cree haberos prestado un gran servicio entregándoos a ese viejo predicador hereje; pero, por las pocas precauciones que habéis tomado para guardarlo, parece que no le dais mucha importancia.

—Estáis equivocado. La comunidad da mucha importancia a este servicio y recompensará espléndidamente a vuestro amo; pero, como es un antiguo amigo mío, no pierdo la esperanza de sacarlo de los senderos de la perdición que sigue.

—Haréis cuanto os parezca, pues eso le importa poco a mi amo; pero, cuando he visto que le dabais la mano… ¡Santa María! Señor subprior, ¿no veis algo allá abajo?

—Sí, una rama de sauce que atraviesa el camino.

—¡Oh! He creído ver en el aire un brazo de hombre con una espada en la mano. Volviendo a nuestra conversación, os diré que mi amo no ha querido, como hombre prudente, comprometerse con ningún partido, sin estar antes seguro de cómo sería recibido. Los lores de la congregación, a quienes llamáis herejes, le han hecho ofertas muy ventajosas; y estuvo titubeando en aceptarlas, pues sabía que lord James tenía el proyecto de venir aquí, a la cabeza de un cuerpo importante de caballería; y de tal modo contaba con él lord James, que envió a Warden, recomendándole a su protección como a la de un amigo de quien estaba seguro, notificándole al mismo tiempo que se encontraba ya en marcha con sus tropas.

—¡Virgen Santísima! —exclamó el subprior.

—¡Amén! —contestó Cristián—. ¿Ha visto algo vuestra reverencia?

—No; pero lo que acabáis de decirme…

—¿Os alarma? Lo creo, porque si lord James llega a este país, ¡ay de los dominios de Santa María! Pero tranquilizaos, la expedición no se efectuará. El barón de Avenel ha tenido noticia de que lord James se ha visto precisado a dirigirse hacia el Oeste para proteger a lord Semple contra Cassilis y los Kennedies. ¡Ha de costarle caro!

—Entonces —repuso el subprior—, ¿ese cambio de proyecto de lord James ha sido causa de la mala acogida que Enrique Warden ha recibido en el castillo de

Avenel?

—Mi señor habría reflexionado mucho antes de maltratar a un hombre recomendado por un jefe tan poderoso como lord James; pero, para no ocultaros nada, ese loco se puso a censurar al barón por su contubernio con Catalina de Newport, y esta conducta le ha inducido a ponerlo a vuestra disposición. Por consiguiente, podéis disponer también de mi amo y de todas las fuerzas que pueda levantar, pues sabe que lord James no perdona. Os estoy hablando de los asuntos de mi amo más de lo que a él le conviene; pero me habéis prestado servicios otras veces y no tengo secretos para vos.

—Vuestra franqueza no quedará sin recompensa, pues en las desgraciadas circunstancias en que nos encontramos es muy importante para nosotros conocer las disposiciones y los proyectos de los que nos rodean. Pero ¿qué desea de nosotros vuestro amo para concedernos sus buenos oficios y desear ser nuestro fiel aliado? No creo que haga nada de balde.

—Lord James le había ofrecido, si quería declararse en favor suyo, las tierras de Cranberry Moor, enclavadas en las del señorío de Avenel, y no espera menos de vos.

—¿Qué haremos entonces de Gilberto de Cranberry Moor? El hereje lord James puede apoderarse y disponer a su antojo de los bienes y tierras de Santa María, porque, sin la protección de Dios y de los barones que han permanecido fieles a su fe, nos despojará de ellos a viva fuerza; pero, mientras estos dominios pertenezcan a la abadía, no podemos privar de ellos a nuestros antiguos vasallos para satisfacer la avaricia de quien no sirve a Dios más que por interés.

—Muy bien hablado, señor subprior; pero tened en cuenta que Gilberto de Cranberry Moor no puede disponer más que de dos aldeanos muertos de hambre, que nunca han manejado las armas, y no tiene en su cuadra más que un viejo rocín que solo puede servir para arrastrar un arado, mientras el barón de Avenel dispone de cincuenta soldados bien montados, bien equipados, como los que vienen detrás de nosotros, y de los vasallos que pueda reclutar. Calculadlo bien todo y ved qué os conviene hacer.

—De buena gana compraría la adhesión de vuestro amo al precio que él le pone, puesto que hoy no contamos con otros medios para defendemos de las sacrílegas expoliaciones de la herejía; pero arrebatar a un pobre hombre su patrimonio…

—Sería muy enojoso para él que mi amo supiera que es un obstáculo para la realización de sus deseos; ¿me oís, señor subprior? Además, a la abadía no le faltan posesiones; ¿no puede, acaso, indemnizar a Gilberto, concediéndole otra equivalente?

—No es imposible; pensaremos en ella; pero, en este caso, contaremos con el socorro del barón de Avenel y de todas las fuerzas de que disponga para rechazar a cualquier enemigo que amenace a la abadía.

—Trato hecho. Nos llaman merodeadores, bandidos, y no sé cuántas cosas más; pero cuando nos afiliamos a un partido, le somos fieles hasta la muerte[25]. Quisiera que mi amo se hubiera ya decidido, pues cuando se ignora qué es lo que le conviene,

el castillo es una especie de infierno. ¡Que la Santa Virgen me perdone al pronunciar esta palabra! Además, hemos entrado ya en el valle del Tweed, y no es tan peligroso blasfemar.

—Poco mérito encontraréis absteniéndoos, si no tenéis para ello otro motivo que el temor a los espíritus.

—Todavía no soy vasallo de la Iglesia —contestó Cristián, ya completamente tranquilo—. No se puede renunciar de pronto a las antiguas costumbres. Si tiráis demasiado de las riendas de un caballo joven, respingará.

La noche era espléndida. La comitiva vadeó el Tweed por el mismo sitio en que el padre sacristán había encontrado al espíritu. Cuando llegaron a la puerta del monasterio, el hermano portero exclamó:

—¡Venís oportunamente, reverendo padre, pues el reverendo abad está impaciente por veros!

—Atended a estos extranjeros —ordenó el subprior—, conducidlos a la sala destinada a la recepción de los huéspedes, y obsequiadles con el mejor vino de la cueva. Espero que no olvidarán la decencia y modestia que deben guardar en una casa religiosa.

—Reverendo padre —exclamó el sacristán, que llegaba apresuradamente—, nuestro digno abad desea veros en seguida. Está tan inquieto y descorazonado como el día de la batalla de Ninkie.

—Voy, hermano —contestó el padre Eustaquio—. Os ruego que presentéis a este joven, Eduardo Glendinning, al maestro de novicios. Dios le ha tocado en el corazón y desea renunciar a las vanidades del mundo y tomar el santo hábito de nuestra Orden. Si es tan modesto y dócil como talento natural tiene, llegará a distinguirse.

—Venerable subprior —dijo el padre Nicolás, que llegaba bastante sofocado—, nuestro respetable abad desea veros inmediatamente. ¡Nuestra santa patrona nos ampare! Jamás he visto al abad de Santa María tan consternado; pero me acuerdo del día en que vinieron a anunciar al abad Ingilram la noticia de la batalla de Flodden.

—Ya voy, padre, ya voy; y el padre Eustaquio se dirigió al fin al encuentro de su superior.

CAPÍTULO XXXIV

> «La Iglesia tiene sus cañones y su artillería, a pesar de lo cual no puede combatir contra la infantería, que se atreve a levantarle el brazo.
>
> »Fundid vuestros vasos sagrados de oro, asalariad a vuestros soldados, abridles vuestras bodegas, y empuñarán las armas para defenderos».
>
> *(Comedia antigua).*

El abad dispensó a su consejero una acogida tan entusiasta, que el subprior comprendió que tenía mucha necesidad de él.

Sobre la mesa del prior no había, como de ordinario, copas ni botellas. Su mitra, de forma antigua, enriquecida con piedras preciosas, estaba colocada al lado de su salterio; tenía el rosario en la mano, y el báculo estaba apoyado contra el brazo del sillón en que se encontraba sentado.

Los padres Felipe y Nicolás, que habían seguido al subprior, esperando sin duda enterarse de los asuntos que tenían inquieto al abad, no vieron defraudadas sus esperanzas, porque después de haber anunciado al padre Eustaquio, aquel les indicó que podían permanecer a su lado.

—Hermanos —les dijo—, ya sabéis con qué celo hemos administrado esta santa casa. No he despilfarrado las rentas del convento; no he cambiado cada día mis vestiduras y ornamentos pontificiales; no he sostenido tropas de bardos y bufones holgazanes, excepto en las fiestas de Navidad y de Pascua, según las antiguas costumbres, ni he enriquecido a mis parientes o a mujeres extrañas a la comunidad.

—Confieso —declaró el padre Nicolás— que no hemos tenido un prior, desde la época del abad Ingilram, que…

Al oír estas palabras, que eran siempre el preludio de alguna larga historia, el abad se apresuró a interrumpirle:

—¡Que Dios se apiade de su alma! Pero no se trata de él en este momento; lo que deseo, hermanos míos, es saber si creéis que he cumplido fielmente los deberes de mi cargo.

—No tenemos la menor queja —contestó el subprior.

El padre sacristán, más prolijo, enumeró todos los servicios que el padre Bonifacio había prestado a la abadía: el refectorio había sido reparado, las bodegas ensanchadas, la comida de los hermanos más esmerada, las rentas del convento aumentadas…

—Añadid a todo eso —interrumpió el abad— el gran muro que he mandado construir para defender el claustro contra el viento del Noroeste, y el edificio que he mandado edificar para la recepción de los extranjeros. Todo eso me ha costado

muchas penas, muchas fatigas, muchas reflexiones, y he trasnochado muchas veces para ocuparme en estos detalles, mientras vosotros todos dormíais tranquilamente en vuestras celdas.

—¿Podemos preguntar a vuestra reverencia —interrumpió el subprior— por qué está tan agitado en este momento? Vuestro discurso parece preparamos a ello.

—Efectivamente. Ahora no se trata de *caritas* ni de *almendras cocidas*[26], sino de una cuadrilla de ingleses mandada por *sir* Juan Fóster, que a salido de Hexham y se encamina hacia aquí. No se trata de guardamos del viento del Noroeste, sino de defendernos contra lord James Estuardo, que viene a la cabeza de un ejército de herejes.

—Tenía entendido que este proyecto había sido modificado a causa de la querella que estalló entre los Kennedies y los Semple.

—Se han puesto de acuerdo a expensas de la Iglesia, según costumbre; se han repartido los bienes del priorato de Crosraguel y en la actualidad lord James, a quien llaman ahora el conde de Murray, ha vuelto a sus primeros proyectos y se ha aliado con ellos. «Los príncipes se han concertado para combatir contra el Señor». Leed estas cartas.

Y, al decir esto, el abad entregó al subprior unas cartas que le había enviado el primado de Escocia, el cual hacía el último esfuerzo para sostener su autoridad, próxima a derrumbarse. El padre Eustaquio acercóse a la luz y las leyó muy atentamente. El sacristán y el padre Nicolás parecían tan consternados como las gallinas de un corral sobre el que revolotea un milano; y el abad, agobiado bajo el peso de sus temores, espiaba en el rostro de su consejero algún gesto que le infundiera ánimo.

Terminada la lectura, el subprior guardó silencio, entregado a profundas reflexiones.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó el abad con inquietud.

—Nuestro deber. Lo demás está en manos de Dios.

—¡Nuestro deber! ¡Nuestro deber! —repitió el abad con impaciencia—. Pero ¿cuál es nuestro deber? ¿Nuestras campanas, nuestros breviarios y nuestros cirios, podrán alejar a los herejes? ¿Qué caso hará Murray de nuestros salmos y nuestras antífonas? ¿Como Judas Macabeo, puedo acaso combatir por la abadía de Santa María contra esos nuevos Nicanor?… ¿O mandar al sacristán que me traiga la cabeza de ese nuevo Holofernes?

—Vuestra reverencia tiene razón: esgrimir nosotros las armas sería violar las reglas de nuestra Orden y los votos que hemos pronunciado; pero, como la defensa es el derecho natural, os está permitido armar a vuestros vasallos.

—¿Creéis que soy un Pedro el Ermitaño, para ponerme al frente de un ejército?

—No; pero podemos oponerles un jefe experimentado, Julián Avenel, por ejemplo.

—¡Julián Avenel!… ¡Un bandido!… ¡Un desvergonzado!… ¡Un hijo de Satanás!

—Sea lo que quiera, sus talentos pueden prestamos muy buenos servicios. Ya sé el precio que les pone. Según parece, el pretexto de la incursión de los ingleses es apoderarse de *sir* Piercie Shafton, que saben se ha refugiado en los dominios de Santa María.

—Había previsto —exclamó el abad— que esa cabeza de chorlito iba a acarrearnos la desgracia.

—Sin embargo, nos conviene obtener su ayuda, pues quizá pueda atraer en favor suyo y nuestro al conde de Northumberland, de quien dice que es pariente y amigo, porque este podía dar que hacer a Fóster. Voy a encargar a Cristián que vaya a buscarlo sin demora. Pero cuento, ante todo, con el patriotismo de los escoceses, que no verán con buenos ojos a las tropas inglesas pasar las fronteras, y en esta ocasión, muchas personas, pervertidas por las nuevas doctrinas, no dejarán de combatir a nuestro lado. Los barones vecinos se avergonzarían de dejar a los vasallos de Santa María combatir solos contra los antiguos enemigos de Escocia.

—Es posible que Fóster espere la llegada de Murray, cuya marcha se ha retrasado por su expedición del Oeste.

—No lo creo. *Sir* Juan Fóster solo piensa en el saqueo. Desea nuestros bienes, y si se reuniera a Murray, tendría que repartir con él los despojos que espera; si evita su llegada, puede aspirar a obtener toda la cosecha. Julián Avenel, que está enemistado con Fóster lo combatiría con más empeño. Sacristán, enviad a buscar al bailío y que nos traiga la lista de los vasallos que tienen obligación de prestar servicio militar. Es preciso también avisar al barón de Meigallot, que dispone, por lo menos, de sesenta caballeros, y recabar su ayuda. El monasterio aceptará todos los arreglos que desee para el pago de los derechos de peaje de su puente. Ahora, vuestra reverencia calcule las fuerzas probables del enemigo y las que podemos oponerle, y veremos…

—Mi cabeza no está en disposición de hacer esos cálculos —dijo el pobre abad —. Tengo tanto valor personal como cualquier otro; pero para organizar ejércitos sirvo tanto como la más joven de las novicias de un convento de monjas. Además, mi resolución está ya tomada —añadió levantándose—. Escuchad por última vez la voz de vuestro abad Bonifacio, que ha hecho por vosotros cuanto ha podido, aunque en tiempos más tranquilos hubiera podido hacer más. Para vivir en paz abracé la vida monástica, pero me ha proporcionado tantas fatigas y zozobras como si hubiera sido instructor de aduanas, o capitán de alguna compañía de soldados. Los asuntos van cada vez peor; soy viejo, y no me siento capaz de luchar contra los acontecimientos. No me conviene conservar un puesto cuyos deberes no puedo cumplir, y he resuelto renunciar a la mitra y al báculo. Será, pues, el padre Eustaquio, nuestro muy amado subprior, quien en lo sucesivo dará todas las órdenes que reclamen las circunstancias: ahora me alegro de que no haya obtenido el ascenso que merecía, pues espero que él será mi sucesor.

—¡En nombre de Nuestra Señora —exclamó el padre Nicolás—, no hagáis nada precipitadamente! Recuerdo que el digno abad Ingilram, al ser atacado de una

enfermedad grave (y entonces tenía noventa años, puesto que se acordaba de la destitución de Benedicto XIII), algunos de nuestros hermanos le dieron a entender que debía renunciar el cargo. Él, que era un hombre muy gracioso, contestó: «Mientras tenga en mi dedo pequeño fuerza para sostener el báculo, lo conservaré».

El padre Felipe hizo también al superior algunas observaciones respecto a aquella resolución, que atribuyó a un exceso de modestia. El abad les escuchó en silencio, pero no quedó convencido.

—Aunque he guardado silencio —dijo entonces el padre Eustaquio— acerca del talento de que vuestra reverencia ha dado pruebas en la administración de esta santa casa, no los he desconocido. Sé que nadie ha dado mayores pruebas, en las altas funciones que habéis desempeñado, de un deseo más sincero de hacer el bien. Aunque no habéis tenido esos grandes rasgos que han distinguido a algunos de vuestros predecesores, tampoco habéis revelado los defectos que se pueden encontrar en la conducta de aquellos.

—Creía —repuso el abad mirando sorprendido al subprior— que el padre Eustaquio sería el último en hacerme justicia.

—Os la haré más completa en vuestra ausencia. La buena opinión que habéis merecido no la perdéis por resignar el cargo en el momento en que vuestros cuidados son más necesarios.

—Hermano mío, estos cuidados serán confiados a unas manos mucho más hábiles que las mías.

—No digáis eso, reverendo abad. No es preciso que abdiquéis para que la comunidad disfrute de los pocos talentos y la poca experiencia que yo poseo. Las cualidades de cada uno de nosotros son propiedad de la congregación, y deben ser empleadas en su beneficio. Si no deseáis encargaros personalmente de este enojoso asunto, marchaos a Edimburgo, solicitad el apoyo de nuestros amigos en favor nuestro, y confiadme la misión de defender como subprior los dominios de Santa María. Si salgo bien de la empresa, recoged todo el honor y toda la gloria; si perezco, ¡que la vergüenza y la humillación sean para mí solo!

—No, padre Eustaquio —contestó el abad después de reflexionar un momento—, vuestra generosidad no ha de hacerme variar de resolución. En tiempos como estos, el gobierno de esta casa necesita una mano más firme que la mía; y yo me avergonzaría de recoger una gloria que no me pertenece. Empezad esta noche a ejercer vuestra autoridad. Convocad el cabildo para mañana después de misa, y pondré en práctica mi resolución. Recibid mi bendición, hermanos; que la paz de Dios, sea con vosotros, y ¡ojalá pueda el abad de mañana dormir tan tranquilo como el abad que deja de serlo hoy!

Terminado este discurso se retiraron profundamente conmovidos.

El padre Bonifacio acababa de mostrarse muy diferente de lo que había sido hasta entonces. El mismo padre Eustaquio, que había tenido a su superior por persona fácil, indulgente, aficionada a las comodidades, y cuyo mérito más notable era no tener

grandes defectos, veía con admiración el sacrificio que hacía de su autoridad al sentimiento de su deber, pues, aun suponiendo que el temor de los acontecimientos que podían ocurrir influyera algo en su resolución, se realzaba considerablemente en concepto del subprior, que experimentaba alguna repugnancia en aprovecharse de la renuncia del abad. Sin embargo, este sentimiento cedió pronto en beneficio de la Iglesia, pues no se le ocultaba que el abad Bonifacio no era de ningún modo el hombre a propósito para resolver los problemas que se avecinaban, y que él, obrando en calidad de subprior, no podía adoptar las disposiciones vigorosas y decisivas que exigían las circunstancias. El interés de la comunidad le imponía, pues, el deber de aceptar las funciones de superior, y si bien es verdad que el secreto triunfo que experimentan las almas bien templadas cuando tienen que luchar contra las dificultades y los peligros, intervino su resolución, procedía desinteresadamente por razones que él mismo no trataba de explicarse, y que nosotros no hemos de descubrir.

El abad, en expectación, adoptó una actitud más imponente que de costumbre, cuando dio aquella noche las órdenes que las circunstancias reclamaban; y los que se aproximaron a él vieron brillar sus ojos de águila, y colorearse sus mejillas, ordinariamente pálidas. Escribió, o dictó, con precisión y claridad, cartas a todos los barones de los contornos, informándoles de la invasión proyectada por los ingleses y conjurándolos a que hicieran causa común con la abadía de Santa María; hizo también algunas promesas de concesiones, e intentó despertar en todos el patriotismo, mostrándoles lo peligroso que era que el extranjero pusiera sus plantas en Escocia. En otra época, estas exhortaciones no habrían sido necesarias, porque la población en masa se hubiera levantado al solo rumor de una invasión; pero el apoyo de Isabel a los protestantes de Escocia era tan decidido, y este partido se iba haciendo tan numeroso, que era de temer que gran número de barones permanecieran neutrales, si no hacían causa común con los invasores.

Cuando el padre Eustaquio tuvo la lista de los vasallos con cuyo socorro podía contar legalmente, y vio que su número era considerable, lamentó verse obligado a alistarlos bajo la bandera de Julián Avenel.

—Si encontrara a Alberto Glendinning —pensó—, lo nombraría jefe de nuestras tropas, a pesar de su juventud y su falta de experiencia, y confiaría algo más en la ayuda de Dios. El bailío es viejo, está enfermo, y no hay más que Avenel para desempeñar este puesto.

Y golpeando la mesa con un martillo que estaba al alcance de su mano, mandó venir a Cristián de Clint-hill.

—Me debéis la vida —le dijo cuando aquel se presentó—; me deberéis más aún si sois sincero conmigo.

Cristián había vaciado ya un frasco de vino, circunstancia que en cualquiera otra ocasión hubiera aumentado su familiaridad insolente; pero el aspecto del padre Eustaquio lo contuvo. Sin embargo, sus respuestas fueron formuladas con la audacia imperturbable que lo caracterizaba, después de prometer al fraile que contestaría con

lealtad a todas sus preguntas.

—¿Existe algún lazo de amistad entre el barón de Avenel y *sir* Juan Fóster? —preguntó el subprior.

—El mismo que puede haber entre un gato montés y un perro de caza.

—¿Querrá vuestro amo encargarse de combatirle?

—Sin la menor duda.

—¿Aunque sea en defensa de la Iglesia?

—Con cualquier pretexto y hasta sin pretexto alguno.

—Entonces, voy a escribirle diciéndole que si une sus fuerzas a las nuestras para rechazar la invasión proyectada por Fóster, le confiaré el mando de nuestras tropas, y obtendrá de la abadía lo que desea. ¡Ah! ¿Me habéis dicho que os encargaríais de encontrar a *sir* Piercie Shafton?

—Es cierto; y lo traeré a vuestra reverencia de grado o por fuerza, como mejor os convenga.

—No es necesario hacer uso de la fuerza. ¿Cuánto tiempo necesitáis para encontrarlo?

—Treinta horas si no se encuentra más allá del Lothian. Si os conviene, partiré inmediatamente, y lo perseguiré lo mismo que un buen perro rastrea un gamo.

—Entonces, traedlo, y nos prestaréis un servicio que sabremos recompensar.

—Doy las gracias a vuestra reverencia y confío en su palabra. Los que no conocemos más que la lanza y la espada llevamos mala vida; pero vuestra reverencia sabe que es necesario vivir, y que no se puede vivir sin… merodear.

—¡Silencio! ¡Basta! Ocuparos de vuestro mensaje. Os daré una carta para *sir* Piercie.

Cristián dio dos pasos hacia la puerta, pero, de pronto, volviéndose como quien de buena gana se permitiría una broma impertinente si se atreviera, dijo al prior:

—Vuestra reverencia no me ha dicho aún qué debo hacer de Mysie Happer, que se ha marchado con el caballero inglés; ¿debo traerla aquí?

—¡Aquí! ¡Insolente! ¿Acaso olvidáis a quién habláis?

—No tengo intención de ofender a vuestra reverencia. Si no queréis que la traiga aquí, la conduciré al castillo de Avenel, donde toda linda muchacha es bien recibida.

—Conducid a esa desgraciada a casa de su padre, y no os permitáis bromas tan impertinentes; procurad que entre en su casa honradamente y sin correr el menor riesgo.

—Os respondo de su vida; no puedo garantizar más honra que la que le quede. Saludo a vuestra reverencia; preparad en seguida las cartas, que voy a montar a caballo.

—¡Cómo! ¿A las once de la noche? ¿Cómo sabéis dónde dirigiros para buscar a *sir* Piercie?

—He reconocido las pisadas de su caballo hasta el vado que hemos atravesado esta noche, y he visto que seguían después hacia el Norte: seguramente se dirige a

Edimburgo.

Necesito ganarle el terreno perdido. Encontraré el rastro, porque la herradura de su caballo es muy particular.

Y, dicho esto, se retiró Cristián.

—¡Necesidad penosa —pensaba el padre Eustaquio— la que nos obliga a utilizar semejantes auxiliares! Pero, asaltados por todas partes como estamos, ¿qué remedio nos queda?

Inmediatamente se puso a escribir las dos cartas que debía entregar Cristián, dedicando luego la mayor parte de la noche en pensar en los medios de sostener el sano edificio que amenazaba derrumbarse, como el comandante de una fortaleza sitiada examina los recursos de que dispone para resistir el asedio con que se le amenaza.

Entretanto, el abad Bonifacio, después de suspirar por las grandezas que iba a abdicar, se durmió tranquilamente.

CAPÍTULO XXXV

> «Fácil le fue a ese joven loco pasar el río a nado, y, después, cuando se vio en la orilla, emprendió precipitadamente la fuga».
>
> GIL MORRICE.

Alberto Glendinning, como el lector recordará, se había encaminado a Edimburgo. Su conversación con Enrique Warden por la ventana del calabozo había sido tan breve que no recordaba siquiera el nombre de la persona a quien debía entregar la carta que llevaba, y solo recordaba que debía encontrarlo avanzando hacia el Sur a la cabeza de un cuerpo de caballería. Cuando amaneció, se hallaba en la misma perplejidad, pues no había aprovechado bastante las lecciones del padre Eustaquio para poder leer las señas de la carta que le fue confiada.

Su buen sentido natural le hizo comprender que en aquellos tiempos peligrosos no debía pedir informes al primero que viera.

Cuando la noche le sorprendió cerca de una pequeña aldea, empezó a inquietarse por el resultado de su expedición.

En los pueblos pobres la hospitalidad es la primera de las virtudes, y Alberto, al demandarla por una sola noche, no cometió ninguna acción degradante ni extraordinaria. La anciana a quien se dirigió se apresuró a complacerle con tanto mayor agrado cuanto que pretendía encontrarle cierta semejanza con su hijo Saunders, muerto recientemente en una escaramuza. Saunders era pequeño, tenía los cabellos bermejos, la cara granujienta y las piernas torcidas; Alberto era alto, moreno y perfectamente formado.

Sin embargo, a aquella pobre mujer pareciole que el conjunto de las facciones era el mismo, y esta semejanza imaginaria la movió a invitarle a participar de su cena.

En la misma cabaña se había refugiado también un buhonero. Tenía cuarenta años de edad aproximadamente y se quejaba mucho de los peligros de su profesión en estos tiempos de guerra y de zozobras.

—Se habla de los soldados y los caballeros —decía—; pero el buhonero que viaja con toda su fortuna a cuestas, necesita más valor que ellos, porque corre más peligros. ¡Dios os proteja, joven! El que os habla se ha arriesgado a llegar hasta aquí porque confiaba en que el bravo conde de Murray se dirigía hacia las fronteras, pues, al pasar, debía ver al barón de Avenel; pero ahora me entero de que se ha dirigido hacia el Oeste a causa de una querella que se ha suscitado entre los barones del condado de Air. ¿Qué hago? Si me dirijo al Sur sin salvaguardia, el primer merodeador que me encuentre se apoderará de mi bagaje, y, tal vez, me mate; si atravieso los pantanos, puede también ocurrirme alguna desgracia: el cuerpo de caballería del conde de Murray.

Entonces Alberto, acordándose de que era dicho señor a quien debía entregar la carta de Warden, manifestó que él también se dirigía al Oeste. El buhonero lo miró con alguna desconfianza; pero la anciana, que continuaba creyendo que su joven huésped se parecía mucho a su hijo Saunders, que tenía afición al merodeo, aseguró al buhonero con una mirada de inteligencia que podía fiarse de su primo, porque era hombre honrado.

—¡Primo! —exclamó el buhonero—. ¡Si habéis dicho que no lo conocíais!

—Cuando no se oye bien, se acuerda uno mal. Es cierto que hasta ahora no lo había visto; pero es de mi sangre. Ved cómo se parece a mi pobre Saunders.

Estas explicaciones tuvieron la virtud de tranquilizar al buhonero, quien convino con Glendinning en que marcharían juntos al día siguiente de madrugada. El buhonero guiaría a Alberto, y Alberto escoltaría al buhonero, hasta que encontraran el cuerpo de caballería de Murray.

Indudablemente la anciana no abrigaba ninguna duda respecto al resultado de su combinación, pues, llamando aparte a Alberto al despedirse de él, le recomendó que no tratara con demasiada dureza al pobre mercader; pero que, en todo caso, no se olvidara de quitarle una pieza de tela de seda negra para hacerse ella un vestido nuevo. Alberto echose a reír y se despidió.

El buhonero palideció cuando Glendinning, al llegar a una llanura árida y desierta, le reveló el extraño encargo que le había dado la anciana; pero volvió a tranquilizarse al ver el aspecto franco, comunicativo y amistoso de su joven compañero, y se desahogó prorrumpiendo en improperios contra aquella bruja.

—Anoche mismo le regalé una vara de la tela para que se haga una toca; pero al gato no debe enseñársele el camino de la despensa.

Al fin, completamente tranquilizado, desempeñó alegremente sus funciones de guía, conduciendo a Alberto a través de pantanos y sotos, valles y montañas, al camino que debía seguir el conde de Murray.

Al llegar a una eminencia desde la que se dominaba un país salvaje cubierto de arbustos, de pequeñas montañas, y de aguas estancadas, y en el que serpenteaba un camino mal trazado, dijo el buhonero:

—Este es el camino de Edimburgo a Glasgow. Aquí podemos esperar, y, si Murray no ha pasado aún, no tardará en aparecer su caballería, a menos que haya cambiado otra vez de dirección; pues en esta dichosa época nadie, aunque esté tan cerca del trono como el conde de Murray, puede decir al acostarse por la noche, dónde reclinará al día siguiente la cabeza.

Se detuvieron entonces y tomaron asiento, adoptando el buhonero la precaución de colocarse sobre la caja de sus mercancías y dejando ver una pistola que llevaba en la cintura. Sin embargo, siguió mostrándose muy cortés, y ofreció a Alberto parte de sus provisiones de boca, que eran, por cierto, bastante frugales, pues consistían en un pan de harina de avena, un par de cebollas y un trozo de tocino ahumado.

Ningún escocés, en aquella época, aun siendo de condición más elevada que

Glendinning, habría rehusado la oferta, sobre todo cuando el buhonero, con aire misterioso, presentó un cuerno que llevaba suspendido a la espalda lleno de una bebida desconocida para el hijo de la señora Elspeth, pues los licores fuertes que se bebían en el sur de Escocia procedían de Francia, y no eran de consumo general. Cada viajero bebió un buen trago, y el buhonero, después de elogiarlo y de decir que lo había adquirido en su último viaje a las montañas de Doune, donde había traficado bajo la protección del laird de Buchanan, concluyó por vaciarlo brindando por la *caída del Anticristo*.

No habían hecho más que terminar su frugal comida, cuando vieron elevarse a lo lejos una nube de polvo, y poco después distinguieron una docena de jinetes que avanzaban a buen paso, y cuyos cascos y lanzas despedían reflejos metálicos al ser heridos por los rayos del sol.

—Deben ser los exploradores del ejército de Murray —dijo el buhonero—; ocultémonos para que no nos vean.

—¿Por qué? —preguntó Alberto—. ¿Por qué no nos acercamos a ellos?

—¡No lo quiera Dios! ¡Cómo! ¿Tan poco conocéis las costumbres de nuestra nación? Este pelotón de lanzas que forma vanguardia del ejército estará mandado por un oficial subalterno que no temerá a Dios ni a los hombres, y aunque solo se le haya dado orden de atacar a las partidas enemigas que encuentren, son unos ladrones de camino. Vuestra carta no os serviría para nada, y mi mercancía despertará su codicia. Nos quitarían hasta la ropa y nos arrojarían en alguno de estos estanques, desnudos y con una piedra al cuello. Murray no se enteraría de esto, y, aunque llegara a enterarse, no podía ya remediarlo. Creedme, cuando los hombres levantan el hierro uno contra otro en su propio país, cierran los ojos para no ver la conducta de los que les prestan su lanza.

En consecuencia, decidieron dejar pasar la vanguardia, y poco después otra nube de polvo, más espesa que la primera, anunció la llegada del ejército principal.

—Ahora, bajemos al camino —dijo el buhonero—, pues la marcha de un ejército se parece a una serpiente; la cabeza está armada de dientes y la cola tiene un fardo; solo el cuerpo puede tocarse sin peligro.

Y, diciendo esto, cogió a Alberto del brazo.

—Iré tan aprisa como queráis —repuso este último—. Pero, explicadme, ¿por qué la retaguardia de un ejército es tan temible como el cuerpo que va delante?

—Porque por lo mismo que la vanguardia se compone de hombres resueltos que no temen a Dios ni a los hombres, la retaguardia la forma toda la escoria del ejército, los mozos, los campesinos encargados del transporte de los equipajes, que roban y saquean con tanto mayor atrevimiento cuanto que saben que ya nadie les sigue y que nadie les estorba. Los primeros son verdaderos hijos de perdición, pues de sus bocas solo salen canciones impías y profanas. Viene después el cuerpo de ejército, en el que los nobles reformados entonan cánticos y salmos con los predicadores del Evangelio que los acompañan; y, por último, a la retaguardia van los lacayos, palafreneros,

acemileros, gentes que no se ocupan más que en saquear y en beber.

No tardaron en llegar al camino, donde se encontraron con el ejército de Murray. Trescientos jinetes, aproximadamente, marchaban juntos y en buen orden; no estaban uniformemente vestidos, pero la mayoría llevaban traje azul y todos una coraza. Casi todos los jefes ostentaban una armadura completa, y los demás ese traje medio militar, que por prudencia los hombres de condición en aquellos tiempos de revueltas se creían obligados a vestir siempre. Los que iban a la cabeza se acercaron a los dos viajeros y les preguntaron quiénes eran. El buhonero contó su historia y Glendinning mostró su carta, que fue entregada en el acto a Murray.

Un momento después se oyó la voz de ¡alto!, y se concedió a la tropa una hora para refrescar y para que descansaran los caballos. Se prometió al buhonero protección; pero se le ordenó que se retirara a retaguardia. Dio un apretón de manos a su compañero, y, despidiéndose de él, le expuso sus temores y recelos.

Glendinning fue conducido a una pequeña eminencia, donde había una alfombra extendida en el suelo, y los jefes, sentados en círculo, hacían una comida tan frugal, como la que Alberto acababa de hacer con el buhonero.

Murray se levantó para recibir a Glendinning, dando algunos pasos para salirle al encuentro. Aquel hombre famoso reunía en su persona, tanto en lo físico como en lo moral, muchas de las admirables cualidades de su padre Jacobo V. Sin la ilegitimidad de su nacimiento, habría ocupado el trono de Escocia con tanta gloria como cualquiera de los príncipes de la casa de los Estuardo; pero la Historia, al hacer justicia a sus talentos y a los rasgos de su carácter, dignos de un príncipe y de un rey, no olvida que la ambición le condujo más lejos de lo que el honor y la lealtad permitían.

Valiente entre los valientes, inteligente para resolver los asuntos más complicados, y con habilidad bastante para atraerse a los irresolutos y aterrar con su osadía a los que se atrevían a resistirle, llegó por mérito propio a ocupar el primer puesto en el reino. Desgraciadamente, cediendo a la tentación, abusó de las ocasiones que le ofrecieron los infortunios y las imprudencias de su hermana María, y usurpó la autoridad de su soberana y bienhechora.

Murray fue uno de esos caracteres mixtos que sacrifican los principios a la política, lo que nos obliga a condenar al estadista y a compadecer al hombre, cuya aspiración constante fue la de elevarse al trono. Contribuyó a fomentar en los consejos de Escocia la influencia extranjera y hostil de Inglaterra, y si puede considerarse su muerte como expiación de sus culpas, esta prueba que el verdadero papel de un patriota es menos peligroso que el de un jefe de facción, siempre responsable de las violencias ejecutadas por sus partidarios.

Cuando Murray se hubo acercado a Glendinning, este se intimidó visiblemente. El aspecto de dignidad del conde, su estatura imponente, y su rostro, que recordaba toda una larga serie de reyes de Escocia, no podrían por menos de infundir respeto al joven aldeano. El traje del conde era poco más o menos lo mismo que el de los

barones y otros nobles; llevaba jubón de búfalo galoneado de plata a modo de armadura; gruesa cadena de oro, guarnecida de un medallón, suspendida al cuello; birrete de terciopelo negro adornado con una hilera de finas perlas del más puro Oriente, y hermosa pluma; larga espada colgada al cinto, y espuelas doradas en sus botas.

—Esta carta es del digno predicador del Evangelio, Enrique Warden. Parece ser que se encuentra en peligro, y me dice que me daréis verbalmente más detalles de su situación. ¿Dónde está ahora, y qué es lo que teme? —preguntó Murray.

Alberto, algo turbado, le relató las circunstancias que había motivado el encarcelamiento de Warden; pero, al mencionar la lección moral dirigida a Julián Avenel, con motivo de sus relaciones con Catalina Newport, se sobrecogió al advertir que el conde daba muestras de descontento. Comprendiendo que había dicho algo que disgustaba a su interlocutor, se detuvo de pronto contra todas las reglas de la prudencia y de la política.

—¿Está loco este joven? —exclamó el conde arrugando el entrecejo—. ¿No habéis aprendido todavía a decir la verdad sin balbuceos?

—Es que no me he encontrado jamás en presencia de un hombre de vuestro linaje —contestó Alberto hábilmente.

—Este joven parece muy modesto —dijo Murray a lord Douglas, conde Morton, que se encontraba a su lado—; apuesto a que en una buena causa no temería a amigos ni a enemigos. Continuad, amigo mío, y hablad con libertad.

Entonces Glendinning refirió detalladamente la querella del predicador con Julián; y Murray, aunque mordiéndose los labios, afectó prestarle hosca atención. El conde, al principio, hasta parecía tomar el partido del barón.

—El celo de Enrique Warden es demasiado ardiente —comentó—, pues ni la ley de Dios ni la de los hombres reprueban ciertas uniones aunque no son estrictamente legítimas en la forma, pero cuyos hijos tienen derecho a la sucesión.

—Es innegable —exclamaron los barones que le rodeaban, excepto dos o tres que guardaron silencio bajando los ojos.

—Seguid —ordenó Murray a Glendinning—, y no omitáis ninguna particularidad.

Cuando Alberto relató la crueldad con que Avenel había tratado a la infortunada Catalina, el conde rechinó los dientes, y su mano, por un movimiento involuntario, se encontró sobre la empuñadura de la espada. Sin embargo, devoró su cólera en silencio: pero se desahogó cuando supo cómo Julián había arrojado a Warden en un calabozo.

—Nobles escoceses, juzgadnos a Julián Avenel y a mí —exclamó—. Ha faltado a su palabra, y no ha respetado mi salvoconducto. Y vos, ministro del Evangelio, ¿qué decís de un hombre que ha puesto su mano sobre un predicador de la palabra divina?

—¡Que muera como los traidores —respondieron los barones—, y que su lengua sea atravesada con un hierro candente por haber violado su juramento!

—¡Que sea tratado como los sacerdotes de Baal —exclamaron los predicadores —, y que sus cenizas sean arrojadas al viento!

Una sonrisa, que parecía indicar que Murray disfrutaba de antemano del placer de la venganza, animó su rostro; pero es probable que su cólera tuviera por causa principal la brutalidad con que Avenel había tratado a una mujer que se encontraba poco más o menos en la misma situación por que había pasado su madre. Murray continuó conversando bondadosamente con Alberto cuando este hubo concluido su narración.

—Este joven —dijo el conde a Douglas— parece noble y animoso. Está hecho de la madera a propósito para vivir en estos tiempos. Deseo conocerle mejor.

Y el conde dirigió a Glendinning algunas preguntas respecto a las fuerzas del castillo de Avenel, el número de hombres que Julián podía poner sobre las armas, y quién era su presunto heredero. Esta última pregunta obligó a Alberto a pronunciar el nombre de María Avenel; pero su emoción, que no pudo dominar, no se escapó a la penetración de Murray, el cual exclamó:

—¡Ah, Julián Avenel, provocáis mi cólera, cuando debierais temer mi justicia! He conocido a Gualterio Avenel, bravo guerrero y verdadero escocés. Mi hermana, la reina, hará justicia a su hija; y, cuando esta esté en posesión de sus bienes, será una proporción ventajosa para quien merezca mi favor mejor que el traidor Julián Avenel. Joven, ¿sois descendiente de noble? —le preguntó, mirándole con fijeza.

Alberto, con voz insegura, relató las pretensiones que había tenido su padre de proceder de la noble y antigua familia de los Glendonwynes de Galloway, pero Murray le interrumpió sonriendo:

—No importa, no importa; los bardos y los heraldos son quienes deben determinar las genealogías. La luz gloriosa de la Reforma ha brillado para el campesino como para el príncipe, y ambos pueden ennoblecerse defendiéndola. Nos encontramos en momentos de crisis, y los que posean valor en el corazón y vigor en el brazo, pueden aspirar a todo. Decidme francamente por qué habéis abandonado la casa de vuestro padre.

Glendinning confesó que se había batido en duelo con *sir* Piercie Shafton y cómo había terminado.

—¡Por mi alma —exclamó el conde—, sois un milano muy osado cuando os atrevéis, a vuestra edad, a mediros con un halcón como *sir* Piercie Shafton! La reina Isabel daría su guante lleno de coronas de oro por tener la seguridad de que ese fatuo intrigante se encuentra a tres pies bajo tierra. ¿No es verdad, Douglas?

—Ciertamente —contestó Morton—, y consideraría más precioso el obsequio de su guante que el de las coronas de oro.

—Pero ¿qué hacemos de este joven homicida? ¿Qué dirán nuestros predicadores?

—Les recordaréis a Moisés y a Gedeón, puesto que se trata de la muerte de un egipcio, de un filisteo.

—Eso es, eso es; tomo a este joven bajo mi protección. Acercaos, Glendinning,

puesto que así os llamáis. Os alisto entre mis escuderos. El jefe de mi caballería os armará y equipará.

Durante la expedición, Murray puso varias veces a prueba el valor y la presencia de ánimo del nuevo recluta, quien hizo progresos tan rápidos en su estimación, que los que conocían al conde consideraron asegurada la fortuna de Glendinning. A este no le faltaba ya más que dar un paso para obtener en su más alto grado la confianza y los favores de su protector, que era abrazar el protestantismo, y los predicadores que acompañaban a Murray emprendieron esta conversión sin gran trabajo, pues Alberto no había tenido nunca fe ciega en los dogmas de la Iglesia católica, que apenas conocía.

Glendinning, pues, fue el favorito del conde, quien lo tuvo constantemente a su lado durante su larga expedición al Oeste.

CAPÍTULO XXXVI

«Cuando resuena el grito de guerra, el terror camina a la vanguardia del ejército, a quien sigue la muerte».

Penrose.

Una mañana de otoño entró apresuradamente el conde de Morton en la antecámara de Murray, donde se encontraba Glendinning.

—Avisad a vuestro señor que deseo verle —dijo Douglas—. Tengo que comunicarle importantes noticias, y a vos también, Alberto.

—Entrad, entrad pronto —exclamó Murray, que, oyéndole, había abierto él mismo la puerta de su cámara, para hacerle pasar juntamente con Glendinning—. ¿Qué noticias traéis?

—Muy importantes. Me las ha comunicado un amigo fiel que llega de las fronteras y que ha visitado el monasterio de Santa María de Kennaquhair.

—¿De qué naturaleza son esas noticias? ¿Se puede tener confianza en el que las ha traído?

—Confianza absoluta. ¡Ojalá pudiera decir otro tanto de cuantos rodean a vuestra señoría!

—¿Qué queréis decir, conde?

—Que el egipcio, el filisteo de nuestro Moisés, de nuestro Gedeón, se encuentra en este momento en el monasterio de Santa María, más alegre y brillante que nunca.

—Explicaos más claramente.

—Sabed, pues, que vuestro nuevo escudero os ha contado un cuento fantástico, pues Piercie Shafton está vivo y sano en la abadía donde se cree que permanece por haberse enamorado de la hija del molinero, que ha recorrido el país en su compañía, disfrazada de paje.

—Glendinning —dijo Murray severamente—. ¿Os habéis valido de una falsedad para obtener mi confianza?

—Soy incapaz de cometer semejante bajeza —contestó el joven con orgullo—. Aunque se tratara de mi vida, no la salvaría a expensas de la verdad. Repito que lo atravesé con esta espada, con la espada de mi padre; la punta le salió por la espalda y los gavilanes tocaron su pecho. Quien se atreva a acusarme de impostor, sufrirá la misma suerte.

—¡Cómo! —exclamó Morton—. ¿Os atrevéis a desafiarme?

—Silencio, Alberto —ordenó Murray—, y vos, Morton, perdonadle. Veo la verdad reflejada en su rostro.

—Deseo que la vea también en su corazón. Tened cuidado, conde; la excesiva confianza puede costaros cara.

—Vos perderéis a vuestros amigos, Douglas, por sospechar tan fácilmente. Pero

hablemos de otra cosa. ¿Es eso todo lo que tenéis que comunicarme?

—No por cierto. *Sir* Juan Fóster entrará pronto en Escocia para devastar los dominios de la abadía de Santa María.

—¡Cómo! ¡Sin esperarme, sin mi permiso! ¿Se atreve a declararse enemigo de la reina?

Tiene órdenes expresas de Isabel, y ya sabéis que no se le puede desobedecer. Varias circunstancias han retrasado hasta ahora esta expedición; pero se esparció la noticia, y la alarma ha llegado a Kennaquhair. El abad Bonifacio ha dimitido el cargo; y, ¿a quién creéis que han nombrado en su lugar?

—¡A nadie, supongo, antes de obtener la autorización de la reina y la mía!

—Os equivocáis. Han nombrado abad al discípulo del cardenal Beatoun, amigo íntimo de nuestro primado de San Andrés, y campeón decidido de la Iglesia romana; a Eustaquio, subprior de Santa María, que cual un segundo papa Julio, organiza ejércitos, pasa revista, y se dispone a combatir contra Fóster.

—Es preciso impedir ese encuentro; cualquiera que sea el vencedor, las consecuencias serían fatales para nosotros. ¿Quién manda las tropas de la abadía?

—Nuestro antiguo y fiel aliado, Julián Avenel.

—Glendinning —exclamó Murray—, mandad tocar botasilla inmediatamente, y que estén todos dispuestos para emprender la marcha dentro de media hora. La situación es embarazosa, conde. Si tomamos la defensa de nuestros amigos de Inglaterra, el país prorrumpirá en un grito de indignación contra nosotros y nos perseguirán las viejas con sus ruecas y sus bolillos. No podemos cargar nuestra conciencia con semejante infamia, pues hasta mi hermana me retiraría la confianza que tanto trabajo me cuesta conservar. Si nos declaramos contra Fóster, Isabel nos acusará de proteger a sus enemigos y perderemos su protección.

—Esa es la mejor carta de nuestra baraja; pero confieso que me ha de costar trabajo contenerme cuando vea el hierro inglés enrojecido con la sangre escocesa. Marchando a pequeñas jornadas, para que no se cansen nuestros caballos, llegaríamos cuando todo estuviera concluido y nadie tendría derecho a imputarnos la infamia de lo ocurrido en nuestra ausencia. ¿Qué os parece?

—Nos vituperarían y perderíamos la confianza de ambos partidos. Por lo contrarío, es preferible forzar la marcha y llegar a tiempo de impedir que lleguen a las manos los bandos. ¡Ojalá el caballo que trajo a Piercie Shafton a Escocia se hubiera roto la cabeza contra la más alta montaña del Northumberland!

¿Será posible que semejante títere sea causa de todo este tumulto?

—De haberme avisado a tiempo, habríamos vigilado la frontera, y no hubieran faltado merodeadores que lo quitaran del medio… Pero está tocando botasilla, oigo vuestras trompetas, y si queréis llegar a Kennaquhair antes que Fóster, es preciso darse prisa.

Seguidos de unos trescientos hombres de armas bien montados, Morton y Murray atravesaron el condado de Dumfries y penetraron en el de Teviotdale; pero cuando les

faltaban diez o doce millas para llegar al término de su expedición, no contaban más que con doscientos soldados de caballería, pues en su marcha forzada había disminuido considerablemente el número de caballos, y los que quedaban estaban tan cansados que era imposible hacerlos combatir.

En el camino habían adquirido informes acerca de la marcha de los ingleses y de la resistencia que el abad podía oponerles; pero, cuando llegaron a seis o siete millas de Kennaquhair, un gentilhombre del país, a quien Murray había ordenado que se le presentara y de quien podía fiarse, llegó cubierto de sudor y de polvo acompañado de tres criados.

El gentilhombre manifestó a Murray que *sir* Juan Fóster, después de haber retardado la invasión con que amenazaba, irritado por haber sabido que *sir* Piercie Shafton se encontraba en la abadía de Santa María, sin tomarse la molestia de ocultarse, se había decidido, de pronto, a cumplir las órdenes de Isabel, de apoderarse a todo trance del caballero. El abad había conseguido reunir un número de soldados, casi igual al de su adversario, aunque mucho menos aguerridos, cuyo mando se había confiado a Julián Avenel. Se presumía que la batalla se daría cerca de un arroyo que servía de límite, por el Sur, a los dominios de Santa María.

—¿Quién conoce ese sitio? —preguntó Murray.

—Yo, señor —contestó Glendinning.

—Perfectamente. Tomad veinte hombres de los mejor montados, corred a galope tendido, y anunciad que avanzo a la cabeza de fuerzas considerables y que destrozaré a cualquiera de los bandos que dé comienzo al ataque. Davidson —dijo después al gentilhombre que le había comunicado estas noticias—, me serviréis de guía. Id, Glendinning, y sed diligente: decid a Fóster que, en bien del servicio de su soberana, deje a mi cuidado arreglar este asunto; al abad, que daré fuego al monasterio si da la batalla antes de que yo llegue, y notificad a Julián Avenel que si se atreve a desobedecerme clavaré su cabeza en la flecha del campanario de Santa María.

—Cumpliré vuestras órdenes señor —contestó Glendinning, quien, escogiendo veinte hombres de los mejor montados, se alejó con ellos con toda la ligereza que les permitía su cansancio.

Apenas habían recorrido la mitad del camino, el destacamento de Glendinning encontró tres hombres a caballo, cuyo aspecto bastó para hacerle comprender que la batalla había principiado ya. Eran tres hermanos, vasallos de la abadía, a quienes Alberto conocía. El mayor, herido por una flecha, marchaba sostenido por los otros dos. Glendinning los llamó, y les pidió noticias de lo que pasaba; pero en aquel momento el herido cayó del caballo como si estuviera próximo a exhalar el último suspiro, y sus dos hermanos no pensaron más que en prodigarle sus cuidados sin hacer caso a las preguntas que se les dirigía.

Alberto continuó avanzando con su pequeño destacamento, y vio llegar un crecido número de soldados dispersos que llevaban la cruz de San Andrés en los birretes, y parecían huir del campo de batalla; pero los fugitivos, al divisar el

destacamento, escapaban por la derecha o por la izquierda, y Alberto no pudo hablar con ninguno de ellos; pero reconoció a muchos y no dudó que la batalla se había librado y que los vasallos de Santa María habían sido vencidos.

Inquieto por la suerte de su hermano, pues no dudaba que hubiese tomado parte en la acción, puso su caballo al galope y avanzó con tal rapidez que solo pudieron seguirle cuatro o cinco soldados. Al llegar a un pequeña eminencia que dominaba la llanura donde se había librado el combate, ofrecíase a su vista un triste espectáculo.

La victoria había sido vigorosamente disputada, como ocurría en todas las escaramuzas de las fronteras, en las que injurias mutuas animaban a los combatientes. El rostro de los que habían perecido con las armas en la mano conservaba la expresión del odio y del encarnizamiento; las manos heladas por la muerte conservaban aún la espada partida o la flecha con que habían sido heridos y que inútilmente habían intentado arrancar. Algunos heridos, perdiendo el valor de que habían dado pruebas durante la acción, pedían auxilio con voces lastimeras, mientras otros, no esperando ya socorro de los hombres, encomendaban su alma a Dios.

Alberto recorrió toda la llanura, buscando entre los muertos y heridos a su hermano, sin que los ingleses le interrumpieran en esta piadosa tarea.

Una nube de polvo, que se divisaba a lo lejos, revelaba que los fugitivos eran perseguidos; y, comprendiendo él que, si se acercaba en los momentos de exaltación que siguen a la victoria, comprometería sin utilidad su vida y la de los hombres que le acompañaban, resolvió esperar la llegada de Murray.

El sonido de las cometas inglesas que tocaban a retirada le confirmó en esta resolución.

Alberto, pues, reunió a sus hombres y se posesionó de una altura que los escoceses habían ocupado al principio de la batalla, y que parecía haber sido disputada vigorosamente, pues estaba cubierta de muertos de los dos partidos.

De pronto oyó una voz de mujer que exhalaba débiles gemidos. Esta circunstancia le sorprendió, pues los enemigos se encontraban todavía demasiado cerca para permitir a los parientes de las víctimas venir a buscar sus restos para darles sepultura.

Dirigiendo la vista hacia el lugar de donde partían los gemidos, distinguió a poca distancia a una mujer inclinada sobre el cuerpo de un caballero cuya armadura y equipo revelaban su condición elevada y su distinguido origen. La mujer estaba envuelta en una manta de soldado, y sobre su seno oprimía el cuerpo de un niño. Los ingleses no llegaban; pero se oían el sonido de sus cornetas y las voces de los jefes que llamaban a los soldados; era, pues, muy probable que no volvieran pronto al campo de batalla.

Animado del deseo de auxiliar a aquella infortunada, Alberto se apeó, confió su caballo a uno de sus compañeros, acercándose a la mujer le preguntó si podía prestarle algún socorro.

Al principio su ofrecimiento no obtuvo respuesta; pero, esforzándose por desatar con mano temblorosa el casco del caballero, exclamó con voz lastimera:

—¡Oh! ¡Quizá si pudiera darle un poco de aire volvería en sí! ¡Fortuna, vida, honor, todo lo sacrificaría por librarle de este casco que le ahoga!

Por la perfecta inmovilidad y la falta de respiración del caballero, Glendinning no dudó que había exhalado ya el último suspiro; pero desató el casco y con la mayor sorpresa reconoció a Julián Avenel.

—¡Ay! ¡Ha muerto! —dijo a la mujer, en la que reconoció Glendinning a la infortunada Catalina de Newport.

—¡Oh! No —protestó la joven—, no digáis eso: no, no está muerto; no está más que desmayado. Yo también he sufrido largos desmayos; pero, cuando él me hablaba cariñosamente: «¡Catalina, abrid los ojos, amor mío!», volvía en mí. Ahora yo soy quien le ruega: «¡Julián, abrid los ojos por mi amor!». Ya sé que queréis asustarme —agregó casi convulsa—, pero no me asusto. —Después, volviendo a adoptar un tono suplicante, añadió—: ¡Julián, habladme aunque no sea más que para maldecirme! ¡Cuán encantado se quedaría mi oído si os oyera en ese momento la palabra más dura que me hayáis dirigido nunca!… ¡Levantadle! ¡Levantadle, pues!… ¿Acaso sois insensible a la piedad? Me ha prometido casarse conmigo si le daba un hijo, y este hijo tiene todo su rostro. ¡Pero cómo podrá cumplir su promesa si no me ayudáis a levantarle!… ¡Cristián! ¡Rowley! ¡Hutcheon! ¿Dónde estáis? ¡No lo abandonabais en la fortuna, y lo abandonáis en la desgracia!

—¡No, yo no, por el Cielo! —exclamó un moribundo tendido a dos pasos, y que hacía grandes esfuerzos por incorporarse—. Cristián de Clint-hill no ha retrocedido una sola pulgada. Pero no puede uno batirse más que cuando está vivo, y mi vida se va ya a escape… ¡Eh!, —continuó diciendo al reconocer a Alberto a pesar de su traje militar—. ¿Habéis tomado el casco por fin? Es un birrete más a propósito para vivir que para morir. Quisiera que estuviera vuestro hermano en vuestro lugar, pues de él sacarán algo bueno; pero vos, si no lo sois todavía, seréis bien pronto un bribón como yo.

—¡No lo quiera Dios! —exclamó Glendinning a pesar suyo.

—¡Amén! Bastante compañía tendré sin vos en el lugar a donde voy. Pero… ¡loado sea Dios!… no he contribuido en nada a la ruina… de esa desgraciada.

Y cayó desplomado después de dirigir una mirada a Catalina. Ya no volvió a pronunciar más que palabras entrecortadas, y al poco tiempo exhaló el último suspiro.

Penosamente impresionado por estos tristes acontecimientos, Glendinning olvidó un momento su situación y los deberes que esta le imponía. El ruido de los pasos de muchos caballos y el grito de: «¡San Jorge e Inglaterra!» que resonó cerca de él, le volvieron a la realidad.

Los hombres que no pudieron seguirle habíanse quedado a algunas millas esperando a Murray, y los que le habían acompañado permanecieron a caballo, lanza en ristre, por no haber recibido orden de resistir ni de entregarse.

—Aquí está nuestro capitán —dijo uno de ellos a un oficial inglés que mandaba un destacamento bastante superior en número y que intimaba la orden de entregarse

—: dirigios a él.

—¿Vuestro capitán? —exclamó el inglés—. ¡A pie y con la espada envainada delante del enemigo! ¡Será algún recluta! ¡Eh, joven, dejaos de soñar!… ¿Deseáis huir o batiros?

—Ni una cosa ni otra —contestó tranquilamente Glendinning.

—Entregad, entonces, las armas.

—Eso tampoco.

—¿Bajo qué bandera servís?

—Bajo la del noble conde Murray.

—En ese caso servís al señor más desleal que se conoce. Es tan traidor a Escocia como a Inglaterra.

—¡Mentís! —protestó enérgicamente Glendinning sin preocuparse de las consecuencias de su atrevimiento.

—¡Ah! ¡Miento! ¿Os atrevéis a sostenerlo con las armas en la mano?

—Uno contra uno, uno contra dos, dos contra cinco; solo deseo que el combate sea leal.

—Retroceded, camaradas; y, si soy vencido, dejadle que se aleje con sus compañeros.

—El capitán no morirá en su cama —dijo el sargento a sus compañeros—, si se bate con el primero que llega, sin razón, y sobre todo, con muchachos que podrían ser sus hijos.

Sir Juan Fóster, al frente de un cuerpo de caballería bastante numeroso, llegó precisamente en el instante en que Glendinning, después de desarmar al capitán inglés, acababa de recobrar la espada de su enemigo y se la presentaba.

—¡Cogedla, Stawarth Bolton!… ¡Cogedla, bravo anciano!, —mandó—. Y vos, joven, ¿quién sois?

—Soy escudero del conde de Murray, encargado de un mensaje para vos. Pero él mismo os explicará… pues ya llega su vanguardia.

—Formad las filas —ordenó *sir* Juan Fóster a sus soldados—; los que han roto sus lanzas pueden sacar sus espadas. No esperábamos un segundo combate; pero, si la nube que aparece sobre esa colina nos trae una tempestad portaos como quienes sois. Stawarth, hemos cogido el gamo que cazábamos. Aquí está Piercie Shafton, bien agarrotado entre dos soldados.

—¡Cómo! —exclamó Borton—. ¿Este niño? Este es tan Piercie Shafton como yo. Es su traje, es verdad, pero Piercie tiene diez años más que este mocoso. Lo conozco desde su niñez. ¿No lo habéis visto nunca en la corte o en algún torneo?

—¡Vayan al diablo la corte y los torneos! —exclamó Fóster—. ¿Cuándo me he ocupado yo en esas tontería? ¿No soy ahora una especie de ejecutor de la justicia de la reina, dando caza hoy a unos malvados y mañana a los traidores, siempre con el pie en el estribo? Si efectivamente he equivocado la persona de un hombre a quien no he visto nunca, en las primeras cartas que reciba del consejo me llamarán torpe. ¡Estoy

cansado de semejante servicio!

Un corneta, enviado por el conde de Murray, interrumpió las lamentaciones de Fóster, a quien informó de que su señor deseaba celebrar con él una entrevista en la mitad del camino, entre los dos cuerpos de ejército, debiendo dirigirse ambos al lugar del encuentro con un séquito de solo diez hombres.

—Y ahora —dijo Fóster a Bolton— se presenta otra plaga. Es preciso hablar a ese escocés, el más falso de los hombres y el que mejor sabe engañar con buenas palabras. No tengo medios de resistir semejante lucha, pues nuestros soldados están extenuados de fatiga. Trompeta, decid a vuestro amo que asistiré a la entrevista. Y vos, escudero —agregó dirigiéndose a Glendinning—, seguid al cometa con vuestros hombres y retiraos. Stawarth Bolton, ordenad vuestra tropa en línea de batalla, y estad dispuesto para acudir a la primera señal. Señor escudero, ¿me habéis oído? Marchaos en seguida.

A pesar de la orden terminante, Alberto se detuvo un momento al lado de la infortunada Catalina, que, tendida al lado del cuerpo de Julián, acababa de morir también por un exceso de dolor.

Glendinning cogió al niño en medio de la rechifla general de los soldados ingleses.

—¡Llevad mejor a la criatura! —le gritó uno.

—Qué, ¿le vais a dar papilla? —preguntó otro.

—¡Silencio, brutos! —gritó Bolton—. Si no tenéis humanidad, respetadla en los demás. Perdono a este bravo joven el hecho de haberme desarmado, solo por verlo salvar a esa pobre criatura que habríais pisoteado como si hubiera sido un lobezno.

Entretanto Fóster y Murray se habían encaminado al sitio convenido para celebrar una conferencia.

Murray dirigió la palabra al inglés en estos términos:

—¿Cómo justificáis vuestra conducta, *sir* Juan Fóster, y por quién tomáis al conde de Murray y al conde de Morton? ¿Creéis, acaso, que podemos permitiros que entréis en Escocia con las banderas desplegadas, derraméis la sangre de nuestros conciudadanos y hagáis prisioneros, después de las pruebas de abnegación que hemos dado a vuestra soberana, salvada la fidelidad que debemos a la nuestra?

—Conde de Murray —contestó Fóster—, todos hacen justicia a vuestro valor y a vuestra elocuencia; pero hace algunas semanas que habíais prometido prender a Piercie Shafton de Wiverton, y no habéis cumplido vuestra palabra, alegando cada vez un pretexto. Enterado de que se mostraba públicamente y en pleno día a diez millas de nuestras fronteras, mi deber me ha movido a recurrir a la fuerza para apoderarme de la persona de ese rebelde.

—¿Piercie Shafton se encuentra, pues, en vuestras manos? Sabed, sin embargo, que no puedo permitir que os lo llevéis, porque sería una vergüenza grande para mí.

—¡Cómo, señor! Debiendo tantos favores a la reina de Inglaterra, ¿tomáis la defensa de uno de sus súbditos rebeldes?

—No; pero combatiré hasta morir en defensa de los derechos y la libertad de Escocia.

—Como os plazca, conde; el filo de mi espada no se ha embotado a pesar de la tarea que le he impuesto esta mañana.

—*Sir* Fóster —objetó uno de los señores de su séquito—, no tenemos motivo alguno para desenvainar la espada contra esos nobles lores escoceses. Opino como Bolton, y creo que nuestro prisionero es tan Piercie Shafton como yo el duque de Northumberland. Nada, por consiguiente, justifica la ruptura de la paz entre los dos países por un prisionero sin importancia.

—Debe ser él —replicó Fóster—, según las señas que me han dado. Que lo traigan aquí, y le interrogaremos en presencia del conde de Murray.

Cuando el prisionero fue presentado a *sir* Fóster, viose claramente que era un mujer disfrazada con el traje de *sir* Piercie, y todos los circundantes prorrumpieron en una ruidosa carcajada.

—Que le quiten esos vestidos —ordenó Fóster—, y que la lleven con los palafreneros. Sin duda está acostumbrada a semejante compañía.

Murray no pudo por menos de reírse del desengaño de *sir* Fóster; pero resolvió no consentir que se maltratara a la linda molinera, que por segunda vez había salvado la vida a Piercie con peligro de la suya, poniéndose su traje durante la derrota.

—Habéis hecho más daño del que podéis reparar —dijo al caballero inglés—, y me deshonraría permitiéndoos tocar un solo cabello de esta muchacha.

—Señor —interrumpió Morton—, si me permitís hablar particularmente un momento con *sir* Juan, espero convencerle de que lo mejor que puede hacer es volverse a Inglaterra y someter los hechos de hoy al juicio de los comisarios encargados del conocimiento de los delitos que se cometen en las fronteras.

Y, llevándose a Fóster aparte, le dijo:

—*Sir* Juan, me sorprende que un hombre que conoce tan bien como vos a la reina Isabel, no comprenda que el medio mejor de obtener sus favores es prestarle servicios verdaderos, y no proporcionarle inútiles querellas con sus vecinos. Os hablaré más francamente aún, caballero, y reconoceréis la veracidad de mis palabras. Aunque el resultado de esta incursión hubiera sido la prisión de *sir* Piercie Shafton, que probablemente hubiera originado un rompimiento entre ambas coronas, vuestra reina y consejo, habrían desaprobado a *sir* Juan Fóster, antes que declarar la guerra para sostenerle. ¡Juzgad, pues, la gratitud que obtendríais si, después de haber fracasado en el propósito principal de vuestra empresa, llevarais las cosas más adelante! Contentaos, pues, con la seguridad que os doy de obtener del conde de Murray hacer salir a *sir* Piercie Shafton de Escocia. ¿Qué ganaréis sosteniendo un nuevo combate? Nuestras tropas son más numerosas, las vuestras están cansadas, y el resultado no puede ser dudoso.

Sir Juan Fóster le escuchaba con la cabeza inclinada:

—Sí —repuso—, lo reconozco, es una empresa inútil que no me valdrá

felicitaciones. Y volviéndose hacia Murray, le anunció que por deferencia a él y al conde de Morton iba a retirarse con sus tropas.

—Oídme una palabra —se apresuró a decir Murray—. No puedo permitir que os retiréis sin dejarme un prisionero que me garantice una indemnización proporcionada al perjuicio que ha ocasionado a Escocia esta injustificada invasión vuestra. Si os permito marchar, me hago responsable ante mi soberana, que me pedirá cuenta de la sangre de sus súbditos que ha derramado vuestra ligereza.

—Conde, jamás se dirá en Inglaterra que Juan Fóster ha dejado rehenes en un campo de batalla en que ha sido vencedor. Sin embargo —añadió después de reflexionar un momento—, si Stawarth Bolton quiere de buen grado continuar aquí con vosotros, no me opondré; hasta sería muy conveniente para que se asegurara de que alejan de aquí a *sir* Piercie Shafton.

—Lo recibiré en calidad de rehenes y no de otro modo.

Fóster volvióse como para dar órdenes a los que le acompañaban, fingiendo no haber oído esta observación.

—Es un fiel servidor de su bella soberana —dijo Murray a Morton al ver que se alejaba *sir* Fóster—. Probablemente le costará la cabeza haber obedecido sus órdenes, y la habría perdido seguramente si no las hubiera ejecutado.

—También nosotros tenemos una mujer al frente de la nación —contestó Morton.

—Es verdad, Douglas —repuso el conde exhalando un suspiro—; pero falta saber cuánto tiempo aún conservará las riendas del poder en este país destrozado por tantas divisiones. Ahora, vamos a Santa María, y veamos qué sucede en aquel monasterio… Glendinning, guardad a esa mujer, y protegedla.

¿Qué diablo lleváis debajo de vuestra capa? ¿Un niño? ¿Dónde lo habéis encontrado?

Alberto viose obligado entonces a referir las circunstancias que le habían impulsado a proteger al pequeñuelo. El conde se dirigió al lugar en que se encontraba el cuerpo de Julián, cerca del de la infortunada Catalina, que lo rodeaba con un brazo, como el roble, desarraigado por la tempestad, arrastra en su caída la hiedra a que sirve de apoyo.

—Morton —dijo Murray, extraordinariamente conmovido—, ¡es inmensa la responsabilidad de los que del tal modo abusan de la ternura!

Douglas, desgraciado en su matrimonio, y poco ordenado en sus costumbres, contestó:

—Dirigid esa pregunta a Enrique Warden, señor; yo soy mal consejero en cuanto se relaciona con las mujeres.

—¡A Santa María! —ordenó Murray—. Glendinning dad la orden de marcha. Entregad el niño a esta mujer, y que le cuide. Que se respete a los muertos, y que se mande a los campesinos que les den sepultura… ¡Adelante!

CAPÍTULO XXXVII

«Ya se ha firmado la paz, pensemos en el matrimonio».

(El Rey Juan).

Los fugitivos habían llevado al pueblo la noticia de la pérdida de la batalla, que produjo la consternación consiguiente en el monasterio.

El padre Felipe y otros frailes opinaban que el partido más prudente era emprender la fuga, y el tesorero propuso ofrecer los vasos de plata de la iglesia al oficial inglés para que se retirara. Solo el padre Eustaquio conservaba su valor y sangre fría.

—Hermanos míos —les decía—, si Dios no ha permitido que nuestros guerreros salgan triunfantes del combate, ha sido porque desea que nosotros, sus soldados espirituales, suframos la palma del martirio, combate en el que seguramente obtendremos la victoria. Revistámonos con la armadura de la fe y preparémonos, si es necesario, a morir sobre las ruinas de este monasterio, a cuyo servicio nos hemos consagrado. Todos podemos recibir el mismo honor, en estas memorables circunstancias; todos, desde nuestro hermano Nicolás, cuyos cabellos grises parecen conservarse para llevar la corona de martirio, hasta mi amado hijo Eduardo, a pesar de haber llegado a última hora. Armaos de valor, hijos míos. No me atrevo a haceros la promesa, como mis santos predecesores, de que Dios realice un milagro para salvarnos, pues somos indignos de esa gracia especial que en los primeros tiempos llenaba de estupor a los herejes; pero, con la ayuda de Dios, veréis cómo vuestro abad llevará dignamente la mitra que habéis colocado sobre su cabeza. Retiraos a vuestras celdas, hijos míos, y orad con fervor; poneos vuestras albas y vuestras capas como en las ceremonias más solemnes, y estad dispuestos para salir procesionalmente al encuentro del enemigo, cuando el tañido de la campana anuncie su proximidad. Abrid la iglesia para que sirva de refugio a aquellos vasallos nuestros que por haberse distinguido en el combate de hoy, o por cualquiera otra causa, teman el furor del enemigo, y si *sir* Piercie Shafton ha tenido la suerte de salir ileso de la carnicería, decidle…

—Aquí estoy, venerable abad, y si me lo permitís, voy a reunir cuantos soldados encuentre y os defenderemos hasta morir. Todos os dirán que he cumplido mi deber, y si Julián Avenel hubiera seguido mis consejos y modificado su plan de batalla, las cosas habrían tomado otro sesgo muy diferente, y la batalla no hubiera sido tan desastrosa para nosotros. No es que pretenda deshonrar con el impuro soplo de mis labios a una de las glorias más puras de la caballería, pues le he visto caer combatiendo, sin volver la cara al enemigo, lo que me ha hecho olvidar los epítetos algo libres que se permitía dirigirme cuando le daba consejos. ¡Ah! Sin esa muerte gloriosa, hubiera tenido que ventilar conmigo ese asunto.

—Sir Piercie, el tiempo es precioso y no podemos examinar ahora lo que hubiera podido ocurrir. Ocupémonos…

—Tenéis razón, venerable padre —continuó diciendo el incorregible charlatán—; lo pasado interesa menos a la humanidad que lo futuro, y como vuestra reverencia iba a decir, debemos ante todo preocupamos de lo presente. Estoy dispuesto a marchar a la cabeza de cuantos quieran seguirme, y a probar, luchando contra los ingleses, el corte de mi espada, aunque sean mis compatriotas.

—Os doy las gracias, caballero, y no pongo en duda vuestro valor, pero nuestro deber es sufrir y no resistir. No podemos permitir que la sangre de nuestros vasallos corra inútilmente. Les he ordenado que abandonen sus lanzas y sus espadas; y, puesto que Dios no ha bendecido nuestros esfuerzos, sometámonos a sus designios.

—Reverendo padre —replicó vivamente el caballero—, antes de renunciar a la defensa, recordad que hay cerca de la entrada del pueblo algunas posiciones en que podríamos cubrirnos de gloria. Si para redoblar mi valor necesitara algún estímulo, me bastaría pensar en mi joven amiga, que espero que no habrá caído en manos de los herejes.

—Ya os comprendo, sir Piercie; os referís a la hija del molinero.

—Reverendo padre, la bella Mysinda es hija de un hombre que prepara el trigo con que se hace el pan, sin el cual no podríamos vivir, y esa ocupación no tiene nada de deshonrosa. Sin embargo, si los sentimientos puros de un alma generosa pueden ennoblecer a una persona que es en cierto modo la hija de un obscuro molinero…

—Abreviemos esta discusión, caballero, y sabed de una vez que estamos decididos a no combatir más. Os enseñaremos a morir tranquilamente, con las manos juntas en actitud de orar, con el perdón en los labios y la contrición en el corazón, y entonando cánticos a la gloria del Señor, como quien aspira a reconciliarse con Dios y no a vengarse de sus semejantes.

—Reverendo abad, permitidme que os diga que eso no modifica la suerte de Mysinda, a quien no abandonaré en tanto que lleve una hoja de acero al cinto. Yo le había recomendado que nos siguiera al campo de batalla, pero creo haberla visto vestida de paje en medio de los combatientes.

—Creedme, sir Piercie, buscad fuera de aquí a la persona que tanto os interesa; quizá se encuentre en la iglesia, donde se han refugiado nuestros vasallos indefensos. Os aconsejo, pues, que os pongáis bajo la protección de Dios, y no olvidéis que la menor imprudencia podría costaros la vida y comprometemos a todos, pues no hay entre nosotros nadie que sea capaz dé abandonar a un huésped o a un amigo por salvarse él. ¡Dejadnos, hijo mío, y que Dios os proteja!

Sir Piercie Shafton acababa de partir, y el abad se disponía a retirarse a su celda, cuando le avisaron que un desconocido solicitaba hablarle.

Este no era otro que Enrique Warden, cuya presencia llenó de indignación al padre Eustaquio.

—¡Oh! —exclamó este—. ¿Venís a atormentamos? ¿Acaso queréis gozaros en

nuestras desgracias? ¿Venís a profanar las tumbas de nuestros bienhechores y a destruir la casa del Señor y de la Santa Virgen?

—No me hacéis justicia, Guillermo Allan, pero no desistiré de mi propósito. Me habéis protegido en vuestro convento con riesgo de vuestra vida y de vuestra reputación, y no puedo abandonaros en estas circunstancias. Si he abandonado el valle en que me dejasteis prisionero, ha sido para mantener la palabra que os di.

—Sí, acaso la piedad con que os he tratado nos ha atraído la cólera del Cielo. Dios ha castigado al pastor culpable y dispersado su rebaño.

No son vuestros pecados, Guillermo Allan, sino los crímenes que vuestra mal llamada iglesia ha cometido, los que han enojado al Cielo.

—¡Encendéis en mi alma la última chispa de indignación que en él existía! Creía estar va al abrigo de la influencia de las pasiones, y me obligáis de nuevo a pronunciar palabras de cólera. Sí, venís a insultarme en los momentos de aflicción, blasfemando contra la Iglesia que ha conservado la luz del cristianismo desde los apóstoles hasta nuestros días.

—¡Desde los apóstoles! —exclamó el predicador, siempre apasionado en la réplica—. Lo niego, Guillermo Allan. La Iglesia primitiva difería tanto de la de Roma como la luz difiere de las tinieblas, y si el tiempo me lo permitiera, pronto os lo probaría. Os equivocáis también al afirmar que vengo aquí para insultaros en la hora de las aflicciones, pues no me propongo otra cosa que cumplir la promesa que os hice y apaciguar las iras de los enemigos que Dios os envía como castigo a vuestra obstinación.

—No acepto vuestra protección —respondió el abad, noble y altivamente—. Cualquiera que sea el peligro que nos amenace, conservaré intacto el sentimiento de mi dignidad. Solo os pido que no tratéis de obligarme a arrepentirme de mi indulgencia ni a extraviar ninguna de las almas que el Señor ha confiado a mi custodia.

—Guillermo Allan, seré sincero con vos. He cumplido fielmente mi promesa; he guardado el más absoluto silencio y no he hecho esfuerzo alguno para abrir los ojos que el error tiene aún cerrados; pero al Cielo le plugo que la verdad abriera los ojos a María Avenel, y desde entonces la he ayudado con mis consejos, salvándola de los peligros a que su casa estuvo expuesta durante la ceguedad en que la mantuvieron las supersticiones de la Iglesia romana. Por fortuna, ya se encuentra al abrigo de tus asechanzas.

—¡Miserable! —exclamó el fraile no pudiendo contener su indignación—. ¿Es al abad de Santa María a quien osáis hablar de ese modo? ¿Es en su presencia donde os jactáis de haber extraviado un alma? ¡Retiraos, pues temo olvidar lo que debo a la amistad que nos ha unido, y, sobre todo, lo que debo a mi carácter sacerdotal!

—Vuestra negativa no me impedirá hacer cuanto de mí dependa en beneficio vuestro, mientras mi deber no se oponga a ello. Voy, pues, al encuentro del conde de Murray.

El lúgubre y prolongado tañido de la campana grande del convento, célebre en los anales de la comunidad por su virtud de alejar las tempestades y poner en fuga a los demonios, puso término a la discusión de aquellos dos fanáticos. El abad ordenó nuevamente que todos los frailes, revestidos con sus ornamentos, se reuniesen en la iglesia, y él se dirigió a la torre del monasterio, donde encontró al sacristán.

—Probablemente esta será la vez postrera que desempeñe mis funciones —dijo este—, pues los filisteos se aproximan; pero no hubiera permitido que la campana grande del monasterio la hiciera sonar otra mano que la mía. Sin duda, he cometido grandes pecados —agregó al mismo tiempo que miraba al Cielo—; pero jamás ha tenido nadie que censurarme la manera de tocar las campanas.

El abad no respondió. Dirigió la vista hacia el camino que descendía del mediodía hacia Kennaquhair, divisó la nube de polvo que levantaba gran número de caballos, y vio brillar las lanzas de que la tropa que avanzaba venía armada.

—¡Me ruboriza mi debilidad! —exclamó enjugándose las lágrimas que a pesar suyo brotaban de sus ojos—. Mi vista se turba y apenas puedo distinguir sus movimientos. Decidme, Eduardo, hijo mío —agregó dirigiéndose al joven novicio que iba a su encuentro—, qué estandartes llevan.

—¡Son escoceses! Distingo claramente sus cruces blancas. Tal vez sean los hombres de las fronteras del Oeste, o Fernieherst con su tropa.

—Mirad la bandera y decidme cuáles son sus armas.

—Las de Escocia. Parece el estandarte real.

—¡Ah, no! Es el del conde de Murray. Ha tomado las armas de Randolfo, abandonando las que pudieran recordar su origen. ¡Plegue a Dios que al menos él no lo haya olvidado!

—Pero, padre, ¿nos protegerá contra los ingleses?

—Sí, hijo mío, como el pastor que arranca de la boca del lobo a la oveja que destina al matadero. ¡Oh querido Eduardo, cuántas desgracias nos amenazan! El enemigo ha abierto una brecha con los muros de nuestro santuario, pues vuestro hermano se ha apartado de los senderos de la fe, según me ha informado mi agente secreto. Murray desea recompensar sus servicios entregándole la mano de María Avenel.

—¡De María Avenel! —exclamó Eduardo con voz débil y tambaleándose.

—Sí, hijo mío, de María Avenel, que también ha abjurado de la fe de sus padres. No lloréis, hijo mío, no lloréis, más que por su apostasía, pero no por la unión de esas dos ovejas descarriadas. Bendecid al Señor que os ofrece consuelo en vuestras penas, y a cuyo servicio os habéis consagrado.

—Padre mío, procuro olvidar, pero no puedo… ¿Es cierto que el conde de Murray favorece ese matrimonio?

—Sin duda alguna. Está interesado en ello. El castillo de Avenel está fortificado y al conde le conviene instalar en él a alguien que le sea adicto. La desigualdad de linaje y de nacimiento no le preocupan. Vamos, hijo mío, tened valor; ya veis que yo

no lloro, y, sin embargo, ¡cuántas cosas voy a perder! ¡Mirad esas torres en que vivieron tantos santos y donde reposan tantos héroes! Tal vez muy pronto las veamos destruidas. Ese piadoso rebaño puesto bajo mi dirección, quizá sea dispersado mañana y no tenga aprisco donde refugiarse; pero dispongámonos a afrontar la suerte que nos espera. Ya se aproximan al pueblo los enemigos.

El abad descendió de la torre, y el joven novicio dirigió una mirada a cuanto le rodeaba; pero el sentimiento del peligro que amenazaba al monasterio no podía borrarle el recuerdo de María Avenel.

—¡María, esposa de mi hermano!, exclamó, y bajándose el capuchón, siguió tras el abad.

Un momento después todas las campanas sonaron a un tiempo. Los frailes entonaban sus preces, formados en la iglesia según el orden establecido en las procesiones, sin que algunos de ellos pudieran evitar que las lágrimas brotasen de sus ojos.

—Es una felicidad que el padre Bonifacio se haya retirado —dijo el padre Felipe —, pues, de otro modo, hoy habría sido el último de su vida.

—¡No ocurría esto en tiempos del abad Ingilram! —repuso el anciano padre Nicolás exhalando un profundo suspiro—. ¿Qué va a ser de nosotros? Dicen que vamos a ser expulsados del monasterio; pero ¿cómo vivir fuera de donde he cumplido setenta años? Mi único consuelo es que ya me resta poco tiempo que vivir.

La puerta principal de la abadía se abrió de pronto y la procesión comenzó a desfilar lentamente y con el mayor orden. Los frailes, precedidos de la cruz y de los estandartes sagrados marchaban solemnemente de dos en dos, entonando cánticos religiosos. El humo del incensario ascendía a los cielos. En el centro de la comitiva caminaba el abad rodeado de los hermanos más respetables por su edad o por su experiencia, y revestido con todas las insignias de su cargo. Su rostro estaba tan sereno y tranquilo como si se tratara de una ceremonia ordinaria. Detrás de él marchaban los novicios con sus albas blancas como la nieve; a continuación seguían los hermanos laicos, que se distinguían por sus luengas barbas; y, formando la retaguardia, iban las mujeres y los niños, entre los que se veían también algunos hombres. Los gritos de dolor que por intervalos exhalaban estos, confundíanse con las oraciones y los cantos de los frailes.

La procesión llegó a la plaza del pequeño pueblo de Kennaquhair, en cuyo centro hay una cruz de piedra, admirablemente labrada, que se cree fue donativo de un antiguo monarca de Escocia. Al pie de la cruz elevábase un roble secular que tal vez fue testigo de los misterios de los druidas.

Semejante al roble mencionado por Withe en su Historia Natural de Selborne, en torno del que había en el centro de la plaza de Kennaquhair, agrupábase el vecindario.

Los frailes se colocaron alrededor de la cruz, y los ancianos, y cuantos participaban del temor general, se apiñaron bajo los restos del árbol secular. De pronto, cesaron los cánticos y un profundo silencio reinó en la plaza. Los allí

congregados esperaban la llegada del enemigo.

A los lejos oíase un rumor sordo y prolongado, más perceptible a cada momento que transcurría: era el galopar de los caballos y el ruido del choque de las armaduras de los jinetes.

Los caballeros no tardaron mucho en llegar a la entrada principal de la plaza del pueblo. Después de rodearla completamente, los que iban a la vanguardia se detuvieron, y los que seguían detrás los imitaron, quedando la plaza cercada por una triple fila de jinetes.

Una calma absoluta sucedió al primer movimiento de sorpresa, que el abad aprovechó para ordenar a los frailes que entonaran el *De profundis*.

El padre Eustaquio, paseó su mirada en torno suyo para apreciar la impresión que habían producido a los soldados, y en todos los rostros vio una expresión de absoluta indiferencia.

—Tienen el corazón empedernido —decíase así mismo—; pero no desesperemos aún; quizá sus jefes posean mejores sentimientos.

Los condes de Murray y de Morton avanzaron a la cabeza de sus guerreros más notables, entre los que figuraba Alberto Glendinning, deteniéndose a la entrada de la plaza, para continuar una conversación que parecía interesarle grandemente. Enrique Warden, que ya se les había unido, tomaba parte en esta conferencia.

—¿Estáis, pues, decididos, a conceder la mano de la heredera de Avenel y todos sus bienes a ese joven de humilde linaje? —preguntó Morton a Murray.

—¿No os ha dicho Warden que se han educado juntos y que se aman desde que eran niños? Agregad a eso —dijo Warden— que ambos acaban de convertirse a nuestra religión. Durante mi permanencia en Glendearg me he informado de todas esas circunstancias, y aunque no me agrada concertar casamientos, debo, sin embargo, rogar a vuestras señorías que no se opongan a este, pues harían muy mal en romper los nudos, que el mismo Cielo parece haber formado, casando a la joven María Avenel con un pariente de lord Morton.

—Alegáis razones poderosas, conde de Murray, para rehusarme la gracia de dar la mano de esa tontuela al joven Bennygask —contestó Morton—. ¿Por qué tantos rodeos, milord? Explicaos francamente. Decid que preferís ver el castillo Avenel en manos de quien os debe su nombre y su existencia antes que en las de uno de mis parientes.

—No tenéis motivo para molestaros, milord. Glendinning me ha prestado grandes servicios, y puede prestármelos mayores todavía. Además, está, de cierta manera, mi palabra empeñada en vida de Julián Avenel, cuando la joven María no tenía absolutamente nada que dar más que su linda mano. Vos, por lo contrario, no habéis pensado en este matrimonio para vuestro pariente más que cuando habéis visto a Julián Avenel muerto en el campo de batalla, y habéis comprendido que su sobrina podía agregar el dote de un castillo al de su corazón. Vamos, vamos, milord, no es hacer justicia a vuestro bravo pariente el elegirle semejante esposa; pues, después de

todo, esa muchacha no es más que una lugareña bien nacida. El honor de los Douglas debe mereceros más respeto.

—El honor de los Douglas permanecerá intacto mientras yo viva; pero deshonráis el nombre de Avenel transmitiéndoselo a un campesino.

—En los tiempos que corremos, los hombres deben ser juzgados por sus acciones y no por su genealogía. Todas las familias descienden de algún hombre de obscuro linaje. ¡Dichosas ellas si se muestran dignas del que las sacó de la obscuridad!

—Supongo que milord Murray hará una excepción en favor de la casa de Douglas —replicó Morton con altanería—. Se conoce el árbol, pero no la raíz; se conoce el torrente, pero no el manantial. En los antiguos anales escoceses, Douglas el Negro es tan poderoso y tan respetado como lo es actualmente.

—Me inclino ante los miembros de la casa de Douglas —contestó Murray irónicamente—, pues abrigo la convicción de que nosotros, aun los de sangre real, no podemos rivalizar con ellos en nobleza, a pesar de haber ceñido coronas y empuñado cetros durante muchas generaciones. Nuestra genealogía no se remonta más que al humilde *Alanus Dapifer*.

Morton enrojeció, y ya se disponía a contestar, cuando Enrique Warden, con la autoridad que el clero protestante tenía desde largo tiempo, trató de poner término a la discusión que iba haciéndose demasiado viva y personal para ser amistosa.

—Milores —dijo—, cuando se trata de cumplir los deberes de mi cargo, no debo tener en cuenta ninguna consideración. Es una vergüenza, es un escándalo que dos señores, que con tanto éxito están llevando a cabo la obra de la Reforma, disputen por semejantes futilezas. Pensad en el tiempo que habéis estado animados por el mismo pensamiento, que habéis marchado unidos y aterrado con vuestra alianza a los ministros del Anticristo. ¿Creéis que es prudente que turben esa unión los amores de una campesina o las vanas discusiones de genealogías?

—Tiene razón Warden, noble Douglas —asintió Murray tendiendo la mano al conde—; nuestra unión es muy necesaria para el éxito de la buena causa, y no debe romperse por futilidades. He dado mi palabra a Glendinning y no puedo retirarla. Las guerras en que he tomado parte han hecho a muchos desgraciados; tratemos, al menos, de hacer a uno dichoso. En Escocia abundan los castillos y las jóvenes casaderas, y os prometo, milord, un matrimonio ventajoso para vuestro primo Bennygask. Pero ya estamos en medio del pueblo; allí veo al orgulloso abad del convento de Santa María a la cabeza de su rebaño. Habéis hecho bien en defender la causa, Warden, pues os juro que estaba decidido a dispersar el rebaño y destruir el redil.

—Guillermo Allan, a quien llaman el abad Eustaquio, puede hacer más daño a nuestra causa estando en la desgracia que en la prosperidad. Soportará todas las persecuciones, y cuanto más le abruméis, más sobresaldrán su talento y su valor. Falto de poder excitará el odio, o, por lo menos, la envidia, pero si recorriera el país, pobre y víctima de la opresión, con su paciencia, su sabiduría y su elocuencia

conquistaría todos los corazones. Tratándolo con rigor en las circunstancias presentes, se ocasionaría gran daño a nuestra causa.

—¡Oh! —objetó Morton—. Con las rentas del monasterio se puede poner más hombres en campaña en un solo día que con todos sus sermones en diez años. No estamos ya en los tiempos de Pedro el Ermitaño, cuando los frailes podían enviar ejércitos desde Inglaterra a Jerusalén; hoy el oro ejerce gran influencia y, confiscando las rentas de la abadía, se hará cesar toda clase de resistencias.

—Seguramente tendrá que pagar una fuerte contribución —replicó Murray—; y, además, si desea continuar en el monasterio, ha de entregarnos a sir Piercie Shafton.

Dicho esto, indicó por señas a su escudero que se aproximara a la cruz, junto a la cual se encontraban los frailes.

—El conde de Murray —dijo el escudero a los religiosos— ordena al abad Eustaquio que comparezca ante él.

—El abad de Santa María no recibe en sus dominios órdenes de nadie —respondió el padre Eustaquio—. Si el conde de Murray desea verlo, puede venir en su busca.

Esta respuesta hizo sonreír desdeñosamente a Murray, quien se apeó y, seguido de Morton y de los principales oficiales de sus tropas, se dirigió al lugar en que se encontraban los frailes. Estos, al ver al lord hereje, tan poderoso como temible, no pudieron contener un movimiento de terror; pero el abad, que demostraba una gran confianza, salió de entre las filas, como el bravo guerrero que despliega todo su valor personal para reanimar el desaliento de sus tropas.

—Conde de Murray —dijo a este— yo, Eustaquio, abad del monasterio de Santa María, os pregunto: ¿con qué derecho han invadido vuestros soldados este pueblo y cercan a nuestros hermanos? Si demandáis hospitalidad, jamás la hemos negado a nadie, y si pretendéis ejercer violencias contra pacíficos religiosos, hacednos al menos conocer los motivos que os impulsan a proceder de este modo.

—Deberíais hablarme con más comedimiento —replicó altaneramente Murray—. No hemos venido a responder a vuestras preguntas, sino a averiguar por qué habéis puesto sobre las armas a vuestros vasallos, convocado a los súbditos de la reina, y, por último, roto las hostilidades, que han ocasionado la muerte de numerosos soldados, y que pueden traer funestas consecuencias si son causa de la ruptura de relaciones con Inglaterra.

—¡Es extraordinario! —respondió el abad con desdén—. El lobo acusa al cordero de enturbiar las aguas mientras apagaba su sed en la corriente a veinte pasos más allá de donde él se encontraba; pero esto era solo un pretexto para devorarle. ¿Que he convocado a los súbditos de la reina? Efectivamente, los he convocado para que defiendan sus Estados contra los invasores extranjeros, en lo que no he hecho más que cumplir con mi deber, aunque desgraciadamente con poca eficacia.

—¿También era vuestro deber proteger a un traidor, a un rebelde a quien persigue la reina de Inglaterra? ¿Era vuestro deber encender la guerra entre Inglaterra y

Escocia?

—En mi juventud, milord —respondió el abad sin turbarse lo más mínimo—, una guerra con Inglaterra no era una cosa muy temible; pero no es solo un religioso, obligado por la regla de su Orden a cumplir los deberes de la hospitalidad, sino hasta el último de los campesinos escoceses habría enrojecido al verse obligado a alegar el temor a Inglaterra para cerrar su puerta a un desterrado. En aquella época era muy raro que los ingleses pudieran ver el rostro a un escocés más que a través de la visera de su casco.

—¡Fraile! —exclamó Morton—. Vuestra insolencia no quedará impune. Los tiempos han cambiado, pues ahora los padres de Roma no pueden desafiar impunemente a todos los señores. Entregadnos a Piercie Shafton, o incendiaré el monasterio.

—Sus ruinas caerán sobre las tumbas de vuestros antepasados. Cualquiera que sea la suerte que Dios le reserve, el abad del monasterio de Santa María no entregará al que prometió proteger.

—¿Queréis agotar nuestra paciencia? —profirió Murray—. No olvidéis que las tropas demolerán el convento si nos vemos obligados a buscar en él al inglés.

—No necesitáis tomaros ese trabajo —dijo una voz que salió de entre la multitud; y, aproximándose al conde, Piercie dejó caer la capa en que iba envuelto—. Basta de inútiles disfraces. Ante vosotros está, milores, el caballero Wilverton, que desea evitaros un sacrilegio.

—Protesto ante Dios y ante los hombres —agregó el abad— contra cualquiera infracción que cometáis para apoderaros de ese noble caballero. Formularemos nuestras quejas ante el parlamento de Escocia, milord.

—Nada de amenazas —repuso Murray—, porque serán inútiles. Mis intenciones no son las que suponéis. Guardad y velad a vuestro prisionero.

—No tengo inconveniente en seguiros —contestó sir Piercie—; pero me reservo el derecho de provocar a singular combate a lord Murray y a lord Morton para ventilar esta cuestión.

—Encontraréis quien os responda, caballero; pero no abriguéis la pretensión de batiros con quien está muy por encima de vos.

—¿Y quiénes son esas personas tan elevadas, por cuyas venas corre sangre más pura que la de sir Piercie Shafton?

—¿Creéis que es difícil encontrarlas? —inquirió Stawarth Bolton, aproximándose al caballero—. ¿Creéis que hemos olvidado que vuestro abuelo materno fue un humillante sastre? Si vos tenéis orgullo desmedido, si os avergonzáis de vuestro nacimiento, nosotros no lo olvidamos. Vuestra madre era la más linda muchacha del cantón y se casó con el rústico Shafton de Wilverton, que estaba ligado con los Piercie, ilegalmente.

—Sostened al caballero —aconsejó irónicamente Morton—. Cae de muy alto y está muy aturdido.

En efecto, sir Piercie parecía haber sido herido por el rayo; y, a pesar de la crítica situación en que se encontraba, nadie, incluso el abad, pudo contener la risa al ver su ridícula situación.

—Reíd —dijo al fin el caballero—, reíos señores, que no me ofenderéis. Sin embargo, me agradaría saber cómo ese caballero que se ríe más ruidosamente que los demás y que ya en otra ocasión me recordó el origen de mi nacimiento, ha podido descubrir esa desgraciada circunstancia en una genealogía que está perfectamente en regla. También le agradecería que me manifestara qué le ha movido a revelar ese penoso secreto.

—¡Yo! ¿Revelar un secreto? —replicó Alberto Glendinning admirado, pues él era a quien se dirigían estas palabras—. Es la primera vez que oigo hablar de semejante asunto[27].

—¡Cómo! ¿No lo sabéis por ese anciano soldado? —replicó Piercie, cuya sorpresa iba en aumento.

—¿Este? —exclamó Bolton—. Jamás lo había visto hasta ahora.

—¡Cómo! ¿No lo conocéis? —preguntó la señora Glendinning saliendo de entre la multitud—. Hijo mío, es Stawarth Bolton a quien debemos la vida y los pocos bienes que nos restan. Si cae prisionero, como es probable, rogad a esos nobles lores que le guarden algunas consideraciones, en atención a que en otra época protegió a un huérfano.

—¡Ah, señora! —exclamó Bolton—. Hace tanto tiempo que nos conocimos, que no es extraño que no me reconozca. Desde entonces acá, nos han salido muchas arrugas en el rostro, pero vuestro corazón es siempre el mismo. ¿Sabéis que vuestro hijo me ha dado mucho que hacer esta mañana? ¡Ese pequeño morenillo! ¡Bien sabía yo que haría un excelente soldado! ¿Dónde está el de la cabeza rubia?

—¡Ah! Eduardo —respondió la madre inclinando la cabeza— es fraile de esta abadía.

—¡Uno fraile y otro soldado! Son dos tristes oficios, señora. Mejor hubiera sido hacer a uno de ellos sastre, como el abuelo de sir Piercie Shafton. Os envidié por ser madre de dos preciosos muchachos, pero no me hubiera gustado que abrazaran semejantes profesiones. El soldado muere sobre el campo de batalla, el fraile casi no vive en el claustro.

—Madre, ¿dónde está Eduardo? ¿No puedo hablarle?

—Acaba de partir —respondió el padre Felipe— con un mensaje de nuestro reverendo abad.

—¿Y María?

María Avenel, que no se encontraba muy lejos, se retiró con Alberto y su madre para referirse mutuamente sus aventuras. Y mientras los personajes secundarios vagaban pensativos en espera de los acontecimientos, el abad celebraba una animada conferencia con los dos condes, con quienes llegó, por fin, a capitular en honrosas condiciones.

El abad protestó al principio de las pretensiones de Murray y de Morton, a quienes amenazó con poner el monasterio y sus dominios bajo la protección de la reina de Escocia; pero como esto contrariaba los propósitos de los condes, viéronse obligados a limitar su ambición a un pequeño sacrificio en tierras y dinero.

Pactada esta especie de tregua, el abad intercedió por sir Piercie Shafton, diciendo:

—Es un fatuo, milores, lo reconozco; pero tiene un excelente corazón. Además, bastante castigado está, pues hoy le habéis hecho sufrir más que si le hubierais clavado un puñal.

—Queréis decir que si le hubieran clavado una aguja —rectificó el conde de Morton prorrumpiendo en una carcajada—. ¡Por mi honor, que creí que ese hijo de un sastre descendía por lo menos de una testa coronada!

—Opino, como el abate, que sería poco caballeroso entregarlo a la reina Isabel —confirmó Murray—; pero lo enviaremos adonde no pueda inquietarla. Mi escudero y Bolton lo conducirán a Dúnbar y allí lo embarcarán con destino a Flandes. Aquí se aproxima. ¿Quién es esa joven que trae de la mano?

—Milores —dijo el caballero inglés con gran solemnidad—, abrir paso a la esposa de sir Piercie Shafton. Es un secreto que no quería divulgar, pero la suerte, al revelar lo que trataba inútilmente de ocultar, ha destruido los motivos que me imponían silencio.

—¡Ah! —exclamó Tibb—. Es Mysie Happer, la hija del molinero… ¡Ya me figuraba que este Piercie concluiría por desistir de sus exageradas pretensiones!

—Sí, es la bella Mysinda, cuyas virtudes merecen más alta alcurnia que la que puede proporcionarle su humilde servidor.

—Sospecho —dijo Morton— que jamás hubiéramos sabido que la hija de un molinero se había convertido en una gran dama, si el caballero no se reconociera inopinadamente el hijo de un sastre.

—Milord —dijo Piercie—, no es generoso herir al que no puede defenderse, y espero que recordaréis lo que se debe a un prisionero para no llevar adelante vuestras bromas.

—Pongamos término a esta cuestión —agregó Murray—, pues tenemos bastantes negocios que ventilar aún. Deseo asistir al matrimonio de Glendinning con María Avenel, y ponerlo inmediatamente en posesión del castillo de su esposa, antes que nuestras tropas abandonen el territorio.

—Pues yo —dijo el molinero— espero que algunos de estos bondadosos padres bendiga la unión de mi hija con su amante.

—No es necesario —replicó Shafton—; la ceremonia se ha celebrado ya solemnemente.

—A mí me gustaría que se celebrase de nuevo, para estar bien seguro de que el matrimonio es válido.

—Evitad al molinero que atormente al pobre Piercie —indicó el conde de Murray

—, pues seguramente le va a ocasionar un gran disgusto.

Y, dirigiéndose a Morton, agregó:

—Milord, el abad nos ofrece hospitalidad en su convento, y creo que debemos aceptarla. Entretanto voy a conocer a la joven heredera de Avenel, pues mañana debo servirle de padre para que toda Escocia vea cómo recompensa Murray a los servidores fieles.

María Avenel y su prometido, para evitar un encuentro con el padre Eustaquio, pernoctaron en una casa del pueblo, y al día siguiente un pastor protestante los unió, en presencia de los condes de Murray y de Morton.

Piercie Shafton partió con su esposa, escoltado por los emisarios del conde, con dirección a Dúnbar, donde debían embarcarse con rumbo a los Países Bajos. Casados ya Alberto y María, los dos condes a la cabeza de sus tropas dieron posesión a Glendinning de los dominios pertenecientes a la sobrina del difunto Julián Avenel.

Cuando la numerosa comitiva se dirigía al castillo, un hombre armado que se había aparecido más de una vez en Glendearg, fue visto por Tibb y Martín, que acompañaban a sus jóvenes amos.

La misteriosa aparición precedía a la cabalgata y elevaba las manos en señal de triunfo; pasó el puente levadizo y se desvaneció bajo la obscura arcada que ostentaba el escudo de la casa de Avenel.

Tibb y Martín no refirieron su visión más que a la señora Glendinning, que acompañó a su hijo para verle ocupar su puesto entre los barones del país.

—¡Ah! —exclamó—. El castillo es soberbio indudablemente, pero Dios quiera que no deseemos volver a nuestra tranquila morada de Glendearg.

Hecha esta reflexión, que le sugirió su cariño maternal, experimentó el deseo de examinar la nueva morada de su hijo, donde no encontró nada que turbara su alegría.

Eduardo se había retirado a la torre de Glendearg, adonde el prior lo mandó con el pretexto de ocultar algunos papeles importantes pertenecientes a la abadía; pero en realidad para evitarle el dolor de presenciar el triunfo de su hermano.

El desgraciado joven recorrió las solitarias habitaciones, que le recordaban a cada paso su desventura, hasta que, al fin, no pudiendo soportar el estado de desesperación en que se encontraba su alma, salió precipitadamente de la torre y se encaminó, corriendo, al valle en que habían ocurrido tan sorprendentes aventuras.

Cuando Eduardo llegó a la entrada de Corri-nan-shian, el sol estaba ya próximo a desaparecer del horizonte.

—¿Se me aparecerá ese ser misterioso? —se preguntó—. Él me indujo, con sus predicciones, a tomar este hábito. ¡Quién sabe si ahora me pronosticará una nueva desgracia!

Y, en efecto, Eduardo volvió a ver a la Dama Blanca sentada melancólicamente cerca de la fuente, absorta en la contemplación de su cinturón de oro, que semejaba ya un finísimo hilo de seda.

La Dama Blanca cantaba lenta y tristemente:

Acebo verde, fuente purísima,
por vez postrera mi canto oíd.
Mi vida breve toca a su término;
mi imperio acaba, voy a morir.
De la familia que protegía,
el nombre ilustre se va a extinguir,
y mi existencia no tiene objeto,
vuelvo a la nada. ¡Llegó mi fin!

Apenas hubo la Dama Blanca acabado de pronunciar estas palabras, cuando desapareció, con la misma rapidez que las tinieblas se esparcen por la superficie de la tierra, en una noche obscura, después que un relámpago ha iluminado momentáneamente el horizonte.

Eduardo, al saber que su hermano acababa de contraer matrimonio con María Avenel, regresó al convento, con el vago presentimiento de que ninguno de los cónyuges había de ser feliz.



Sir WALTER SCOTT, primer Baronet (Edimburgo, Escocia, 1771 – Abbotsford House, Melrose, Escocia, 1832).

Para ser fiel a la tradición familiar, estudia derecho y ocupa distintos puestos en la carrera judicial. Durante su juventud queda cautivado por el romanticismo y la literatura popular de su país.

Consecuencia de esta fascinación son sus traducciones anónimas de las baladas de Gottfried August Bürger, y de Goetz von Berlichingen de Goethe, ambas publicadas en 1796, y los tres volúmenes recopilatorios titulados *Poemas de la frontera escocesa*, de 1802. Entre 1805 y 1815, años en los que se convierte en impresor y editor, adquiere una enorme notoriedad como poeta gracias a *Canto del último trovador*, y otras obras como *Marmion*, *La dama del lago, Matilde de Rokeby* y *El lord de las islas*. La figura de lord Byron, eclipsa, sin embargo, el talento de Scott como poeta, por lo que abandona el género y se dedica en cuerpo y alma a otro del que se considera fundador, la novela histórica.

Fruto de este giro en su carrera es *Waverley*, publicada en 1814, la primera de una larga serie de obras entre las que se hallan *Guy Manering* (1815), *El anticuario* (1816), *Rob Roy* (1818) y *El corazón de Mid-Lothian* (1818), entre otras, y que incluye varias novelas de temática escocesa. En 1819 abandona los paisajes de su tierra natal para profundizar en la historia inglesa del siglo XII en *Ivanhoe*, a la que siguieron títulos como *La pastora de Lammermoor* o *La desposada*, *Cuentos de fuentes benedictinas* y *El pirata*, y otros de distinto escenario como *Quentin Durward*

de 1823 y *El talismán* de 1825.

Durante esta época de su carrera alcanzó gran fama y obtuvo el título de *baronet*, pasando a ser *Sir* Walter Scott. En esta época organizó la visita del rey Jorge IV a Escocia (1822); Scott había preparado un espectacular boato para representar a Jorge como una reencarnación algo rechoncha de «Gentil príncipe Carlos». Esta visita puso de moda el tartán y los kilts, haciendo de ellos símbolos de la identidad nacional escocesa.

La actividad literaria de Scott no se ciñe tan solo a su propia obra de creación, también hay que señalar que funda revistas literarias, escribe una biografía de Napoleón y edita las obras de John Dryden y Jonathan Swift, así como de otros autores de su tiempo. En torno a la segunda década del siglo XIX, época en la que el escocés aún publica con enorme ímpetu, las novelas se venden a un precio todavía lejos del alcance de muchos lectores. En este sentido, Scott, según Caudwell (1970), es uno de los primeros autores en ganar dinero en el oficio, y puede considerársele, junto con Richardson, como precursor de Dickens, Thackeray y Tennyson, si bien continúa siendo, al igual que Homero o Shakespeare, el honorable siervo de una nueva clase dominante, el mercado, que acaba por convertirse en un tirano más exigente que cualquier mecenas de la época isabelina.

Los últimos años de la vida de Walter Scott se ven ensombrecidos a causa de la bancarrota de su socio, el editor John Ballantyne, y de la casa editorial de Archibald Constable, de modo que, a partir de 1826, se ve obligado a vender parte de los derechos de sus obras y a escribir a destajo hasta su fallecimiento en 1832 para saldar sus deudas y las de sus socios.

Por entonces su salud le estaba fallando, y finalmente murió en Abbotsford en 1832. Sus novelas siguieron vendiéndose, y canceló sus deudas desde la tumba. Fue enterrado en la abadía de Dryburgh donde muy cerca, de manera apropiada, puede encontrarse una gran estatua de William Wallace, una de las figuras históricas escocesas más románticas. Scott, que sufre en primera persona los sinsabores de los editores piratas de los Estados Unidos, también sabe que sus obras se han convertido, sobre todo gracias a mediación de potentes casas editoriales francesas, en un fenómeno mediático y financiero, al que ningún país europeo será ajeno.

Scott fue el responsable de dos de las principales tendencias que se han prolongado hasta hoy. Primero, básicamente él inventó la novela histórica moderna; y un enorme número de imitadores (e imitadores de imitadores) aparecieron en el siglo XIX. En segundo lugar, sus novelas escocesas continuaron la labor del ciclo de Ossian, de James Macpherson, para rehabilitar ante la opinión pública la cultura de las Tierras Altas Escocesas, después de permanecer en las sombras durante años, debido a la desconfianza sureña hacia los bandidos de las colinas y rebeliones jacobitas. Como entusiasta presidente de la Celtic Society of Edinburgh contribuyó a la reinvención de

la cultura escocesa. Debe señalarse, sin embargo, que Scott era un escocés de las Tierras Bajas, y que sus recreaciones de las Tierras Altas eran un poco extravagantes. Su organización de la visita del rey Jorge IV a Escocia en 1822 fue un acontecimiento crucial, llevando a los sastres escoceses a inventar muchos tartanes de los diversos clanes.

Pero, tras ser uno de los novelistas más populares del siglo XIX, Scott tuvo un fuerte declive en su popularidad después de la Primera Guerra Mundial. Edward Morgan Forster marcó el camino crítico en su clásico *Aspects of the Novel* (1927), donde fue atacado como un escritor trivial, que escribía novelas pesadas y carentes de pasión (aunque reconocía que «sabía contar una historia; poseía esa facultad primitiva de mantener al lector en suspense y jugar con su curiosidad»).

Scott también sufrió al crecer el aprecio por escritores del Realismo, como sucedió con Jane Austen. En el siglo XIX se la consideraba una entretenida «novelista para mujeres»; pero en el siglo XX se revalorizó su obra, comenzando a ser considerada como quizá la mejor escritora inglesa de las primeras décadas del siglo XIX. Al alzarse la estrella de Jane Austen, declinó la de Scott, aunque, paradójicamente, había sido uno de los pocos escritores masculinos de su tiempo que reconocieron su genio. Pero Virginia Woolf, defensora de Jane Austen, decía que «los verdaderos románticos pueden trasportarnos de la tierra a los cielos, y Scott, gran maestro de la novela romántica, utiliza plenamente esa libertad», pese a sus convenciones o su pereza.

Notas

[1] Lord Sommerville, amigo íntimo del autor, cedía siempre a David Kile un puesto distinguido en las partidas de pesca de salmón que hacía, y en las que frecuentemente se cogían de ochenta a cien pescados entre Gleamer y Leaderfoot. <<

[2] El maestro de escuela de la localidad en que resido (que es agrimensor) cree que en este párrafo se hace referencia a los perfeccionamientos de la máquina de vapor llevadas a cabo por Watt. *(Nota del capitán Clutterbuck)*. <<

[3] Abrigo la convicción de que mister Cleishbotham ha fallecido hace algunos meses en Gandercleugh, y que la persona que ha tomado su nombre es un impostor. El verdadero Jedediah murió cristianamente, y se asegura que, habiendo mandado buscar a un ministro cameroniano cuando estaba *in extremis*, tuvo la fortuna de convencerle de que no deseaba promover ninguna nueva insurrección en Escocia. Es muy triste que los negociantes de libros no dejen reposar tranquilamente en su tumba a aquel hombre honrado.

(Esta nota y el pasaje del texto aluden a un especulador, librero de Londres, que ha publicado la continuación de los *Cuentos de mi Huésped*, que ha sido un completo fracaso). <<

[4] El difunto mister Juan Ballantyne, editor de las obras de Walter Scott, sostuvo un pleito con su colega de Londres con motivo de la publicación de varios cuentos firmados con seudónimo. Ambos editores afirmaban que su Jedediah Cleishbotham era el verdadero Simón Pure. <<

[5] Dábase el nombre de los feudos a las pequeñas propiedades que se concedían a los vasallos y a sus herederos, mediante una renta o parte de su producto. La gente de iglesia se valía de este medio para aumentar el patrimonio de los conventos. En las inmediaciones de los monasterios de Escocia existen aún algunos descendientes de aquellos feudatarios, en posesión de esta herencia de familia. <<

[6] No olvides a la afligida esposa. <<

[7] Como la galantería ha sido siempre la misma en todas las épocas y en todas las naciones, los caballeros galantes han empleado casi siempre los mismos símbolos. Durante la guerra civil de 1745 a 1746 llegó con la tropa de su mando un jefe de alta graduación a Rose-Castle, residencia del obispo de Carlisle, que ocupaba a la sazón la familia del *squirre* Dacre de Cúmberland. La tropa pidió hospitalidad, que no se les rehusó; pero un criado advirtió al capitán que la señora del castillo acababa de dar a luz y que esperaba que en tales circunstancias procurasen causar las menores molestias posibles.

—¡Dios nos libre a mí y a los míos —exclamó el jefe— de turbar el reposo de una dama en tales circunstancias! ¿Puedo ver al niño?

Se lo presentaron, y el militar, quitándose la escarapela de su birrete la colocó sobre el pecho del recién nacido.

—Este signo —dijo— advertirá a los nuestros que pasen por aquí que Donald de Mac-Donald de Kinloch-Moidart ha tomado bajo su protección a la familia de Rose-Castle.

No fue un niño sino una niña la criatura sobre cuyo pecho fue colocada la escarapela del birrete del jefe militar.

La recién nacida de entonces es hoy lady Mary-Clerck de Pennycuick, y todos los años, el día 10 de junio, luce sobre su seno la escarapela, unida a una rosa blanca, como recuerdo de gratitud. <<

[8] Esta superstición no ha caído en desuso. Hace dos o tres años, el autor, en su calidad de *sheriff* del condado de Selkirk, recibió una denuncia presentada por el dueño de un teatro de *marionettes*. La habilidad extraordinaria con que hizo jugar el mecanismo de su teatro un día de fiesta en Selkirk excitó tanto la curiosidad de algunos artesanos de Galashiels, que estos se apoderaron una noche de los muñecos y se los llevaron entre los pliegues de sus capas.

Como es de suponer, no pudieron hacer bailar a Pulchinela ni al resto de la compañía, y decidieron dejarlos sentados en medio de un grupo de árboles del bosque de Ettrick. Un pastor, que al alba conducía su rebaño a un prado vecino, descubrió con gran sorpresa a los muñecos y, llamado a declarar sostuvo con el *sheriff* el siguiente diálogo:

El sheriff. —¿Habéis visto esos muñecos? ¿Qué pensasteis que eran?

El pastor. —No puedo deciros lo que pensé.

El sheriff. —Vamos, necesito una respuesta precisa. ¿Qué pensasteis de lo que visteis?

El pastor. —¡Señor, no puedo decíroslo!

El sheriff. —¿Pensasteis, acaso, en las hadas?

El pastor. —¡Señor, temía declarar que pensé en las *buenas vecinas*!

Y el pastor fue de este modo obligado, a pesar suyo, a nombrar a los irritables y engañadores habitantes del país de las hadas. <<

[9] Con las plumas de este ave se fabricaban las flechas. *(N. del T.)*. <<

[10] Cerca de un pequeño caserío situado a milla y media de Melrose existe un puente análogo al descrito en el texto, y al que se da el nombre de *Bridge-End*. Gordon habla de él en su *Itinerario de Escocia*. <<

[11] Espíritu maligno de los vados en Escocia, que se aparece en forma de caballo. *(N. del T.)*. <<

[12] Las palabras que sirven de lema a este capítulo están tomadas de un poema atribuido a Jacobo I, rey de Escocia. El molinero que figura entre los peregrinos de Canterbury tenía, además de su espada y su broquel otros atributos, que demuestran que confiaba más en la dureza de su cráneo que en la fuerza de su cerebro.

«El molinero era un robusto campesino con huesos fuertes y músculos vigorosos, por lo que casi siempre resultaba vencedor en la lucha. Tenía la espalda ancha y bien formada, y con la cabeza rompía una puerta, por muy fuerte que esta fuese…, etc.». <<

[13] Molienda seca era una multa o indemnización que venían obligados a pagar los que hacían moler su grano en otro molino que el que le correspondía. Era un impuesto oneroso, del que todos protestaban. <<

[14] Proverbio inglés. *(N. del T.)*. <<

[15] Yorke, fue un caballero de Londres, de costumbre relajadas y disolutas y de una audacia infinita. Se hizo famoso entre los espadachines de su tiempo por haber importado a Inglaterra el uso de la tizona para los duelos. Hasta entonces los ingleses se habían batido con espadas y broquel, sin servirse más que del corte y dando siempre los golpes por bajo de la cintura.

En la guerra de los Países Bajos se pasó a los españoles y murió, según se cree, miserablemente envenenado. Tres años después fueron desenterrados sus restos y presentados en el patíbulo por orden de los Estados de Holanda.

Thomas Stukely fue otro mequetrefe famoso de la misma época, hijo de un rico comerciante en paños. Contrajo matrimonio con la hija de un tal Curtis, regidor de Londres, muy opulento. Al morir este, Stukely se separó de su esposa, a quien no podía soportarla, despojándola de cuanto le pertenecía.

Retirado a Italia, abusó de la buena fe del Papa, presentándole un plan de invasión de Irlanda, para el que alistó soldados, pasándose luego con sus tropas al servicio del rey Sebastián de Portugal, a quien siguió en la desgraciada expedición a Berbería, y a cuyo lado murió en la batalla de Alcázar. <<

[16] El texto inglés dice *points*, nombre que se daba a los cordones o cintas que terminaban por un herrete, como los de las botas, y que servían para unir el jubón con las calzas. Estos *points* eran numerosos y, para que quedaran bien atados, se requería la ayuda de alguien. <<

[17] En los alrededores de Melrose no existe ningún castillo como el que aquí se describe. Los lagos situados en los manantiales del Yarrow y del Ále no tienen nada parecido; pero en el Yetholm Loch, cascada de agua, que está en la árida frontera, encuéntranse los restos de una fortaleza, llamada Lochside-Tower, construida sobre una isla, como el supuesto castillo de Avenel, y unida a tierra por una calzada. Esto no obstante el edificio no es más que una torre aislada y ruinosa. <<

[18] Palabras que pronunció Jacobo al ver la fortaleza de Lochwood, propiedad de Johnstones de Annandale, situada en el centro de un pantano lleno de barrancos. <<

[19] Realmente ha existido una antigua familia inglesa cuyo escudo nobiliario era un fantasma sobre campo de plata. Quizá exista aún. <<

[20] La costumbre de unir las manos se ha conservado durante mucho tiempo en las montañas, a causa, sin duda, de la falta de sacerdotes. Cuando había conventos, los frailes recorrían en épocas fijas los distritos más apartados, para casar a los que vivían maritalmente, sin otra formalidad previa que la indicada. Esta costumbre subsiste aún en la isla de Portland. <<

[21] Uno de los jefes más licenciosos y crueles de aquellos tiempos, en que tanto abundaron estos tipos, fue el laird Black Ormiston, amigo y confidente de Bothwell, y agente sanguinario de Henry Darnley. Al final de su carrera se arrepintió, siguiendo la costumbre de los grandes criminales. <<

[22] Sir Piercie Shafton, como todos los caballeros elegantes de su época, cuidaba extraordinariamente de su indumentaria. El orgullo de su genealogía quedaba satisfecho con la serie numerosa de sus antepasados; pero, como la influencia de la nobleza comenzaba a estar restringida, lo mismo en Inglaterra que en Francia, por el aumento del poder real, la vanidad emprendía nuevos derroteros. Shakespeare y otros escritores dramáticos hacen con frecuencia alusión a este cambio de costumbres. <<

[23] Froissart dice que el rey de Francia llamaba primo a un Piercie porque él llevaba en las venas sangre de los condes de Northumberland. <<

[24] Novela inglesa de Juan Lyly, publicada en 1579, de la que ya habla el autor de «El Monasterio» en la introducción. De la obra de Lyly nació el *eufuismo*, que puede ser comparado al *marinismo* de los italianos, al *preciosismo* de los franceses y a nuestro *gongorismo. (N. del T).* <<

[25] Como para expiar la relajación de sus costumbres y falta de moralidad, los habitantes de las fronteras eran fieles guardadores de la fe jurada, hasta para con sus enemigos. Si alguno faltaba a su palabra, el perjudicado se presentaba en la primera reunión que celebraban los *borderers* con un guante suspendido de la lanza y proclamaba el nombre del perjuro. Esto era tan gran afrenta para cuantos estaban con él aliados, que estos se mataban muchas veces para evitar el deshonor. <<

[26] Las *caritas* y las *almendras cocidas*, de que habla el padre Bonifacio, eran el regalo particular ofrecido a los frailes por las concesiones de ciertos soberanos u otros bienhechores del convento. Se conserva una de esas cartas, *De Pitancia Centum Librarum*, en la cual R. Bruce, el 10 de enero y dozavo de su reinado, asignó, por las aduanas de Berwick, y si estas faltaran por las de Edimburgo o Haddington, la suma de cien libras, pagables la mitad por la Pascua de Pentecostés, y la otra mitad por San Martín, al abad y a los frailes de la comunidad de Melrose. El objeto preciso de esa renta era proporcionar a cada uno de los frailes de dicho monasterio, mientras ocupara su sitio en el refectorio, un plato más, ya de arroz cocido con leche, ya de almendras, guisantes u otras legumbres del mismo género que se pudieran obtener en el país. Si algún fraile, por falta de apetito, o por otra causa cualquiera no comía este plato adicional, su ración era entregada a los pobres. <<

[27] La idea de zaherir la vanidad de sir Piercie Shafton mostrándole una aguja, símbolo de su descendencia de sastre, está inspirada en un cuento popular alemán del célebre Tieck. Un espíritu ayuda a una familia alemana con sus consejos y defiende el castillo en que habita con su poder sobrenatural; pero es tan desgraciado, que todos sus consejos producen crímenes e infortunios. La trama es la siguiente: Un barón, joven propietario del castillo en que reside, se enamora de la hija de un conde muy orgulloso que habita en las cercanías; pero este rechaza esta alianza por creerse de alcurnia más elevada. El amante, rechazado y ofendido, pregunta al Enano Pedro cómo podrá imponer silencio al conde y herirle en su orgullo. El Enano le entrega al barón una herradura y le aconseja que se la entregue al conde cuando hable de su genealogía.

En efecto, llegado el momento, el conde, creyendo ver en ello una alusión al casamiento de uno de sus antepasados con la hija de un herrador, se pone furioso. La novela termina con la seducción de la joven y la muerte del soberbio conde.

La alegoría del cuento es sumamente ingeniosa. <<